

se

Melodía quebrada

JOSEP CAMPS



Lectulandia

John Lennon dijo una vez que «lo que tiene de bueno el *rock and roll*, el auténtico, es que es real, y las cosas reales te llegan». Eutiquio Mercado, alias Tiki, es mosso d'esquadra, extoxicómano, fiel, incorruptible y real: tan real como el *rock and roll*, la música que más le apasiona y que define no solo su carácter, también su persona.

Al sargento Mercado le encargan la investigación de la muerte de Guillermo Canals —un acaudalado empresario catalán con importantes conexiones políticas y sociales—, el mismo día en que le asignan como nueva compañera a Elvira Sangenís. El cadáver de Canals lo encuentran en extrañas circunstancias dentro de la sauna de su club de golf. Lo que en principio parecía un caso de asesinato más, acaba convirtiéndose en una descomunal y sorprendente trama de corrupción urbanística y nos plantea varias preguntas: ¿somos actores principales o meros observadores de lo que sucede a nuestro alrededor? ¿Somos simples marionetas del sistema? ¿El poder otorga derechos exclusivos?

Ambientada en la Barcelona contemporánea, *Melodía quebrada* es un relato absorbente, formado por capítulos breves que enlazan de forma magistral. Los constantes ecos de *rock and roll*, la corrupción política y urbanística que envuelve a la sociedad de hoy en día y el singular perfil de Tiki cautivarán a los lectores del género noir.

Lectulandia

Josep Camps

Melodía quebrada

Sargento Tiki Mercado - 1

ePub r1.0

Titivillus 21-05-2018

Título original: *Melodía quebrada*

Josep Camps, 2014

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Loving you isn't the right thing to do
How can I ever change things that I feel
If I could maybe I'd give you my world
How can I when you won't take it from me*

*You can go your own way
Go your own way
You can call it another lonely day
You can go your own way
Go your own way*

LINDSEY BUCKINGHAM

*Yes, how many times must a man look up
Before he can really see the sky?
Yes, how many ears must one man have
Before he can hear people cry?
Yes, how many deaths will it take till he knows
That too many people have died?
The answer my friend is blowin in the wind
The answer is blowin in the wind.*

BOB DYLAN

*Riders on the storm
Riders on the storm
Into this house we're born
Into this world we're thrown
Like a dog without a bone
An actor out alone
Riders on the storm*

JIM MORRISON

A Carmen, Upe y Maria

PREFACIO

El anciano yacía inerte en el suelo de la sauna. Estaba desnudo y su cuerpo se encontraba todavía húmedo. La pelota de golf en su boca dibujaba una imagen ridícula, casi grotesca. El hombre era de carne flácida y blanca, sin apenas vello en el cuerpo. No debía de medir más de un metro sesenta. Se encontraba tendido boca arriba con la cara ladeada a su derecha y mostraba un gran hematoma en la frente. Sus ojos, muy abiertos, revelaban una gran desesperación. Parecía evidente que el viejo no había tenido una muerte plácida.

Aunque había pasado algo más de una hora desde que la mujer de la limpieza encontrara el cadáver, en el lugar aún reinaba una humedad sofocante. Salí a tomar el aire y encendí un cigarrillo. El sexto de la mañana. Tal vez el séptimo.

Habían asesinado a un hombre, quién sabe por qué. Alguien que tenía un pasado. Quizás tuviera mujer e hijos que lo lloraran. O quizás no. No lo conocía de nada, pero por un instante no pude dejar de apiadarme de él. Por muy mal que lo hubiera hecho, aun en el caso de que hubiera sido así, no se merecía un final como ese. Ni él ni nadie.

A pesar de que estuviera acostumbrado a convivir con ello, me continuaba impresionando la muerte de un semejante. Era algo que no había conseguido superar con los años. Quizás para un buen policía no era el mejor de los sentimientos. O es que probablemente yo no era un buen policía. En cualquier caso, allí estaba yo, un triste sargento de policía de los Mossos d'Esquadra encargado de averiguar quién había acabado con la vida del anciano.

Era una desapacible mañana de un domingo cualquiera de otoño. El cielo aparecía cerrado por densas nubes negras que auguraban tormenta inminente y una leve neblina se cernía sobre el lugar. Un día de esos en los que uno se quedaría en la cama, sin más que hacer que sumirse en su propia melancolía.

De repente comenzó a llover con fuerza y un gratificante olor a tierra mojada me llenó los pulmones. En unos segundos, grandes gotas de agua repiquetearon en el suelo formando caprichosas figuras. Un escalofrío me sacudió el cuerpo de arriba abajo. En aquel instante no pude evitar recordar «Redes on the Storm», aquella inquietante pieza que compusieran The Doors pocos meses antes de la muerte de Jim Morrison.

CAPÍTULO 1

Apenas una hora antes, hacia las diez de la mañana, me había llamado el subinspector Carlos Carreras, mi inmediato superior en el Cuerpo. Su voz había sonado, como casi siempre, desagradable.

—Mercado, hoy tienes trabajo —me había dicho.

Me había ordenado que fuera inmediatamente al Club de Golf Collserola, cerca de Sant Cugat, donde se acababa de producir un homicidio. Antes de darme una ducha fría para despejarme y tomarme un café muy corto, había fumado un cigarrillo. El primero del día. Después, había cogido un par de galletas reblandecidas que hacía días que rondaban por la cocina y había salido disparado a coger el coche. El domingo se había estropeado.

Al acabar de apurar el cigarrillo y tomar un poco de aire, volví de nuevo a la sauna en busca de cualquier detalle que pudiera ser de interés. Todavía martilleaban en mi cabeza las notas plomizas y absorbentes de la guitarra de Robby Krieger rasgando «Redes on the Storm», cuando una mano firme se posó sobre mi hombro:

—Buenos días, sargento Mercado —dijo alguien a mi espalda—. Me han dicho que usted está al mando del operativo. Soy el agente Camacho, para servirle.

—Gracias, agente —respondí de manera automática—. ¿Quién es el muerto?

—Es Guillermo Canals, dueño del club. La mujer de la limpieza se lo ha encontrado muerto hará un par de horas. Cuando hemos llegado aquí estaban los del SEM intentando reanimarlo, pero no han tenido éxito. Creen que ha muerto por ahogamiento. Hemos acordonado la zona y le estábamos esperando a usted. ¿Qué hacemos, sargento?

—De momento, nada —contesté—. Cierren el paso a todo individuo que no sea personal sanitario o de la policía, y no toquen el cuerpo. Hemos de esperar a la autoridad judicial para que levante el cadáver. ¿Dónde está la mujer de la limpieza?

—En las oficinas, en la planta de abajo, con la gerente del club y un agente del Cuerpo. Hoy es un día de mucho movimiento. Se celebra el torneo anual de golf que lleva el nombre del fallecido. Hay muchos famosos de la crónica rosa, políticos y deportistas. También he visto una unidad móvil de la televisión autonómica.

—Acompañeme a las oficinas, agente —ordené.

Salí de la sauna con el agente Camacho. El lugar era un espacio rectangular amplio. Por dentro estaba forrada íntegramente de madera. Debía de tener no menos de cuatro metros de ancho por seis de profundidad. A ambos lados estaban dispuestos dos bancos a diferentes alturas y al fondo se encontraba la estufa eléctrica cubierta de piedras. La puerta, de madera, estaba coronada por un generoso ojo de buey a modo de singular mirilla. Por fuera, las paredes estaban revestidas en piedra natural. La sauna estaba ubicada dentro del gimnasio del fallecido, una gran sala con todo tipo de

modernos aparatos de entrenamiento.

Llegamos a las oficinas del club, donde se encontraba la mujer de la limpieza. Vestía una pulida bata azul cielo en cuyo bolsillo superior llevaba bordado el nombre de una empresa de limpieza. Era menuda y estaba hecha un manojo de nervios.

—Juana, le presento al sargento Mercado —dijo Camacho.

—Mucho gusto, señor —contestó la mujer, que parecía a punto de llorar.

—Tranquilícese, Juana —intenté apaciguar—. Cuénteme lo que ha pasado.

—Verá, como cada día, cuando la señora Victoria me lo ha ordenado, he subido a limpiar las dependencias privadas de don Guillermo...

—¿Quién es la señora Victoria? —interrumpí.

—Victoria del Río es la gerente del club —respondió el agente.

—¿Y dónde está ahora?

—Ha tenido un ataque de ansiedad y los del SEM le han dado un tranquilizante para que se calmara —contestó—. Está en su despacho. ¿Quiere que vaya a buscarla, señor?

—No, déjela descansar. Ya hablaremos luego con ella. Perdone, Juana —dije dirigiéndome de nuevo a la mujer de la limpieza—. Me decía que la señora Victoria le había ordenado ir a limpiar las dependencias del señor Canals.

—Sí —afirmó—. Cuando entré en el gimnasio, vi que la puerta de la sauna estaba cerrada. Me extrañó, porque si no está el señor Canals, la puerta siempre está abierta. Y cuando él está en la sauna yo no entro en el gimnasio, por supuesto. No sabía qué hacer, pero al final me decidí a abrir la puerta, no fuera que el señor se la hubiera dejado cerrada por descuido. Y cuando la abrí... Por Dios, ¿quién ha podido cometer semejante disparate?

La mujer se puso las manos en la cara y se echó a llorar con desconsuelo.

—Camacho —ordené—. Ocúpese de la mujer.

—¡El gran Eutiquio Mercado! —tronó de repente una voz detrás de mí. Era Eduardo Roca, cabo de la Policía Científica, que entraba por la puerta de las oficinas—. ¿Qué haces aquí? —preguntó.

—Ya ves, me han encargado del asunto —contesté de mal humor—. Adiós domingo.

—Pues estamos igual. El domingo a la mierda. Qué se le va a hacer. Venga, llévame al lugar de los hechos y terminemos pronto. Hoy como en casa de los suegros, y como no llegue puntual mi mujer me la va a liar.

Subimos de nuevo a la sauna. Roca y su equipo iniciaron un minucioso trabajo, peinando palmo a palmo toda la estancia, buscando cualquier pista que pudiera ser de interés, a la vez que examinaban detenidamente el cadáver de Guillermo Canals. Mientras tanto, volví otra vez a las oficinas y mandé a Camacho que fuera en busca de la gerente.

Victoria del Río era una mujer todavía joven. Aunque no era especialmente hermosa, tenía unas facciones agradables. Vestía un elegante y caro traje de chaqueta

de color marrón claro y en su muñeca derecha llevaba un vistoso Rolex deportivo de gran tamaño. Camacho nos presentó.

—Usted dirá, sargento —dijo dándome la mano con firmeza.

—Me gustaría que me contara lo que ha sucedido esta mañana hasta que se han encontrado el cadáver del señor Canals.

—La verdad es que ha sido una mañana muy movida —respondió—. Hoy se celebra el torneo de golf benéfico que cada año organizaba don Guillermo. Habrá oído hablar de él.

—Pues no —reconocí—. Explíqueme, por favor.

—Don Guillermo era un apasionado del golf y siempre tuvo una gran sensibilidad para ayudar a los más desfavorecidos, por lo que hace cinco años decidió crear un torneo que reuniera a famosos de diferentes ámbitos con la finalidad de recaudar un dinero que fuera a parar cada año a una ONG distinta.

—Muy loable —contesté.

—Pues sí, la verdad. Don Guillermo consideraba que estaba en deuda con una sociedad que le había permitido llegar a ser lo que era, y era la manera que tenía de agradecerse. Este año, entre las inscripciones de los participantes, las colaboraciones de diferentes marcas comerciales y la generosa aportación de don Guillermo, hemos recaudado cerca de trescientos mil euros.

—Una cifra respetable —contesté—. Cuénteme ahora qué ha pasado esta mañana.

—A las siete de la mañana yo ya estaba aquí cuidando de que no faltara ningún detalle. Después han ido llegando los participantes. Calculo que sobre las nueve don Guillermo, sus hijos y algunos invitados han realizado una visita por las dependencias del club, que, por cierto, acabamos de reformar hace apenas unos meses. Después ya no he vuelto a ver a don Guillermo.

—Ha hablado de los hijos de Guillermo Canals —dije—. ¿Dónde están?

—Estarán por ahí. Cuando hemos encontrado el cadáver de don Guillermo, no sabía si avisarlos o esperar a que vinieran ustedes. No sé si he hecho lo correcto.

—Esté tranquila, ha hecho bien. ¿Los puede ir a buscar?

—Ahora mismo.

Mientras la mujer iba en busca de los hijos del muerto, subí de nuevo a la sauna a ver cómo les iban las cosas a Roca y su gente.

—¿Qué tal, Roca? —pregunté.

—Todavía nos queda un rato. Pero ya te avanzo que poca cosa podremos encontrar. Por aquí parece que haya pasado una manada de leones. Hay pelos y huellas por todas partes.

—¿Y el cuerpo?

—Estamos en ello, pero el tipo que ha hecho la faena se ocupó de limpiar bien la pelotita de golf. No ha dejado ninguna huella.

—¿El hematoma en la frente? —pregunté.

—Quizás se haya dado un golpe al caerse al suelo —contestó Roca—. No sé. Esperemos a que el forense haga su trabajo. *A priori*, parece que murió asfixiado por la pelota. Qué forma más terrible de morir, ¿verdad?

—Sin duda —afirmé.

—Pero no descartemos otros supuestos —dijo Roca—. ¿Sabes quién era Canals?

—Por lo que veo, un hombre rico.

—¿Rico, dices? Te quedas corto, Mercado. Guillermo Canals debe de ser uno de los tíos con más pasta del país. Y este caso no es uno cualquiera, te lo aseguro. Te ha caído un buen marrón, amigo.

En ese momento, unos gritos de mujer provenientes de la planta inferior interrumpieron la conversación.

—¡Quiero ver a mi padre! Y me da igual que usted me lo prohíba. Voy a subir, le guste o no.

Me asomé a la escalera y vi a Camacho protegiéndose como podía de los empujones de una mujer alta y rubia que subía por las escaleras a todo trapo.

—Camacho, déjela pasar —ordené.

Cuando la mujer llegó a mi altura, resoplaba con fuerza.

—Señora, soy el sargento Mercado y...

—Mucho gusto, policía —interrumpió, amenazante—, pero o me deja pasar a ver a mi padre inmediatamente o le aseguro que se va a arrepentir el resto de sus días.

—Muy bien —cedí—. Pero le advierto que lo que va a ver no es muy agradable.

—Me importa una mierda. ¡Apártese!

Seguí a la hija de Canals hasta el interior de la sauna. Cuando cruzó el umbral de la puerta, la mujer se paró y por un momento pareció que perdía el equilibrio. Se apoyó en mi brazo, mientras agachaba la cabeza y unas tímidas lágrimas aparecían en sus blancas mejillas.

—Pero ¿qué han hecho con mi padre? —sollozó.

Se arrodilló junto al anciano. Le cogió la mano y se la acercó a su mejilla. Roca hizo ademán de detenerla, pero le indiqué con una seña que no intercediera. Después de un par de minutos contemplándola en silencio, me acerqué a ella y, suavemente, la cogí para llevármela de allí. En ese momento apareció Victoria del Río y se abrazó a la hija de Canals.

—Vicky —le dijo—. Ve a buscar a mi hermano, lo necesito.

—Ahora mismo voy —contestó—. Ven, vamos al despacho de tu padre. Allí estarás más tranquila.

La hija de Canals se estaba secando las lágrimas, cuando se giró y se dirigió a mí.

—Soy Heidi Canals. Siento haber sido tan maleducada.

—Descuide. Ya sé que ahora no es el momento, pero me gustaría hablar con usted cuando pueda. Le dejo mi tarjeta.

Heidi Canals cogió la tarjeta y se la guardó en el bolsillo del pantalón. Mientras se marchaba hacia el despacho de su padre con la gerente, la observé con

detenimiento. Alta y rubia, era una mujer elegante y muy bella. De complexión delgada, mostraba una figura exquisitamente proporcionada. Un ceñido polo de color rosa y unos pantalones de pinzas blancos realzaban unas caderas prominentes, que no exageradas.

En ese instante, Roca salía con la gente de su equipo.

—Ya hemos terminado por hoy —dijo.

—¿Algo a destacar?

—Lo que te dije antes. Será complicado sacar conclusiones claras. Mañana tenemos que volver. Hay que tomar muestras de ADN de todo el personal del club para compararlas con las que hemos recogido hoy. Así sabremos si alguno de ellos estuvo en la sauna la mañana de ayer. Igual suena la flauta.

—O igual no.

Con el tiempo, me había ido acostumbrando a pensar que el camino más difícil siempre era el bueno. Era una manera como otra de evitar decepciones.

Pensé que por ese día bastaba. Aunque el domingo se había ido al carajo, al menos podría aprovechar la tarde para hacer algo de provecho. O simplemente para tirarme en el sofá y pasar el resto del día escuchando *rock and roll*. Me fui detrás de Roca y su gente. El lunes sería otro día.

Al pasar por delante del que supuse había sido el despacho de Canals, observé que la puerta estaba entreabierta. Terminé de abrirla con cuidado y vi a Heidi Canals sentada, cabizbaja, en una silla. Estaba absorta mirando una foto que tenía entre las manos. Inmediatamente se dio cuenta de que la estaban observando. Levantó la cabeza y unos preciosos ojos de color azul intenso me miraron fijamente.

—Sargento, el hijo de puta que haya hecho esto lo pagará, se lo aseguro.

—No se preocupe, señora —contesté—. Nos encargaremos de que la justicia haga su trabajo.

—Más le vale. Pienso mover cielo y tierra para que quien haya sido pague por ello. Con su colaboración o sin ella —retó, amenazante.

—Entiendo su dolor —contesté.

Decidí retirarme para no molestarla más, pero en el instante en que me daba media vuelta para marcharme, apareció Victoria del Río en tromba. Jadeante, tragó saliva un par de veces mientras se reponía. Después, balbuceó:

—Heidi, tu hermano Christian ha desaparecido.

CAPÍTULO 2

El fallecimiento de Guillermo Canals supuso un acontecimiento informativo de primer orden. A primera hora de la tarde del mismo domingo, algunas páginas web de noticias ya daban el parte de su muerte, y por la noche las televisiones locales y autonómicas le dedicaron amplios espacios informativos. Al parecer, era un personaje muy querido y admirado en círculos sociales y políticos por sus generosas aportaciones a causas solidarias. Hablaban de él como un hombre hecho a sí mismo, que había sido capaz de crear un imperio de la nada. Incluso el mismo presidente de la Generalitat había tenido unas palabras de recuerdo para Canals en la inauguración de una escuela municipal de una población del Baix Llobregat.

Por lo que a mí concernía, no podía estar más de acuerdo con Roca: me había caído un buen marrón. Si el muerto hubiera sido cualquier desheredado, la noticia de su muerte apenas habría ocupado, en el mejor de los casos, una breve reseña en algún periódico local y hubiera podido trabajar con la tranquilidad necesaria, alejado de los focos de los medios. Pero Guillermo Canals era una celebridad y su muerte seguiría siendo noticia de primera fila durante muchas semanas, con lo que ya podía irme mentalizando de que tendría que trabajar con presión añadida. Para mí, lo único bueno del caso es que podría disponer de todos los medios que considerara necesarios para llevar a buen puerto la investigación.

Al día siguiente llegué al trabajo cuando aún no había amanecido. La Central, como coloquialmente se le llamaba al Complex Central Egara, albergaba los servicios centrales de la Policía de Catalunya. Cuando llegué a mi mesa de trabajo, el subinspector Carreras estaba encerrado en su despacho. Me llamó. Se le notaba nervioso.

—Buenos días, subinspector —saludé al entrar.

—Mercado, necesito que resuelvas el caso ya mismo. ¿Has oído?

—Pero ¿la investigación no deberían llevarla los de la Región Policial Metropolitana Norte? —pregunté.

—Debería, pero no será —contestó secamente—. Es un caso de máxima prioridad y alguien de arriba ha decidido que se encargara del asunto la División de Investigación Criminal.

—O sea, nosotros.

—Exactamente, Mercado.

Carlos Carreras era un tipo de complexión fuerte. Casi tan ancho como alto, su aspecto recordaba al de un forzudo leñador de los bosques del norte. Pasaba holgadamente de los cincuenta y había ingresado en el Cuerpo algún tiempo después de mí. Era un hombre taciturno. Siempre estaba de mal humor. Una de esas personas que parece que nunca terminan de sentirse a gusto en el mundo donde viven. Pero un

día entendí el porqué: habíamos terminado un exhaustivo interrogatorio a un sospechoso de violar y asesinar a una joven. El tipo era un convicto por violación que había salido de permiso de fin de semana, y no se le había ocurrido nada mejor que seguir a la joven hasta su casa. La había violado en el portal de la vivienda y después le había asestado un navajazo mortal en el corazón. Al salir de la sala de interrogatorios, observé que Carreras tenía lágrimas en los ojos.

—¿Le sucede algo, subinspector?

—Nada, Mercado. He recordado algo.

—Venga conmigo a tomar el aire, le sentará bien.

Me lo llevé a dar una vuelta por los alrededores de La Central. Anduvimos un rato en silencio hasta que Carreras se detuvo y, todavía con lágrimas en los ojos, me dijo:

—¿Sabes? Mi hija tenía la edad de esa muchacha cuando murió. —Me quedé de piedra. No llegaba a concebir algo más duro que la pérdida de un hijo. No supe qué responder—. Su madre y yo hacía unos meses que acabábamos de separarnos. Mi mujer tenía problemas muy serios con el alcohol y llegó un punto en que la convivencia se hizo insoportable. Una noche de un día como hoy, mi exmujer y mi hija fueron a cenar juntas. Al salir, llovía a cántaros y mi hija le dijo a su madre que esperaran a que amainara la tormenta para coger el coche, pero no le hizo caso. —Carreras paró un instante. Tragó saliva—. Apenas habían recorrido trescientos metros desde que salieron del restaurante —siguió—, cuando el coche en el que viajaban se estampó contra el muro de una casa. Ambas perecieron al instante. Mi exmujer triplicaba la tasa de alcoholemia permitida por ley. Ahora han pasado ya quince años, pero te aseguro que no hay noche ni día en que no me acuerde de mi hija. Ahora tendría veintinueve años. Quizás se hubiera casado y tuviera hijos. Le gustaban mucho los niños, ¿sabes?

—Lo lamento mucho, subinspector —atiné a decir.

—No te preocupes. Tengo claro que es algo con lo que he de cargar de por vida. Dicen que nunca se supera la muerte de un hijo, pero que te acostumbras a convivir con ello, aunque yo todavía no lo he conseguido.

—Ha de ser duro.

—Sí, lo es. Te agradezco el interés, Mercado.

Desde aquel día, miré a Carreras de otra manera. Seguía siendo el mismo de siempre, huraño y desagradable, pero para mí había pasado a ser un pobre hombre que viviría el resto de sus días con una insoportable carga a sus espaldas. Y eso era algo que merecía mi más profundo respeto.

—Otra cosa, Mercado —dijo Carreras, siguiendo con la conversación.

—Diga, jefe.

—Tienes una nueva compañera que sustituye al cabo Albertí. El hombre tardará un tiempo todavía en poder incorporarse al servicio.

Me acordé del pobre Albertí. La mala suerte quiso que lo atropellara un coche

patrulla del Cuerpo cuando estaba paseando tranquilamente con su mujer y sus hijos un domingo por la mañana, en pleno barrio de la Barceloneta. Se había roto la cadera y un brazo, así que tardaría bastantes meses en poder volver a hacer vida normal.

—¿Una compañera? —pregunté—. Me puedo arreglar solo mientras Albertí no se recupere.

Hacía años que trabajaba con Quim Albertí. A pesar de que al principio las relaciones con él no habían resultado fáciles, con el tiempo habíamos aprendido a crear un espacio de convivencia común en el cual me sentía cómodo. Nunca me había resultado fácil cohabitar demasiadas horas con los compañeros del Cuerpo y pensar que tenía que volver a empezar de cero con alguien nuevo me generaba una pereza absoluta.

—La agente Sangenís se acaba de incorporar al Cuerpo y necesito que esté al lado de un veterano como tú —respondió Carreras.

—Ya, pero yo no necesito a nadie —insistí.

—Mercado, la decisión está tomada. Ven conmigo.

Seguí a Carreras fuera de su despacho, en dirección a una joven que estaba esperando disciplinadamente junto a mi mesa de trabajo. Era una muchacha de unos veintitantos años, pelirroja y delgada. Lucía unas discretas gafas de pasta que le daban un toque desenfadado a su rostro. El pelo, ensortijado, lo llevaba sujeto en una cola.

—Elvira Sangenís, te presento al sargento Eutiquio Mercado —dijo Carreras—. A partir de hoy, tu mentor en el Cuerpo. Espero, Mercado, que hagas de la agente Sangenís una gran profesional.

—¡Eutiquio Mercado! —exclamó la joven con los ojos muy abiertos—. ¿El sargento Eutiquio Mercado de la academia?

—Sí, agente —contestó rápidamente Carreras—, pero no te creas todo lo que dicen de él. Es mucho más normal de lo que parece.

—Sargento, en la academia estudiábamos sus casos. No me puedo creer que vaya a trabajar con usted. Es un honor que...

—Venga, venga —cortó Carreras en seco—. No le des más bombo al sargento, que al final se lo va a creer. Ahora, a trabajar. La agente Sangenís se sentará en la mesa contigua a la tuya.

—Sí, señor —contesté, sumiso.

Me senté en mi mesa de trabajo. La joven seguía mirándome como si no creyera lo que tenía delante. Por un momento me sentí el tipo más ridículo del planeta. Intenté pensar en positivo, que buena falta me hacía. No tenía suficiente con el marrón del caso Canals, que encima me tocaba ahora hacer de niñera de la joven agente. No estábamos empezando bien el día, pero era lo que había y por mucho que quisiera no iba a cambiar la situación. Así que, después de respirar hondamente, me dirigí, con el mejor de mis propósitos, a la joven:

—Te llamas Elvira, ¿verdad?

—Sí, señor. Elvira Sangenís.

—En primer lugar te agradecería que no me llamaras ni señor, ni sargento. Puedes llamarme Tiki o Mercado, lo que más te guste. A mí me da igual. También has de saber que, como decía antes el subinspector Carreras, la imagen que te han dado de mí en la academia no es la más acertada. No soy más que un simple sargento solterón que lleva un montón de años en el Cuerpo. Hace tiempo que cumplí los cuarenta y tengo la mala costumbre de afeitarme solo una vez por semana, algo que irrita sobremanera al jefe. En ocasiones puedo llegar a ser de lo más insoportable, pero espero que no me lo tengas demasiado en cuenta; en el fondo soy buena persona. Eso sí, tengo muchas manías y trabajar a mi lado no es fácil. Mis métodos, en ocasiones, no son los más ortodoxos, pero a mí me funcionan. ¿Entendido, agente?

—No hay problema, Tiki. Si te parece, yo también preferiría que me llamaras Elvira. Me sentiré más cómoda.

—Muy bien —contesté—. Ahora empieza por contarme qué hace una joven como tú metida a policía.

—Verás, tanto mi padre como mi tío son policías municipales en Malgrat de Mar. Mi abuelo paterno también lo fue. Y todo eso supongo que se pega. Antes de ingresar en el Cuerpo me diplomé en Enfermería, pero después de trabajar unos meses haciendo suplencias en un hospital de Mataró, me di cuenta de que aquello no iba conmigo, así que decidí presentarme a las oposiciones para poder llegar a ser *mosso d'esquadra*. Y aquí estoy, con muchas ganas de que llegara este día.

—Muy bien, Elvira. Creo que te has equivocado, pero eso es algo que ya irás descubriendo por ti misma. Ahora vamos a trabajar. No sé si te habrás enterado de que ayer se cargaron a Guillermo Canals, un adinerado empresario.

—Sí, lo vi en las noticias.

—Pues necesito que redactes un informe pormenorizado del difunto: lugar y fecha de nacimiento, vínculos familiares, amistades, historial empresarial... Todo. ¿Entendido?

—Perfectamente, Tiki.

Me fui a tomar un café y a fumar un par de cigarrillos mientras dejaba a la joven agente trabajando. Alguien había decidido acabar con la vida de un anciano. Quizás había sido por dinero o quizás por venganza. También era posible que hubiera sido por celos. Qué más daba. Un hombre había muerto asesinado y eso era algo que siempre me causaba pesar.

CAPÍTULO 3

Elvira había hecho un buen trabajo con el informe de Canals. En media mañana había reunido una gran cantidad de información que me ayudaría a conocer mejor al fallecido. Había nacido en 1928 en Alòs de Balaguer. Huérfano de madre a los dos años, su padre emigró a Alemania a trabajar y jamás volvió. Canals quedó entonces bajo la batuta de su abuela materna hasta que se fue del pueblo con apenas dieciséis años en busca de fortuna. Ni su abuela ni nadie del lugar supieron más de él hasta que, cincuenta años más tarde, el hombre volvió al pueblo convertido en un potentado. Su abuela había fallecido muchos años atrás y no tenía más familia. El hombre, entonces, compró el castillo derruido que había en el pueblo y lo convirtió en una fantástica mansión para uso y disfrute propio. Respecto al período de tiempo transcurrido entre su marcha de Alòs de Balaguer y su vuelta había diversas teorías. Se sabía con certeza que a principios de la década de los setenta había tenido una intensa actividad como promotor inmobiliario en Mallorca y que a finales de los ochenta había recalado en Barcelona, lugar donde había comprado un palacete en la avenida del Tibidabo. En Barcelona había continuado su actividad promotora ligada al sector del ladrillo, pero también había invertido en otros sectores económicos. En el 2001 había creado la sociedad Canals Corporation, que aglutinaba todas sus actividades empresariales.

El punto oscuro de la historia era el período comprendido entre mediados de los cuarenta y principios de los setenta. No había rastro de dónde se había metido Canals en ese lapso de tiempo. Lo único que se sabía es que había partido de Alòs de Balaguer con dieciséis años, sin un duro en el bolsillo, y había aparecido en Mallorca casi treinta años más tarde ya rico, muy rico. Quizás la teoría más plausible era la que suponía que se había marchado a Brasil, donde habría amasado una fabulosa fortuna de la cual se desconocía su origen.

Guillermo Canals se había casado en 1972 con Unna von Reiniger, hija de un barón alemán venido a menos, y tenía dos hijos, Heidi y Christian. No se le conocía más familia.

Respecto al patrimonio que dejaba el viejo, se estimaba que debía de rondar los cuatro mil millones de euros, lo que lo situaba como uno de los ciudadanos españoles más ricos.

Mientras realizaban la autopsia a Guillermo Canals y la Policía Científica acababa de redactar su informe, decidí ir de nuevo al club de golf. Le dije a Elvira que me acompañara.

El club de golf de Canals estaba situado justo a la salida de Sant Cugat, en pleno parque natural de Collserola, un espacio protegido de más de ocho mil hectáreas, auténtico pulmón de todas las poblaciones desperdigadas a su alrededor, Barcelona

incluida. Estaba rigurosamente prohibido construir allí. Me pregunté cómo se las habría ingeniado Canals para que le dejaran construir su campo de golf. Nada limpio, supuse.

Para llegar al local social del club hacía falta conducir durante un par de kilómetros por la carretera de la Arrabassada en dirección Barcelona y tomar el desvío que señalizaba el camino del club. Una revirada y estrecha carretera particular transportaba al conductor hasta lo alto de una loma, desde la cual se divisaban imponentes vistas de la comarca del Vallès.

El club estaba, ese día, cerrado en señal de duelo por la muerte de su propietario y apenas se hallaban en el aparcamiento media docena de utilitarios, que contrastaban con el auténtico arsenal de coches de lujo que había visto el día anterior. Preguntamos por Victoria del Río en la recepción del club.

—Está en el campo de prácticas. Al salir, giren a la izquierda y lo verán al fondo, a unos cien metros —nos orientó amablemente la joven recepcionista.

Cuando llegamos allí, la gerente estaba dando instrucciones a una media docena de operarios. Esperamos educadamente unos minutos hasta que la mujer terminó. Se dirigió a nosotros con cordialidad.

—¿Qué le trae por aquí, sargento?

—Le presento a la agente Sangenís, que colabora conmigo en la investigación. Nos gustaría hablar con usted tranquilamente.

—¿Soy sospechosa de algo?

—Todos somos inocentes hasta que se demuestra lo contrario —contesté con amabilidad—. Y usted no es una excepción.

—No me tranquiliza en exceso, sargento.

—No se preocupe. Tan solo nos gustaría conocer más en detalle cómo era el señor Canals.

—Sin problema —respondió—. Si les parece, podemos hablar mientras doy un vistazo a los hoyos. Ayer, con la competición, quedarían todos bastante deteriorados y hará falta arreglarlos. Los búnkeres deben de estar hechos polvo.

—Con mucho gusto la acompañaremos —dije—. Quería empezar por preguntarle cómo conoció al señor Canals.

—Hace doce años que trabajo aquí. Aunque soy economista de formación, me diplomé en gestión de instalaciones deportivas mientras estuve viviendo en Estados Unidos. Mi exmarido, que trabajaba entonces en IBM, estuvo destinado allí por trabajo durante cuatro años. Como yo no tenía trabajo ni me apetecía quedarme en casa consumiéndome, pensé que era una buena opción aprovechar el tiempo estudiando algo. Al volver, sin saber muy bien qué rumbo profesional tomar, me salió, a través de un conocido de mi marido, la oportunidad de llevar la dirección adjunta del Real Club de Tenis Barcelona. Allí estuve un par de años hasta que don Guillermo me ofreció el puesto de gerente aquí. La verdad es que siempre le he estado muy agradecida por ello.

—¿Cómo era el señor Canals en el trabajo?

—Era un hombre que dejaba hacer. Únicamente me llamaba una vez al mes para que lo informara de la evolución de la gestión del club. Tenía sus rarezas, como todo el mundo. Lo que no entiendo es que alguien haya podido matarlo. Además, de la manera en que lo hizo. Todavía no me lo puedo creer, es horrible.

—Pues sí —contesté—. Alguien se ensañó con él.

—¿Es cierto que el señor Canals murió ahogado con una pelota de golf? —preguntó la gerente, con cara de angustia.

—No se sabe aún. Estamos a la espera de los resultados forenses.

—¿Qué nos puede contar de su familia? —preguntó Elvira, que había permanecido en silencio hasta entonces.

—A su mujer, la señora Unna, no la conocía mucho. Apenas venía por el club. Diría que cada uno hacía su vida. En cambio, Heidi era la niña de los ojos de su padre. Como ya vio ayer, es una mujer de carácter fuerte. Trabaja con su padre, pero no sé exactamente en qué. Vive en una masía, en el Montseny.

—¿Y el hijo? —pregunté.

—Christian es un pobre chico. Un poco alocado. Ahora mismo diría que no trabaja. Tiempo atrás creo que sí que había estado en alguna de las empresas de su padre, pero nunca se habían llevado especialmente bien. Con don Guillermo siempre ha tenido una relación muy distante. Creo que su padre jamás aceptó lo suyo.

—¿Lo suyo? —inquirí.

—Christian Canals es homosexual.

—¿Tiene idea de dónde podemos encontrarlo?

—Prueben en su casa. Vive en la casa paterna. Quizás también puedan encontrarlo por la zona del Gayxample de Barcelona. Tengo entendido que va mucho por allí.

Seguimos paseando con Victoria del Río por el camino que bordeaba los hoyos del campo de golf.

—Victoria —seguí—, cuéntenos un día cualquiera del señor Canals en el club.

—Don Guillermo era un hombre muy estricto en sus costumbres. Venía al club todos los días. Llegaba a las ocho, hacía media hora de ejercicio en su gimnasio privado y tres días a la semana se tomaba su sauna. Hacía años que los médicos le habían aconsejado tomar baños de vapor para combatir la artritis. Entre nueve y nueve y media se iba a desayunar y después, aunque no siempre, jugaba algunos hoyos. Era un hombre muy vital.

—Tendremos que hablar con todos los empleados del club —dije.

—Claro, no hay problema. ¿Cuándo quieren hacerlo?

—Pues si puede ser hoy, mejor que mañana.

—Muy bien. Pueden utilizar mi despacho si quieren.

Después de casi tres horas entrevistando al personal del club, apenas recogimos alguna información que pudiera ser de utilidad. Todos coincidían en la consternación

que sentían por la muerte de Canals. Según habían dicho algunos, el hombre era un encanto de persona y pagaba buenos sueldos. Cuando terminamos, Victoria del Río nos preguntó cómo había ido.

—Pues la verdad es que no hemos obtenido nada que fuera interesante — contesté.

—No sé si saben que mañana entierran al señor —dijo la gerente.

—¿Dónde?

—En el tanatorio de Les Corts, en Barcelona. A las diez de la mañana.

CAPÍTULO 4

En la sala donde se oficiaba la misa por Guillermo Canals no cabía ni un alfiler, por lo que decidimos encaminarnos hacia la puerta de salida. El lugar también estaba abarrotado. En este caso, de multitud de reporteros gráficos impacientes que debían de esperar captar instantáneas de la familia con algún cargo político importante o con algún famoso. Esperamos pacientemente.

Al cabo de pocos minutos se abrió la puerta y por ella apareció, en primer lugar, Heidi Canals con un discreto vestido negro y el pelo recogido en un comedido moño. Inmediatamente detrás, asomó la figura de una mujer rubia, alta y delgada, protegida por unas grandes gafas de sol, que se parecía mucho a la hija de Canals, aunque era mayor que ella. Supuse que sería Unna von Reiniger. A su lado, apareció un hombre algo más joven, que se ayudaba de un bastón para caminar. Era alto y mostraba un porte de singular distinción. Vestía un sobrio traje oscuro. Debía de ser alguien de la familia o muy cercano a ella, puesto que se alineó con las dos mujeres para recibir el pésame de los asistentes. Los tres se quedaron en la puerta, esperando el lento desfilar de las decenas de personas que habían acudido al entierro, mientras los fotógrafos apostados a nuestro lado disparaban a discreción sus cámaras.

Una de las primeras personas que apareció fue una llorosa Victoria del Río, apoyada en el brazo de un joven que me pareció haber visto en el club de golf el día de la muerte de Canals. Supuse que sería algún empleado del club. Detrás pude reconocer al alcalde de Barcelona, que saludó cortésmente a la viuda y a la hija de Canals. Poco después me pareció advertir la presencia de dos *consellers* de la Generalitat de Catalunya que iban junto al presidente de un importante bufete de abogados de la ciudad. Entre la multitud de gente anónima que iba saliendo al exterior también observé muchas caras conocidas, de esas que aparecían con frecuencia en televisión o en prensa.

—Jamás había visto tantos famosos por metro cuadrado como aquí —me dijo en voz baja Elvira.

Después de que hubieran desfilado todos los asistentes y los reporteros se hubieran marchado, nos quedamos solos Elvira y yo a pocos metros de donde estaban la mujer y la hija de Canals, junto al hombre desconocido. Un conserje del tanatorio les estaba haciendo unas indicaciones, cuando Heidi Canals reparó en nosotros. Dejó al hombre con la palabra en la boca y se encaminó hacia nosotros con paso rápido.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —preguntó, furiosa.

—No se moleste —contesté, apaciguador—. Nuestra presencia es parte de la investigación.

—¿Y no pueden empezar la investigación en otro momento?

—Cuanto antes empecemos, antes esclareceremos el caso, que imagino que es lo

que ustedes desean, ¿verdad?

—De acuerdo, de acuerdo... —contestó Heidi Canals, más calmada.

—No queremos molestar. Ya nos vamos.

Heidi Canals debió de dar por buena la explicación, porque dio media vuelta y se fue en dirección hacia su madre, que aguardaba acompañada del hombre del bastón.

—Vaya carácter tiene esa mujer —observó Elvira—. Encima que estamos trabajando para aclarar quién mató a su padre...

—Ya ves, la gente es así de desagradecida. Venga, vamos, que aquí ya no tenemos nada que hacer.

—¿Has visto al hombre que estaba con la viuda y la hija?

—Sí, me he fijado.

—¿Sabes quién era?

—Ni idea, pero debe de ser alguien muy allegado a la familia. Ya lo averiguaremos. Hoy no es el momento.

Nos dirigimos al coche y, justo cuando estaba abriendo la puerta, apareció una mano que me sujetó suavemente el brazo. Era el hombre del bastón. Detrás de él estaba Unna von Reiniger.

—Disculpe. Soy Manfred von Reiniger, el cuñado de Guillermo Canals.

—Mucho gusto —contesté.

—Me ha dicho mi sobrina que llevan ustedes la investigación por la muerte de Guillermo.

—Así es.

—Quería pedirle a usted y a su compañera disculpas por el comportamiento de Heidi. Está muy nerviosa.

—No se lo tengan en cuenta —intervino la mujer de Canals—. Heidi es muy impulsiva, pero solo en la forma.

Me pregunté a qué venía esa consideración con nosotros. Ciertamente, la actitud de la hija de Canals no había sido un dechado de cortesía, pero tampoco eran necesarias tantas justificaciones.

—No se preocupen. Es normal en estos casos.

—¿Cómo van las investigaciones? —preguntó Manfred von Reiniger.

—No hay mucho que contar. Además, el juez ha decretado el secreto de sumario. No nos está permitido revelar ninguna información.

—Lo entiendo, lo entiendo. No quería ser indiscreto —se justificó Von Reiniger.

—No se preocupe —contesté.

—Si desean hablar conmigo en algún momento, estoy a su disposición —dijo Unna von Reiniger.

—Se lo agradezco.

—Vengan mañana a mi casa. Les espero a las nueve de la mañana.

—Allí estaremos.

Los hermanos Von Reiniger se despidieron cortésmente y se fueron en dirección

al tanatorio. En ese instante sonó mi móvil. Era el subinspector Carreras.
—Mercado, ya tenemos el informe forense —dijo.

CAPÍTULO 5

De camino a la entrevista con Unna von Reiniger, aprovechamos para ver el informe forense. A la espera de los análisis toxicológicos en sangre, la conclusión era clara: Guillermo Canals había muerto de parada cardiorrespiratoria, presumiblemente por un exceso de exposición en la sauna. Según el resultado de la autopsia, el hombre permaneció en el lugar más tiempo del aconsejado para una persona de su edad. El hematoma en la frente se había producido al golpearse con una de las bancadas laterales después de caer muerto. El forense afirmaba que cuando alguien le colocó la pelota de golf en la boca, el anciano ya había fallecido.

—Pobre hombre —dijo Elvira—. Entonces pudiera ser que se tratara de un simple accidente, ¿no?

—¿Y la pelota de golf? No, Elvira. Alguien se preocupó de que el viejo no pudiera salir de la sauna cuando tocaba.

—Sí, pero la puerta de una sauna nunca se puede cerrar por fuera. Al menos la sauna del gimnasio funciona así.

—Y la puerta se abre hacia fuera, ¿verdad?

—Sí —contestó la agente, con el rostro dubitativo.

—Mira, solo con que alguien colocara un mueble de cierto peso o algún objeto similar contra la puerta, hubiera sido suficiente como para que el viejo no pudiera salir.

—¿Alguna de las máquinas del gimnasio? —apuntó Elvira.

—Por ejemplo.

—Y quien lo mató quiso terminar el trabajo colocándole la pelota de golf en la boca, como si fuera la guinda de un macabro pastel.

—Algo así —admití—. Alguien le tenía manía al viejo y se lo cargó. Y ese alguien pertenece a su círculo más cercano. De eso estoy seguro.

La casa de los Canals era un espléndido palacete de estilo *noucentista*. Detrás de un inmenso portón de entrada, se escondía un hermoso jardín con una vegetación tan espesa que aislaba el ruido de la calle. Pensé estúpidamente que si un día volvía a nacer, quería ser rico y vivir en un palacio como ese.

Una criada uniformada nos recibió y nos hizo pasar a una espaciosa sala de estar de paredes muy altas. Había varios cuadros colgados que Elvira miró con interés.

—¿Has visto? —me preguntó impresionada.

—¿El qué? —contesté con la cabeza en otra parte.

—Los cuadros.

—Sí, ya los veo. ¿Qué sucede con ellos?

—Pues que, o son imitaciones muy buenas, o aquí hay una verdadera fortuna en obras de arte. Un Meifrén, un Pinazo y un Mir.

—Lo siento, Elvira, no los conozco. Mis conocimientos pictóricos son más bien limitados.

—¿Tú crees que serán auténticos?

—Apostaría a que sí.

—Qué maravilla —siguió Elvira, embelesada.

—Veo que te gusta el arte.

—Mucho, especialmente la pintura. Si pudiera, estaría todo el día de museo en museo mirando exposiciones. ¿Y a ti? ¿No te gusta?

—Digamos que, como no lo entiendo, no me atrae.

En aquel momento apareció de nuevo la criada, seguida de Unna von Reiniger. Nos saludó con displicencia.

—Llegan con retraso —dijo—. No tengo mucho tiempo.

—Tendrá que disculparnos —contesté—. Ya sabe, el tráfico...

—Digan —cortó.

Los ojos de la mujer desprendían una frialdad que, por momentos, resultaba intimidante. No parecía especialmente afligida por la muerte de su marido.

—En primer lugar, queríamos preguntarle dónde estaba usted el pasado domingo por la mañana.

—Estaba en Londres —contestó—. A menudo paso los fines de semana allí, en casa de una amiga de la infancia. Cuando mi hija me comunicó la muerte de Guillermo volví enseguida. Por cierto, ¿ya saben de qué murió mi marido?

—Sufrió una parada cardiorrespiratoria como consecuencia de haber permanecido demasiado tiempo en la sauna —expliqué.

—¿Y...?

—Bueno... Al parecer alguien le cerró la puerta de la sauna y...

—Y le puso una pelotita de golf en la boca para que pareciera más mono, ¿verdad? Sargento, ya soy mayor y no necesito que vaya con rodeos.

—De acuerdo, señora —contesté—. Asesinaron a su esposo y lo hicieron con inquina. No sabemos quién, pero creemos que ha de ser alguien de su entorno próximo. ¿Piensa en alguien que pudiera quererle algún mal a su marido?

—Ni idea, sargento. La verdad es que mi marido y yo hacía muchos años que manteníamos vidas más o menos separadas. Es cierto que lo acompañaba en algunos actos sociales, pero solo eso. Dormíamos en habitaciones distintas y cada uno iba a la suya. Él se pasaba el día en el club y a mí siempre me ha gustado viajar, por lo que coincidíamos poco.

—Entiendo —afirmé.

—Verá —aclaró la mujer—, mi marido y yo nos llevábamos muchos años de diferencia. Cuando me casé, yo era todavía una jovencita recién salida del cascarón y Guillermo ya era un hombre con mucha vida a sus espaldas. Al principio todo era de color de rosa, pero a medida que fueron pasando los años, la diferencia de edad cada vez se acusó más.

—Nos han dicho que su hijo Christian ha desaparecido. ¿Sabe dónde puede estar?

—¿Qué dice, sargento? —dijo Unna von Reiniger, elevando la voz—. No insinuará que mi hijo...

—No, señora. No insinúo nada, pero comprenderá que su ausencia no se puede calificar de normal. Tengo entendido que por la mañana estuvo en el club con su hija Heidi y a media mañana, cuando Victoria del Río fue a buscarlo, había desaparecido.

—Mi hijo hace esto, a veces. Se ausenta unos días y se va a Ibiza o a casa de algunos amigos. No sé... supongo que a cargar pilas. ¿Sabe? Mi hijo es una persona muy sensible, con fuertes altibajos emocionales. A veces necesita evadirse del mundo, y eso es algo que comprendo y respeto profundamente.

—¿Cómo eran las relaciones entre su marido y su hijo?

—Digamos que mi marido nunca tuvo un especial apego a sus hijos. Es cierto que nunca les faltó de nada, pero también es verdad que se ocupó poco de ellos a nivel afectivo. Guillermo siempre dedicó más tiempo a sus negocios y a sus amigos que a la familia. Creía que trayendo el dinero a casa su labor como padre y marido quedaba resuelta. ¿Usted cree?

—Yo ni soy marido ni padre, así que no sé decirle.

—Pues casi mejor. La maternidad se come veinte años de tu vida. Un tiempo que ya no recuperas jamás. Aún a día de hoy, me planteo si hice lo correcto siendo madre tan joven. Siga así, sargento. Será más feliz, se lo aseguro.

—Tomo nota —contesté, lacónico.

—¿Puedo ayudarles en algo más? —preguntó la mujer de Canals—. Me tendrán que disculpar. Voy mal de tiempo. Vuelvan cuando quieran.

La sirvienta nos acompañó hasta la salida.

—¿Tú crees que esa mujer asesinó a su marido? —me preguntó Elvira.

—Ella, directamente, no. Eso parece claro.

—Pero pudo haber encargado a alguien que lo matara —razonó—. Supongo que le caerá un buen pellizco de la fortuna del anciano.

—Puede ser.

CAPÍTULO 6

Rocío Álvarez era una guapa sevillana que regentaba una modesta galería de arte en la parte alta de Barcelona. La había conocido por casualidad en un pequeño caso de estafa. Había falsificado unas litografías de Joan Miró y las había vendido en mercadillos ambulantes. Después de recibir una denuncia de la Fundació Miró, me tocó investigar el caso, en el que finalmente se descubrió una organización internacional a gran escala que traficaba con litografías falsas de pintores contemporáneos. Rocío había colaborado desde un primer momento con el Cuerpo en la investigación del caso. Finalmente, la juez, bajo mi recomendación, le había impuesto una multa de diez mil euros y la dejó en libertad sin cargos. De ahí surgió una amistad que tres días más tarde se convertiría en relación sentimental. Bueno, no sé si sentimental o solamente sexual.

Ese día la llamé para almorzar. La galería de arte donde trabajaba era propiedad de Nigel Osborne, un maduro homosexual muy introducido en el mundo gay que quizás pudiera darme alguna indicación acerca del paradero de Christian Canals. Osborne era un inglés, exdirectivo de una multinacional farmacéutica, que estuvo de director de innovación en la sede española de la compañía durante un decenio. Después de una ventajosa jubilación anticipada, decidió que era mejor el sol de Sitges que la bruma de Londres. Así que, con algunos ahorros, montó la galería de arte que regentaba Rocío y que promocionaba a jóvenes pintores homosexuales.

Nos citamos en Casa Manolo, un pequeño bar restaurante regentado por un gallego que hacía más de tres décadas que vivía en Catalunya y su mujer. Manolo presumía de tener la mejor carne gallega de Barcelona. Y la verdad es que quizás no fuera la mejor, pero con toda seguridad era excelente. Yo jamás había aprendido a cocinar, por lo que Casa Manolo era como mi segunda casa. Allí cenaba casi todos los días y también almorzaba cuando el trabajo me lo permitía.

—¿Qué será, Tiki? —preguntó Manolo, el dueño del local—. Veo que hoy vas muy bien acompañado.

—Muchas gracias —contestó Rocío.

—Todas son tuyas —dijo Manolo, sin quitar ojo del generoso escote que lucía la sevillana.

—Manolo, ¿estás por la faena? —dije.

—Claro, claro. ¿Qué os apetece comer?

—¿Qué tienes?

—¿Qué te parecen unos macarrones gratinados para empezar y un estupendo pollo al ajillo de segundo?

—Perfecto —contesté—. ¿Te va bien, Rocío?

—Sí, comeré lo mismo.

—¡Marchando! Podéis sentaros en la mesa del fondo, o en el jardín. Como queráis —dijo Manolo, sin dejar de mirar las tetas de Rocío.

—Iremos al jardín.

Si algo tenía de bueno Casa Manolo, aparte de la comida que preparaba con esmero Carmen, la mujer del dueño, era que uno podía comer en un pequeño jardín interior ubicado en la parte posterior del local, donde se podía fumar tranquilamente. Algo que cada vez era más difícil encontrar y que para un recalcitrante fumador como yo era determinante.

—¿Qué necesitas, Tiki? —me preguntó Rocío, una vez nos sentamos en la mesa—. Porque siempre que llamas es porque necesitas algo o porque tienes ganas de echar un polvo.

—Pues creo que hoy será un poco de las dos cosas —contesté, intentando esbozar una sonrisa seductora.

—Soy toda oídos, y todo sexo —dijo con picardía.

—Estoy investigando un caso de asesinato y ha desaparecido un posible culpable. Un chico gay que, según me han comentado, frecuenta los locales de ocio del Gayxample. Y como tú tienes amigos en el gremio, he pensado que quizás me pudieras echar una mano.

—La mano te la echaré cogiéndote esa polla que tienes y poniéndotela dura como una roca.

—Rocío, estoy hablando en serio.

—Y yo también, cariño —sonrió—. La verdad es que tampoco te creas que conozco a demasiada gente, pero quien sí te podrá ayudar es Nigel.

—¿Cuándo hablarás con él?

—Esta tarde supongo que pasará por la galería. Dime, ¿cómo se llama el chico que buscas?

—Christian Canals.

—¿No es el hijo de Guillermo Canals, ese a quien asesinaron el otro día?

—El mismo. ¿Lo conoces?

—No, pero Nigel seguro que sí lo conocerá.

En aquel momento, después de haber dado buena cuenta de los macarrones, noté un pie desnudo que, por debajo de la mesa, se ponía encima de mi entrepierna. Miré a Rocío con cara compungida. Ella me sonrió maliciosamente sin dejar de apretar su pie con firmeza.

—Basta, Rocío —le dije, apartándole el pie—. ¿Por dónde íbamos?

—Me hablabas del hijo del potentado ese que ha desaparecido. Seguro que le caerá un buen pellizco de la fortuna de su padre.

—Si le caerá o no, no lo sé. Lo que sí es cierto es que su padre tenía un patrimonio importante.

—¿Y no te jode investigar a gente de esta calaña? Seguro que si se muere cualquier desgraciado no le hacéis ni puñetero caso. En cambio, basta que se muera

un ricachón para que todos perdáis el culo. No vamos bien, Tiki.

—Claro que me jode. Y ¿qué quieres que haga? Para mí es lo mismo la muerte de uno que de otro, pero ya sabes que a los de arriba les preocupa sobremanera dar una imagen de eficacia fuera de toda duda. Un desgraciado, como dices tú, difícilmente tendrá cobertura en los medios, por tanto, prácticamente nadie sabrá de su muerte. En cambio, la muerte de un personaje como Guillermo Canals es seguida por todo dios.

—El sistema es una mierda.

—No te equivoques, Rocío. El sistema no es malo. El problema, a menudo, son algunas de las personas que lo integran. Vivimos en democracia y eso es lo mejor que nos puede pasar. Quizás no sea un sistema perfecto, pero es la mejor forma de gobierno. Fíjate, si no, en lo que sucede en el tercer mundo. Prácticamente, todos sus países viven en manos de dictaduras donde el hambre, las guerras y las miserias son el pan de cada día de sus habitantes. Creo que era Lincoln quien decía que la democracia es un gobierno del pueblo, para el pueblo y por el pueblo. No olvides eso.

—No sé quién era el Lincoln ese, pero aparentaré que me has convencido, básicamente, para que estés relajado y folies como tú sabes —dijo sonriente, mientras ponía de nuevo su pie encima de mi entrepierna—. Hacía muchos días que no nos veíamos y te echaba de menos. Venga, termina rápido y vayamos a tu casa. No sé por qué será, pero hoy voy más caliente que nunca.

Yo también iba caliente. Y más a esa hora. Era cierto que siempre era un buen momento para el sexo, pero después de comer, la testosterona se me subía a la cabeza y me trastocaba la mente. Nos fuimos de Casa Manolo sin tomar postres ni café. Hasta mi casa, en la plaza de la Virreina, apenas había unos minutos andando.

Tenía alquilado un pequeño ático de dos ambientes, suficiente para cubrir mis necesidades vitales. Y aunque no las satisficiera, era lo que había; el sueldo de sargento no daba para mucho más. Pero me encontraba a gusto. Además, podía presumir de ser vecino de Jackson Browne, que tenía un piso justo debajo del mío, donde pasaba largas temporadas con su mujer. Seguramente, Browne no fuera una estrella de primera fila. Ni quizás de segunda. Con fama de buen compositor, curiosamente era más conocido por su versión de «Stay», el clásico de Maurice Williams, que por sus composiciones propias, como «Running on Empty» o «The Pretender». Pero a mi ilustre vecino le cabía el honor de haber compuesto «Take it Easy», el tema que lanzó al estrellato a una de las grandes bandas americanas: Eagles. Y eso no era poca cosa.

Al llegar al portal del edificio, coincidimos con la vecina del segundo, una anciana viuda que nos saludó amablemente. Subimos los tres juntos en el ascensor.

—Buenas tardes, señora Pilar —saludé—. ¿Cómo está?

—Bien, hijo, bien. Aunque, a decir verdad, podría estar mucho mejor. El maldito reuma me hace la vida imposible. ¿Y esta muchacha? ¿Cómo te llamas, guapa?

—Rocío, señora. Encantada de conocerla.

—¿Eres la nueva novia de Tiki?

—Bueno... no exactamente —contestó Rocío, mientras un ligero sonrojo se apoderaba de ella—. Soy una amiga.

—Ya, ya —respondió la mujer, con una sonrisa picara—. ¿Y de qué trabajas?

Mientras la señora Pilar continuaba interrogando a Rocío, noté que esta deslizaba sigilosamente su mano en el interior de mi pantalón. Desprevenido, solté un grito que hizo girar en redondo a la anciana.

—¿Qué te sucede, hijo?

—Nada, señora Pilar, nada. He recordado que he olvidado algo.

—Bueno, chicos, yo me bajo aquí —dijo la señora cuando el ascensor se detuvo en la segunda planta—. Que terminéis de pasar un buen día.

Con su mano en el interior de mi pantalón, Rocío tiró de mí como si fuera el carro de la compra hasta que llegamos al ático.

—Me voy a lavar los dientes —le susurré.

—No tardes —me contestó, mientras su lengua húmeda penetraba en el interior de mi boca, poniéndome a cien.

Al salir del lavabo me encontré a Rocío en el sofá. Estaba recostada, completamente desnuda y con las piernas ligeramente abiertas. Se había rasurado la entrepierna. Me desnudé con rapidez y me acerqué. La erección de mi pene estaba aumentando a un ritmo endiablado. Lo acerqué a sus pechos y jugueteé con sus pezones.

—¿Te gusta así? —dijo, mientras distraídamente acariciaba su clítoris.

—Mucho —afirmé.

—Pues ven y prueba.

Acaricié su entrepierna, suave como el terciopelo. Rocío lanzó un leve suspiro de placer.

—Con la lengua, cariño —dijo.

Apoyé las manos en sus muslos y, con suma delicadeza, le separé las piernas. La visión de su sexo, abierto de par en par, me excitó sobremanera. Me acerqué y, con la lengua, lamí furtivamente su clítoris. Estaba húmedo y tenía un lejano sabor salado. Me incorporé de nuevo para volver a ver el sexo de Rocío en todo su esplendor. Ella pareció darse cuenta de mi fijación, porque colocó ambas manos en su entrepierna y comenzó a tocarse, mientras me miraba sonriente. Se acarició el clítoris y, con dos dedos de una mano, abrió su vulva. No pude evitar coger con fuerza mi pene y empezar a masturbarme.

—Déjame a mí —dijo.

Se incorporó, apartó mi mano y se llevó mi pene a su boca. Lo chupó largo rato como si fuera un helado de chocolate. Cuando estaba a punto de correrme, la aparté, la recliné de nuevo en el sofá y empecé a lamer su clítoris de nuevo, con fruición desmedida. Rocío empezó a suspirar, mientras sus caderas se movían en ritmo constante y acompasado. Al cabo de unas decenas de segundos, los suspiros se convirtieron en fuertes gemidos y el movimiento de sus caderas se transformó en un

permanente espasmo descontrolado. Al final lanzó un grito contenido y juntó sus piernas con fuerza. Me aparté un momento mientras Rocío se sobreponía del orgasmo.

Entonces Rocío cogió de nuevo mi pene. Estaba duro como una roca. Me lo acarició con delicadeza. Después se levantó y me dio un suave empujón que me dejó sentado en el sofá. Ella se quedó de pie con los brazos en jarras, desafiante. Se acercó y se puso de pie encima del sofá, con las piernas abiertas, frente a mí. Poco a poco se fue agachando hasta que volvió a coger mi pene y se lo introdujo en su vagina rasurada. Entonces empezó a subir y bajar sus caderas a un ritmo constante, mientras aplastaba sus generosos pechos en mi cara. La luz de primera hora de la tarde se colaba por la ventana, dejando a trasluz pequeñas gotas de sudor que resbalaban por el entrepecho de Rocío. Pasados unos momentos, sus gemidos fueron a más.

—Venga, cariño, venga —susurró—. No esperes más.

Y entonces aceleró el ritmo con decisión hasta que ambos nos corrimos.

—¿Pongo algo de música? —le pregunté, al cabo de un par de minutos.

—Sí, como quieras.

—¿Qué te apetece?

—No sé, cualquier cosa me va bien, pero que no sea muy estridente.

Me levanté y escogí el álbum *The Best of Van Morrison*, Van the Man para los amigos, y seleccioné el corte seis, la preciosa «Brown Eyed Girl». La seca voz del norirlandés empezó a llenar el ambiente.

—¿Un cigarrillo, Tiki? —me preguntó Rocío, mientras me dejaba un beso húmedo en mis labios.

—No debería —reconocí—. A mi edad he de empezar a plantearme eso del tabaco o acabaré mal.

—No me seas cafre, cariño —contestó Rocío—. Un buen polvo termina siempre con un cigarrillo.

—También es verdad. Venga, dame uno. ¿Así que crees que Nigel podrá echarnos una mano con el tema del hijo de Canals?

—Seguro —afirmó—. Incluso es muy posible que se lo haya follado en alguna ocasión. Si quieres, podemos ir juntos a verlo. Ya sabes que siempre le has gustado y se pondrá contento de verte.

—¿Estás segura? La última vez que coincidimos no parecía muy contento.

—No le hagas caso. Lo que le sucede a Nigel es que está enamorado de ti y tú no le correspondes.

—Déjate de tonterías, Rocío.

—Te lo digo de verdad. Un día me lo confesó.

—Pues de momento se tendrá que conformar con otra cosa. Aún no voy tan apurado como para plantearme tener relaciones con él —le dije, pellizcándole un pezón—. Con tus tetas tengo suficiente.

—Eres un jodido interesado. Un día de estos voy a encontrar a un tío con pasta

que quiera casarse conmigo y tener muchos hijos, y entonces ya no me vas a ver más el culo. ¿Me oyes, capullo?

Ese tema era algo cíclico con Rocío. Cada cierto tiempo le entraba la morriña de que quería formar una familia y entonces no paraba de darme la lata unos cuantos días. Por suerte, era algo que no sucedía muy a menudo.

—Venga, Rocío. No empieces otra vez con eso. Ya lo hemos hablado muchas veces. Sabes que te quiero mucho.

—Pues no se nota. Parece que solo me quieras para que te la chupe.

—Dame un beso, morenaza —le dije zarandeándole suavemente la barbilla.

—Eres un cabrón —contestó, apartándose.

CAPÍTULO 7

La galería de arte de Nigel Osborne era un local que no tendría más de cien metros cuadrados y no parecía que fuera un negocio que diera para mucho. Siempre había tenido la ligera sospecha de que había algo más que el negocio de los cuadros, pero nunca quise averiguarlo. Incluso en una ocasión se había abierto una investigación por presunto fraude fiscal, pero finalmente pude convencer al subinspector que llevaba el caso para que lo cerrara por falta de pruebas determinantes. Nigel Osborne era una persona con muchos contactos y en más de una ocasión me habían sido de utilidad.

Eran las siete de la tarde y Osborne nos recibió con una mueca en la cara. Sin duda, mi presencia en su galería no era grata, pero era algo que me traía sin cuidado. El inglés era un hombre que pasaba de los sesenta, entrado en carnes y de piel blanca. Su pelo canoso, impecablemente peinado, en un tiempo lejano debió de ser rubio. Siempre iba inmaculadamente vestido y sus modales, excepto cuando estaba conmigo, eran de lo más sofisticados.

—¡Pero si es el sargento Eutiquio Mercado en persona! —dijo al verme—. ¿A qué se debe el honor de tu visita? ¿Acaso te has perdido, o es que Rocío te ha obligado a venir a cambio de un polvo de los suyos?

—Menos guasa, Osborne. Me has de echar una mano.

—Pensaba que simplemente habías venido a visitarme.

—Eso también, pero necesito de tu ayuda.

—Eres un puto mentiroso, Mercado. Solo te mueves por interés.

—No me cabrees, Osborne.

—De acuerdo —se avino de mala gana—. ¿Qué sucede?

—No sé si sabrás que ha aparecido muerto Guillermo Canals.

—Sí, algo he leído. No pensarás que soy yo el asesino, ¿verdad?

—Deja de querer hacerte el gracioso. ¿Tú conoces a su hijo Christian?

—¿Por qué iba a conocerlo? —preguntó Nigel, que tenía la extraña virtud de sacarme de mis casillas muy fácilmente.

—El muchacho es homosexual y he pensado que como tú...

—Que como yo soy maricón... —cortó Osborne—. ¿Verdad? A ver, Tarzán, ¿tú crees que todos los maricones de Barcelona nos hemos de conocer? ¿Acaso tú conoces a todos los cuarentones solteros de la ciudad? Mira, yo tengo claro que soy maricón, muy maricón, si quieres, pero estoy harto de que la gente me encasille por el mero y simple hecho de serlo. Estoy hasta los huevos.

—Tienes razón, Nigel. Disculpa, he sido un impertinente.

—Pues sí, bastante, pero acepto tus disculpas. Más que nada porque me mantienes a Rocío en forma y así es más eficiente en su trabajo. La verdad, no sé qué

coño habrá visto en ti. La debes de tener muy grande, porque si no, no lo entiendo. Espera, voy a hacer una llamada.

Osborne desapareció en dirección al pequeño despacho situado al fondo del local y volvió al cabo de un par de minutos con una sonrisa de suficiencia en el rostro.

—He hablado con un amigo que me ha dicho que sí conoce al chico. Al parecer, últimamente se relaciona mucho con un chaval italiano que se llama Gino, un camello de poca monta que trapichea con coca por la zona del Gayxample.

—¿Y cómo lo localizo? —pregunté.

—Vete cualquier noche, con preferencia de jueves a sábado, por los locales de la zona y pregunta por el tal Gino. Sé discreto, porque esta gente huele a la pasma a leguas. Por cierto, como alguien se entere de que te he dado el soplo me la cortan, pero antes te corto los huevos a ti. ¿Entendido?

—Descuida —contesté—. Seré prudente.

—Además de prudente me has de pagar el favor, machote.

—Vete a la mierda. ¿Qué quieres?

—Hombre, me podrías comprar algún cuadro. Te lo puedo dejar bien de precio.

—Ya sabes que el sueldo de sargento no da para comprar cuadros.

—No hace falta que lo pagues tú. Lo puedes incluir como gastos de representación —insistió.

—Se lo preguntaré a mi jefe —contesté, echando pelotas fuera.

—Espera, mejor aún —dijo Osborne, con sonrisa cínica—. Me la puedes chupar y quedamos en paz. Ya sabes que, aunque me caes fatal, siempre me has atraído. A mí me van los tíos como tú, altos, fuertes y de pelo en pecho. Ahora se han puesto de moda los niñatos afeminados que se depilan todo el cuerpo como si fueran zorras. A mí esos me dan asco.

—¿Asco a ti? —inquirí—. Venga, hombre, si tú cuando ves un culo de tío pierdes la poca razón que te queda.

En aquel momento se acercaba Rocío, que había estado hasta entonces atendiendo a una pareja que parecía interesada en algún cuadro de la galería. Osborne la cogió por la cintura y se la acercó.

—Mira que dice el chulo de tu novio —le dijo—. No me la quiere chupar, el muy cabrón.

—A mí no me metáis en vuestros problemas —contestó Rocío—. Además, mi Tiki es muy macho.

—Yo me voy, que llego tarde —dije.

—¿Y si hiciéramos un trío los tres? —insistió el inglés, mientras le sobaba el culo a Rocío—. Mira, un culo es un culo. Dime tú la diferencia que hay entre el culo de Rocío y el mío.

—Nigel, deja de tocarme el culo, por favor —le dijo Rocío, sacándose rápidamente la mano de encima.

—Vale, vale. Ya veo que estáis compinchados. Os podéis ir a tomar por culo los

dos. Tú, Rocío, a trabajar, que si no, no te pago. Y tú, Tarzán, vete de aquí, que me ahuyentas a la clientela.

—Gracias, Osborne —dije—. Lo tendré en cuenta.

—Vete de una puta vez, Mercado.

CAPÍTULO 8

Le había dicho a Elvira que me acompañara para ver si encontrábamos al tal Gino. La cité en Casa Manolo sobre las diez para picar algo antes de empezar la batida por los locales de ocio nocturno del Gayxample.

A las diez en punto apareció, tímida, por la puerta. Apenas la reconocí. Llevaba el pelo suelto en forma de media melena y una ajustada falda que dejaba a la vista unas piernas perfectamente contoneadas. Lucía una camiseta que marcaba firmemente unos pechos en los que no había reparado especialmente hasta entonces.

—Hola, Tiki —saludó alegre, mientras Manolo, detrás de la barra del bar, dirigía su mirada de halcón hacia sus piernas.

—Hola, Elvira. ¿Qué te apetece tomar?

—No tengo mucha hambre. Esta tarde he ido al gimnasio y he merendado después una fruta. ¿Tienen ensaladas? —preguntó a Manolo.

—Por supuesto, señorita. Si le apetece le puedo servir una ensalada de pasta con queso roquefort. Es la especialidad de la casa.

—De acuerdo —contestó Elvira—. Y tomaré un agua mineral. ¿Tú qué tomas, Tiki?

—Tomaré también un agua. Y para comer, un bocadillo de jamón ibérico de ese que guardas para los buenos clientes.

—Un tipo sano —dijo riendo Manolo—. Nada de alcohol, ni de drogas, ni de mujeres, ¿verdad, Tiki?

Lo que no sabían ni Manolo ni Elvira es que cinco años atrás, por culpa del alcohol y la cocaína, me había convertido en un desecho humano. La coca era la mierda más grande que existía en el mundo. Como tantos otros, había empezado a tomar alguna raya cuando salía a tomar copas los fines de semana. La droga me proporcionaba un estado de excitación y optimismo que no sabía crear por mí mismo. Al principio estaba todo bajo control. O eso creía yo. Pero lo que empezó como una diversión, a los pocos meses se fue tornando en una adicción. Cada vez más brutal. Ya no me conformaba con consumir las noches de fiesta. Empecé por hacerme una raya por la mañana, ya fuera sábado o domingo, lunes o martes. A los pocos meses ya no podía estar un día seguido sin esnifar y no pasó mucho tiempo hasta que mi adicción se transformó en un infierno. Había días en que había llegado a esnifar hasta dos gramos de esa mierda. Los fines de semana me los pasaba solo, fumando, bebiendo cerveza y poniéndome de farlopa hasta las pestañas. Los pocos ahorros que había sido capaz de guardar me los estaba liquidando a marchas forzadas. Comencé a faltar al trabajo. Las primeras veces llamaba poniendo como pretexto algún resfriado o dolor de cabeza. Después ya ni siquiera llamaba para avisar que no iría. No podía parar de consumir. Me pasaba el día encerrado en casa. Sin comer, ni ducharme, ni

afeitarme. Solo con mis bolsitas de droga que me traía un camello a mi casa cada día.

Un día en que sí fui a trabajar me tocó asistir al juicio de un acaudalado e influyente abogado de la ciudad al que habíamos detenido semanas atrás en una redada en un local de alterne en Barcelona. El hombre estaba inculpado por un caso de presuntos abusos sexuales a una menor. El tema era flagrante y no admitía duda. Yo mismo había sorprendido al abogado abusando de la joven menor de edad. Después de una pantomima de juicio que apenas duró cinco minutos, el juez decretó la libertad sin cargos para el abogado. Aquello estaba amañado y olía a podrido. Daba asco. Al salir de la sala, no pude evitar decirle al juez lo que pensaba de él y de la institución que representaba. El juez me dijo que me callara, y entonces, preso de ira, no pude evitar propinarle un empujón que lo tiró al suelo.

Aquello fue la gota que colmó el vaso. El Cuerpo me abrió un expediente disciplinario que con toda probabilidad iba a acabar en despido. Agredir a un juez, por muy corrupto que fuera, era una falta muy grave y el Cuerpo no estaba para consentir actitudes de ese tipo. Solo la determinante intervención del jefe de la Región Policial Metropolitana de Barcelona, mi amigo Vicent Boira, evitó que me echaran del Cuerpo. Eso sí, él mismo y Mireia Bonet, una sargento de la Policía Científica de los Mossos d'Esquadra con la que había tenido una relación sentimental durante más de dos años, me habían obligado a ingresar inmediatamente en el balneario Blancafort de La Garriga para que trataran mi dependencia.

—Ni alcohol, ni drogas, ni mujeres —contesté, siguiendo el juego—. Tú lo has dicho, Manolo.

El gallego se fue en dirección a la pequeña cocina que había detrás de la barra y Elvira y yo nos quedamos solos. Se hizo un incómodo silencio.

—Así que haces deporte —le dije a la joven agente para entrar en conversación.

—Sí, intento ir regularmente al gimnasio. Si puedo, cada día. También salgo a correr cuando el tiempo me lo permite.

—Ya veo que estás hecha toda una atleta —reconocí—. Yo, la vez en que he hecho más deporte en mi vida fue cuando estuve en la academia de policía. ¡Qué palizas nos dábamos! Supongo que a partir de entonces se me pasaron las pocas ganas que tenía de hacer deporte.

—¿Y no has hecho nada más desde entonces? —preguntó Elvira.

—Nada de nada. Y así estoy yo, con mis kilos de más.

—No estás gordo.

—Gordo, lo que se dice gordo, quizás no. Pero macizo, sí. Peso casi cien kilos. Calculo que me deben de sobrar unos diez o doce.

—Pero también eres alto.

—Un metro ochenta y ocho.

—Pues tampoco es mala proporción, pero tienes razón. Tendrías que deshacerte de algunos kilos. Tienes que hacer ejercicio. Del tipo que sea. ¿Has probado practicar algún deporte en equipo, como el fútbol o el baloncesto? Es una manera de hacer

deporte mientras te distraes jugando.

—La verdad es que ni me gusta el fútbol, ni el baloncesto, ni ningún deporte. Ya ves que soy un tipo raro —afirmé sonriente.

—Bueno... un poco sí, ¿eh?

—Me lo puedes decir con total libertad. No me ofendo.

—Oye, ¿y por qué no vas a correr? —preguntó—. Ya sé que quizás pienses que no es la manera más divertida de hacer deporte, pero eso es solo al principio. Una vez le coges el truco, cada vez se hace más ameno.

—Me parece que no me encuentro suficientemente bien como para empezar algo así.

—No esperes a encontrarte bien para empezar. Hazlo al revés. Tú pruébalo y ya verás cómo te irás encontrando bien.

—¿Y no es muy cansado?

—Depende de cómo te lo tomes. Lo mejor es ir poco a poco. Tómalo con calma los primeros días. Es importante de cara a evitar las lesiones. Y, sobre todo, es muy importante que hagas estiramientos antes de cada sesión.

—Bien, y ¿dónde voy a correr? —pregunté.

—Tienes mucho donde escoger. Hay mucha gente que va a la carretera de les Aigües, en Collserola. Aire puro y unas vistas fantásticas de Barcelona. Por el contrario, siempre hay mucha gente y a veces agobia un poco. Además, queda un poco apartado. También puedes ir a correr por el centro de la ciudad. Yo a veces lo hago. Te quedarías parado de las cosas que puedes descubrir. Pero yo te recomiendo que vayas a correr a Montjuïc. Es un lugar bastante céntrico, apenas hay gente y es realmente bonito. El único problema, si se puede decir así, es que hay muchas cuestas y al principio se hace duro.

—Me lo pensaré y, si me decido, no dudes que contaré con tu ofrecimiento.

Mientras Elvira me iba dando todo tipo de recomendaciones sobre la mejor manera de iniciarme, me fijé con detenimiento en el cuerpo de la joven. Era delgada y muy fibrada, con un estómago completamente plano. Me pregunté por primera vez si tendría novio. Quizás estuviera casada. ¿Tendría hijos? No, era demasiado joven. En cualquier caso, no me atreví a preguntar.

CAPÍTULO 9

—¿Por dónde empezamos? —me preguntó Elvira—. Porque en el Gayxample hay muchos bares y discotecas.

—Buena pregunta —admití—. Tendremos que ir probando. No nos queda otra.

Decidimos situarnos en la confluencia de las calles Villarroel y Valencia, en el corazón del Gayxample. Eran poco más de las once y media de la noche y la calle empezaba a poblarse de gente que iba de un lado para otro. Después de esperar un rato, optamos por seguir a un grupo de jóvenes que se dirigía a un local situado en la calle Consell de Cent, cerca de la calle Balmes. Nos acercamos a la barra y pedimos algo de beber, mientras Elvira preguntaba al camarero si había visto al tal Gino. El chico, de buen ver y vestido con una camiseta extremadamente ajustada al cuerpo, no parecía conocer al italiano. Después nos encaminamos hacia otro bar, situado a escasos metros del primero, en la misma acera. Tampoco sabían quién era el italiano. Antes de empezar a perder la paciencia decidí llamar a Nigel Osborne por si podía darnos alguna indicación más precisa sobre la manera de poder encontrar al italiano. No me cogió el teléfono. Pensé en dejarlo para otro día, pero Elvira insistió en ver un par de locales más. Tampoco tuvimos mejor suerte.

Ya nos íbamos, cuando pasamos por delante de la pequeña entrada de un club de la calle Casanova, a la altura de la calle Aragó. El portero del local, un mulato alto y robusto, nos detuvo en la entrada.

—¿Tenéis pase para entrar? —nos preguntó.

—Hemos quedado con Gino —contestó Elvira, con desparpajo.

La suerte nos sonrió. Fue pronunciar el nombre de Gino y automáticamente el mulato nos abrió la cuerda que cerraba el paso. No teníamos ni idea de cómo era Gino, así que no nos quedaba otra que preguntar, tal como habíamos hecho en los anteriores locales donde habíamos estado. Elvira se acercó a una camarera que llevaba una bandeja en la mano con botellas y vasos vacíos.

—¿Está Gino por aquí? —le preguntó.

—Hace rato que no lo veo —contestó, mientras sujetaba por el brazo a un chico que pasaba por su lado.

—Raúl, di a Gino que aquí tiene a dos clientes que lo buscan —le dijo.

El joven nos miró con cierto aire de desconfianza, asintió con la cabeza y desapareció por una puerta al fondo del local.

Pasó un buen rato sin que el tal Raúl ni Gino hicieran acto de presencia. Al final optamos por dirigirnos directamente hacia el lugar por donde había desaparecido el primero. Justo al llegar a la puerta, salió el chico junto con otro joven moreno. Un tipo larguirucho y enclenque de nariz prominente.

—¿Gino? —pregunté, dirigiéndome al acompañante de Raúl.

En este momento el tipo larguirucho me empujó violentamente contra un grupo de personas que estaban sentadas en la mesa de al lado. Caí estrepitosamente sobre ellas, provocando un monumental estruendo que resonó por todo el local. Intenté incorporarme de la mejor manera que me fue posible y pude ver cómo el italiano corría hacia la puerta principal del local seguido por Elvira, que sorteaba con agilidad cuantos obstáculos se le presentaban por delante. Terminé de levantarme y me dispuse a ir detrás de ellos. Cuando estaba a punto de llegar a la altura de la puerta de salida, el mulato fortachón que nos habíamos encontrado al entrar se puso delante de mí intentando bloquearme el paso. Pensé que si me paraba caería en manos del portero y allí terminaría mi carrera, por lo que no me lo pensé dos veces y continué en la misma dirección dando grandes zancadas. Cuando estuve a la altura del mulato lancé ambos puños sobre su pecho con todas mis fuerzas. El tipo aguantó la acometida, pero se balanceó por unos instantes, momento en que aproveché para salir disparado hacia la calle. Rápidamente, miré en todas direcciones y pude ver cómo Elvira perseguía al tal Gino, treinta metros calle abajo. Arranqué a correr con la intención de darles caza. Poco a poco se iban alejando, cada vez más. No había recorrido más de cien metros cuando empecé a notar falta de aire en mis pulmones. Bajé un poco el ritmo sin dejar de correr. Ya no veía ni a Elvira ni al italiano y la vista se me empezaba a nublar. Me costaba respirar y las piernas me dolían cada vez más. Intenté seguir, pero al final no pude más y tuve que parar. Me agaché, resoplando como un búfalo. Al cabo de un par de minutos, sonó el móvil. Era Elvira.

—¿Dónde estás, Tiki?

—Intentando no morirme.

—¿Estás bien? —contestó—. Ya tengo al tipo.

—¿Dónde estás?

—En la esquina de Consell de Cent con Casanova. ¿Vienes?

Cuando llegué al lugar, me encontré con el italiano esposado y Elvira a su lado. También se encontraban con ellos dos agentes de la Guardia Urbana de Barcelona. El larguirucho de prominente nariz parecía muy agitado y nervioso.

—Tranquilo, Gino. Solo queremos hablar contigo —intentaba calmarlo Elvira.

—Ya veo que estás más en forma que yo —le dije a Elvira, aún con las piernas doloridas.

—He tenido la suerte de que pasaba una patrulla de la Urbana, justo en el momento en que el italiano cruzaba la calle. Por poco lo atropellan.

—Soy el sargento Mercado —informé a los urbanos—. Ya le podéis quitar las esposas al chico. Nosotros nos ocupamos de él.

La patrulla de la Guardia Urbana subió al coche y se fue.

—¿Me pueden decir por qué me han puesto las esposas? —gritó el italiano.

—Mira, espagueti —le dije, hundiendo con fuerza un dedo en su pecho—, por lo pronto te las hemos puesto porque acabas de agredir a un agente de la autoridad, o sea yo, y vamos a detenerte.

—Discúlpeme, sargento. No sucederá más, se lo prometo. Lo que sucede es que...

—¡Cállate, joder! —corté, gritando.

Vi de reojo que Elvira me miraba con cara de sorpresa.

—Vale, vale. Lo que usted diga.

—Mira, Gino... Te llamas así, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Muy bien, muchacho, así me gusta. Como veo que eres buen chico, voy a ser benévolo contigo. Me olvidaré de que me has atacado si a cambio nos explicas unas cuantas cosas.

—Les explicaré todo lo que ustedes me pidan, se lo juro —contestó el italiano.

—¿Conoces a Christian Canals? —le pregunté.

—Bueno... yo conozco a mucha gente. Ahora mismo no sabría decirle.

—Quizás no me he explicado bien —dije—. O colaboras con nosotros o te vas directamente a la comisaría y te pongo una denuncia por agresión a la autoridad. Repetiré por segunda y última vez, muchacho: ¿conoces a Christian Canals?

—Sí... Alguna vez he coincidido con él.

—¿Qué quiere decir eso? —pregunté, empezando a impacientarme—. A mí lo que me han contado es que se os ve juntos muy a menudo. ¿No será tu novio, por casualidad?

—Digamos que en alguna ocasión hemos tenido alguna cosa más que una simple amistad.

—Veo que vamos mejorando. ¿Sabes que su padre fue encontrado asesinado el pasado domingo y que desde entonces tu amigo Christian ha desaparecido?

—Sabía lo de su padre por los periódicos, pero no que Christian hubiera desaparecido. De hecho, Christian siempre actúa así. A lo mejor ha encontrado algún chapero que le ha caído en gracia y se ha pasado cuatro días encerrado en un hotel con él.

—No me dirás que estás celoso —dije.

—¿Celoso? ¿Por qué?

—Tú sabrás, chico. ¿Le pasas coca a Christian?

—No, claro que no. No soy ningún traficante. Yo solo consumo ocasionalmente, y tengo entendido que esto no está penado, ¿verdad?

—Tú mira de colaborar con nosotros y nosotros nos olvidamos de todo lo demás. Te dejo mi tarjeta. Llámame si sabes algo de Christian. No te olvides, chico, o volveré a por ti. Te lo prometo.

Nos quedamos mirando cómo Gino se marchaba calle arriba. Encendí un cigarrillo.

—Tiki, ¿quieres decir que no fumas demasiado? —me dijo Elvira.

Le dirigí una mirada fulminante. Me molestaba profundamente que alguien me preguntara por eso. Estaba harto de todos los que abanderaban las cruzadas antitabaco

con el argumento de que era perjudicial para la salud. Que era algo saludablemente malo ya lo suponía, pero era mi vida y hacía con ella lo que me venía en gana. No tenía más familia que yo mismo, así que no tenía por qué dar explicaciones a nadie, ni tenía más responsabilidad que la de cuidarme a mí mismo. El día que muriera, nadie lloraría sobre mi tumba.

—Perdona, no quería entrometerme en tus asuntos —dijo ella al percatarse de mi incomodidad.

—No es nada.

—¿Crees que colaborará? —me preguntó.

—Más le vale.

De pronto noté cómo una mano se ponía encima de mi hombro. Me giré bruscamente y vi a Gino, que, con cara de susto, retrocedía un par de pasos.

—Disculpe, sargento. No quería molestarle.

—¿Qué sucede? —le pregunté.

—He recordado algo que quizás sea de su interés.

—Sigue —le dije.

—Hace ya una temporada que veo a Christian muy eufórico. Hace unos días le pregunté el porqué y me dijo que estaba detrás de algo muy gordo.

—¿Algo muy gordo?, ¿como qué?

—No sé. Solo me dijo eso. Espero que le sirva.

Cuando llegué a mi casa no pude evitar sentirme como un viejo achacoso. Había hecho el ridículo ante Elvira y, lo que era peor, si no llega a ser por ella, el italiano se habría escapado y quién sabe el trabajo que hubiera costado dar de nuevo con él. No podía ser. Tenía que ponerme en forma. Ahora bien, ¿cómo? Estaba claro que a un gimnasio no iría. Me entraban náuseas solo pensar en el olor que desprendían esos antros. ¿Qué más podía hacer? ¿Ponerme algún aparato en casa? No me cabía. ¿Y si me apuntaba a algún deporte en equipo como fútbol o baloncesto? La verdad es que no sabía jugar ni a una cosa ni a la otra, ni tampoco me gustaban esos deportes consistentes en ir como idiotas detrás de una pelotita. O sea, que tampoco. No me quedaban muchas opciones si quería practicar algún deporte con cierta regularidad para mantenerme en forma y evitar el ridículo espantoso de aquel día. Después de darle muchas vueltas al asunto, al final lo decidí: iría a correr a Montjuïc, como me había recomendado Elvira. En mi vida solo había pisado un par de ocasiones la Montaña Mágica, como algunos la llamaban, y creí que ya era hora de conocer algo más en profundidad la ciudad donde vivía.

CAPÍTULO 10

Alas ocho de la mañana cogí el Seat Ibiza del Cuerpo y fui a buscar a Elvira a su casa. Según me había contado la noche anterior, compartía piso con una amiga periodista desde que se había emancipado de sus padres hacía unos meses. Cuando llegué, me estaba esperando.

—Conduce tú —le dije, antes de que subiera al automóvil.

—No me digas que tampoco te gusta conducir.

—Pues sí —contesté—. Te lo digo: no me gusta conducir.

—Creo que eres el primer hombre que conozco al que no le gusta.

—Será que conoces a pocos hombres —le dije, intentando ser chistoso. No pareció que a Elvira le hiciera la más mínima gracia la ocurrencia—. Lo que sí que me permitirás es que ponga algo de música —sugerí con cara de circunstancias.

—Claro, es tu coche, y además eres el jefe —dijo ella, seca.

—¿Un poco de Bowie? —pregunté con talante contemporizador.

—Lo que quieras, aunque no lo conozco.

En un primer momento me quedé sorprendido. Me costaba entender que alguien no conociera a David Bowie, uno de los músicos más influyentes de la historia del *rock and roll*. El británico, junto a los T-Rex de Marc Bolan y el repugnante Gary Glitter, había sido uno de los precursores del *glam rock* a principios de los setenta, un movimiento musical de dudoso gusto estético que, no obstante, había alumbrado un puñado de reconocidos artistas. Pero, claro, Elvira había nacido bastante después de la época de mayor popularidad de Bowie y era fácil que no lo conociera.

Seleccioné en el aparato de audio del Ibiza el tema «Starman», de su celeberrimo álbum *Ziggy Stardust*. Para mí, todas las canciones tenían al menos un recuerdo concreto, casi siempre agradable: un lugar, una persona, una situación, una época. Y «Starman», aunque no fuera una pieza sobresaliente, me recordaba siempre mis primeros días en el Cuerpo, cuando no era más que un ingenuo agente dispuesto a comerme el mundo.

—¿Dónde vamos? —preguntó Elvira.

—Ves a buscar la C-33. Nos vamos de excursión.

—¿Cuál es la C-33?

—La que sale del Nus de la Trinitat y va en dirección Girona.

—Pero ¿adónde vamos?

—Ya te indicaré más adelante —contesté. Y, a continuación, eché la cabeza hacia atrás, cerré los ojos y di por terminada la conversación.

Disciplinadamente, Elvira arrancó el coche y partimos. Una de las ventajas de no conducir era que se podía saborear el paisaje tranquilamente y no hacía falta estar pendiente de no superar la velocidad máxima permitida, ni de dejar paso al zumbado

que venía con prisas por detrás, ni marcar ráfagas al atontado que circulaba por el carril del medio o de la izquierda a ochenta kilómetros por hora. Casi sin darme cuenta, llegamos a la altura de Llinars del Vallès, por donde se empezaba a visualizar la majestuosa cumbre del Turó de l'Home en el macizo del Montseny. A pesar de que hacía un día espléndido y soleado, el pico apenas se vislumbraba, envuelto en una espesa capa de niebla.

—¿Adónde vamos? —dijo Elvira.

—Vamos a ver a Gerhard von Reiniger.

—¿Gerhard von Reiniger? ¿Algún hermano de Unna von Reiniger?

—Su padre.

—¿Y dónde está?

—Según he podido averiguar, en una especie de geriátrico de lujo que hay en Viladasens, un pequeño pueblo del Baix Empordà.

Dejamos la AP-7 en la salida y tomamos la GIV-6234, una estrecha carretera que corría paralela a la autopista pero en sentido contrario. Elvira conducía con destreza, aunque quizás demasiado deprisa para mi gusto.

—¿Siempre conduces así? —pregunté.

—¿Cómo es «así»?

—Así, tan rápida.

—Me gusta conducir. Siempre me ha gustado, especialmente por este tipo de carreteras de tercer orden. Cuando tenía apenas quince años, mi padre me enseñó a conducir por los caminos que rodeaban Malgrat y, desde entonces, cada vez que me subo a un coche me lo paso la mar de bien.

—Me parece muy bien, pero aminora la marcha.

Sin mucho convencimiento, Elvira aflojó el ritmo. Después de recorrer unos cuatro o cinco kilómetros, llegamos a Viladasens. Eran apenas una docena de casas dispuestas sin ningún tipo de orden ni concierto, rodeadas por campos de cultivo. Victoria del Río había sido la que me había informado de la existencia de Gerhard von Reiniger y de su residencia en el asilo de lujo, pero no había sabido concretarme con exactitud el lugar. En el centro de la población vimos un bar.

—Buenos días —saludé al entrar—. ¿Nos pone dos cafés?

—Por supuesto —contestó la mujer al otro lado de la barra, con cara de pocos amigos—. ¿Desean un bocadillo?

—Yo no, gracias —contestó Elvira.

—Perdone —dije—. Nos han hablado de una residencia de ancianos que hay en el pueblo, pero no sabemos dónde está. ¿Podría indicarnos?

—¿La casa de los viejos? —dijo la mujer, con desconfianza.

—Sí, esa —contesté.

—¿Son de alguna empresa de mantenimiento? —preguntó, mirándonos de arriba abajo con aire escrutador.

—Pues... —empezó a hablar Elvira.

—Sí —corté secamente—. Nos han enviado para un proyecto de refrigeración. ¿Nos indica cómo llegar?

—Cojan la carretera por donde han venido y continúen recto. A unos tres kilómetros encontrarán un desvío a mano derecha que indica «Raset». Cojan el sendero de tierra y allí verán, a unos trescientos metros, un portón de hierro con la indicación «Mas Gomà». Es ahí.

Seguimos las instrucciones de la mujer y en apenas cinco minutos nos encontramos enfrente de una inmensa puerta de hierro con una incómoda cámara de vigilancia que nos observaba. Llamé al *videoportero*.

—Dígame —sonó una voz severa de mujer.

—Venimos a ver al señor Von Reiniger —contesté.

—El señor Von Reiniger no espera ninguna visita hoy. Lo siento —zanjó la voz. A continuación se oyó un clic conforme había dado la comunicación por cortada.

—¿Y ahora qué hacemos, Tiki?

—Inténtalo tú.

Elvira volvió a llamar.

—Dígame —volvió a sonar la misma voz de antes.

—Verá, traemos un paquete para el señor Von Reiniger que nos ha dado su hija —dijo Elvira.

—Ya les he dicho que el señor Von Reiniger no espera ninguna visita hoy. Y ahora márchense, por favor.

—Pero ¿qué se ha creído el loro este? —dijo Elvira airada. Llamó por tercera vez al *videoportero*.

—Si no se marchan de aquí llamaré a los Mossos d'Esquadra inmediatamente —dijo la voz, de nuevo—. Esto es una propiedad privada y no pueden permanecer aquí sin el consentimiento del propietario. No se lo diré más.

—Pues vaya —murmuró Elvira—. Después de la paliza de coche que nos hemos dado para llegar hasta aquí, ahora tendremos que volver de vacío. Quizás hubiéramos tenido que pedir una orden judicial.

—¿Y esperar tres días? —inquirí—. Mejor no. Ya la pediremos para cuando sea estrictamente necesario.

—Pues ahora parece que lo es.

—Tendremos que recurrir al plan B.

—¿Plan B?

Le dije que cogiera el Ibiza de nuevo y que continuara por el sendero de tierra unos centenares de metros más. Después de asegurarme de que desde el Mas Gomà ya no nos podían ver, le indiqué a Elvira que detuviera el automóvil. Fui al maletero y cogí unos gruesos guantes de jardinero que llevaba.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Elvira.

—Vamos a volver a la residencia.

—Pero si nos van a decir lo mismo.

—Sígueme y no te quejes.

CAPÍTULO 11

Volvimos a desandar el camino que habíamos recorrido con el automóvil, pero esta vez por fuera del sendero, evitando ser visibles desde la residencia. Desde lejos parecía más una fortaleza que una morada de ancianos. Estaba rodeada por altos muros que impedían toda visión del interior. Nos dirigimos hacia la parte de atrás, fuera de la vigilancia de las cámaras de la entrada. El muro en esa parte de la residencia debía de medir no menos de dos metros y medio de altura y estaba coronado por un alambre de pinchos. Analicé la situación, sopesando la dificultad de subir por él. Elvira me miraba con cara de no entender nada.

Después de unos instantes de ligero titubeo, me puse con calma los guantes de jardinero y retrocedí un par de metros. Conté mentalmente hasta tres y de un fuerte impulso me abalancé sobre el muro. Conseguí trepar por él y sortear con dificultad el alambre de pinchos. Me tomé unos instantes para recuperarme antes de seguir. Elvira me miraba desde el exterior de la finca con cara de angustia. Le hice una seña de que todo iba bien. Miré al interior. A mis pies, un hermoso patio de naranjos daba acceso a un invernadero por el cual entraba en ese momento una mujer negra con un par de macetas en las manos. Me mantuve un buen rato en lo alto del muro sin observar más movimiento, hasta que al cabo de unos minutos una enfermera salió al patio por una puerta lateral de la casa conduciendo una silla de ruedas con un anciano que llevaba una botella de oxígeno conectada. Lo dejó bajo la sombra de un naranjo. ¿Sería Von Reiniger? No tenía certidumbre alguna de que el anciano que estaba bajo el naranjo fuera Gerhard von Reiniger, pero tampoco de que no lo fuera, así que decidí actuar. Salté al interior del patio y caí de cuclillas cerca del anciano. El hombre no pareció darse cuenta de mi presencia. Me acerqué con sigilo:

—¿Barón Von Reiniger? —pregunté, tentando a la suerte.

El hombre se sobresaltó ligeramente y se sacó la máscara de oxígeno de la cara.

—Sí. ¿Quién es usted? —preguntó con un marcado acento alemán.

¡Bingo!

—Soy un amigo de la familia y me gustaría hablar con usted.

—¿De la familia, dice? Yo no tengo familia. La que tenía murió el día que me encerraron en este lugar. Oiga, ¿cómo ha entrado aquí? No me han dicho que tuviera ninguna visita hoy.

—Bueno...

—Ya. Viene usted a robar, ¿verdad?

—No, solo quería hablar con usted un rato, pero esto parece más una fortaleza que una residencia y digamos que no me han invitado precisamente a entrar cuando he dicho que venía a hablar con usted.

—Me lo imagino —contestó el anciano con tristeza—. Esto es como una cárcel.

Mis hijos me han encerrado aquí para que no molestara. Después de lo que siempre he hecho por ellos... Dígame, ¿qué quiere saber de mí?

—Bueno, no sé si sabe que su yerno, Guillermo Canals, ha fallecido.

El hombre apenas pestañeó, pero su rostro se iluminó de repente con una amplia sonrisa.

—¡Ya era hora! El muy cerdo. ¿De qué ha muerto?

—Ha sido asesinado —le contesté sin andarme con rodeos.

—¿Asesinado? —dijo el hombre, que parecía divertido—. Bien, ya había durado demasiado.

—¿Cómo dice?

—Mi yerno siempre fue un hijo de puta. Le está bien merecido. ¿Sabe? Lo conocí hace años en Palma de Mallorca. Yo, como tantos otros, era el típico alemán que veraneaba en la isla y él un pobre desgraciado que hizo fortuna en Brasil y tenía algunos negocios inmobiliarios. Aunque nunca nos caímos bien, tuvimos claro que ambos nos necesitábamos. Antes de la Segunda Guerra Mundial mi familia se codeaba con lo más granado de la sociedad alemana: los Krupp, Thyssen, Hainel o Stinnes, todos muy próximos al régimen. Fueron años dorados donde unos pocos nos repartíamos el pastel de muchos. Pero después de la gran derrota todo cambió. Los que habíamos estado cerca del régimen nazi caímos en desgracia y fuimos víctimas de persecuciones ignominiosas. Muchos perdieron la vida en manos de esos judíos de mierda. Yo pude escapar con mis hijos y establecerme en Mallorca al amparo de la colonia alemana. Así que cuando conocí a Canals pensé que era una buena oportunidad para ambos. Él tenía mucho dinero y era muy ambicioso, y yo gozaba de una merecida influencia entre los alemanes afincados en la isla. Durante unos años, nos hartamos de construir urbanizaciones por todos lados. Fue una buena época, lo reconozco. —El hombre, con cara de fatiga, tomó la máscara de oxígeno y aspiró varias veces antes de continuar—. ¿Ve ese naranjo de ahí? —preguntó señalando a un árbol.

—Sí —contesté, no muy seguro de por dónde quería ir el viejo.

—Es un naranjo amargo. ¿Lo conoce?

—Bueno, yo conozco el naranjo a secas. No sabía que también los había de varias clases.

—¿Verdad que es bonito? ¿Y ha notado lo bien que huele?

—Sí, huele muy bien —reconocí.

—¡Ah! Y no solo es un árbol ornamental, no se crea. Su fruto se emplea en mermeladas y de su piel se obtiene un delicioso licor.

No terminaba de entender a qué venía el tema del naranjo, pero empezaba a impacientarme. En cualquier momento podía aparecer alguien de la residencia.

—¿Dice que Guillermo Canals hizo fortuna en Brasil? —pregunté, cambiando bruscamente de tema.

—Es algo de lo que él nunca hizo mayores comentarios, pero conocí a alguien

que estuvo con él en Brasil. Serían los años cincuenta y Brasil era un paraíso por explotar, dotado de unos extraordinarios recursos naturales. Además, en aquella época se trataba de un país muy corrupto, donde era relativamente fácil comprar el favor de funcionarios y altos cargos de la administración. Y Canals, quizás sin ser especialmente inteligente, era más listo que el hambre y allí se debió de mover como pez en el agua. Siempre olió a leguas dónde podía hacer dinero. Dinero fácil. El muy cerdo encontró un filón con el contrabando de piedras preciosas con destino a Europa y Estados Unidos. Oiga, ¿a qué viene tanto interrogatorio? ¿Acaso es usted policía? ¿O es periodista?

—Verá...

—Cuidado —cortó—, que viene la enfermera. Escóndase detrás de la chimenea. Vamos, rápido.

Seguí las instrucciones del abuelo y, dando un par de largas zancadas, me agazapé detrás de una especie de barbacoa de piedra, justo en el momento en que llegaba la enfermera de antes con un vaso de agua en la mano. Esperé a que el anciano se lo bebiera y volvió a marcharse. Me acerqué de nuevo.

—¿Por dónde íbamos, joven? Cada vez tengo más pérdidas de memoria. Es curioso, puedo recordar cosas y hechos de muchos años atrás y en cambio se me olvidan cosas que acabo de decir hace un momento.

—¿Cómo se conocieron su hija y Guillermo Canals? —pregunté.

—Verá, joven, mi hija siempre ha sido una mujer muy ambiciosa y con Canals vio la oportunidad de poder llevar un ritmo de vida confortable sin necesidad de trabajar. Y, como puede suponer, al cerdo de mi yerno el tema le vino como anillo al dedo. Una mujer de alta alcurnia, veinte años más joven que él y además muy guapa. Pensó que emparentando con los Von Reiniger, aparte de presumir de mujer, podría acceder a círculos aristocráticos fácilmente. Pero enseguida lo calaron. Un patán como él no era capaz de disimular sus orígenes.

—¿Quién cree que pudo haberlo matado?

—Ni idea —respondió—. Pudo ser cualquiera. Dudo que Guillermo tuviera amigos, y si los tuvo alguna vez, pronto se hartarían de él. Era una persona ruin y pobre de espíritu al que solo lo movía el afán por el dinero. Un patán. Como todos esos amigotes que tiene del golf. Y como mi hijo.

—¿Cómo?

—Sí, el cretino de mi hijo también se junta con esa calaña de gente que merodeaba alrededor de Guillermo. Un hatajo de rufianes y vividores.

—¿Los conoce?

—Sí, coincidí con ellos en alguna ocasión. Eso era antes de que me encerraran aquí, cuando un par de veces por semana me escapaba con mi hijo a hacer unos hoyos. Ahora ya no puedo ni sujetar un palo. Ya ve cómo la vida nos maltrata.

—Usted al menos ha llegado aquí para contarlo. Otros quizás no lleguemos.

—En eso tiene razón.

—Me estaba hablando de los amigos de Guillermo Canals, y también de su hijo.

—Uno, llamado Monfort, es un picapleitos muerto de hambre, capaz de vender a su propio padre. Mi cuñado lo conoció en Brasil. El otro, el marqués de no sé cuántos, es un viejo chocho que no sabe sumar tres más tres. Y también se les juntaba en alguna ocasión el sudaca ese, un monitor de golf del club que solo se dedica a tirar los trastos a las maduritas. Mientras los maridos están trabajando, el tío se dedica a cepillarse a sus mujeres. Un tipo listo, ¿eh? —dijo el barón, guiñándome un ojo con picardía.

—Pues sí, muy espabilado —contesté, siguiendo la corriente al anciano.

—Disculpe, ¿me ha dicho que era usted policía?

—No, no se lo he dicho.

—La verdad es que me da igual. Y ahora váyase por donde ha venido porque en breve vendrán a buscarme para el almuerzo —me apremió el viejo.

Y acto seguido volvió a colocarse la máscara de oxígeno y cerró los ojos. Sin pensármelo dos veces, cogí impulso de nuevo y trepé muro arriba. Ya había llegado a lo más alto, cuando oí a mis espaldas una voz de hombre que gritaba algo que no pude terminar de entender. En aquel momento solo pensaba en la manera más rápida de llegar al otro lado de la tapia. Me apresuré a cruzar la alambrada y salté con decisión, con tan mala suerte que el vaquero se quedó enganchado en el alambre de pinchos. Me quedé colgando boca abajo a casi dos metros del suelo, sujetado débilmente por el pantalón. No podía subir ni bajar y al otro lado del muro empezaban a oírse cada vez más voces. Como me descubrieran en esa situación, aparte de la vergüenza de verme así, tendría serios problemas con Carreras. Procuré pensar rápidamente cuál era la mejor opción, mientras Elvira corría hacia mí e intentaba en vano sujetarme para que no me cayera. Intenté tirar del vaquero para que se desenganchara del alambre, pero no pude. En ese momento descubrí la fama de resistencia de los famosos calzones. Volví a intentarlo de nuevo y entonces el pantalón cedió. Caí a plomo, justo encima de Elvira.

—¿Te he hecho daño? —le pregunté.

—Un poco sí, la verdad —contestó con cara de dolor.

—Venga, vamos —urgí—. No tengo ganas de tener que dar explicaciones si nos encuentran aquí.

La ayudé a levantarse y corrimos en dirección al coche, volviendo la vista atrás constantemente por si alguien nos seguía. Sin embargo, nadie vino detrás. La agente puso el coche en marcha y partimos a toda velocidad.

—¿Has podido hablar con Von Reiniger? —preguntó.

—Sí. Y me ha dicho cosas interesantes. Luego te cuento. Ahora, un poco de música para relajarnos y disfrutar del viaje de vuelta —dije, cogiendo de la guantera el *Shake It Up* de The Cars.

—Lo de hoy no ha sido muy ortodoxo, ¿verdad, sargento?

—Pero ha sido efectivo.

—Como se entere alguien, vamos a pillar.

—¿Tú lo vas a contar?

—No, claro que no —contestó la joven agente.

—Pues yo tampoco, así que no hay de qué preocuparse.

CAPÍTULO 12

Jamás había tenido atracción por las motos. Demasiado peligrosas e incómodas. Caer desde una moto era lo más fácil del mundo y cuando llovía era inevitable mojarse. Pero un día, un compañero del Cuerpo me dijo que me regalaba la suya, una Honda Scoopy 80 cc de color rojo que, aunque tenía más de veinte años, seguía funcionando correctamente. Como no me hacía falta sacarme ningún carné para poder llevarla, decidí aceptar el regalo y probar.

La verdad es que estuve dos meses sin utilizarla. La tenía aparcada en la calle y cada día la miraba, pero no me atrevía a subirme a ella, hasta que un día me decidí. Tenía que reconocer que mi primer contacto con ella fue de lo más estresante. Poder mantener dignamente el equilibrio ya supuso un aprendizaje de una mañana entera y luego tuve que aprender a manejar los mandos básicos del *scooter*: el gas, los frenos, los intermitentes, la bocina... Y eso que era automática. Pensé en cómo se lo harían los que llevaban motocicletas con marchas. Un horror. Y por último tenía que lidiar con el tráfico rodado, los peatones imprudentes y los idiotas de las bicis.

Pero al cabo de un par de días, las cosas ya empezaron a ir mejor, y después de una semana, ya me consideraba un experto motorista: ya no tenía que estar pendiente de mantener el equilibrio, el funcionamiento de los mandos enseguida se me hizo intuitivo y la circulación dejó de ser un problema importante. Los únicos que me continuaban mortificando eran los ciclistas. Unos cafres.

Así que aquella mañana salí pronto de casa en dirección a Montjuïc con mi Scoopy y el estupendo atuendo deportivo que me había comprado en unos grandes almacenes. Era el primer día que empezaba a correr y no las tenía todas conmigo. Después de aparcar la Scoopy debajo de las torres venecianas de la plaza de España, comencé con una sesión de estiramientos de piernas, como me había recomendado Elvira. Una vez hube considerado que ya había hecho suficientes ejercicios, empecé a correr suavemente subiendo la avenida de la Reina Maria Cristina. Al llegar al cruce con Rius i Taulet, torcí a la derecha y seguí trotando a un ritmo relajado. Me encontraba bien. Iba acompasando la respiración y notaba que las piernas me respondían perfectamente. Dejé a la derecha el edificio del CaixaForum de Puig i Cadafalch y cambié de acera para seguir subiendo en dirección al Poble Espanyol. Entonces empecé a sentir molestias en las piernas y la respiración no fluía como antes, pero seguí al trote. Empezaba a preguntarme si había sido buena idea ir a correr a Montjuïc y no haber optado por un recorrido más llano. Ya habían pasado más de los diez minutos que me aconsejó Elvira para las primeras sesiones, pero me quería demostrar a mí mismo que estaba más en forma que el resto de los mortales. Decidí seguir un poco más. Pero las piernas empezaron a dolerme cada vez más y casi no me llegaba aire a los pulmones. Después de dudarlos unos instantes, decidí parar. Me

senté, resoplando como un animal, en los escalones que daban acceso a la entrada del Poble Espanyol. Las gotas de sudor me caían por la cara y tenía las piernas agarrotadas. Más que imprudente, había sido un imbécil por haber intentado hacerme el macho. Tardé unos largos minutos en recuperar mi ritmo normal de respiración.

Cuando decidí incorporarme, una mujer más o menos de mi edad que bajaba corriendo a buen ritmo, se paró y se agachó para preguntarme si me encontraba bien.

—Sí, gracias —contesté—. Pero es mi primer día y me parece que no lo llevo del todo bien.

—No te preocupes, eso nos ha pasado a todos en un momento u otro. ¿Quieres que vaya a por un poco de agua?

—No es necesario, supongo que dentro de un rato ya me encontraré mejor.

—Pues que no sea nada —me animó—. Hasta luego.

La mujer se incorporó con agilidad, en el momento en que otro hombre bajaba por la misma acera dando grandes zancadas. Chocaron violentamente y cayeron al suelo llevándome por delante. El hombre se me cayó encima y la mujer se dio un buen golpe contra el indicador de la parada de taxis. Después del momento de confusión inicial, el hombre y yo nos incorporamos trabajosamente. La mujer, de rodillas en el suelo, se quejaba de un brazo. Esta vez me agaché yo en su ayuda.

—¿Te encuentras bien?

—Me duele el codo y creo que también me he torcido el pie —respondió, quejosa.

El hombre que había caído conmigo se acercó con aspecto compungido.

—Disculpadme —dijo—. Lo siento mucho. Déjame que te ayude a levantarte.

Entre los dos, ayudamos a la mujer a incorporarse y la sentamos en las escaleras donde hacía unos instantes había estado sentado yo.

—Llamaré a una ambulancia —dijo el hombre, sacando un teléfono móvil de una pequeña mochila que llevaba colgada en la espalda.

—¿Llevas móvil? —pregunté—. Eso sí que es ir preparado.

—Y también llevo una botella de agua pequeña, gafas de sol, crema protectora... Un poco de todo. Nunca sabes qué puede pasar.

Al hombre le debían de quedar pocos años para llegar a los sesenta. Más bien bajo, era de constitución recia y lucía un poblado bigote que me recordó a aquel famoso personaje de cómic que crearan Goscinny y Uderzo décadas atrás.

—¿Estás bien, tú? —me preguntó el hombre del bigote.

—Sí, gracias. Bueno, para ser sincero he de admitir que me duele todo el cuerpo, pero de la caída sí que estoy bien.

—¿Tu primer día? —preguntó.

—Lo has adivinado. El primero y no sé si el último.

—No, hombre, no. No digas eso. Al principio siempre cuesta, pero ya verás como, si eres un poco disciplinado, en unas tres o cuatro semanas vas a empezar a disfrutar corriendo. Y una vez te entra el gusanillo ya no te lo quitas jamás.

—Eso me han comentado. Espero que tengas razón —contesté sin demasiado entusiasmo.

—Puedes irte si quieres. Ya me quedo a esperar la ambulancia. No creo que tarde mucho.

—Yo también me espero.

Al cabo de un cuarto de hora llegaron los del SEM y se llevaron a la mujer.

—Bueno, pues ya podemos marcharnos —dijo el hombre del bigote—. Perdona, ¿me has dicho cómo te llamabas?

—Mercado. Eutiquio Mercado, pero puedes llamarme Tiki si te apetece. Es como me llaman los amigos. ¿Y tú? ¿Cómo te llamas?

—Soy Alfonso Galán.

—¿Vienes mucho por aquí?

—Cada día. Vivo cerca de aquí y me va estupendamente. Además, es un lugar que me encanta. Como estoy jubilado tengo todo el tiempo del mundo para dedicarme a lo que más me gusta. ¡Ah! También soy el presidente de la asociación Amics de Montjuïc. No sé si has oído hablar de ella.

—No —reconocí—, la verdad es que no. Yo vivo en Gràcia y, sinceramente, hacía muchos años que no me acercaba por estos lares.

—Pues ya estás viendo lo que te has perdido hasta ahora. Espero verte más por aquí de ahora en adelante. Tenemos el lujo de tener en medio de Barcelona un auténtico parque natural que ya quisiera para sí cualquier ciudad del mundo, y la gente no lo aprovecha. Es una lástima.

—Quizás porque queda un poco apartado del centro de la ciudad —observé.

—Tienes razón. Y también porque las instituciones públicas no hacen nada para acercar el parque a los ciudadanos. Solo piensan en el turismo, que es lo que da dinero a las arcas municipales. Desde la asociación siempre hemos defendido que la ciudad ha de ser en primer lugar para los ciudadanos.

—Los turistas dejan dinero —observé.

—¿Y una ciudad para qué quiere el dinero si no es para poder facilitar una mayor calidad de vida a sus habitantes? —razonó Galán.

—Pues también tienes razón.

—Claro que la tengo. Es como el Barça o el Madrid de fútbol, por poner un ejemplo. ¿Verdad que a los socios, que son los propietarios, tanto les da si a final de año se gana o se pierde dinero? Ellos lo que quieren es que su equipo gane trofeos. Pues lo mismo pasa con esto. Los ciudadanos de Barcelona, que son los que con sus impuestos sostienen la economía de la ciudad, quieren un lugar para vivir con calidad. A mí tanto me da si vienen más turistas o menos y si gastan o no gastan. Yo quiero una ciudad donde poder disfrutar de sus jardines y de sus calles, de sus gentes y de sus barrios. No quiero una urbe que sea una máquina de ganar dinero si ello no contribuye a mi bienestar y al de los míos. Hace años que estamos reclamando al Ayuntamiento medidas de reactivación para el parque, pero no hacen nada. Hace falta

acercar Montjuïc a los ciudadanos con medidas concretas.

—Me parece que son temas de difícil arreglo. De todas maneras, aplaudo a la gente como tú, que sin nada a cambio os preocupáis por tener una sociedad mejor. Yo no sé si sería capaz.

—¿Tú has nacido aquí, Tiki?

—No, pero hace años que vivo en Catalunya. Yo soy de Castilla y León. Castilla la Vieja, que decíamos antes.

—¿De qué parte?

—Nací en La Horra, un pequeño pueblo cerca de Aranda de Duero.

—Buen cordero por aquella zona, ¿verdad?

—Muy bueno, sí señor.

La verdad era que sí. Si algo tenía de bueno la tierra donde había nacido era su gastronomía y sus vinos, además de la nobleza de sus gentes. Aunque interiormente tenía que admitir que ya pocos recuerdos me quedaban de allí. Con apenas seis años, mis padres, humildes agricultores que trabajaban por cuenta ajena, decidieron enviarme a casa de una tía mía, hermana de mi madre, que vivía en Badalona. Yo era hijo único y mis padres creyeron que en Catalunya podría tener un mejor futuro que si me quedaba en el pueblo. Mi tía, soltera y sin hijos, cuidó de mí como si fuera su propio hijo. Pero cuando me matriculé en la universidad para cursar Filosofía y Letras pensé que había llegado el momento de independizarme. En aquellos tiempos, por las universidades corrían vientos de cambio y yo quería vivirlos con intensidad. Así que decidí, con el disgusto de mi tía y mis padres, irme a vivir con unos compañeros de facultad a un pequeño piso del barrio de Ciutat Vella, en el centro de Barcelona, donde poder dar rienda suelta a mis inquietudes inconformistas. Un par de años más tarde, mi madre falleció de un cáncer fulminante. No me dio tiempo siquiera a verla en vida por última vez. Decidí entonces dejar la carrera para ir a vivir al pueblo con mi padre y ayudarnos mutuamente a superar el mal trago. Pero mi padre jamás lo superó y al cabo de poco más de diez meses murió de un ataque al corazón. Con la desaparición de mis padres ya nada me retenía en el pueblo, más que algunos primos con los que apenas me había relacionado, así que volví a Barcelona. Nunca más había vuelto a La Horra y dudaba de que jamás volviera.

—Si hubieras nacido aquí —dijo Galán—, supongo que verías las cosas de otra manera. Mis padres vinieron a Barcelona poco después de la guerra civil en busca de unas mejores condiciones de vida que las que tenían en Extremadura, donde, literalmente, pasaban hambre. Aquí encontraron trabajo, fundaron una familia y encontraron cobijo en esta montaña.

—Tengo entendido que por aquella época todo esto estaba lleno de barracas.

—Es cierto. Y en una de ellas nací yo. Mi infancia transcurrió por esta montaña.

—No serían las mejores condiciones para vivir, ¿no?

—Visto desde la perspectiva actual, te aseguro que no —prosiguió Galán—. Pero guardo un feliz recuerdo de mi infancia, a pesar de que ni teníamos agua corriente ni

luz, y dormíamos siete personas en una habitación de apenas seis metros cuadrados. Eran otras épocas. Por cierto, no me has dicho en qué trabajas.

—Eh... soy funcionario —contesté con cierto embarazo—. *Mosso d'esquadra*, vaya.

CAPÍTULO 13

Cuando me telefoneó la noche anterior, el consejo de Heidi Canals había sido claro:

—No es fácil llegar a donde vivo. Lo mejor que puede hacer es dejar el coche cuando llegue a Sant Celoni y tomar un taxi en la estación de tren. O casi mejor, tome directamente el tren en Passeig de Gràcia. Se ahorrará tiempo y dinero. Y ganará en comodidad.

Me decidí por la segunda opción, básicamente porque aquel día Elvira estaba enferma y a mí me daba mucha pereza conducir el coche hasta Sant Celoni. Desde mi época de estudiante no había vuelto a subirme a un tren y tuve que reconocer que era una manera de viajar de lo más placentera. Uno se podía olvidar de todo, excepto de no pasarse de parada.

Una vez bajé del tren en Sant Celoni, subí a un taxi camino a Cal Joanet, la masía donde vivía Heidi Canals. Cuando el coche enfiló la carretera de Campins en dirección a Santa Fe del Montseny, empecé a vislumbrar un paisaje realmente hipnótico. El otoño había hecho acto de presencia en el macizo y dibujaba espectaculares sinfonías de color en la vegetación a ambos lados de la carretera. Mientras el coche serpenteaba por la estrecha vía, el verde intenso de los pinos, encinas y hayas contrastaba de manera contundente con los amarillos y ocres de todo tipo de especies caducifolias.

Al cabo de varios kilómetros, dejamos la carretera por la que circulábamos y tomamos otra, mucho más estrecha, donde apenas cabía un vehículo. El paisaje se tornó aún más frondoso. Los rayos de un sol tenue de media tarde luchaban por filtrarse entre tanta espesura. De repente desapareció el asfalto y el camino continuó en forma de serpenteante sendero de tierra. Después de unos minutos de avanzar con lentitud, el bosque terminó abruptamente y apareció una gran explanada, al fondo de la cual se divisaba una imponente masía.

—Hemos llegado a Cal Joanet —me dijo el taxista—. ¿Quiere que le vuelva a recoger a alguna hora en concreto? Se lo digo porque en esta casa no hay teléfono ni cobertura para móviles, y si ha de bajar andando hasta el pueblo se puede tirar un día entero.

—Pues sí —contesté—. Si puede volver en una hora, más o menos, se lo agradeceré.

Cuando el taxista se hubo ido, me quedé quieto mirando la inmensa construcción que tenía delante de mí. Era la típica masía catalana del siglo XVI o XVII. Estaba restaurada con esmero. Una gran puerta de madera impedía el paso al interior de la finca. Cuando me disponía a llamar al timbre, el portón se abrió automáticamente. Ante mí apareció un amplio jardín con flores repartidas por todas partes. A la

derecha, justo al lado de la puerta, un formidable olivo daba cobijo a un flamante Range Rover Sport blanco, y al fondo, bajo la puerta de la entrada principal del edificio, pude reconocer a Heidi Canals, que parecía esperar mi llegada. Me dirigí hacia ella. Estaba apoyada en el quicio de la puerta con las manos detrás de la espalda y esbozaba una seductora sonrisa. O al menos me lo pareció a mí. Vestía unos vaqueros y una camisa blanca de hombre medio desabrochada que le daba un aire cuidadosamente informal. El pelo, suelto, reposaba majestuoso sobre sus hombros.

—Bienvenido, sargento —me saludó, tendiéndome una mano de dedos largos y finos—. ¿Le ha costado mucho llegar?

—La verdad es que si hubiera tenido que venir conduciendo, tengo serias dudas de que hubiera llegado, pero el taxista parece que tiene por la mano venir aquí.

—Son las desventajas de vivir en un entorno tan idílico como este, apartada del mundanal ruido. ¿Sabe? Venir a vivir aquí fue la decisión más acertada que he tomado en mi vida. Por no tener, no he querido ni tener teléfono. Le parecerá extraño, ¿no? Una mujer, sola, viviendo en una masía en medio de la montaña y sin poder comunicarse con nadie.

—Intento siempre respetar las actitudes de las personas —contesté con voz neutra—, pero una mujer sola en plena montaña quizás no sea lo más prudente.

—Tengo un buen sistema de alarmas y un par de veces por semana vienen la mujer de la limpieza y un jardinero, que se ocupan de que todo esté en orden. La verdad, a mí lo de las tareas domésticas no me va mucho. Le agradezco que haya venido.

—Estoy a su disposición. De hecho tenía pensado llamarla en breve para tener una entrevista con usted.

—Pues me he adelantado —dijo riendo—. Si le parece, hablaremos en la parte de atrás del jardín. A esta hora se está de maravilla. Todavía podremos aprovechar los últimos rayos de sol de la tarde.

Seguí a Heidi Canals por un estrecho sendero que bordeaba la masía, hasta llegar a una deliciosa pérgola de obra que albergaba una barbacoa, una pequeña cocina, una larga mesa de madera con sus correspondientes bancadas y un par de grandes butacas de mimbre. Me invitó a sentarme en una de ellas.

—¿No es magnífico?

—Sí —admití—. Muy relajante.

—Pues aquí nos juntamos a menudo unos cuantos amigos y organizamos unas barbacoas estupendas. ¿Qué quiere tomar?

Estaba un poco descolocado con la actitud de Heidi Canals. Las veces anteriores que había coincidido con ella siempre se había mostrado fría y distante. En cambio, en ese momento parecía atenta y cálida. Diría, incluso, que de forma un tanto excesiva. Me predispuse a mantenerme a la defensiva.

—Cualquier cosa que no lleve alcohol. Gracias.

—¿Una tónica le va bien? Tengo una de importación que me manda un amigo que

vive en Chicago. La verdad es que está muy rica.

—Seguro que me gustará. Parece que vuelve la época de las tónicas y los *gin-tonic*.

—Sí —contestó con una amplia sonrisa que dejaba entrever una dentadura perfecta—. Parece que se acabe de descubrir el *gin-tonic* cuando ha existido toda la vida. Ahora parece que si no lo tomas no eres nadie. Eso demuestra una vez más que todo está inventado y que las modas van por ciclos. Dentro de cuatro días se volverá a poner de moda el ron con cola.

Heidi Canals fue a buscar la bebida. Cuando volvió, se agachó sobre la mesa para poner los posavasos. La tenía apenas a un par de palmos de mí y no pude evitar dirigir una furtiva mirada a su escote. Pude ver claramente que no llevaba sostén. Unos pechos pequeños, pero que se intuían firmes, se balanceaban ligeramente mientras servía las copas. Por un momento, mi instinto básico me llevó a abalanzarme sobre ella. Decidí cambiar de pensamiento.

—Verá, sargento —empezó a explicar—, la muerte de mi padre es un trago muy duro para la familia, y muy especialmente para mi hermano. Christian siempre ha sido un chico conflictivo que no ha sabido encontrar su lugar en la vida. Recuerdo que cuando era pequeño jamás le interesaba lo que hacían los otros chicos. Siempre prefirió jugar con las niñas, y eso mi padre nunca lo entendió. El día que mi hermano nos confesó su homosexualidad recuerdo que mi padre, lejos de ser comprensivo, le pegó dos bofetones delante de mi madre y de mí y le dijo que no era digno de llevar el apellido Canals. Christian no lo superó nunca, pero siguió queriendo a mi padre. De eso no tengo duda. Por favor, trátelo bien. Es un buen chico.

—Entiendo...

—Solo quería decirle que estoy segurísima de que Christian no ha tenido nada que ver con la muerte de mi padre —insistió—. Es absolutamente incapaz de ello, créame.

—La creo —contesté—, pero tendrá que aceptar que su actitud, especialmente después del fallecimiento de su padre, no ha sido la más ortodoxa, que digamos. Desaparecer sin dejar rastro no es lo mejor para defender su inocencia.

—Mi hermano es así. Siempre ha huido ante los problemas. Tampoco ha tenido suerte con las compañías con las que ha andado. Siempre se ha refugiado en ambientes marginales, donde podía ser alguien. Ahora parecía que había encontrado cierta estabilidad en su vida. Creo que salía con un chico italiano y que las cosas no iban mal.

—Gino —dije.

—¿Le conoce? —preguntó con cara de sorpresa.

—Sí, hace unos días coincidí con él por casualidad —afirmé, como si el tema no fuera conmigo—. Dígame, Heidi, ¿trabaja su hermano en algo?

—Tanto mi hermano como yo siempre hemos estado vinculados a las empresas de mi padre. Mi padre quizás sea conocido especialmente por sus negocios

inmobiliarios, pero hace unos años creó un potente conglomerado industrial con intereses en la siderurgia, las químicas y, más recientemente, en las energías renovables. Mi hermano intentó colaborar con mi padre durante un tiempo, pero no se entendieron y mi padre prefirió pasarle una asignación mensual y que no interfiriera en sus asuntos. Mi padre era de la vieja escuela y estaba acostumbrado a dirigir los negocios a su manera.

—O sea, que su hermano ahora no trabaja. Entonces, ¿en qué ocupa el tiempo?

—Si quiere que le diga la verdad, no lo sé exactamente. Anda de aquí para allá. Cuando está en Barcelona vive en casa de mis padres.

—¿Y usted? ¿Trabaja en las empresas de la familia?

—Después de graduarme en la Sorbona en Derecho vine con ganas de comerme el mundo. Por currículum pude obtener una plaza de becario en un importante bufete de abogados de Barcelona. Poco después, entré en el departamento legal de una química en Tarragona. Al cabo de un par de años, mi padre me llamó y me dijo que quería que trabajase para él, que ya había cumplido con mi formación fuera de casa. Pero al poco tiempo topé frontalmente con mi tío. Al final decidí dejarlo y dedicarme a mis plantas. Ahora presido el consejo de administración, pero no me he involucrado aún en tareas ejecutivas. Por cierto, ¿ha visto el hermoso jardín que tengo en la entrada de la finca?

—Muy bonito —admití.

—Bonito y engorroso. El cuidado de las plantas requiere de mucho mimo. Las he de regar por la mañana porque si lo hago por la noche el agua acumulada puede llegar a helarse. Y el césped lo riego por aspersión, pero siempre teniendo en cuenta que después pueda darle el sol algunas horas para que el agua tenga tiempo de secarse y así evitar los malditos hongos. Por no hablarle de los rosales que tengo junto a la piscina.

—Me hablaba de su tío —dije.

—Perdone, es que cuando me lío a hablar de plantas se me va la cabeza. Sí, mi tío Manfred, el hermano de mi madre.

Recordé entonces al hombre del bastón que conocí el día del entierro de Guillermo Canals.

—¿De qué se ocupa su tío en la empresa?

—Básicamente era la mano derecha de mi padre —siguió Heidi Canals—. Como consejero delegado de Canals Corporation, lleva toda la parte ejecutiva de la compañía. Hasta hace poco mi padre aún se ocupaba de ciertos temas, pero cada vez iba delegando más en mi tío.

—¿Y ahora su tío se ha quedado con el mando absoluto de todo?

—Ya veremos —contestó, seria—. El testamento de mi padre deja a mi madre como usufructuaria de la casa de la avenida del Tibidabo y una pensión vitalicia que le permitirá vivir con total comodidad, pero sin ninguna potestad sobre el resto del patrimonio ni, por supuesto, sobre Canals Corporation. Los únicos herederos

universales somos mi hermano Christian y yo. Además, yo continúo siendo la presidenta del consejo de administración, por lo que tengo plenas facultades para nombrar a quien quiera para dirigir la empresa. Hace días que mi tío me persigue para hablar de este tema, pero quiero comentarlo con Christian antes de decidir nada.

Sonó el claxon del taxi que me había llevado antes a la casa de la hija de Canals. Pensé entonces en lo poco que había cundido una hora de tiempo.

—Bien, creo que me vienen a buscar.

—Si quiere, le acerco yo más tarde al pueblo —me dijo, mirándome fijamente a los ojos.

—Es usted muy amable, pero será mejor que me vaya ya. Todavía me queda un buen rato de tren hasta llegar a casa.

Cuando le tendí la mano para despedirme, ella la ignoró y se acercó para darme un beso en cada mejilla. Por primera vez en muchos años, noté cómo un intenso rubor se apoderaba de mi rostro.

—Gracias por venir, sargento —susurró dulcemente.

Me marché apresuradamente antes de tener que arrepentirme por haber hecho algo que no hubiera procedido. Sentado cómodamente en el asiento trasero del taxi, empecé a repasar la conversación que había tenido con Heidi Canals. ¿Por qué me había citado? ¿Buscaba solamente exculpar a su hermano? ¿Había sido natural su actitud? Era evidente que, voluntaria o involuntariamente, me había seducido, de eso no había ninguna duda. ¿A qué obedecía tanta amabilidad conmigo? Procuré dejar de pensar en ello y relajarme, mientras el taxista serpenteaba hábilmente carretera abajo hacia Sant Celoni.

CAPÍTULO 14

Gerhard von Reiniger, el barón, me había hablado del grupo de amistades de Canals en el club de golf. Quería ir a ver de nuevo a Victoria del Río para que me los identificara, así que le dije a Elvira que pusiera rumbo a Sant Cugat. Aparcamos el Ibiza entre un enorme Hummer negro y un no menos espectacular Maserati descapotable de color azul marino que exhibía una supuestamente elegante tapicería de piel de color naranja en su interior. Victoria del Río nos recibió en su pequeño despacho. Mientras nos ofrecía asiento, apagó el portátil que tenía encima de la mesa, de donde salía la aterciopelada voz de Stevie Nicks entonando el clásico «Dreams». A la gerente debían de gustarle los Fleetwood Mac. A mí también.

—¿Cómo van las investigaciones? —preguntó la mujer.

—Digamos que van.

—¿Ya ha aparecido Christian?

—No —admití.

—Pobre chico. Yo no creo que sea culpable de nada. Su madre debe de estar pasándolo fatal.

—Tenemos entendido que Guillermo Canals tenía aquí un grupo de amigos con los que se relacionaba a menudo.

—Debe de referirse usted al señor Monfort y al marqués de Vilassar.

—Supongo —admití—. ¿Qué nos puede decir de ellos?

—Pues no gran cosa. El primero se llama Josep Monfort y tengo entendido que es abogado. Hasta hace unos meses era compañero inseparable del señor Canals. Cada día desayunaban juntos y jugaban su partido de golf, pero creo que tuvieron algunos problemas personales y hace ya tiempo que al señor Monfort no se le ve por el club.

—¿Y el marqués? —preguntó Elvira.

—Un encanto. El marqués es la típica persona que hace agradable la vida a la gente. Culto, educado y sumamente divertido.

—¿Y qué nos puede decir del monitor de golf? —pregunté.

—¿El chileno? Se llama Carlos Alberto Riquelme y es empleado del club desde antes que yo llegara aquí. Según tengo entendido, conocía a don Guillermo de años atrás.

—Nos interesaría conocerlo —dije.

—Por supuesto, ahora mismo intento localizarlo. Pueden ir a la terraza del bar. Hoy hace un día espléndido y es cuestión de aprovecharlo. Disculpen, pero voy muy atareada.

Nos sentamos en unas confortables butacas en la terraza del bar a la espera de que llegara el monitor de golf. Al poco rato se nos acercó, con rápidos pasos, un hombre alto y bronceado. Impecablemente vestido con unos pantalones de algodón y un polo

a juego, llevaba encasquetadas unas clásicas Ray-Ban Aviator de cristales oscuros.

—¿El sargento Mercado? —saludó con un singular castellano.

—Yo mismo. Y esta es la agente Sangenís —contesté, presentando a Elvira.

Riquelme, sin quitarse las gafas de sol, se quedó mirando de arriba abajo a Elvira, mientras dibujaba una sonrisa que entendí quería ser seductora.

—Mucho gusto —contestó el chileno—. ¿En qué puedo ayudarles?

—Estamos investigando la muerte de Guillermo Canals.

—Una lástima.

—¿Desde cuándo conocía al señor Canals? —preguntó Elvira.

—Coincidí con él en Mallorca, hace bastantes años. Yo daba clases en un club de golf de Pollença y lo inicié en el juego. Al cabo de unos años, me llamó ofreciéndome trabajo aquí.

—¿No estaba bien en Mallorca? —volvió a preguntar Elvira.

—Soy culo de mal asiento —explicó—. Yo nací en Chile y durante algunos años intenté acceder al circuito de golf profesional, pero no era suficientemente bueno, por lo que encaminé mis pasos a intentar formar buenos jugadores. He trabajado en Estados Unidos, en Europa e incluso estuve seis meses en Japón. Se vivía bien allí, pero enseguida me cansé de la obsesión que tienen por trabajar esos japoneses. Parece que no sepan hacer nada más, así que cuando me salió la oportunidad de venir a España no lo dudé ni un instante. Estuve unos meses en Mallorca y después ya me vine para acá.

—¿Qué tipo de relación tenía usted con Guillermo Canals? —pregunté.

—Aparte de ser empleado del club, en ocasiones le daba clases de golf.

—¿Conoce usted a Josep Monfort y al marqués de Vilassar?

—Sí, en alguna ocasión les he dado clases junto a don Guillermo y su cuñado, el señor Von Reiniger. Pero a excepción de este, ninguno tenía grandes dotes para el golf, ni creo que lo pretendieran. Eso sí, se lo pasaban en grande. ¿Saben? La grandeza del golf reside ahí. Es un deporte que te hace disfrutar y que puedes jugar a todas las edades. Solo con el reto de superarte a ti mismo. ¿Ustedes juegan?

—Nunca lo he probado, pero me gustaría —respondió Elvira.

—Estoy seguro de que le encantaría —contestó Riquelme.

—Pero me parece que queda un poco lejos de mis posibilidades económicas. Porque es caro jugar, ¿verdad?

—La verdad es que no es barato —dijo el chileno—. No es para todo el mundo, aunque en los últimos años se hayan construido algunos campos públicos.

—Pocos, ¿no? —intervine.

El tipo ni me miró. Empezaba a tener la irritante sensación de estar de convidado de piedra en la conversación entre Elvira y el chileno.

—Sí, no hay muchos —contestó, dirigiéndose a Elvira—. Quizás alrededor del diez por ciento de todos los campos de golf de este país. Además, suelen estar en manos de gestión privada, con lo que acabas pagando igualmente un buen pico para

poder jugar. Esto del golf se ha desmadrado demasiado y ahora se están pagando las consecuencias.

—¿Qué consecuencias? —preguntó Elvira.

—Durante los años del *boom* inmobiliario se construyeron demasiados campos de golf, que ahora cuesta mantener. Como les decía antes, el golf no es un deporte económico y cada vez hay menos gente dispuesta a pagar la morterada que cuesta jugar. Siempre fue algo para ricos, para unos pocos. Y eso que, en sus orígenes, el golf era una actividad que practicaban los pastores escoceses.

—Sí que es curioso, sí —respondió ella.

La irritación estaba empezando a incomodarme de manera importante. El chileno era un soberbio pedante y además no se quitaba las gafas en ningún momento. Siempre pensé que una norma elemental de educación era quitarse las gafas de sol cuando uno se dirigía a alguien.

—Creo que eso es todo —dije—. Gracias por su tiempo.

—A ustedes. Aquí me tienen para lo que necesiten. Y a ver si dan pronto con el asesino de don Guillermo.

—Le mantendremos informado —respondió Elvira—. No se preocupe.

—¡Ah! Y no se olviden de que el día que quieran probar esto del golf, tienen una clase gratis —dijo en plural, pero mirando solo a Elvira.

—Pues no le digo que no —contestó ella—. Muchas gracias.

Yo no respondí, más que nada porque igual hubiera enviado a la mierda a Riquelme. Y quizás también a Elvira.

—Un tipo majo, ¿verdad? —dijo la agente.

—Necesito que reúnas información tanto de Monfort como del marqués ese —contesté con sequedad—. Toda la que puedas. Si tienes dudas, mejor que peques por exceso que por defecto. Eliminar siempre es fácil. Y sobre todo, averigua qué es lo que enemistó a Monfort y a Canals.

—Entendido, sargento —contestó, decidida—. En cuanto lo tenga hecho, te aviso.

—Lo quiero mañana.

—¿Mañana? No sé si podré...

—Claro que podrás —afirmé, impasible—. A las diez en punto quiero el informe encima de mi mesa.

—No sé si tendré tiempo —se quejó Elvira.

—La noche es muy larga —zanjé, dirigiéndome hacia el Ibiza.

CAPÍTULO 15

Alfonso Galán me había llamado por si quería ir a correr con él. Me pareció buena idea. Parecía un buen tipo y siempre era mejor correr en compañía que solo. Después de salir de la Font Màgica, el hombre había marcado un ritmo suave que se dejaba seguir con comodidad. Incluso las primeras cuestas de la calle de la Guardia Urbana se habían hecho más o menos llevaderas. Me sentía razonablemente bien. El problema empezó cuando llegamos a la altura del Mercat de les Flors. Las pantorrillas empezaron a dolerme con intensidad y el corazón palpitaba a todo trapo.

Decidí seguir avanzando y no pensar en ello, más que nada para no hacer el ridículo delante de Galán, pero al llegar a la altura del Teatre Grec se me acabó el fuelle definitivamente.

—Yo me planto —alcancé a decir a Galán—, estoy reventado.

—Estás peor de lo que imaginaba, amigo —contestó, mientras se detenía.

—Sigue tú.

—Mira, iremos andando a paso ligero un rato para que te recuperes.

—Me parece que me quedo aquí sentado —repliqué.

—Venga, hombre. No me seas capullo. Vamos.

Enfilamos tranquilamente el paseo de Santa Madrona y nos dirigimos hacia el Palau Nacional, desde cuyo mirador se divisaban unas espectaculares vistas de Barcelona.

—¿A que es bonito? —dijo Galán.

—Mucho —afirmé—. No sé por qué no había venido antes aquí.

—Eso le pasa a mucha gente de la ciudad. No sabe lo que tiene en casa. ¿Sabes, Tiki? Algún día esta montaña dejará de ser un espacio público y gratuito. Ya lo verás.

—¿Y eso?

—Dinero, amigo, dinero. Mira, Barcelona es una ciudad que está encajonada entre el mar, la sierra de Collserola y las poblaciones colindantes. Ya no puede crecer más. El modelo de crecimiento urbanístico que ha sostenido a la ciudad durante décadas ha tocado a su fin, y ahora hay que replantearse muchas cosas, porque sin crecimiento urbano se evaporan importantes fuentes de ingresos. Una hipotética recalificación urbanística de Montjuïc supondría mucho dinero para el Ayuntamiento.

—Pero ¿aquí se puede edificar?

—En estos momentos no, pero mañana quién sabe. Las cosas pueden cambiar tan rápido como sea necesario. De hecho, hace unos años el gobierno municipal ya empezó a especular con lo que habían sido los estudios de Televisión Española en Miramar. Los vendió a un grupo de inversores extranjeros para convertirlo en un hotel de lujo para turistas de alto poder adquisitivo.

—Algo recuerdo del caso.

—Desde la asociación lo denunciemos con firmeza e incluso llegamos a entrevistarnos con el concejal de urbanismo. No podíamos permitir que un magnífico edificio como aquel se convirtiera en pasto de la especulación inmobiliaria. Imagínate el actual hotel Miramar convertido en una residencia de ancianos. O en un centro para el estudio de la flora de Montjuïc. Pero no, al Ayuntamiento le hacía falta dinero y no dudó en hacer caja. Nos planteamos incluso denunciar el caso, pero a ver quién es el guapo que tiene recursos económicos suficientes para poner un pleito al Ayuntamiento. Nosotros no. Así que el tema se fue apagando, pero fíjate que ningún partido político dijo nada en aquel momento.

—No interesaba, supongo.

—Claro que no —contestó Galán—. No interesaba ni a los partidos que estaban gobernando ni a los que estaban en la oposición, sabiendo que algún día quizás estuvieran ellos al mando de la institución y necesitaran hacer lo mismo. Públicamente se tiran los trastos a la cabeza, pero puertas adentro todo está más que pactado.

Después de estar un buen rato recreándonos con las vistas de la ciudad, bajamos trotando suavemente hasta la Pérgola, donde había dejado aparcada la Scoopy.

—Bueno, amigo —dijo Galán cuando nos despedíamos—, hoy te he visto un poco apurado. Deberías dejar esto de fumar.

—¿Tú también con esas?

—Claro, hombre. A ver, ¿qué beneficios te aporta el tabaco? Te cansas antes, seguro que el olfato y el gusto los debes tener atrofiados, y tienes muchísimas más probabilidades que cualquier no fumador de tener cáncer. Además, no es una costumbre barata.

—¿Tú has fumado alguna vez, Alfonso?

—No, nunca. Siempre me ha parecido una necedad.

—Pues entonces me ahorraré explicaciones. No lo entenderías.

CAPÍTULO 16

Aquella mañana tenía la intención de llegar pronto a la oficina. Me había puesto el despertador a las siete en punto de la mañana. Pero, o bien no sonó, o sonó y lo apagué, o no sé lo que sucedió. El caso es que me desperté bien pasadas las nueve y de mal humor. Me preparé un café muy cargado acompañado de un par de cigarrillos para coger ritmo. Llegué a comisaría cuando serían más de las diez de la mañana. Elvira apenas me saludó, pero vi que encima de la mesa tenía preparado el *dossier* que le había encargado el día antes.

—Veo que has tenido tiempo de prepararme los informes —le dije.

—Sí, sargento. Ahí está todo.

—¿Me los explicas?

—Como quieras, pero quizás sea mejor que los leas y si tienes alguna duda la comentamos —respondió de mala gana.

—De acuerdo —contesté, mientras me servía el tercer café del día.

—Mercado, el café te va a matar un día de estos —dijo Curto, que merodeaba alrededor de la mesa de Elvira—. ¿No te han dicho que un consumo excesivo de café altera el sistema nervioso?

Bernat Curto, también conocido como *el Sonrisas* en La Central, era otro sargento de la División de Investigación Criminal. Tenía treinta y tres años y era originario de Reus, donde su familia explotaba una pequeña empresa elaboradora de vermut. Según él, el mejor del mundo. Manteníamos una excelente relación, incluso fuera del trabajo.

Era el típico guasón que siempre estaba sacando punta a cualquier cosa y mofándose de todo lo que se movía. Pero en ese momento yo no estaba para demasiadas tonterías.

—Por favor, Curto, ¿te puedes ir a la mierda?

—Vale, vale. Ya me voy, sargento.

—Cierra por fuera —grité, mientras desaparecía por la puerta.

—Hemos tenido mejores días, ¿eh, Tiki? —me dijo antes de cerrar.

Era cierto. Me sentía especialmente irritado y nervioso. El psiquiatra ya me lo había advertido.

—Tendrás días mejores y otros que no lo serán tanto. No te ofusques cuando suceda eso. Mira de no darle importancia y, sobre todo, no dejes de tomar la medicación hasta que yo te lo diga. Ya verás que irás mejorando poco a poco.

—¿Cuándo podré dejar la medicación? —había preguntado.

—Es un tema lento. Pueden ser meses o años. Hay quien incluso se toma medicación de por vida, pero no te preocupes. Lo que realmente importa es que tengas una calidad de vida digna. Y te prometo que la tendrás.

Decidí que no era el mejor día para trabajar en comisaría, así que cogí el *dossier* que me preparó Elvira y me fui a dar un paseo a ver si conseguía serenar mis ánimos. Después de deambular de aquí para allá durante un buen rato, volví de nuevo al despacho. Tenía la cabeza muy espesa y me costaba concentrarme. Elvira se debió de dar cuenta de mi ofuscación porque se dirigió a mí y me preguntó, solícita:

—¿Quieres que te explique lo que he averiguado?

—Te lo agradeceré.

—Comenzamos por el marqués de Vilassar. Su nombre real es Pere Amat, pero él siempre se ha hecho llamar marqués. Nació en Vilassar de Mar, tiene setenta y nueve años y sin duda es un hombre venido a menos. Debe el título nobiliario a un bisabuelo que a mediados del siglo XIX emigró a Cuba en busca de fortuna. En esa época muchos pescadores que malvivían por algunos pueblos costeros del Maresme se fueron a «hacer las Américas», como se decía entonces.

—Y el hombre triunfó.

—Exacto. Según consta en los archivos, hizo una gran fortuna con la venta de tabaco y café a Estados Unidos, hasta que decidió volver a su pueblo para presumir delante de sus paisanos de la inmensa riqueza que había amasado. Aunque por el pueblo también corre la versión de que el hombre se enriqueció con el tráfico de esclavos.

—Vete tú a saber.

—El caso —continuó Elvira— es que de vuelta a Vilassar empezó a codearse con la aristocracia catalana de aquella época e incluso tuvo acceso a los círculos más selectos de Madrid. En una época en que la corte de Madrid andaba endeudada hasta las cejas por el alto coste de las colonias que le quedaban y, sobre todo, por el desastre de la guerra de Cuba, el bisabuelo Amat donó desinteresadamente grandes sumas de dinero a la monarquía, que sin duda suscitaron el agradecimiento de la regenta María Cristina de Habsburgo-Lorena, quien lo nombró marqués de Vilassar. Fue un hombre emprendedor que cuando volvió a Vilassar se embarcó en numerosos proyectos empresariales con distinta suerte. Pero se le recuerda especialmente por fundar Hilaturas Amat, una empresa del ramo textil que llegó a tener delegaciones por todo el mundo y que daba trabajo a media comarca. Pero, como sucede en estos casos, todo el imperio del bisabuelo fue diluyéndose en sucesivas generaciones.

—O sea que a nuestro marqués le tocaron las migajas —observé.

—No te creas —siguió Elvira—. Hasta bien entrados los ochenta, vivió en un palacete modernista que construyera su bisabuelo al volver de Cuba, y llevaba un ritmo de vida por todo lo alto. Pero la crisis del sector textil de los ochenta lo arruinó completamente.

—¿Continúa viviendo en el palacete? —pregunté.

—No. Ahora vive en un ático de su propiedad en la parte alta de la Diagonal, enfrente del Real Club de Polo. Según parece, fue un regalo de sus amigos aristócratas cuando el hombre se arruinó. Con él vive una mujer de origen

suramericano que le hace de asistente y de cocinera.

—Sigue, por favor.

—El palacete de Vilassar lo cedió al municipio, que lo convirtió en biblioteca municipal. Según he podido averiguar, le pagan un alquiler de tres mil quinientos euros al mes.

—No está mal —aprecié.

—Según Hacienda —prosiguió Elvira—, sus ingresos el año pasado fueron de sesenta y dos mil y pico de euros, provenientes del alquiler del palacete de Vilassar y de rendimientos mobiliarios de cuentas que tiene en diferentes entidades bancarias. También tiene algunos terrenos yermos en Vilassar que no le producen ningún beneficio.

—¿Familia?

—No consta que haya estado nunca casado ni que tenga hijos.

—¿Homosexual?

—No lo creo. Según he podido averiguar, cuando vivía en el palacete de Vilassar organizaba frecuentemente fastuosas fiestas con sus amigos donde no faltaban señoritas de compañía.

—Putas, vaya.

—Dejémoslo en prostitutas —dijo Elvira—. Eso de putas siempre me ha sonado mal.

—Lo que tú digas —acepté para no discutir—. ¿Tiene alguna ocupación laboral en la actualidad?

—Ninguna. Desde que Hilaturas Amat quebrara, no consta en ningún sitio que haya trabajado.

—A eso se le llama vivir del cuento, ¿verdad?

—Verdad —afirmó ella, sonriendo por primera vez.

—¿Qué me dices de Monfort?

—Ese tiene menos historia que el marqués. Tiene sesenta y seis años y nació en Puigcerdà, en el seno de una familia de clase trabajadora. Sus padres tenían un pequeño negocio de ultramarinos en el pueblo. Con apenas veinte años se fue a Brasil en busca de oportunidades y vino algunos años más tarde con Guillermo Canals. Cómo se conocieron allí, lo ignoro. Se estableció en Sant Cugat, cuando la población todavía no tenía el atractivo que tiene ahora. Dice ser abogado, aunque en ningún colegio de abogados consta su nombre. Tiene su despacho profesional en la Via Laietana de Barcelona y también montó una empresa de intermediación inmobiliaria que, según el registro mercantil, ha registrado pérdidas por valor de más de trescientos mil euros en los últimos tres años. Cómo se las apaña para seguir tirando, es una incógnita. Pero, vaya, no debe de ser nada muy claro.

—¿Qué relación lo unía con Guillermo Canals?

—Aparte de amigo, era su abogado de confianza.

—¿Has podido averiguar por qué rompieron la relación Monfort y Canals?

—Sí. Parece ser que Monfort cogió un día una barra de hierro y rompió las lunas del coche de Canals.

—¿Se sabe el porqué?

—No —contestó Elvira—. Lo curioso es que fue el mismo Monfort quien acudió a comisaría a denunciar los hechos. No se escondió en ningún momento.

—Vaya tipo más raro, ¿no?

—Ciertamente.

—¿Tiene familia? —pregunté.

—Sí, dos hijas que no quieren saber nada de él. Enviudó joven y se casó años después con una mujer treinta años menor. Al poco tiempo se divorciaron.

—Bien, agente Sangenís. Has hecho un buen trabajo —le dije.

—Gracias, sargento Mercado. También he reunido información de Manfred von Reiniger. He pensado que no estaría de más.

—Bien. Cuenta.

—Nació en Núremberg, Alemania, hace cincuenta y cinco años. A los siete años falleció su madre y con trece se instaló con su padre y su hermana en Mallorca. Primero en Palma y después en Deià. Con diecinueve años se fue a estudiar Ingeniería Industrial a la Universidad Complutense de Madrid y se licenció en 1985. Estuvo viviendo en Madrid hasta principios de los noventa. Después se trasladó a Guinea Ecuatorial, donde estuvo trabajando para diferentes compañías españolas en calidad de consultor. En el 2001 volvió a España y recaló en Barcelona. Entonces es cuando empieza a trabajar para Canals. Se divorció hace quince años y no tiene hijos reconocidos.

—Todo muy correcto, ¿no?

—No lo sé. De su período africano se sabe poco.

—¿Dinero? ¿Propiedades? —pregunté.

—Parece que vive bien, pero no es un hombre especialmente rico. Vive en un dúplex en Pedralbes, tiene una torre de veraneo en la Costa Brava y un apartamento en Baqueira Beret. Todo de su propiedad. Dispone de casi novecientos mil euros repartidos en varias cuentas bancarias y de un plan de pensiones valorado en dos millones de euros. También tiene intereses en bolsa, básicamente en acciones de Repsol, Telefónica y Santander. Unos tres millones en total.

—Y según tú, ¿eso no es ser rico? Yo cambiaba mi situación por la suya sin pensármelo dos veces.

—Bueno, yo lo comparaba con su cuñado.

Afortunadamente, el mal humor con el que me levanté había ido menguando. Ahora me encontraba más sereno a pesar de haberme tomado ya casi media docena de cafés en lo que iba de mañana. Pensé que no me había portado bien con Elvira. Le propuse ir a comer fuera de La Central. Me habían hablado de un restaurante en el centro de Terrassa donde se comía buen marisco y no era excesivamente caro.

—Encantada —contestó—, pero cada uno se paga lo suyo.

—De acuerdo, agente. Hoy te dejo mandar.
A todo eso, Christian Canals continuaba sin dar señales de vida.

CAPÍTULO 17

Al llegar a lo alto de la avenida de la Reina Maria Cristina, detuve la Scoopy un momento. Estaba a punto de entrar en lo que antaño había sido uno de los circuitos de velocidad con más carisma del mundo. Por edad, no había tenido oportunidad de verlos, pero me habían contado que en el circuito de Montjuïc habían competido los Jackie Stewart y Emerson Fittipaldi de los mejores tiempos en los grandes premios de Fórmula 1. Y también Ángel Nieto, Giacomo Agostini y Mike Hailwood en motos. Aunque para llegar a los jardines de Joan Brossa, donde había quedado con Galán, el camino más rápido pasaba por girar a la izquierda tomando la avenida de Rius i Taulet para llegar a la calle Lleida y subir hacia arriba en dirección al paseo de Santa Madrona, decidí imitar a los pilotos que se jugaban la vida en aquellos preciosos parajes y girar a la derecha por la avenida del Marqués de Comillas.

A poco más de cincuenta por hora, pasé por la Pérgola, el Poble Espanyol y enfilé la avenida de l'Estadi, creyéndome Alex Crivillé. Poco después de pasar por delante del decadente y mal aprovechado Estadi Olímpic, llegué a la intersección con el paseo de Santa Madrona, donde la avenida de l'Estadi perdía su nombre y se convertía en la avenida de Miramar. Dudé un instante de si seguir recto en dirección a los jardines de Joan Brossa o girar a la izquierda hacia abajo, siguiendo la ruta del antiguo circuito de velocidad.

Al final decidí que daría una vuelta completa al trazado. Enrosqué a fondo el puño de gas de la Scoopy y los escasos seis caballos de potencia me lanzaron raudamente cuesta abajo. Después de trazar con más o menos acierto un par de amplias curvas, seguí por una larga recta con el gas completamente a fondo, con el velocímetro señalando los ochenta kilómetros por hora. Vi que se aproximaba a toda velocidad la curva donde estaba situado el Museu Etnològic y corté gas. Empecé a frenar suavemente, como hacía con el coche, pero la moto apenas aminoró el ritmo. Apreté de nuevo los frenos con más fuerza y la moto seguía avanzando a una velocidad endiablada. La curva se iba acercando cada vez más y me empezó a entrar cierta sensación de pánico. Opté entonces por frenar con todas mis fuerzas. De repente, la moto se empezó a deslizar de la rueda de atrás, dando bandazos a derecha e izquierda, mientras la curva se me echaba encima irremisiblemente. Dudé de si sería mejor tratar de negociar la curva o irme recto, con el consiguiente peligro de que subiera un coche y se me llevara por delante. Al final opté por lo primero y me encomendé a la voluntad del Divino. En el momento en que hice la intención de inclinar, la Scoopy desapareció como por arte de magia y me encontré dando volteretas por un asfalto que jamás sospeché que fuera tan duro. Al cabo de unos segundos, que se me hicieron eternos, me detuve. Estaba sentado en el suelo en medio de la calzada y tenía la Scoopy a unos veinte metros de mí, carretera abajo. Me

incorporé con las piernas temblando y fui a por ella. No tenía daños aparentes, así que la levanté y la puse en marcha de nuevo. De repente se me habían pasado todas las ganas de emular a Crivillé. Enfilé de nuevo el paseo de Santa Madrona en sentido contrario al que había venido y me dirigí a los jardines de Joan Brossa.

Galán había insistido en que fuera a una presentación que hacía el alcalde y, como era a las siete de la tarde y no tenía nada mejor que hacer a aquella hora, había decidido ir.

Dejé la Scoopy entre dos cochazos oficiales mal aparcados que había en la pequeña rotonda que daba acceso a los jardines y busqué a Alfonso. No habría mucho más de treinta o cuarenta asistentes, aparte de algunas televisiones y reporteros gráficos, así que no me costó mucho localizarlo en primera fila.

—¿Qué dice el presidente de los Amics de Montjuïc? —lo saludé.

—Llegas tarde —contestó el hombre—. ¿Has tenido algún problema?

—Digamos que he tenido un pequeño imprevisto. ¿Me he perdido algo importante?

—Nada. El alcalde está soltando un tostón de narices.

Efectivamente, en lo alto de un estrado, el alcalde peroraba acerca de las bondades de Barcelona como ciudad de integración y no sé cuántas memeces más. A su lado había otra media docena de personalidades, de esas que ejercen como figuras decorativas y que no tenían más responsabilidad que la de aplaudir a cada pausa del alcalde.

—Está diciendo que va a reducir a la mitad los árboles plataneros de la ciudad —dijo en voz baja Galán—. Que los irán sustituyendo por otras especies que se adapten mejor al lugar. Parece que al Ayuntamiento le ha dado ahora por no permitir que ninguna especie de árbol supere el quince por ciento del total del arbolado de la ciudad. Ya me dirás qué tontería más grande. Con la de gente que hay tirada por las calles muriéndose de hambre y frío... Son todos unos necios.

—Oye —pregunté—, ¿aquí no había antes un parque de atracciones?

—Sí. Y se lo ventilaron.

—¿Se lo ventilaron?

—Lo que oyes, amigo mío. Hace unos años el Ayuntamiento decidió quedarse con el parque de atracciones del Tibidabo, que languidecía después de una larga crisis económica y de gestión. Pero entonces se dio cuenta de que no había espacio suficiente para dos parques de atracciones en Barcelona, por lo que decidió no renovar la licencia de explotación de este parque.

—Una jugada inteligente.

—Sí para una empresa privada, pero no para un ayuntamiento. Parque de Atracciones S. A., la empresa que explotaba el parque de Montjuïc, tuvo que cerrar y dejar a varias decenas de trabajadores en la calle, mientras el Ayuntamiento se ufanaba de haber salvado el parque del Tibidabo. Quizás fuera legítimo, pero no especialmente ético.

—¿Y qué hizo entonces Parque de Atracciones S. A.? —pregunté.

—¿Qué querías que hiciera? Pues, cerrar.

En aquel instante sonaron unos tímidos aplausos y el alcalde bajó de la tarima para atender a los medios. Detrás de él, un nutrido grupo de personajes completaba la comitiva.

—¿Ves ese de ahí? —me indicó Galán, señalando a un hombre que iba detrás del alcalde.

—Sí. ¿Quién es?

—Serafín Castro, el arquitecto jefe del Ayuntamiento de Barcelona. Un iluminado. ¿Sabes que el tipejo hace años ideó un proyecto que consistía en crear un atolón de islas artificiales en pleno delta del Llobregat? Quería montar una zona de ocio exclusiva para ricachones. Y no te creas, el Ayuntamiento del Prat de Llobregat llegó a interesarse por el tema. Suerte que alguien sensato de la Generalitat le paró los pies. Oye, me voy. He de ir a buscar a mi nieto. Te llamo y quedamos para ir a correr, ¿vale?

—De acuerdo —contesté—. Al paso que voy, en un par de días estaré más en forma que tú.

—Ni lo sueñes, amigo.

Galán se marchó a toda prisa y yo me fui a buscar la Scoopy, aún renqueante de la caída de hacía un rato. Pensé que a lo mejor no había sido buena idea lo de acostumbrarme a ir en moto.

CAPÍTULO 18

Al día siguiente volví al club de golf para hablar con Victoria del Río sobre Monfort y el marqués. Quería contrastar con la gerente del club los informes de Elvira, que ese día se había quedado en La Central preparando informes para Carreras.

—Venía a hablar con Victoria del Río —le dije a la chica de la recepción del club.

—Esta mañana no vendrá, sargento —contestó ella, que ya me conocía—. ¿Le puedo ayudar en algo?

—Pues creo que no —respondí.

—Quizás es mejor que llame antes de venir, ya que a veces tiene reuniones fuera del club —aconsejó.

—Sí —reconocí—, debería haberlo hecho.

En aquel momento apareció a mi lado un hombre de figura enjuta y frágil. Tenía unos ojos saltones que parecían salir de sus cuencas. A pesar de ser mayor, se mostraba ágil y vivaz. Se dirigió a la chica de recepción sin reparar en mí.

—¿A qué hora tengo partido, Carlota?

—A las once y media, señor marqués.

—Estupendo. Todavía tengo tiempo de ir a leer un rato el periódico. Por cierto, ¿aún tienes de novio a aquel jovencuelo del pelo largo? —preguntó el marqués, riendo.

—Sí, señor —contestó Carlota—. Aún sigo con él.

—Recuerda que el día que te canses de él ya sabes que me tienes a mí.

—Lo tengo presente, señor marqués.

—Así me gusta, bonita. Hasta luego.

Me quedé mirando al hombre mientras se alejaba con paso decidido hacia las escaleras. Quise suponer que no debería de haber demasiados usuarios del club que fueran marqueses, por lo que me dije que quizás hubiera tenido suerte al encontrarme al marqués de Vilassar.

—Oye, Carlota. ¿Ese hombre es el marqués de Vilassar?

—El mismo —respondió—. Todo un caballero.

No había podido hablar con Victoria del Río sobre el marqués, pero ahora tenía la ocasión de hacerlo directamente con él. Me apresuré a seguir al hombre. Al llegar al primer piso vi que se dirigía a la terraza del restaurante. Se acomodó en una butaca y sacó un gran cigarro del bolsillo de la americana. Esperé a que lo encendiera antes de abordarlo. No quería robarle ese placer único que supone encenderse un buen puro. Observé cómo retiraba cuidadosamente la vitola y sacaba del bolsillo de su chaqueta un cortapuros. Cortó la parte superior del habano con precisión de cirujano y después encendió una larga cerilla de madera que acercó al extremo del puro. Debí de dar por buena la operación ya que después de soplar ligeramente la parte del cigarro

encendida y ver que quemaba uniformemente, el rostro del hombre dibujó una amplia sonrisa de satisfacción. Una vez terminó el preciso ritual, me acerqué.

—¿El marqués de Vilassar? —pregunté.

—¿Quién pregunta por él? —contestó.

—Soy el sargento Mercado. Estoy al cargo de la investigación por el asesinato de Guillermo Canals.

—Mucho gusto, sargento. Supongo que querrá hablar conmigo, ¿verdad?

—Sí, si es tan amable.

—Por supuesto. Estaré encantado de colaborar con la justicia, y más si es con el fin de esclarecer la muerte del pobre Guillermo. Tome asiento, por favor.

Parecía un hombre acostumbrado a que le hicieran caso. Me senté disciplinadamente junto a él.

—Ya ve, joven —prosiguió—. Ahora estamos proscritos. Condenados a escondernos en lugares apartados, fuera de las miradas de niños, presuntos atletas y mojigatos recalitrantes. Dentro de poco, hasta ni en casa.

—Perdone, pero no acabo de entenderle.

—Sí, hombre. El tabaco. ¿O es que usted también es uno de esos cruzados antihumo? —preguntó.

—No, señor. Yo soy de los que fuma. Y mucho. Aunque de momento me conformo con cigarrillos rubios americanos. Quizás, si algún día me toca la lotería, me pueda permitir el capricho de fumarme un buen habano de vez en cuando.

—¿Quiere uno? —dijo el hombre, destapando un estuche de cuero que contenía tres hermosos cigarros como el que se estaba fumando.

—No, gracias.

—Oiga, sargento. Si lo dice porque está de servicio, no se preocupe, que yo no se lo diré a nadie. Si no nos ayudamos entre nosotros, mal lo tenemos.

—Quizás otro día —contesté.

—Bien, bien. Como quiera. Así que usted es el que lleva la investigación de la muerte de Guillermo. ¿Cómo le va?

—Estamos en ello. Dígame, por favor, ¿qué tipo de relación tenía usted con el difunto?

—Nos presentó su cuñado Manfred, hará cosa de unos cuatro o cinco años —explicó—. Recuerdo que coincidimos en Sevilla en una recepción que dio la Casa de Alba. Cada cierto tiempo organizamos algún sarao de estos para no perder el contacto entre los miembros de la nobleza. Con Manfred nos caímos bien y trabamos una relación de amistad.

—¿Tenían negocios en común, usted y Guillermo Canals?

—Bueno, eso de los negocios es algo un tanto etéreo... —prosiguió el hombre—. Mi padre me enseñó que los negocios son para los burgueses. Los aristócratas no debemos arremangarnos las mangas de la camisa. No hemos nacido para trabajar. No sé si me entiende.

—Pues la verdad es que no —admití—. Si se puede explicar un poco mejor...

—Verá, joven, yo nunca me asociaría con nadie para trabajar en nada, fuera lo que fuera. Ahora bien, yo podría, y digo podría, que no quiere decir que lo haga o lo haya hecho, sugerir a un amigo mío que invirtiera en tal cosa y a cambio recibir su gratitud. ¿Me comprende ahora?

—Más o menos —contesté—. Entiendo entonces que con Guillermo Canals tenía una relación de este tipo, ¿no? Usted lo ponía en contacto con gente que de alguna manera podía proporcionar a Guillermo Canals información valiosa para sus intereses particulares. Y después usted recibía una comisión por haber facilitado el contacto entre ambos.

—Eso lo dice usted, sargento. Yo no lo he dicho. Yo únicamente le planteo, porque usted me lo pregunta, posibles escenarios que no tienen por qué ser ciertos.

—Entiendo. Ya veo que ustedes, los nobles, tienen una manera diferente de entender los negocios —observé.

—La vida, amigo, la vida —corrigió el marqués—. No solo los negocios. Enfocamos todos los asuntos de la vida desde una perspectiva diferente a la del resto de la gente. Si quiere, puede sonar a clasismo retrógrado, pero es así. Al menos así me lo han enseñado desde niño.

—Ya veo.

—No corren buenos tiempos para la nobleza —prosiguió el hombre, expulsando una espesa bocanada de humo—. Ni aquí, ni en Europa. Si exceptuamos honrosísimas excepciones, nadie tiene un duro.

—¿Y eso? —pregunté con malicia.

—He de reconocerle que no hemos sabido adaptarnos a los tiempos modernos. Han sido muchos siglos de vida regalada y no supimos cambiar cuando tocaba. ¡Cuidado! —El viejo levantó el dedo índice en señal de advertencia—. Le estoy hablando de la nobleza clásica, de los que llevamos generaciones con el título a la espalda. No le hablo de esos burgueses nuevos ricos que compran títulos nobiliarios a precio de oro. Me parece muy oportuno que se le dé un marquesado a un premio Nobel de Literatura, e incluso a un político retirado por los servicios prestados, pero ¿usted cree que un constructor de esos que no tienen más mérito que haber hecho cuatro carreteras ha de recibir un título nobiliario? ¿A santo de qué?

—No lo sé.

—Si tan bien ha trabajado —siguió el marqués—, pues que le den una medalla al trabajo y andando. Se están otorgando títulos nobiliarios a gente que no los merece y con eso lo único que se consigue es banalizar a la nobleza.

Para colmo, incluso se le ha dado un marquesado a un entrenador de fútbol. ¡Ver para creer! No puede ser, alguien tendría que revisar todo esto. ¿Por qué no fomentamos la afición a la lectura, la pintura o la música en vez de rendir este desmesurado culto al deporte? Algo no funciona en nuestra sociedad.

—Pues también tiene razón —admití.

—Claro que la tengo, pero es así como funcionan las cosas a día de hoy. Qué le vamos a hacer. ¿Sabía que en la mitad de los consejos de administración de las empresas que forman el Ibex 35 se sientan nobles? ¿Sabe por qué?

—Usted me lo dirá.

—Pues porque la nobleza, a pesar de no tener ningún privilegio legal, tiene el *glamour* que no tienen esos nuevos ricos de tres al cuarto que se sientan en los sillones de los consejos. Esos individuos no tienen encanto, ni saber estar, ni cultura, ni nada. Y nos necesitan a nosotros para dar lustre a sus compañías.

—Hablábamos de Guillermo Canals... —dije, intentando reconducir la conversación.

—Otro pobre desgraciado —respondió el marqués—. Canals podía tener mucho dinero, que lo tenía, pero era un personajillo patético. Se casó con la hermana de Von Reiniger para poder acceder a los círculos de la alta aristocracia, pero no lo aceptaron. Tuvo que ser Manfred el que lo introdujera en nuestro mundo. ¿Ve? Von Reiniger sí que es un hombre de bien. Elegante, culto y con un árbol genealógico de primer nivel.

—Pero usted compartía tertulias y deporte con Guillermo Canals, ¿no es así? —inquirí.

—Joven, una cosa es con quién quiere estar uno y otra muy distinta con quién tiene que estar. ¿O es que a usted le gusta estar con su jefe?

—Bueno...

—No hace falta que me lo diga —cortó el hombre—. Mi caso, con ciertos matices, no es muy distinto al suyo. Yo no tengo jefe, jamás lo he tenido y le juro que no lo tendré. Antes me pego un tiro. Esté seguro de eso. Pero tengo que comer, mantener un precioso ático en la zona alta de Barcelona y un ritmo de vida del cual no quiero desprenderme. Además, a mi edad también necesito liberar mi libido de vez en cuando. Y, claro, eso no es barato si quieres material de primera calidad. ¿Me explico?

—Perfectamente —contesté.

—Pues para todo eso hace falta dinero —siguió—. De la misma manera que a usted le hará falta su sueldo para ir viviendo, yo necesito ingresos también. Y Canals me los proporcionaba.

—¿Cómo? —pregunté con indisimulado interés.

—¿De verdad que no quiere un habano de estos?

—No, gracias.

—Pues usted se lo pierde, amigo. —Hizo una pausa—. Seguro que ahora quiere que le cuente cómo Canals me proporcionaba el dinero, ¿verdad? —dijo el hombre, con cinismo.

—Pues, la verdad, me gustaría.

—Mire, joven —dijo, mirándome seriamente—. Me cae usted bien, no sé si porque pertenece al club de los apestados fumadores o qué. El caso es que le voy a

contar cómo funcionan las cosas en mi mundo. Eso sí, sepa que negaré ante Dios si hace falta lo que le voy a contar. ¿De acuerdo?

—Perfectamente —respondí.

—No llevará por casualidad alguna grabadora.

—No, señor. Le doy mi palabra. Regístreme, si quiere.

—No hace falta. Con su palabra me basta.

—Gracias.

—Mi padre y mi abuelo siempre me inculcaron la necesidad de tener una buena agenda de contactos y, como le decía antes, tengo algunas excelentes amistades sentadas en cómodos sofás de consejos de administración de empresas importantes. En este aspecto, la información que puedo obtener de ellos es de primera mano, y antes de que sea pública. Ahí es donde está el quid de la cuestión. Imagínese que un amigo mío de una importante empresa de energía me dice que su compañía quiere invertir en energía eólica y que plantea realizar una fortísima inversión en la compra de terrenos para implantar molinillos de esos que ahora se han puesto tan de moda en algún lugar recóndito de La Mancha. Antes de que la compañía de mi amigo empiece a comprar el terreno necesario para montar el parque, alguien se puede avanzar para comprar a precio de saldo unas tierras yermas que en ese momento no dan ningún tipo de beneficio y después revenderlas a la empresa energética con unas importantes plusvalías. Y es aquí donde el pobre de Canals jugaba su papel. Y yo el mío, claro.

—En este caso —resumí—, entiendo que usted le facilitaría la información a Guillermo Canals sobre qué tierras debía comprar antes de que la compañía pusiera en marcha el proyecto. Y por ello usted recibía una comisión. ¿Es así?

—Y mi amigo del consejo de administración también cobraba la suya.

—O sea, la empresa que quisiera comprar los terrenos debería desembolsar el importe equivalente al precio original de los terrenos con el añadido de la plusvalía que creyera oportuna Guillermo Canals, más su porcentaje de comisión, más el de su amigo del consejo.

—Exacto, sargento. Es tal como usted dice.

—A eso lo llamo yo tráfico de influencias —observé.

—Depende de cómo se lo mire uno —respondió con cierta desfachatez—. Yo prefiero hablar de favores entre amigos. No me dirá que usted no se hace favores con sus amigos, ¿verdad?

—Pero en cualquier caso, no sería un asunto legal.

—¿Legal, ilegal? ¿Qué diferencia hay entre estos dos términos? ¿Quién dice si una cosa es legal o no lo es? ¿Los mandamases de turno? Pero si son un hatajo de inútiles. A ver, dígame algún político que antes de acceder a un cargo de responsabilidad haya brillado en algún campo profesional. Vamos, dígamelo.

—No se me ocurre...

—Ni se le ocurrirá, sargento. Nuestros abnegados políticos son, exceptuando muy contadas excepciones, unos trepas que utilizan la política para sus fines personales.

Después, con la agenda que han ido mimando en sus años de mandato, se les abren las puertas para acceder a cargos privados estupendamente remunerados. No hace falta que le diga nombres, ¿verdad? Y ahora, si me permite, le dejo. Deben de estar esperándome en el campo.

—Una última pregunta, marqués.

—Usted dirá.

—¿Acompañó usted a Guillermo Canals en la visita que organizó para algunos de sus invitados el día que apareció asesinado?

—Claro, como siempre. Pero esté tranquilo. Yo no maté a Guillermo. Tendría que ser muy estúpido para haberlo hecho. Y, créame, no lo soy.

El marqués de Vilassar se levantó de la butaca, apagó el cigarro a medio consumir en el cenicero y se fue hacia el campo de golf. Yo pedí un café y me quedé un rato más sentado en la butaca. El hombre era, cuando menos, peculiar. Había hablado con total naturalidad y hasta con cierta arrogancia de los trapicheos que se llevaba con Canals. Sin ningún atisbo de rubor. Y parecía que, en principio, la muerte del viejo no le iba a beneficiar. En principio.

CAPÍTULO 19

El Mariscal aún estaba medio vacío. Eran poco más de las diez cuando me apoyé con Curto en una esquina de la larga barra del bar que precedía a la pequeña pista de baile situada al fondo del local. Después de intentarlo en numerosas ocasiones, al final había convencido al Sonrisas para que se acercara esa noche a conocer el local. Actuaba un grupo llamado The Rocking Stones, que versionaban a los auténticos Stones y que al parecer eran bastante convincentes.

Hacía cerca de cinco años desde que un día entrara en El Mariscal casi por casualidad y desde entonces no había dejado de frecuentarlo dos o tres veces cada semana. Estaba cerca de mi casa y me gustaba la música que se escuchaba. Además, había trabado cierta relación de amistad con Mariscal y, desde hacía unos meses, cada jueves me encargaba de pinchar música, algo que colmaba mis inquietudes musicales. Era algo así como el *disc-jockey* residente del lugar. Mariscal me dejaba total libertad para pinchar lo que quisiera, siempre y cuando fuera *rock and roll* clásico. Solo me había puesto una condición: a las doce en punto de la noche, cuando él hacía sonar la campana, tenía que pinchar «Rock and Roll», la celeberrima pieza de Led Zeppelin. Cuando le pregunté el porqué, su respuesta fue categórica:

—¿Se te ocurre mejor manera de empezar el día?

El resto de la semana, El Mariscal alternaba conciertos de bandas emergentes con sesiones musicales a cargo del propio Mariscal o de alguno de sus amigos.

Estábamos por pedir una consumición, cuando vi que Mariscal se acercaba con su sempiterno vaso de *bourbon* en la mano. Era un tipo singular. Orondo, de barba canosa y gafas redondas a lo Jerry García, parecía sacado directamente del concierto de Woodstock del 69.

—¿Qué se te ha perdido hoy por aquí, amigo Tiki?

—Me dijiste que el grupo que actúa hoy estaba bastante bien, ¿no?

—Le falla el cantante —respondió Mariscal—, que se mueve como el maricón de Jagger, pero no tiene ni la mitad de voz que él. Aunque llevan dos guitarras que tocan dignamente y el bajo es un auténtico *showman*. Un día de estos creo que se los presentaré a Keith.

El Keith al que se refería no era otro que Keith Richards, el guitarrista de los Rolling Stones. Mariscal siempre presumía de ser amigo suyo. Según decía siempre, se habían conocido en el *backstage* del concierto que los Stones dieron en la Monumental en el 76 y a partir de ahí se habían visto siempre que Richards había vuelto a la ciudad. La verdad es que costaba creerlo, pero cuando alguien osaba discutirlo, Mariscal señalaba con una amplia sonrisa de suficiencia una gran foto que colgaba encima de la barra del bar, donde un todavía joven Richards aparecía en actitud amistosa con un tipo delgado de barba negra y gafas redondas.

—He venido con mi amigo Bernat Curto.

—Mucho gusto, hijo.

—Me ha dicho Mercado que esta noche actuaba un grupo muy bueno —le dijo Curto.

—¿Quién es Mercado? —preguntó Mariscal.

A pesar de la relación que tenía con Mariscal, nunca le había dicho cómo me llamaba en realidad, ni él jamás tampoco me había dicho su auténtico nombre.

—Yo soy Mercado. Me llamo Eutiquio Mercado.

—¡Ah, vale! Bueno, por mí como si te llamas Cagarro. Yo te seguiré llamando Tiki, me gusta más.

—Tienes un local muy guapo —dijo Curto.

—¿Te gusta, hijo? Pues espera a que empiece a sonar la música. Lo mejor de Barcelona.

—Doy fe de ello —aseguré.

—¿Ah, sí? —dijo Curto—. ¿Y qué clase de música ponéis?

—*Rock and roll* —contestó Mariscal, con determinación—. Solo *rock and roll*. Y si puede ser de los sesenta y setenta, mucho mejor. Lo de después no vale para nada, ¿verdad, Tiki?

—Verdad, Mariscal.

—Pero eso ¿no está un poco caduco? —dijo Curto.

—Caduco, hijo, ¿por qué? —preguntó Mariscal con cara de pocos amigos.

—Hombre —razonó—, pues porque estamos hablando de música de hace cincuenta años.

—O sea, que según tu teoría, la música que hacía gente como Beethoven o Mozart debe de estar podrida, porque se hizo hace más de doscientos años.

—Bueno... eso es música clásica. No tiene fecha de caducidad.

—Pues como el *rock and roll*, hijo mío. Lo que pasa es que el *rock and roll* es todavía muy reciente como para que se le dé la etiqueta de clásico, pero todo llegará. Solo es cuestión de tiempo.

En aquel momento apareció Jessica, la hija única de Mariscal, que se ocupaba de la barra del bar. Le había puesto ese nombre en recuerdo al mítico tema instrumental que compusieran los Allman Brothers cuarenta años atrás. Según me había explicado un día el propio Mariscal, poco después del nacimiento de la niña, su madre, una *groupie* con escasa sensibilidad maternal, había optado por seguir a un estrafalario cantante *punk* y dejar a la hija al cuidado del padre.

—Oye, Mariscal —dijo Jessica—. ¿Qué te parece si empezamos ya?

—Sí, se está haciendo tarde —contestó su padre. Y dirigiéndose a Curto—: Bueno, hijo, espero que te lo pases bien.

Dicho lo cual, Mariscal se fue, copa en mano, hacia el pequeño escenario que se había habilitado para el concierto de esa noche junto a la cabina del *disc-jockey*.

—Oye, Tiki —dijo Curto—, ese tío es un imbécil.

—Pero tiene razón en lo que dice. Lo que pasa es que tú eres un ignorante.

—Y tú otro imbécil.

—Me parece muy bien, pero ahora cállate que empieza el concierto.

Efectivamente, un grupo de cinco chicos con pendientes colgando de todas partes y pantalones abrochados por debajo del culo salieron al escenario y el guitarrista empezó a rasgar las notas de «Under My Thumb», la pieza con la que comenzaban los Stones su American Tour del 81, el que sirvió de promoción del álbum *Tattoo You*. Después siguieron con «When the Wip Comes Down», «Neighbours» y «Just My Imagination», justamente el mismo *setlist* de la gira americana.

—Te ha caído un buen marrón con lo del caso Canals, ¿eh? —me dijo Curto, mientras sonaba «Shattered».

—Pues la verdad es que sí —admití—. Lo único bueno del asunto es la hija del muerto. Una tía imponente.

—Siempre es un aliciente. Oye, ¿es verdad que el viejo tenía tanta pasta?

—Eso dicen.

—Pues te será fácil encontrar al asesino. Solo has de mirar a quién beneficia su muerte.

—Ya lo sé, listillo. El asunto es que puede haber mucha gente que sale ganando con su muerte y por eso me han endosado el caso. Si hubiera sido tan fácil como crees, Carreras te hubiera asignado la investigación a ti.

—Encima que te ayudo... Eres un desagradecido.

—¿Por qué no te callas de una puta vez y me dejas oír el concierto?

—Vale, vale. Ya no te molesto más. Por cierto...

—¿Qué coño te pasa ahora?

—Eso que decía tu amigo Mariscal acerca de que el *rock and roll* de después de los setenta no vale para nada...

—Eso dice. Y yo, salvo honrosas excepciones, también estoy de acuerdo.

—O sea —dijo el Sonrisas—, que según vosotros, gente como Nirvana o U2 deben de ser una mierda.

—Lo de Nirvana es una de las excepciones que te digo. Lo de U2 ya no lo tengo tan claro.

CAPÍTULO 20

—Ya ves lo que cuenta el viejo marqués —le dije a Elvira.

—Pues a mí me da asco toda esa aristocracia que no pega sello y solo se dedica a especular con el dinero de todos nosotros. Por mí, como si se los traga la tierra.

—Coincido contigo, aunque he de admitir que el hombre tiene su gracia.

—Pues a mí no me hace ninguna gracia —contestó, airada—. ¿O es que te parece bien que el viejo ese se dedique al tráfico de influencias viviendo a cuerpo de rey, mientras los currantes trabajamos de sol a sol por un sueldo que apenas alcanza para llegar a final de mes?

—Tienes razón —admití—. Ahora nos interesa que esté tranquilo y que podamos tirar de él cuando nos interese, pero cuando acabe este asunto, tendremos que ver qué hay de verdad en todo eso. Recuérdamelo para entonces.

—A la orden, jefe, lo haré con mucho gusto. Quizás ahora toque ir a ver a Monfort. ¿No te parece?

—Sí, es lo que toca.

—¿Quieres que lo llame?

—No. Aunque corramos el riesgo de no encontrarlo, prefiero cogerlo por sorpresa. Venga, coge tus cosas, nos vamos.

Nos dirigimos al despacho que Monfort tenía en la Via Laietana de Barcelona, cerca de la catedral. Eran poco más de las cuatro de la tarde y el sol todavía calentaba con fuerza. Al menos ese día no llovía y se podía pasear tranquilamente. Decidí que era mejor esperar un poco, no fuera que el hombre estuviera aún comiendo. Después de tomar un par de cafés en un bar del mercado de Santa Caterina, nos encaminamos al despacho de Monfort.

—Vaya, empezamos con mal pie —me quejé al ver el cartelito que indicaba que el ascensor no funcionaba.

—Nos tocará subir a pie. Solo es un ático —dijo Elvira, sonriendo, mientras empezaba a subir las escaleras con paso ágil y decidido.

Después de ocho inacabables pisos, por fin llegamos a la puerta del despacho, en el preciso instante que se abría para dejar salir a un hombre que iba vestido con ropa casual. Nos hicimos a un lado y el sujeto pasó junto a nosotros dirigiéndonos una mirada vacía. En aquel momento tuve la sensación de que lo había visto en algún lugar. Y no hacía demasiado tiempo.

En el quicio de la puerta aguardaba una mujer mayor.

—Ustedes dirán —dijo.

—Venimos a ver a Josep Monfort —respondí.

—¿Tenían cita concertada? —preguntó con cortesía la mujer.

—Somos de los Mossos d'Esquadra —contesté con voz firme, enseñando la placa

del Cuerpo y esperando impresionarla.

Nos miró con mayor detenimiento, pero no pareció alterarse.

—¡Ah! ¿Y tienen una orden judicial para ver a mi hijo?

—Por favor, señora —intervino Elvira, con amabilidad—. ¿Será usted tan amable de avisar al señor Monfort de que están aquí el sargento Mercado y la agente Sangenís? Solo queremos hablar un rato con él.

—Esperen un momento. Ahora vuelvo.

La mujer desapareció unos instantes.

—A veces da mejores resultados ser amable —dijo Elvira.

—Cierto —admití de mala gana.

—Pasen, por favor —nos dijo cuando volvió—. Mi hijo está ahora al teléfono, pero les atenderá en cuanto termine. Será cuestión de unos pocos minutos. ¿Quieren tomar algo? ¿Un café? ¿Un té?

—Yo, si es usted tan amable, tomaré un vaso de agua —contesté.

—Yo también —se apuntó Elvira.

Nos sentamos en un par de sillas que deberían de tener más años que la mujer, pero que todavía mantenían un cierto grado de confortabilidad. La mujer tardó unos buenos diez minutos antes de volver con un par de botellines de agua mineral.

—¿Y qué ha hecho mi hijo ahora? —preguntó la señora.

—Nada, que nosotros sepamos —contesté—. Solo venimos a hablar con él sobre un amigo suyo.

En aquel instante se abrió la puerta de la salita y apareció Josep Monfort con cara de pocos amigos. Era un hombre robusto, de mandíbulas prominentes y pobladas patillas.

—Vengan conmigo —dijo, autoritario.

Nos levantamos y lo seguimos hasta su despacho.

—¿Qué quieren? —preguntó una vez dentro.

—Venimos a hablar de Guillermo Canals.

—Muy bien, pero viene un cliente dentro de diez minutos, así que abrevien.

A diferencia de su madre, Monfort era de una ordinariez que rayaba en la mala educación.

—Tenemos entendido que usted y el señor Canals eran amigos —empecé.

—Lo ha dicho muy bien. Éramos amigos, pero dejamos de serlo hace un tiempo.

—¿Y eso? —pregunté.

—El muy cerdo me hizo una mala jugada y me debía un montón de dinero. Confié en él y me estafó. Desde entonces no quise saber más de él.

—¿Le estafó? —preguntó Elvira.

—Sí. Cosas de negocios.

—¿De qué negocios? —insistió ella.

—Le hice ganar mucho dinero, al viejo, en la Cerdanya. Yo nací en Puigcerdà, y siempre he mantenido buenas amistades en la zona. Un grupo de alcaldes de

poblaciones de la comarca vino a mí para pedirme consejo legal sobre cómo podían generar más ingresos para sus municipios. Yo les aconsejé que era algo tan sencillo como recalificar algunas zonas rústicas con la finalidad de poder construir viviendas de segunda residencia. Ya saben, hubo una época en que todo lo que se construía se vendía. Era un negocio redondo para todos. Los ayuntamientos recalificaban zonas a las que no les sacaban ninguna utilidad y así generaban ingresos en concepto de derechos de obra e impuestos, los bancos hacían su agosto dando hipotecas a diestro y siniestro, el comercio y el ocio de la comarca se enriquecían con el gasto que hacían los turistas, y estos disfrutaban de una segunda residencia en un marco incomparable. Todo genial, hasta que gente como Canals quiso ganar más dinero del que les tocaba. Empezaron a subir los precios de las viviendas, mientras los bancos seguían el juego, dando dinero sin ningún tipo de garantías. Ya saben, era como un globo que se va hinchando cada vez más hasta que al final explota y salpica a todo el mundo.

—¿Y? —inquirí.

—¿Y? ¿Qué? —respondió Monfort, con cara de malas pulgas.

—Está muy bien lo que nos está explicando, pero no ha contestado a la pregunta de la agente Sangenís —dije—. ¿Qué negocios fueron los que le llevaron a enemistarse con Guillermo Canals?

—Los abogados tenemos a menudo información que, bien utilizada, puede dar mucho de sí. Yo sabía qué zonas se iban a recalificar y no me costó nada decirle a Canals qué terrenos debía comprar. El viejo los compró a precio de saldo y los revendió a varios promotores que luego quedaron ahogados hasta las pestañas al no poder vender todas las promociones.

—¿Y cómo es que no fue él quien construyó? —preguntó Elvira.

—El muy zorro ya se olía que eso de la especulación inmobiliaria estaba tocando a su fin y prefirió invertir en unos terrenos que no valían nada y revenderlos a unos incautos que pensaron que se harían de oro.

—Tenía entendido que los abogados se rigen por un código deontológico —dije.

—Y así es —respondió con cinismo el abogado.

—¿Y ese código no les impide revelar información de sus clientes en beneficio propio? —insistí.

—Mire, sargento, si se lo he contado es porque tengo muy claro que no me pueden hacer ustedes nada. No hay ninguna prueba que me inculpe.

—¿Y qué nos dice de la rotura de las lunas del automóvil de Guillermo Canals? —preguntó Elvira.

—¿Cómo saben eso?

—Forma parte de nuestro trabajo estar informados.

—Ya pagué por eso. El juez me impuso una buena multa y al cerdo de Canals tuve que pagarle una generosa indemnización. Pero volvería a hacerlo ahora mismo. Volvería a coger aquella barra de hierro y le volvería a romper todas las lunas de su asqueroso Mercedes. Aún más, creo que también le reventaría las ruedas y le chafaría

toda la carrocería. Se merecía esto y mucho más.

—Tendrá que admitir que este hecho le puede colocar como sospechoso de su muerte —dije.

—Miren, si ustedes quieren pensar en mí como sospechoso de su asesinato me parece muy bien. Mientras no se demuestre lo contrario soy completamente inocente, como cualquiera de ustedes dos. Además, el día que Guillermo murió yo no estaba en el club. Tengo testigos que pueden demostrarlo. Y ahora, tendré que dejarles. Está al llegar un cliente muy importante.

Nos levantamos y nos fuimos hacia la puerta de salida. Su madre estaba esperando para despedirnos.

—Josep es un buen hombre. Ha heredado los modales rudos de su padre, pero tiene un buen corazón. Y es un gran abogado.

—Estamos seguros de eso, señora —contestó Elvira.

El ascensor seguía sin funcionar, así que bajamos las escaleras a pie.

—Visto lo que dice Monfort, casi mejor no haber sido amigo de Canals, ¿no? — dije.

—Tienes razón. Empiezo a pensar que no debió de dejar muchos amigos.

—Hay personas que cuando tienen un objetivo les da igual si pisan a alguien con tal de llegar a donde quieren. Canals debía de ser una de esas personas.

—Yo no sería capaz de ir así por la vida.

—Nunca serás rica, entonces.

—Pues me da igual. Prefiero poder dormir sin remordimientos.

Al salir de la finca, en la concurrida acera de la Via Laietana volvimos a ver al hombre que había salido del despacho de Monfort cuando llegamos. Estaba subiendo a un coche oficial. Volví a pensar que su rostro me era familiar.

CAPÍTULO 21

Apesar de los madrugones, le iba cogiendo el gusto a eso de correr. Si me lo hubieran dicho unas semanas antes me habría echado a reír con ganas. Como Elvira me había advertido, al principio hacía falta una buena dosis de fuerza de voluntad, pero a medida que iba practicando, cada vez resultaba más fácil y estimulante. Incluso tenía que confesar que los días que no corría tenía una cierta morriña. Además, Montjuïc era un escenario fantástico para correr. Eso sí, no era especialmente fácil encontrar ni recorridos planos ni superficies de tierra que no castigaran demasiado las articulaciones de las piernas. Galán me había dicho que delante del hotel Miramar se extendía una explanada de tierra de notables dimensiones que era ideal para principiantes como yo. Me aseguró que a primera hora de la mañana no encontraría prácticamente a nadie, con excepción de algún deportista madrugador o de algún vecino despistado paseando al perro.

Cuando llegué a la pequeña rotonda que daba acceso al hotel Miramar me topé con un coche oficial, junto a un par de furgonetas de una conocida constructora. Aquello me llamó la atención. Eran las siete y media de la mañana y aún no había amanecido del todo. ¿Qué haría un coche oficial a esas horas de la mañana por Montjuïc? Supuse que sería de algún mandamás que, o bien estaría alojado en el hotel, o quizás hubiera ido a recoger a algún invitado ilustre. Junto al coche oficial estaba apoyado un chófer fumando distraídamente un cigarrillo. Me acerqué picado por la curiosidad.

—Buenos días —saludé.

—Buenos días —me respondió el hombre, bostezando y mirándome de arriba abajo, con cara de preguntarse qué narices debía de querer el tipo que tenía delante a esas horas de la mañana.

—¿Es que hay algún gerifalte por aquí? —le pregunté, señalando el coche.

—El arquitecto jefe del Ayuntamiento. Al hombre le gusta madrugar y ya ves, todos a madrugar —se quejó el chófer.

Serafín Castro, el iluminado que había querido construir un atolón de islas artificiales frente al delta del Llobregat.

—¿Está alojado en el hotel? —pregunté.

—No, hombre, no. Está ahí detrás, en los jardines de Miramar, haciendo no sé qué.

—Pues sí que va atareado, que tenga que empezar a trabajar tan temprano. Yo, en su caso, hasta antes de las diez no me veían por la oficina —le aseguré, buscando su complicidad.

—Pues a mí no me veían el pelo en todo el día —exclamó—. Pero, claro, él es un jefe y yo un matado.

—Bueno, hombre. Seguro que debes de terminar pronto también la jornada laboral.

—Y una mierda —se quejó el hombre—. Como el jefe tenga una de esas cenas a las que es tan aficionado, me dan las dos de la mañana cuando llego a casa.

—Pero ¿cobrarás horas extras, no? —pregunté sonriendo.

—Por la mierda que pagan no me compensa, amigo —contestó de mal humor.

—Pues vaya con tu jefe. Ya podría currárselo un poco mejor, ¿no?

—Mira, ahí viene. Díselo tú mismo —dijo el hombre, señalando detrás de mí.

Giré ciento ochenta grados y vi a Serafín Castro que llegaba.

—Ya estoy aquí, Julio —dijo el recién llegado—. Ya nos podemos ir.

—Enseguida, señor —contestó, solícito, el chófer.

—Muy sano, esto del ejercicio —me saludó, mientras abría la puerta trasera del coche—. Yo me lo tendría que plantear también.

—Se lo recomiendo —le aconsejé—. ¿Mucho trabajo por esta zona?

—Tareas de mantenimiento —contestó el arquitecto jefe, evasivo—. Pura rutina.

—¿Tan temprano?

—Bueno, hay cosas que durante el día son complicadas de realizar —contestó—. Además, con el fresco de la mañana se trabaja mejor. Y ahora, si me permite, me voy corriendo que me esperan para una reunión. Pase usted un buen día.

—Igualmente.

El coche partió a toda velocidad y yo bajé trotando el ancho camino de tierra que llevaba hasta la explanada del hotel Miramar. Cuando llegué a la altura del teleférico que une Montjuïc con la Barceloneta me topé con cuatro operarios uniformados de la empresa constructora cuyas furgonetas había visto junto al coche del arquitecto jefe. Justo detrás de ellos, con el paso cansino, un joven vestido con ropa informal cargaba con un pesado instrumento de esos que usan los topógrafos. Lo abordé.

—¿Cómo se llama este aparato que llevas?

—Es una estación total —respondió el joven, sin detener la marcha.

—¿Y para qué sirve? —pregunté, siguiéndole el paso.

—Se utiliza para realizar diversos tipos de mediciones.

—¿Qué tipo de mediciones?

—Básicamente de distancias, ángulos y niveles —respondió, deteniéndose.

—Ahora lo entiendo. Es que tengo un sobrino que ha empezado a estudiar Ingeniería y días atrás vi en su casa un chisme de esos.

—¿Ingeniería de Caminos, Canales y Puertos?

—Pues ahora sí que me has dado. Supongo que será esa. ¿Y cómo funciona este chisme?

—Primero hay que tomar las mediciones que se necesiten —prosiguió—, y después, la información obtenida se vuelca en programas de CAD que permiten manejar con comodidad la información. Es un aparato muy útil, aunque empieza a haber otros sistemas más automáticos y fáciles de utilizar. Eso de la informática hace

vieja cualquier cosa.

—Y a cualquier persona —apostillé.

—Razón no te falta —rio el joven.

Los operarios habían seguido su camino sin reparar en mí, y el joven, ahora más relajado, había dejado en el suelo la estación total.

—¿Y qué os trae por aquí? —pregunté—. Te lo digo porque vengo a correr a menudo por esta zona y es la primera vez que os veo.

—Bueno, en el Ayuntamiento no paramos. Ayer me llamó el arquitecto jefe diciéndome que había que tomar unas mediciones aquí en los jardines de Miramar. Parece ser que se está planteando una remodelación importante de toda la zona de Montjuïc que da al puerto.

—¿Una remodelación?

—Eso parece —contestó el joven, encogiéndose de hombros—. Oye, si me disculpas me marchó. Ah, y dile a tu sobrino que estudie mucho. La carrera no es fácil.

—Así lo haré. Hasta luego.

El joven volvió a cargar con el aparato al hombro y se fue por el mismo camino que habían tomado los operarios. Me quedé dubitativo. Había algo que no me cuadraba. Por una parte, el arquitecto jefe había hablado de tareas de mantenimiento rutinario, y por otra, el topógrafo había comentado algo de una remodelación. ¿En qué quedábamos? Además, ¿qué hacía todo un arquitecto jefe del Ayuntamiento en unos jardines municipales a aquella hora intempestiva? ¿Por qué se trabajaba mejor con el fresco de la mañana? No me parecía creíble. Algo de todo aquello no cuadraba. De repente me acordé de Alfonso Galán. El hombre me había dicho que en los últimos meses había visto mucho movimiento extraño por la montaña. Técnicos, operarios y hombres trajeados, de aquí para allá. ¿Tendría algo que ver lo de esa mañana? Me picaba la curiosidad.

A todo eso, eran ya casi las ocho, así que tenía que espabilarme si quería correr un rato y llegar a La Central antes de las nueve. Carreras me había dicho que quería reunirse conmigo. Volví a realizar algunos estiramientos y empecé a trotar. Las vistas de la fachada marítima de Barcelona desde los jardines de Miramar eran espectaculares. Corrí de una punta a otra por la explanada del hotel, mientras le daba vueltas a la cabeza. Había algo que me inquietaba.

Al cabo de unos minutos al trote, me acordé. ¡Serafín Castro! Era el mismo tipo que Elvira y yo nos cruzamos cuando fuimos al despacho de Monfort. Paré de correr bruscamente. ¿Qué tendría que ver el arquitecto municipal con un tipo como el abogado Monfort? Desorientado, me subí en el Ibiza y me puse rumbo a La Central.

Llegué cuando faltaban aún unos minutos para las nueve, con el equipo de deporte puesto. Me topé con Carreras, que estaba tomando un café en la máquina.

—Jefe, déjeme un momento. Me ducho y enseguida estoy con usted.

—No me digas que ahora te ha dado por hacer deporte —dijo con guasa—. Esa sí

que es buena.

—Nunca es tarde si la dicha es buena, subinspector —contesté.

Antes de darle un par de guantazos al jefe, fui a mi mesa a recoger la llave de la taquilla. Elvira, desde su mesa, me miró con risa contenida. En aquel momento decidí que no iría más a La Central con la ropa de correr. Si hacía falta me levantaría antes o llegaría más tarde, pero no estaba dispuesto a ser el hazmerreír del Cuerpo. En los vestuarios, el recochineo no fue menor.

—Joder, Tiki —dijo en voz alta el Sonrisas, para que lo oyeran todos los que en aquel momento estaban en los vestuarios—. Quién te ha visto y quién te ve. ¿Sabes que a mi abuelo también le ha dado ahora por el deporte? Si quieres te doy su número de teléfono y quedáis para ir a correr juntos.

—Vete a la mierda, Curto. Cuando tú todavía no te la pelabas, yo ya era un consumado corredor. Así que no me toques los huevos. Cuando tengas mi edad y mi experiencia verás las cosas de otra manera, niño.

—Cuando tenga tu edad, el mundo ya habrá desaparecido, amigo —contestó riendo.

—Curto, sabes que te tengo cierto aprecio, pero cuando te pones así de borde te daría de hostias hasta que te cambiara esa cara de capullo que tienes.

—Bueno, bueno. No te enfades, hombre. Solo quería bromear un poco contigo. El otro día oí en la televisión que una buena terapia para que los ancianos vivan más y con mejor calidad de vida era hacerles reír.

Yo no estaba de humor para aguantar sus tonterías, por lo que me fui a la ducha. Al salir, todavía estaba el Sonrisas terminando de vestirse.

—Pareces una maricon, Curto —le dije—. Debes de llevar media hora acicalándote.

—Hay que estar guapo, amigo —contestó—. Por cierto, ¿cómo va con la agente Sangenís?

—¿Y a ti qué te importa?

—Hombre, me preocupo por los amigos.

—¿No me dirás que tienes celos?

—¿Celos, yo? —inquirió—. ¿De qué?

—Tú sabrás. Pero últimamente siempre te veo detrás de ella. Tiene un polvo, ¿eh? —insistí para mortificarlo.

—Bueno... —contestó con falsa displicencia—. Del montón, diría yo.

—Venga, venga —lo presioné—. No me digas que te molestaría encontrártela en tu cama alguna noche de estas.

—Oye, ¿por qué no dejas de dar por culo y te vas a trabajar de una puta vez? ¿No tenías hoy reunión con Carreras?

—Vale, vale. Ya me voy. Se me olvidaba, ¿le doy algún recado a Elvira de tu parte? —le dije, antes de dar media vuelta.

Curto me tiró la toalla encima y masculló todo tipo de improperios, mientras yo

me iba a la reunión con Carreras. Cuando llegué a su despacho no estaba.

—Se ha ido —dijo Elvira desde su mesa—. Ha dicho que ya te llamaría más tarde.

El muy jodido me había hecho ir a toda prisa para después darme plantón. Me consolé pensando que así tendría menos quina que tragar. Cuestión de ver el vaso medio lleno o medio vacío. Fui a fumar un cigarrillo y a tomarme dos cafés muy cortos. Pensé en los hechos acaecidos esa mañana. ¿Qué coño hacía el arquitecto jefe del Ayuntamiento de Barcelona en los jardines de Miramar? ¿Y qué relación tendría con Monfort? Quizás solo fuera algo sin importancia. O quizás no.

CAPÍTULO 22

—¿Qué le parece si nos vemos en el Cercle del Liceu? Le invito a almorzar —me había dicho Manfred von Reiniger cuando lo llamé para pedirle una entrevista.

—De acuerdo —había contestado—. Tenía intención de venir con la agente Sangenis.

—Ningún problema —aseguró—. Están los dos invitados. Les espero mañana a las dos en punto.

—Allí estaremos —respondí.

Para evitar el caos de circulación que siempre había en las Ramblas, le propuse a Elvira que podíamos dejar el Ibiza aparcado fuera del centro de la ciudad y coger el metro hasta la plaza de Catalunya. Desde allí podíamos ir paseando Ramblas abajo. A pesar de que el otoño hacía semanas que había llegado, podían verse decenas de turistas todavía en camiseta y pantalón corto deambulando de aquí para allá. Las Ramblas, reclamo clásico de turistas, vecinos ociosos y maleantes de tres al cuarto, eran un hervidero a esa hora del día. En pocos minutos llegamos al Gran Teatre del Liceu, contiguo al exclusivo club donde almorzaríamos con Von Reiniger. Faltaban diez minutos para la cita y decidimos esperar fuera, mientras yo succionaba con fiereza el último cigarrillo antes del almuerzo.

Elvira miraba curiosa la imponente fachada del edificio.

—¿Habías estado aquí alguna vez, Elvira?

—Sí. Hace muchos años vine con una tía mía, muy aficionada a la ópera. Bueno, yo era muy joven y si he de ser sincera no me enteré de mucho, pero tengo un buen recuerdo. Creo que era una ópera de Puccini. ¿Y tú?

—Nunca —admití—. Este tipo de música no va conmigo, supongo que porque tampoco la entiendo. Yo estoy acostumbrado a la música popular en forma de piezas cortas, siempre con la misma estructura de introducción-verso-estribillo-verso-estribillo-puente musical-repetición. Como el *rock and roll*, vaya. Además, estoy en contra de este tipo de santuarios.

—¿Por qué?

—Pues porque son lugares de culto para unos pocos elegidos. Solo para gente que tiene dinero.

—Cada uno, con su dinero, hace lo que quiere —observó Elvira.

—Me parece muy bien, pero el problema viene cuando para que unos pocos acaudalados disfruten de un espectáculo, las administraciones han de ser las que sufragan la parte del león de los gastos. No sé si sabías que este teatro es de titularidad pública entre el Ministerio de Cultura, la Generalitat, la Diputación de Barcelona y el Ayuntamiento.

—No lo sabía. Pensaba que era un lugar privado.

—Privado sí que lo es, pero con capital público. Este teatro se quemó en 1994 y, mientras todavía pervivían zonas de chabolas en la ciudad, todas esas administraciones corrieron a levantarlo completamente, aduciendo que era un símbolo de la ciudad que había que recuperar urgentemente, algo así como el punto de encuentro de la sociedad catalana.

—Te veo muy informado del tema.

—Bueno, me tocó investigar un presunto delito de sobornos en la licitación de las obras —reconocí—. Presunto delito que quedó en nada, como suele pasar en estas ocasiones.

—¿Qué sucedió?

—Pues lo de siempre. El juez no encontró pruebas de los hechos y dio el caso por sobreseído.

—¿Y estaba en lo cierto?

—A mi modo de ver, no —contesté—. Pero un juez es un juez y lo que dice es palabra de ley.

—No entiendo cómo una sola persona puede tener tanto poder. No me parece justo.

—A mí tampoco, pero es lo que hay.

En ese momento se detuvo delante de la puerta un Audi A8 con los cristales tintados. De la puerta del conductor bajó un fornido chófer, que rápidamente acudió a la parte posterior del automóvil para abrir la puerta del pasajero. Apareció entonces un bastón, seguido de Manfred von Reiniger. Nos vio y vino a saludarnos, al tiempo que el Audi desaparecía en el denso tráfico de las Ramblas.

—¿Hace mucho que esperan? —nos preguntó cortésmente—. Entren, por favor.

Seguimos al cuñado de Guillermo Canals por las fastuosas instalaciones del Cercle del Liceu hasta llegar a un coqueto reservado donde un camarero perfectamente uniformado nos esperaba para servirnos el almuerzo.

—Me he tomado la libertad de escoger el menú, aunque si no es de su gusto lo podemos cambiar. ¿Verdad, Pedro? —dijo Von Reiniger, dirigiendo un guiño de complicidad al camarero.

—Por mí, no se preocupe —contesté—. Estoy acostumbrado a comerme lo que me ponen.

—A mí también me irá bien —dijo Elvira.

—Siéntense, por favor. Están en su casa. ¿Habían estado aquí antes?

—No —admití.

—Yo tampoco —dijo Elvira.

MI camarero desapareció discretamente, a una señal del cuñado de Canals. El alemán rompió el hielo:

—Bien, ustedes dirán.

—Como cuñado del señor Canals, nos gustaría conocer su opinión acerca de su muerte —dijo Elvira.

—Una muerte muy triste —contestó Von Reiniger—. Guillermo era un buen hombre. Honrado, muy trabajador y buena persona. Una auténtica pena. La vida es injusta demasiadas veces. Respecto a su muerte, no sé qué decirles. Que yo sepa, no tenía enemigos. No les negaré que en el mundo de los negocios no siempre dejas amigos, pero de ahí a que lo asesinaran... Es impensable.

—¿Había visto algún cambio últimamente en su cuñado? —pregunté.

—Diría que no —contestó el alemán—. Era un hombre de costumbres muy fijadas. A pesar de su edad y de algunos achaques que había tenido en estos últimos tiempos, continuaba con su ritmo vital de siempre. En ningún momento me pareció ver nada extraño.

—¿Qué relación tenían? —preguntó Elvira.

—Como ya sabrán, compartíamos la afición por el golf, aunque he de decirles que yo era bastante mejor que él —bromeó Von Reiniger—. Lo conocí cuando mi padre se asoció con él para acometer promociones inmobiliarias en Mallorca, principalmente en la parte de Deià, Pollença y Andratx. Era la época en que algunos alemanes con recursos se establecían en la isla buscando sol y temperaturas templadas todo el año. Mi padre tenía los contactos necesarios con la colonia alemana de la isla y Guillermo se encargaba de la financiación de las operaciones. Luego se casó con mi hermana y nos convertimos en familia, aunque cada uno tenía sus propios intereses empresariales. Al cabo de unos años, me ofreció llevar la gestión de sus negocios y pasé a convertirme en el consejero delegado de Canals Corporation. Guillermo tenía un olfato especial para los negocios y, cuando vio que el *boom* inmobiliario llegaba a su fin, decidió invertir en valores más sólidos. Hoy Canals Corporation tiene importantes participaciones en sectores tan distantes como las energías renovables o el juego.

—¿El juego? —preguntó Elvira.

—Sí. Hace tres años decidimos crear una sociedad mixta con unos inversores alemanes para la explotación de casinos en aquellos países donde el juego está permitido. Aunque cada vez hay más restricciones con este asunto, he de admitir que es un negocio que funciona muy bien.

—¿Y no tiene usted ninguna participación en el accionariado? —preguntó ella.

—No, solo soy un empleado, por decirlo de alguna manera —afirmó vagamente Von Reiniger—. Guillermo era el único propietario del imperio. Ni siquiera mi hermana tenía participación alguna.

—Decía usted que su padre se asoció con el señor Canals en Mallorca —dije.

—Sí, fueron unos años de esplendor. Guillermo ganó mucho dinero, en aquellos días.

—Imagino que su padre también —dijo Elvira.

Sin duda el almuerzo estaba siendo de una exquisitez a la que yo no estaba acostumbrado. No es que la comida que preparaba Carmen en Casa Manolo no fuera buena, pero solo la presentación de los platos que tenía delante hacía salivar al más

desganado. Habíamos empezado con una ensalada tibia de tuétanos de verdura con marisco, seguida de un arroz de ñoras y azafrán con cigalas, y de una estupenda espaldita de lechazo con calabaza y setas que me recordó a mi tierra. De postres, el alemán nos obsequió con una deliciosa repostería variada.

Von Reiniger era un anfitrión magnífico, a pesar de que había algo en él que me producía cierta irritación. Quizás fuera su exceso de agasajo. No terminaba de entender por qué nos había citado allí, en vez de hacerlo en cualquier otro lugar.

—No se crean —prosiguió el alemán—. En este aspecto, Guillermo era un zorro y el que se llevaba la parte más grande de la tarta. Quizás no era la persona más inteligente del mundo, pero era muy espabilado. Siempre olió el dinero a leguas. Negocio en que se metía, negocio que le daba dividendos extraordinarios. Son aquellas cualidades que se tienen o no se tienen. Y, qué duda cabe, mi cuñado las tenía. Mi padre, demasiado cándido, siempre recibió menos de lo que tocaba, hasta que un día se cansó y le pidió más dinero a Guillermo. Fue cuando riñeron y decidieron tirar cada uno por su lado. En aquella época, mi cuñado ya había tejido los contactos necesarios para no tener que necesitar a mi padre, así que siguió unos años más exprimiendo el negocio con los alemanes. Después, cuando vio que el tema no daba para más, se retiró del negocio. Guillermo nunca perdía el tiempo.

—¿Y su padre? —pregunté.

—Mi padre, según cómo se mire, tuvo la mala suerte de nacer en una casa donde jamás faltó de nada y, claro, eso aletarga a cualquiera. Una vez finalizada la Segunda Guerra Mundial, como había estado próximo al régimen nazi, lo despojaron de todas sus propiedades y se quedó con una mano delante y otra detrás. Conoció a Guillermo y tuvo una época buena, pero cuando disolvieron la sociedad se metió en negocios financieros de dudosa viabilidad y acabó perdiéndolo todo.

—Y años después Guillermo Canals le fichó a usted como su mano derecha —dijo Elvira.

—Más o menos —siguió Von Reiniger—. Llegó un momento en que la manera de hacer negocios de mi cuñado empezó a perder efectividad y él se dio cuenta enseguida. Aparte de necesitar un buen gestor para llevar con firmeza el timón de sus empresas, necesitaba entrar en los círculos donde verdaderamente se encuentra el poder: este mismo Cercle del Liceu, el Real Club de Polo, el Palau de la Música... Son lugares donde siempre nos movemos la misma gente y que permiten crear un tipo de relaciones personales de ayuda mutua. Ahora bien, no todo el mundo puede acceder a estos lugares. Necesitas siempre un padrino, alguien que te avale y responda por ti.

—Y usted fue su padrino —afirmé.

—Cierto, pero Guillermo nunca terminó de encajar. Por una parte, no se sentía cómodo, y por otra, también les he de decir que nunca terminaron de aceptarlo a pesar de mis esfuerzos. Mi cuñado pensó que con dinero podía conseguir lo que se propusiera, pero no contó, ni yo tampoco, con la endogamia de la burguesía catalana,

siempre muy cerrada en sí misma. Son muy clasistas a la hora de aceptar a nuevos miembros.

—¿Y cómo entró usted en esta alta sociedad barcelonesa? —preguntó Elvira—. Porque entiendo que también encontraría las mismas barreras que su cuñado.

—Mi caso fue distinto, agente. En las buenas épocas en que mi padre y Guillermo colaboraban juntos en Mallorca, yo vivía en Madrid mientras estudiaba la carrera de Ingeniería Industrial. Durante los dos primeros años de carrera, compartí piso con el hijo de un importante industrial del sector textil de aquí. Nos hicimos íntimos y fue él quien me permitió acceder a su círculo de amistades.

—O sea, usted no tuvo los problemas de Guillermo Canals para que lo aceptaran.

—Bueno —siguió Von Reiniger—, la verdad es que en aquella época yo reunía dos condiciones que realmente gustaban: tenía dinero y mi padre era un noble. Así que no fue difícil.

—Y ahora, después de la muerte de su cuñado, ¿cómo queda usted dentro de Canals Corporation?

—De momento continuó siendo el consejero delegado del grupo, que ahora pertenece a mis sobrinos. Con Christian todavía no he tenido la oportunidad de hablarlo, pero creo que preferirá que yo continúe al frente del grupo de empresas. El chico tiene madera, pero con su padre nunca se acabó de entender. Si se lo propone llegará alto, pero necesita cariño. En el futuro creo que podemos hacer grandes cosas juntos.

—Christian está ilocalizable —apuntó Elvira.

—Sí, pero no tardará en volver a aparecer, ya lo verán.

—¿Y qué dice su sobrina? —pregunté.

—Con Heidi hablé hace unos días y nos emplazamos a vernos un día de estos. Ella es la presidenta del consejo de administración y quien tiene el poder de decisión final.

—¿Se lleva usted bien con ella? —preguntó Elvira.

—¿Por qué lo dice? —respondió con semblante serio—. Claro que sí, igual que con mi sobrino.

Terminamos el almuerzo y Von Reiniger nos acompañó hasta la calle para despedirnos.

—¿Quieren que mi chófer les lleve a algún sitio?

—No, gracias —contesté—. Caminaremos un poco para digerir el almuerzo. Ha sido usted muy amable.

—El placer ha sido mío. Vuelvan ustedes cuando quieran, esta es también su casa. Elvira sugirió dar un paseo Ramblas abajo hasta el puerto.

—¿Qué te ha parecido Von Reiniger? —me preguntó.

—Un tipo educado, ¿no? ¿Y a ti?

—Un arrogante y un prepotente. Nos ha tratado como si él fuera un dios y nosotros fuéramos unos vulgares descastados.

—Al menos habrás comido bien.

—Sí, pero eso no cambia mi opinión sobre él. ¿A ti te ha gustado ese hombre?

—No sé qué decirte —admití—. Aparentemente no tengo nada que objetar, pero no sé... Tanta amabilidad no acaba de darme excesiva confianza.

—¿Y qué crees tú?, ¿la muerte de Canals lo beneficia o lo perjudica? —preguntó Elvira.

—Buena pregunta, agente Sangenís. Canals no lo contempló en el testamento, por lo que en principio hemos de deducir que a Von Reiniger no le interesaba que desapareciera Canals, ya que con su muerte se abre el interrogante de lo que querrán hacer los hijos del viejo con la empresa. Puede ser que lo mantengan en el cargo o quizás se planteen otras alternativas. Yo creo que a Von Reiniger las cosas ya le iban bien con Canals en vida. Pero vaya, son simples conjeturas. ¿Y tú? ¿Qué dices?

—Pues no lo sé, Tiki. Quizás Von Reiniger creyó en algún momento que Canals le dejaría una parte de su patrimonio y por ello pudiera interesarle que el hombre desapareciera. ¿Sospechas que pueda tener alguna relación directa con el crimen?

—Todo puede ser.

Empezaron a caer unos grandes gotarrones de agua. Elvira sacó un pequeño paraguas del bolso. Lo abrió y se arrió a mí. Continuamos caminando en silencio hasta llegar a la estación de metro de Drassanes. Cuando estábamos bajando las escaleras para tomar el metro sonó mi móvil. Era Rocío.

—Nigel me ha dicho que Christian Canals ha aparecido —dijo.

CAPÍTULO 23

Un amigo de Nigel Osborne había visto la noche anterior a Christian Canals en una conocida discoteca de la Gran Via. Le pedí a Rocío si me podía acompañar al lugar la noche siguiente.

—¿Qué pasa? ¿Se ha cansado de ti la pelirroja? —preguntó Rocío, mientras bajábamos por la calle Balmes con la Scoopy en dirección a la discoteca.

—Te he dicho un montón de veces que se llama Elvira. Y no me parece bien que te refieras a ella con este desprecio. Es una buena chica y cada día me convence más como profesional.

—¿Y jode bien?

—No tanto como tú, preciosa —contesté riendo.

—Ya sabía yo que te la estabas tirando —gruñó—. ¡Eres un cerdo!

—Que no, mujer, que no. Pero si podría ser mi hija...

—¿Y a ti qué más te da? Si eres capaz de follarte cualquier cosa, con tal que lleve faldas.

—Cualquiera que te oiga pensará que soy un enfermo.

—¿Y no lo eres?

—Venga, Rocío, déjalo ya.

—De acuerdo, cariño. Pero después nos pegamos un buen polvo, ¿vale? —me dijo, abriéndome la bragueta del pantalón y metiendo su mano dentro.

—Quita la mano, que nos vamos a pegar una leche.

—No la quito si no me lo prometes —insistió.

—Vale, te lo prometo. Y ahora, quítala de una vez, joder.

Entramos en la discoteca. Esta vez llevaba una foto de Christian Canals que Elvira había conseguido.

El local estaba a tope y costaba abrirse paso entre la gente. Rocío me guio primero hasta una sala donde sonaban ritmos *techno* a un volumen insoportable. No vimos a Christian allí. Después cambiamos de sala, a otra peor. La música, si es que podía llamarse así, taladraba los oídos como un percutor. Ahí tampoco estaba Christian. Nos quedaba la última de las tres salas de la discoteca, donde repiqueteaban versiones modernas de Raffaella Carrà o Camilo Sesto. Igualmente insoportable. Que hubiera antros como aquel no era un buen síntoma para la música. La gente joven ya no escuchaba la música de siempre. El *rock and roll* se estaba muriendo. Tampoco vimos a Christian allí.

—¿Tomamos una copa, ya que estamos aquí? —gritó Rocío en medio del ruido.

—Después. Primero hemos de encontrar a Canals.

Salimos de la discoteca y lo primero que hice fue encenderme un cigarrillo.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó.

Antes de que pudiera responder, una motocicleta de gran cilindrada con dos ocupantes aparcó a nuestro lado. El pasajero bajó de la moto y se quitó el casco. Al verme, su cara cambió por completo. De repente me arrojó el casco a la cara y empezó a correr. Rocío, que estaba justo detrás suyo, le puso hábilmente una zancadilla y el tipo cayó de bruces al suelo. Tiré el casco al suelo y me abalancé sobre él. Le cogí un brazo y se lo retorcí con fuerza.

—Me está haciendo daño, sargento —se quejó el tipo.

—Es la segunda vez que me hago daño por tu culpa, Gino. El puñetero casco me ha aplastado la nariz y me duele un montón.

—Disculpe, sargento. Ha sido una reacción instintiva.

—Pues tendrás que hacerte mirar esas reacciones instintivas que tienes, espagueti. No son buenas ni para tu salud ni para la mía.

—De acuerdo, pero déjeme, que me va a romper el brazo.

—Levántate y quédate quietecito —contesté, soltándolo.

Mientras tanto, el que llevaba la BMW había desaparecido como por arte de magia y, en la puerta de la discoteca, algunos individuos observaban la escena con curiosidad. Rocío se había sentado en el banco donde tropecé y miraba la escena con indiferencia.

—A ver, muchacho, ¿no te dije que cuando apareciera Christian Canals me avisaras? —le pregunté al italiano.

—¿Ha aparecido ya? —preguntó con cara de sorpresa.

—Un pajarito me ha dicho que sí.

—Le aseguro que no sé nada, sargento. Se lo juro por mi madre.

—No metas a tu madre en estas cosas, que la pobre ya debió de tener suficiente cuando te parió.

—Vale, pues se lo juro por lo que usted quiera.

—Deja de decir tonterías y dime dónde puedo encontrar a Canals.

—De acuerdo, pero créame que no sé dónde está. Pruebe en el bar del Axel.

—¿Dónde está eso?

—Cerca de aquí, en la esquina de Consell de Cent y Aribau. Puede ir andando.

—Ya sé cómo puedo ir, idiota. Y ahora vete y deja la coca de una puta vez. Un día te va a agujerear el cerebro, si es que no lo tienes ya como un colador.

—Sí, señor. Lo que usted diga —contestó el chico, desapareciendo entre la multitud que hacía cola para entrar en la discoteca.

Rocío me miró con un gesto de reproche.

—Quizás te has pasado con el chico, ¿no? —me dijo.

—¿Tú crees? —contesté sin ningún interés.

—Pues sí, claro que lo creo. No se puede ir por ahí perdonando la vida como si fueras un vulgar pistolero. Se supone que trabajas en un Cuerpo, que pagamos todos, para defender el orden y la ley, no para agredir a los ciudadanos.

—Ahora me entero de que eres una mujer que cumple con sus obligaciones de

ciudadana, pagando sus impuestos para que yo pueda cobrar a fin de mes. Creía que no declarabas lo que te paga Nigel.

—Bueno... estaba generalizando —respondió Rocío—. Pero en cualquier caso, no me parece bien lo que has hecho.

—El muchacho y yo teníamos un trato y no lo ha cumplido.

—¿Y cómo sabes tú que no lo ha cumplido?

—Rocío, son muchos años tratando con gentucilla de esta y sé perfectamente cuándo mienten y cuándo no. Y te garantizo que este chaval mentía. Venga, levanta ese culo, que cada vez se te está poniendo más gordo. Nos vamos al bar del Axel.

—¡Oye, guapo! A ver si eres un poco más educado, ¿vale? No sé quién te has creído que eres.

Subimos por la calle Aribau un par de manzanas hasta llegar al Axel. Nos dirigimos directamente al bar. Esta vez tuvimos suerte. Christian Canals estaba sentado en la barra en acaramelada conversación con un joven chico rubio. El hijo de Guillermo Canals era un treintañero, moreno y con el pelo rapado casi al cero. Vestía una ajustada camiseta que resaltaba un cuerpo musculado. Parecía alto y su cara presentaba unas facciones angulosas y muy marcadas. Le dije a Rocío que se quedara unos pasos atrás.

—¿Christian Canals? —pregunté.

—¿Quién pregunta por él? —contestó mirándome de arriba abajo.

—El sargento Mercado. Quiero hablar con usted sobre la muerte de su padre.

—¿Y si no me apetece ahora hablar con usted? —preguntó, altivo.

—Me parece que usted y yo estamos empezando mal. Muy mal, diría yo. Mire, podemos hacer dos cosas —le dije en tono amenazante—, o bien hablamos tranquilamente aquí, o le detengo como sospechoso por la muerte de su padre y me lo llevo a comisaría. ¿Qué prefiere, señor Canals?

—Pero ¿qué dice? ¿Sospechoso yo de matar a mi padre? ¿Está usted loco o qué?

—Le repito, usted elige —contesté sin inmutarme.

Accedió de mala gana. Le dijo al chico rubio que se fuera.

—Muy bien —dijo—. Dígame qué quiere.

—En primer lugar me gustaría que me explicara por qué desapareció la mañana en que su padre fue encontrado muerto.

—Muy sencillo. Desaparecí porque tenía planificado un viaje. Eso es todo.

—Pero convendrá conmigo en que no es muy normal que no haya aparecido hasta ahora.

—Mire, yo no tengo por qué dar explicaciones a nadie de lo que hago. Estuve en la presentación del torneo de golf porque a mi padre le hacía ilusión, pero una vez cumplido el compromiso me fui.

—¿Dónde ha estado?

—¿Tengo la obligación de contestarle? —preguntó de mala manera.

—Me remito a lo que le he comentado antes. O hablamos amistosamente o me lo

llevo a comisaría. No se lo diré más.

—De acuerdo, de acuerdo. He estado en Ibiza, en casa de un amigo. Volví hace tres días.

—¿Ha visto a su madre desde entonces?

—No. Creo que está en Londres con su amiguito.

—¿Amiguito?

—O amante. Dígalo como quiera. ¿No lo sabía?

—¿El qué?

—Pues eso, que mi madre tiene un amante.

—No, no lo sabía. Por lo que veo, sus padres no hacían mucha vida en común.

—La verdad es que no. Mi padre y mi madre, desde que tengo uso de razón, hacían vidas completamente separadas. Supongo que era lo que tenían pactado. Mi padre siempre anduvo de aquí para allá con sus negocios y mi madre pasa largas temporadas en Londres, donde siempre ha tenido su ambiente. Ya sabe, Londres es lugar habitual de reunión de la nobleza europea.

Evidentemente, no lo sabía. La nobleza europea quedaba tan lejos de mí como Wellington de Barcelona. Proseguí con el interrogatorio.

—¿Y a su hermana? ¿La ha visto ya?

—No, pero hablé ayer con ella por teléfono. No está pasando un buen momento. Ella y mi padre sí que estaban muy unidos.

—¿Qué quiere decir con eso? ¿Que usted y su padre no lo estaban?

—No. Para qué mentirle —prosiguió Canals—. Mi padre jamás aceptó que yo fuera homosexual. Para él siempre fui una lacra.

—¿Usted trabajaba con él?

—Lo intenté muchas veces, pero siempre me apartó de su lado. Me tenía como chico de los recados. En cambio, a mi hermana le dio la presidencia del consejo de administración de Canals Corporation. Jamás fue justo conmigo, el muy cabrón. Suerte tuve que mi madre siempre estuvo a mi lado.

—O sea, que la muerte de su padre le ha beneficiado a usted, ¿no? Porque tengo entendido que a usted le ha tocado una parte muy jugosa de su patrimonio.

—La verdad es que sí —contestó el joven—. Para qué le voy a engañar. Al final el viejo se portó bien conmigo. Descanse en paz.

Christian Canals no parecía ser consciente de que era uno de los principales sospechosos de haber asesinado a su padre: había desaparecido minutos después de encontrarse el cadáver del viejo, no tenía ninguna coartada y le había tocado una millonada en concepto de herencia.

—Sé lo que está pensando, sargento. Tengo todos los números para ser declarado culpable de la muerte de mi padre, ¿verdad?

—Yo tampoco le quiero engañar, pero es posible que tenga que presentarse en comisaría, sin poder salir del país, cada cierto tiempo. No sé, el juez lo dirá.

—Lo que toque se hará —dijo—. Ningún problema. Y ahora, si me permite,

estaba conversando con un amigo que...

—Una última pregunta —le pedí.

—¿Sí?

—¿Qué opina de su tío Manfred?

—Es un gran gestor. Llegó un momento en que mi padre empezó a chochar, y si no llega a ser por mi tío no sé si las cosas hubieran ido tan bien como hasta ahora. En estos momentos lo estoy ayudando en algunos proyectos.

—¿Cree que pudo querer la muerte de su padre?

—¿Está usted loco? ¿Por qué querría mi tío asesinar a mi padre?

—¿Dinero, quizás?

—No diga tonterías. Mi tío es suficientemente rico como para no tener que preocuparse por el dinero.

—¿Se llevaban bien su padre y su tío?

—Sí —contestó—. Bueno, más o menos.

—¿Más o menos? —pregunté.

—Bueno, alguna disputa sí que habían mantenido, pero creo que nada fuera de lo habitual en relaciones de este tipo.

—¿Y usted? ¿A qué se dedicará ahora?

—Ya le he dicho que estoy colaborando con mi tío en algunos temas y el tiempo que me quede libre lo voy a dedicar a fundir la pasta que me ha dejado el viejo. Algo que él nunca supo hacer.

Después de mucho insistir, Rocío me convenció para ir a tomar una copa al Luz de Gas. Mientras ella se bebía un apetitoso *gin-tonic*, opté por pedir un zumo de tomate con pimienta. Al cabo de un rato empezaron a darme enormes retortijones en el estómago.

—¿Te pasa algo, cariño? —me preguntó Rocío.

—Me parece que el puto zumo me ha sentado como una patada en los huevos.

—Nada que no se arregle con un par de polvos —contestó mientras me manoseaba la entrepierna.

—Me parece que tendremos que dejarlo para otro día.

—Y una mierda. Me lo has prometido.

—Ya lo sé, pero no me encuentro bien.

—Bueno, pues hagamos un «cinco minutos» de lavabo.

—Que no, mujer.

—Vale, pues te puedes ir a la mierda. Me voy y me tiraré al primer tío que me encuentre. Tú te lo pierdes.

Al final la convencí de volver a quedar al día siguiente, la llevé a su casa y me fui a dormir con el estómago hecho un asco. Habían pasado unos minutos cuando sonó mi móvil. Era Elvira.

—Tiki, perdona que te moleste a estas horas de la noche, pero creo que es importante.

—No te preocupes. ¿Qué sucede?

—Christian Canals ha tenido un accidente con su coche y está en coma profundo.
Los médicos dudan de que se salve.

CAPÍTULO 24

Aquella mañana de sábado me levanté especialmente proactivo. Quería dedicar un par o tres de horas a poner en orden mi preciosa colección de música. Debía de tener no menos de cinco mil piezas entre discos de vinilo y CD. Después llamaría a Galán por si le apetecía ir a correr el domingo por la mañana.

Decidí empezar por esto último. Lo llamé al móvil un par de veces, pero no me contestó. No importaba, llamaría de nuevo más tarde.

Después de cansarme rápidamente de ordenar los discos, me duché y, cigarrillo en mano, bajé a comprar la prensa y el tabaco. Después fui a la terraza del bar de la Virreina y me tomé, con toda la calma del mundo, unas olivas rellenas, unos berberechos de lata y un soso biter sin alcohol.

Me gustaba vivir en Gràcia. A pesar de que estaba situada en el centro de una gran urbe, continuaba destilando un estilo de vida más propio de un pueblo que no de una gran ciudad, pero con total anonimato. Podía moverme a mis anchas por sus angostas calles y andar por ahí sin que nadie me preguntara quién era ni a qué me dedicaba.

Después de zamparme un par de olivas, volví a llamar a Galán, pero tampoco me cogió el teléfono. Pensé que ya me llamaría él cuando viera las llamadas perdidas. Cogí distraídamente el periódico. Ese día apenas había alguna noticia que me suscitara interés. Como casi siempre. Me dediqué a leer titulares, mirar fotos y ver la cartelera de espectáculos por si hacían algo en el cine que valiera la pena.

Cuando, sin prestar demasiado interés, llegué a las páginas de las necrológicas, me sobresalté. Un tal Alfonso Galán había muerto el día anterior. Pensé que debía de ser una coincidencia de nombres, nada más. Pero cuando seguí leyendo, vi perfectamente que no, que se refería al presidente de la asociación Amics de Montjuïc. Me quedé paralizado. En ese instante sonó el móvil. Era Galán. Soplé aliviado. Sin duda, había algún error.

—Hola, Alfonso —dije al descolgar—. ¡Qué susto me has dado!

—No soy Alfonso —contestó una voz desconocida al otro lado de la línea—. Soy Jordi, su hijo.

—Y tu padre, ¿dónde está?

—Te llamaba para decirte que mi padre... murió anteayer.

La respuesta de Jordi Galán me dejó mudo.

—Es una broma... —balbuceé al cabo de unos segundos.

—Ya me gustaría, ya. Pero no, es tan cierto como que estamos ahora hablando.

—Lo siento, chico, lo siento mucho —atiné a decir—. ¿Cuándo es el sepelio?

—Lo acabamos de enterrar.

—¿De qué ha muerto? —no pude evitar preguntar—. Estuvimos corriendo hace

un par de días y lo vi bien.

—De una caída. Al menos eso es lo que nos ha dicho la policía. Pero yo no me lo creo.

—¿Por qué?

—Ya te lo explicaré —dijo Jordi Galán—. ¿Te va bien que nos veamos mañana en el lugar donde falleció?

—Claro.

—Mañana a las diez en el mirador de *La Puntaire*, dentro de los jardines de Mossèn Costa i Llobera de Montjuïc.

—De acuerdo —dije.

CAPÍTULO 25

Entré por la amplia puerta de acceso situada en la carretera de Miramar y bajé unos cien metros por un estrecho sendero hasta llegar a una especie de plaza poblada de cactus de todas las medidas y formas. Los jardines de Mossèn Costa i Llobera no tenían nada que ver a lo que yo había conocido hasta entonces de Montjuïc.

Después de unos instantes de leer con curiosidad algunas de las inscripciones que describían cada tipo de planta, giré a la derecha y descendí otro centenar de metros en dirección al mirador de *La Puntaire*, donde me había citado Jordi Galán.

El mirador estaba compuesto por varias terrazas de piedra a diferentes niveles que proporcionaban unas excelentes vistas al puerto de Barcelona. En el centro de la terraza más alta, sobre una base de rocas apiladas de aproximadamente un metro de alto, se erigía una estatua de más de dos metros de altura que representaba a una mujer joven haciendo encaje de bolillos. Justo a su lado, vi la figura de un joven que me miraba con fijeza. Me acerqué.

—Tú debes de ser Jordi —dije.

—Y tú, Tiki.

—El mismo —contesté—. Mucho gusto.

—Igualmente. Mi padre me habló de ti varias veces. Decía que eras un buen tipo.

—Lamento mucho lo de tu padre.

—Y yo, Tiki, y yo. Es un palo enorme. Ahora que empezaba a disfrutar de verdad de la vida...

—¿Por qué crees que no fue un accidente?

—Te dije que vinieras para que vieras de dónde cayó y así puedas juzgar por ti mismo si crees que es realmente verosímil que muriera por accidente. ¿Ves este pequeño muro que hay ahí? —dijo, señalando la parte de atrás de *La Puntaire*—. Pues, según dicen tus compañeros, se cayó por aquí con tan mala fortuna que se dio un golpe en la cabeza que lo mató.

Efectivamente, un par de metros detrás de *La Puntaire*, la terraza terminaba en forma de pared vertical. Me asomé y pude comprobar que tenía una altura de no más de un metro y medio. Abajo, sobre un suelo de tierra, unos arbustos esparcidos sin ningún tipo de orden ni concierto convivían con algunas piedras de pequeño tamaño. Como decía el hijo de Galán, parecía difícil que alguien se hubiera podido matar cayendo de lo alto de la pared de la terraza, pero casos más increíbles se habían visto.

—Pudiera ser que impactara directamente con alguna de estas piedras de ahí abajo —dije, contemporizador.

—Yo no me lo creo —dijo Jordi Galán, rotundo—. Mira, mi padre venía mucho por esta zona. Se sentaba en uno de esos bancos y se pasaba horas contemplando el ir y venir de los barcos del puerto. Se conocía estos jardines como el patio de su casa.

Sentía por ellos un cariño especial, supongo que por ser diferentes a cualquier otro jardín de la ciudad. Y le gustaba mucho esta *puntaire*. A menudo decía de ella que encarnaba la esencia de la gente de las costas catalanas. Gente trabajadora y esforzada, dialogante y llena de entusiasmo.

—Pero ¿por qué crees que alguien quería matarlo?

—Me imagino que mi padre te contó la pasión que sentía por toda esta montaña. Era su vida. Piensa que él nació aquí, aquí conoció a mi madre y aquí me tuvo a mí. Y desde que se jubiló, Montjuïc era lo que le ocupaba más horas del día. A veces demasiadas. A menudo mi padre no entendía el sentido justo del término medio y en ocasiones eso le había acarreado numerosos problemas, ya fuera con otros miembros de la asociación o con gente del Ayuntamiento o de la Generalitat. Una vez casi llegó a las manos con un directivo de Parcs i Jardins por la poca atención que dispensaban al mantenimiento del parque. No sé, pienso que quizás molestó a alguien.

—Tu padre era un buen hombre y se me hace difícil creer que alguien le quisiera ningún mal.

—Quiero que me ayudes. Eres policía y a ti te escucharán.

—Jordi, creo que exageras las cosas. Yo también sé lo que es la muerte de un padre. Y también la de una madre. Creo que lo mejor es que dejes pasar los días. Verás las cosas de otro modo.

—¿Tú crees? —preguntó el hijo de Galán, con los ojos húmedos.

—Estoy convencido, y además te aseguro que en el Cuerpo tenemos unos protocolos de actuación muy rigurosos, y cuando hay la más mínima sospecha de que la muerte de alguien puede no haber sido accidental, se investiga hasta el más mínimo detalle. No te preocupes, si hay alguna novedad te mantendré informado.

—Gracias, Tiki. Y disculpa mi comportamiento. En casa estamos todos desquiciados.

—Lo entiendo —dije, dándole una palmada en el hombro.

Jordi Galán se fue con paso cansado y yo me quedé al lado de *La Puntaire*. Encendí un cigarrillo mientras observaba el trajín de los barcos abajo en el puerto. Un poco más allá, el Mediterráneo lucía espectacular en toda su dimensión. Una ligera brisa húmeda proveniente del mar acarició mi cara. Me inundó una agradable sensación de quietud. Cerré los ojos y me acordé de Galán. Le había tomado afecto. En aquel momento sentí pena, pero no por él. Sentí pena por mí.

CAPÍTULO 26

Me despertó la fuerte tormenta que estaba cayendo. Abrí un ojo y miré el despertador. Eran apenas las cinco de la mañana. Intenté volver a dormir. Al poco rato, el ruido del agua empezó a remitir. Sin moverme de la cama vino a mi memoria la imagen de Alfonso Galán. Aunque apenas hacía unas semanas que lo había conocido, me sentía apesadumbrado por su repentina muerte. Recordaba nítidamente su figura, su conversación y su cercanía. Parecía un hombre íntegro y honesto, amigo de sus amigos, a pesar de su obsesión con todo lo que tuviera que ver con Montjuïc y Barcelona. Parecía no saber hablar de otra cosa. Aun así, me había sentido a gusto en su compañía. Una pena, lo de su muerte.

Absorto en mis pensamientos, finalmente me levanté y salí al pequeño balcón de mi apartamento desde donde pude contemplar la, en aquel momento, desierta plaza de la Virreina. Todavía era de noche y una fina llovizna caía persistentemente sobre los adoquines de las aceras. Dejé que la lluvia me mojara, mientras continuaba dando vueltas a mi cabeza. Entré de nuevo en el apartamento y cogí el álbum *Harvest* de Neil Young. Seleccioné el corte «Heart of Gold» y puse el aparato reproductor en modo repetición. En momentos de melancolía me gustaba escuchar aquella canción. Me daba energía. La pieza empezó a sonar y volví al balcón.

De repente, la lluvia arreció de nuevo. Tenía la camiseta y los calzoncillos bóxer completamente empapados y el agua resbalaba por mi nariz y caía directamente en la copa del árbol que tenía debajo del balcón. Levanté la cabeza hacia el cielo. Parecía que el día empezaba a despertar tímidamente.

En aquel momento, completamente empapado, mientras Neil Young repetía una y otra vez los versos de su preciosa balada, lo decidí: investigaría por mi cuenta si el accidente de Galán había sido fortuito o si alguien lo había provocado. Pero, en el caso de que así fuera, ¿quién habría querido acabar con su vida? Y por qué. ¿Dinero, drogas, algún marido cornudo? Me parecía poco probable. ¿Y si Jordi Galán tuviera razón y había molestado a alguien por su empecinamiento con todo lo que rodeaba a Montjuïc? Difícil, también. Se me hacía poco verosímil que alguien pudiera llegar al asesinato por las reivindicaciones pacíficas de una asociación vecinal.

Pero por algo había que comenzar, por lo que aquella mañana me dirigí a la oficina de atención ciudadana del distrito de Sants-Montjuïc, en el número 104 de Creu Coberta.

Una mujer rolliza y con el pelo teñido de rubio platino se estaba limando las uñas detrás de un alto mostrador.

—¿Qué desea? —dijo sin mirarme.

—Vengo a ver al concejal del distrito.

—¿Tiene hora con él?

—No —contesté.

—Lo siento, ahora no está. ¿Le puedo ayudar en algo?

—Verá, estoy realizando un doctorado sobre el parque de Montjuïc y su integración en el tejido urbano de la Barcelona del siglo XXI y quisiera conocer su situación actual y sus planes de futuro.

—Espere un momento —contestó de mala gana.

La mujer cogió el teléfono y habló en voz baja unos instantes.

—Siéntese ahí —dijo después de colgar—. El concejal saldrá en un par de minutos.

Pareció que la pantomima del doctorado había despertado la curiosidad de la rolliza de pelo oxigenado, o la de su jefe. Habíamos pasado de que el concejal no estuviera a que saliera en un par de minutos. Era lo que tenía ser funcionario. Uno podía hacer las cosas bien o mal, ser educado o grosero, simpático o desagradable. Daba igual. El sueldo a final de mes estaba asegurado. Alguien, algún día, tenía que meter mano a eso. Aunque, bien pensado, quizás era mejor dejar las cosas tal como estaban. Al fin y al cabo, yo era uno de ellos.

Salió un tipo joven y bien parecido. Me saludó con un fuerte apretón de manos y me hizo pasar a un amplio despacho.

—Siéntese, por favor —me invitó—. Soy Xavier Gámez, concejal del distrito de Sants-Montjuïc.

—Mucho gusto, Xavier. Soy Enric Paniagua, arquitecto.

—Muy bien, señor Paniagua. Así que está usted realizando un doctorado sobre Montjuïc. No es el primero que viene a vernos por un tema de estos.

—Me lo imagino. Soy arquitecto y, aunque hace años que terminé la carrera, es ahora cuando me he decidido a hacer el doctorado. Dicen que nunca es tarde para estudiar.

—Por supuesto, por supuesto —contestó sin ningún tipo de interés—. El saber no ocupa lugar. Dígame, ¿en qué puedo ayudarle?

—Me interesaría conocer cuál es la política urbanística del Ayuntamiento con relación a Montjuïc.

—Bueno, eso quizás se lo explicaran mejor en Urbanismo. Ellos son los que trazan las líneas maestras a seguir. Aquí, desde el distrito, apenas intervenimos en temas de estos. De todas maneras, intentaré darle algunas pinceladas.

—Se lo agradeceré.

—Supongo que me citará en el doctorado, ¿no?

—Por supuesto —contesté—. Faltaría más.

—Bien, dentro del marco del Plan de Actuación Municipal del Distrito de Sants-Montjuïc nos encargamos de mantener un distrito cohesionado e inclusivo, favoreciendo la convivencia y la sostenibilidad con un espacio público de calidad al servicio de los ciudadanos.

—¿Y qué incidencia tiene ese plan de actuación del distrito sobre Montjuïc?

—Buena pregunta, amigo. Ahora mismo, este gran pulmón verde está pendiente de la aprobación de un plan director de usos que pretende ser la solución definitiva a su histórica desconexión con la ciudad.

—¿Tienen fecha?

—De momento no —admitió—, pero pensamos que ha de ser un tema inminente.

—Parece que ciertas acciones llevadas a cabo durante los últimos años han ido en dirección contraria a integrar Montjuïc a la ciudad.

—¿A qué se refiere? —preguntó el funcionario.

—Hablo de cuando se cerró el parque de atracciones.

—Verá, Barcelona no podía entonces permitirse el lujo de tener dos parques de atracciones. Piense que por aquella época se inauguró Port Aventura en Tarragona y tanto el parque de atracciones de Montjuïc como el del Tibidabo empezaron a perder visitantes. Económicamente no era viable.

—Pero eso deberían haberlo decidido las empresas concesionarias de la gestión de los parques, ¿no? Ahí el Ayuntamiento no tenía nada que perder.

—Se equivoca —dijo el concejal del distrito—. El Ayuntamiento tuvo que intervenir comprando el parque del Tibidabo porque la empresa que lo explotaba estaba prácticamente en quiebra. Las instalaciones se encontraban en un estado lamentable y no había un plan serio de reconversión.

—¿Y respecto al parque de atracciones de Montjuïc? —pregunté.

—Un poco más de lo mismo. Cuando terminó la concesión, el Ayuntamiento decidió no renovarla ya que no se presentó ninguna oferta con las garantías suficientes.

—¿No se cerró para evitar la competencia con el parque del Tibidabo, que ya por aquel entonces era propiedad del Ayuntamiento?

—¿Quién le ha dicho eso? —inquirió el hombre—. Me parece que está usted mal informado.

—En su momento se comentó —dije.

—No haga caso de los chismorreos. El Ayuntamiento apostó por un Montjuïc que representara un pulmón verde para Barcelona y un espacio para el disfrute de los ciudadanos.

—De acuerdo. Creo que con esto ya me vale. Muchas gracias por la información.

—Aquí estamos para lo que necesite, señor Paniagua. ¡Ah! Y no se olvide de citarme cuando publique el doctorado.

—Descuide.

Abandoné la oficina del distrito con la sensación de no haber aclarado nada. Quizás no había sido buena idea empezar la investigación por ahí. En cualquier caso, siguiendo los consejos del concejal Gámez, decidí que iría a ver a los de Urbanismo.

CAPÍTULO 27

Heidi Canals me había llamado diciéndome que quería verme para hablar de un asunto importante. No me había querido avanzar más. Ni siquiera me había dado tiempo a preguntarle por su hermano. Me había citado en el Dry Martini a las siete de la tarde.

A las siete en punto entré en el emblemático local de la calle Aribau. A esa hora el bar estaba lleno de ejecutivos y elegantes mujeres que habían finalizado su jornada laboral y estaban tomándose una copa antes de irse a sus casas. Seguramente, algunos de ellos y ellas acabarían cenando en algún restaurante de la zona y quién sabe si acabarían liados en la cama de algún hotel, mientras sus esposas y maridos esperarían pacientemente en casa a que llegara su pareja después de una larga y cansada jornada laboral. Pobres cornudos.

Me senté en un espacio libre que había frente a una minúscula mesa y pedí una tónica. En la mesa de al lado, una mujer de mediana edad se estaba tomando un cóctel bien cargado. Lo olía perfectamente. Empezó a entrarme una incómoda sensación de ansiedad, como cada vez que tenía alcohol cerca. Miré de relajarme respirando pausadamente. Pensé lo que me decía el psiquiatra cada vez que se lo explicaba:

—Has de tener paciencia. Entiendo que es desagradable, pero con el tiempo la sensación de ansiedad irá menguando. Sobre todo, es muy importante que tengas una cosa clara: si bebes una sola copa, el riesgo de volver a caer es letal. No lo olvides.

Claro que no lo olvidaba. Había estado en el infierno y no quería volver por nada del mundo. Intenté distraerme observando a los camareros, que preparaban los cócteles con una destreza y precisión encomiables. Había que tener oficio para ser uno de los buenos.

Habían pasado unos minutos cuando agaché levemente la cabeza para mirar el reloj. En ese instante vi por el rabillo del ojo unos lustrosos zapatos negros de tacón frente a mí. Levanté la cabeza y me encontré con la lozana figura de Heidi Canals. Vestía un serio traje de chaqueta de color gris claro que le daba un aspecto severo, aunque no exento de encanto.

—Lamento lo de su hermano —atiné a decir, mientras me levantaba—. Tengo entendido que está muy mal.

—Sí, los médicos no creen que vaya a salir de esta. Algún día tenía que acabar así. Mi hermano siempre ha ido al límite en todo, nunca ha tenido freno para nada. Jamás le ha dado importancia a nada en la vida. En fin, no quiero ser pesada con mis problemas familiares.

—No se preocupe. ¿Qué quiere tomar?

—¿Usted qué toma?

—Una tónica.

—¿Sola? —preguntó arqueando las cejas.

—Sí, sola —respondí con sequedad.

—Disculpe —dijo con cara de apuro—. No recordaba que usted no bebía. La verdad es que venir al Dry Martini y no poder tomar un cóctel es una pena.

—Ningún problema —mentí—. Estoy acostumbrado.

—¿Por qué no prueba uno sin alcohol? Tengo entendido que hay combinaciones muy estimulantes que no lo llevan. Vamos a preguntar al camarero.

El camarero nos hizo una larga y densa demostración de sus conocimientos. Finalmente nos sugirió que probáramos un Miami Rise, un cóctel compuesto básicamente de cerveza sin alcohol con sabor manzana, mezclada con frutos rojos, zumo de pomelo, infusión de chile y no sé cuántos ingredientes más.

—Y la señora, ¿qué tomará? —preguntó cortésmente el camarero a Heidi Canals.

—Lo de siempre, Braulio.

—De acuerdo —asintió.

—¿Qué es «lo de siempre»? —pregunté con curiosidad.

—Un Dry Martini —respondió—. Aquí es todo un ritual. Verá, se vierte en el mezclador una copa helada de ginebra Bombay Sapphire junto con un toque de Martini Extra Dry y cubitos de hielo. Se remueve todo suavemente y se agita un par de segundos. Después se sirve en una copa helada y se le añade una aceituna verde sevillana. Una maravilla.

—¿Viene con frecuencia?

—Sí, la verdad es que sí. Aprovecho cualquier encuentro o reunión con alguien para venir y tomarme un par de combinados. A veces también voy al Boadas, pero es demasiado pequeño y a menudo resulta incómodo. ¿Lo conoce?

—De oídas —admití—. No acostumbro a frecuentar este tipo de establecimientos.

—Yo recuerdo haber oído a mi abuelo contar que de joven, cuando venía a España por vacaciones, había coincidido en un par de ocasiones con Hemingway en el Boadas. ¿Se imagina? Pobre hombre.

—¿Quién, Hemingway o su abuelo?

—Mi abuelo, mi abuelo —rio Heidi Canals—. Está muy mayor, el *alzheimer* se lo está comiendo vivo. Está internado en una residencia en el Baix Empordà. Allí lo cuidan bien y no le falta de nada. Hace unos días fui a verlo. El pobre está medio loco. Me contó no sé qué de un hombre que lo había ido a ver saltando por el muro y que él lo escondió para que los enfermeros no se dieran cuenta, y no sé cuántas tonterías más.

—Llegar a mayor así es una pena, desde luego.

—Realmente, una pena... Oiga, sargento, quería hacerle una pregunta.

—Usted dirá.

—Es de carácter personal —advirtió la mujer.

—No hay problema —contesté, aunque me puse en guardia.

—Usted se llama Eutiquio. ¿Cómo es eso? Porque no es un nombre muy corriente. ¿Quizás su padre se llama así?

—No, mi padre se llamaba Joaquín y mi madre, Rosa.

—Perdone, no quiero ser entrometida.

—No se preocupe, no lo es —contesté—. Yo nací un 29 de septiembre, día de san Eutiquio de Heraclea, quien al parecer fue un obispo mártir de la antigua Grecia. En mi tierra es muy común poner el nombre del santo del día en que uno nace. ¿Y usted? ¿Cómo es eso de Heidi? A mí me recuerda a la protagonista de unos dibujos animados que veía de pequeño.

Heidi Canals rompió a reír.

—Sí, al personaje de Johanna Spyri. No sabe las bromas que tuve que aguantar en el colegio. Maldije a mis padres miles de veces por haberme puesto semejante nombre. Ahora ya no me molesta, incluso le diré que me agrada.

—Me dijo que tenía algo importante que contarme —dije, cambiando de tema.

—Bueno, no sé si es realmente importante o no, pero a mí me lo pareció.

—Cuénteme, por favor.

—Verá, hace unos días me llamó mi tío Manfred para invitarme a almorzar. Me llevó al Via Veneto. En todo momento estuvo especialmente simpático y atento. Ya sabrá que, desde que murió mi padre, mi tío ha sido el que ha continuado gestionando Canals Corporation. El motivo del encuentro era para ponerme al día de cómo iban los asuntos en la compañía. A mí realmente me da igual saber los detalles de estas cosas, con las reuniones del consejo de administración tengo más que suficiente.

Vino el camarero a traer los cócteles y Heidi hizo una pausa.

—Pruebe el Miami Rise —me dijo.

Bebí un sorbo con la mejor de mis voluntades. No es que estuviera malo, pero para mí era como beber agua mineral: soso a más no poder.

—¿Qué le parece?

—No está mal —mentí.

—Estupendo —dijo Heidi Canals, complacida—. ¿Por dónde íbamos?

—El almuerzo en el Via Veneto con su tío.

—¡Ah, sí! Pues eso, me estuvo explicando detalles poco relevantes mientras comíamos. Al cabo de un rato empezó a contarme que mi padre y él, junto a otros socios, estaban planeando llevar a cabo un proyecto urbanístico de grandes proporciones. Le dije que me parecía muy bien, pero que no entendía por qué le interesaba contarme temas internos de empresa. Y ahí fue cuando me acordé de usted. Me pidió una importantísima suma de dinero para llevar a cabo ese proyecto. Comentó que solo con los recursos de Canals Corporation no podía tirar adelante la operación y era necesaria una fuerte inyección de capital. Dijo que mi padre había dado luz verde al proyecto y que estaba dispuesto a invertir lo que hiciera falta, y apeló a mi sentido del deber familiar para apostar por ello.

—¿De qué cifra hablaba?

—Necesitaba unos cien millones de euros para empezar el proyecto —contestó la hija de Canals—. Dijo que era una inversión segura que reportaría altos beneficios a corto plazo. El caso es que le dije que a mí no me interesaba para nada ese tema, y que si no se podía acometer el proyecto, pues que no se hiciera o que buscara recursos en otras partes. Le comenté que fuera al banco a pedir el dinero, que si el proyecto era tan claro no tendría problema en obtener la financiación necesaria. Pero me dijo que no podía acudir a un banco.

—¿Por qué?

—No me lo quiso decir, pero intuyo que quizás el proyecto no fuera del todo ortodoxo.

—¿Qué quiere decir con eso?

—No lo sé, sargento, no lo sé... —contestó.

CAPÍTULO 28

Esa noche había quedado para ir a El Mariscal con Elvira y el Sonrisas. Llegué tarde y había una larga cola para entrar. Quique, el seguridad de la puerta, impertérrito como siempre, iba dando paso a la gente conforme salían clientes del local. Lo saludé con un arqueado de cejas y entré directamente mientras los que estaban en la cola me miraban con cara no precisamente amigable. Aunque ya no se fumaba en el local, la atmósfera estaba muy cargada. No sin esfuerzo, alcancé un rincón de la barra y pedí un agua. Ahora que estaba en plena operación deporte, me habían recomendado no beber líquidos con gas. Al cabo de un buen rato de buscar con la mirada, divisé a Elvira y a Curto. Estaban bailando a ritmo de «New Sensation» de los INXS en la pista y me pareció que estaban más pegados de lo que la pieza sugería. A Elvira se la veía muy suelta y divertida, y Curto, con una copa en la mano, no se separaba ni un centímetro de la joven.

Pensé que lo mejor era que no molestara a la juventud, así que me quedé a la espera de que se cansaran y se acercaran a la barra a tomar algo. Después de dos aguas más y de varias piezas a ritmo de Green Day, The Cure y Red Hot Chili Peppers, se acercaron donde yo estaba.

—Ya era hora de que llegaras, Mercado —dijo Curto.

—Disculpad el retraso —contesté—. ¿Cómo estáis? He visto que estabais bailando como locos. Aunque tú, Curto, más que bailar, parecía que estabas pisando uvas.

—Sí, pero al menos el cuerpo me aguanta —respondió el Sonrisas—, no como a otros.

—Oye, Curto, ¿qué te parece si te vas a tomar por culo?

—Venga, Bernat —dijo Elvira en tono apaciguador—. Volvamos a la pista.

Me volví a quedar solo en la barra, mientras Elvira y el Sonrisas continuaban con su cortejo musical. Hacía un buen rato que me había fijado en una rubia de pelo corto y tristes ojos azules que vestía pantalón vaquero y camisa de cuadros azules y blancos. Deambulaba de aquí para allá y parecía estar sola. En algún instante, nuestras miradas se habían cruzado, primero por casualidad y después más deliberadamente. Hacía un buen rato que le había perdido la pista, cuando de repente apareció a mi lado.

—¡Una cerveza! —le pidió a Jessica.

—Me parece que no te oye —la abordé, esbozando la más seductora de mis sonrisas.

—Cada vez que has de pedir algo es como una odisea —contestó—. Ya me ha pasado antes. ¡Una cerveza, por favor!

—¡Jessica! —llamé.

—Dime, Tiki —contestó ella, acercándose rápidamente y pasando olímpicamente de los gritos y manos levantadas de los clientes que hacía rato que esperaban.

—¿Le pones una cerveza a la señorita? Para mí un agua.

—¡Marchando!

—Oye, eso es tener influencias, ¿eh? —dijo la joven.

—Bueno, más que influencias debe de ser cosa de ser buen cliente —contesté—. Si supieras la de dinero que me dejó aquí al cabo del mes lo entenderías.

—Gracias, en cualquier caso.

Jessica nos sirvió rápidamente la cerveza y la deprimente agua. La barra de El Mariscal, a esa hora, seguramente era el lugar con más concentración de personas por metro cuadrado de Barcelona. Si ya era una hazaña situarse en primera fila, una vez allí era difícil volver a salir. Nos quedamos la rubia de tristes ojos azules y pelo corto y yo frente a frente, con nuestras bebidas en la mano. Nuestros cuerpos estaban literalmente pegados y parecía que la chica no tenía intención de moverse de aquella posición. Yo tampoco.

—¿No bailas? —me preguntó.

—La verdad es que no lo tengo por costumbre. Prefiero escuchar la música. ¿Y tú?

—Yo ahora también —contestó—. He estado un rato en la pista, pero el calor es sofocante con tanta gente.

—Aquí tampoco es que pase mucho el aire.

—Tienes razón —reconoció—, pero al menos puedes beber algo.

La rubia de pelo corto y tristes ojos azules continuaba pegada a mí.

—¿Has venido acompañada? —pregunté.

—Sí, aunque por el caso que me hacen es como si hubiera venido sola.

—¿Y eso?

—He venido con una compañera de piso y un amiguete que tiene. Habíamos quedado con el viejo verde de su jefe —dijo—. Pero a mi amiga hace un montón de rato que no la veo y parece que su jefe al final no ha venido.

Mientras la chica daba un largo trago de cerveza que me hizo salivar, apareció entre ella y yo la melena pelirroja de Elvira, con cara sonriente.

—Vaya, vaya —dijo—. Ya veo que os conocéis. Tiki, te presento a mi amiga Olga Quintana. Olga, te presento a Tiki.

—El viejo verde —apunté.

A la tal Olga se le atragantó la cerveza y se quedó pálida mirando a su compañera.

—¿Me he perdido algo? —preguntó Elvira.

—No, no... —se disculpó la amiga—. Solo que me has dado un susto. No pasa nada.

—Bueno, pues ¿venís a bailar? He dejado a Bernat solo en la pista y temo que se me desmadre más de la cuenta.

—Ya sabes que eso de bailar no es lo mío —respondí.

—Yo prefiero terminar primero la cerveza —contestó la amiga—. Voy enseguida.

—Como queráis —contestó Elvira, mientras volvía a la pista.

—Disculpa —dijo Olga—. No pretendía...

—No te preocupes —respondí riendo—. Ya hablaré con Elvira en privado.

Nos quedamos mirándonos el uno al otro unos instantes. Sus ojos azules irradiaban una mirada a medio camino entre la melancolía y el ensueño. Poco a poco noté cómo el cuerpo de Olga se arrimaba todavía más a mí. Entonces levantó una pierna y la puso entre las mías, apretándome la entrepierna, mientras su rostro esbozaba una sonrisa maliciosa. Con cierto embarazo mantuve su mirada. Cada vez me iba poniendo más caliente. Introdujo una mano dentro de mi camisa y empezó a acariciarme el pecho. Después se entretuvo pellizcándome los pezones, mientras su pierna continuaba oprimiéndome la entrepierna. Me estaba acalorando más de la cuenta. Sin pensármelo dos veces, la cogí por la cintura y la atraje con fuerza hacia mí. Los vecinos de la barra no parecían darse ninguna cuenta, o por lo menos no nos hacían el más mínimo caso. Olga dejó la cerveza en la barra dispuesta a emplear todos sus recursos conmigo. Me abrió con facilidad los botones del pantalón y cogió mi miembro. Estaba en un estado de erección importante. Se llevó una mano a la boca y se lamió los dedos. Volvió a introducir la mano húmeda dentro de mi pantalón y se entretuvo con el glande. Le cogí el brazo para detenerla, pero no me dejó. Seguí jugando y acariciando mi pene, que cada vez estaba más y más duro. A punto de reventar.

—Espera, Olga.

—¿Por qué? —dijo sonriendo—. ¿No te gusta?

—Claro que me gusta, pero vamos a montar un fregado aquí que no veas.

—¿Qué sugieres? —preguntó sin dejar de acariciar mi miembro.

—Tengo mi casa cerca. Podemos ir, si quieres.

—Genial. Voy al servicio y vuelvo enseguida.

Me dio un largo y húmedo beso en la boca y se fue al lavabo. Con todo el disimulo del que fui capaz, me abroché los pantalones y me decidí a esperar. En aquel momento, aparecieron Elvira y el Sonrisas.

—¿Y Olga? —preguntó Elvira—. ¿Se ha marchado?

—Ha dicho que iba al lavabo —respondí indiferente—. ¿Os habéis cansado ya?

—No —contestó Curto—, pero hace un rato que están poniendo una música que es un peñazo. Le podrías decir a tu amigo Mariscal que pusiera algo más normal.

Después de mucho rato sin reparar en la música que estaba sonando, presté atención un momento. Me pareció escuchar Jethro Tull. Me acerqué a la cabina del *disc-jockey*, donde Mariscal, *bourbon* en mano, parecía que estaba en el más feliz de los mundos.

—Oye, Mariscal —grité—. La clientela se está quejando de que no le gusta la música que estás pinchando.

—¿Tú lo harías mejor? —preguntó.

—No es eso, hombre. Pero es que poner a Jethro Tull a las dos de la madrugada, cuando tienes el bar lleno a reventar, no es la mejor estrategia de *marketing*, que digamos.

—¿Pues sabes lo que pienso del *marketing*? —contestó—. Pues que se puede ir a la mierda. Este es mi local y pongo la música que me sale de los huevos. ¿Vale? Y a quien no le guste que se vaya a tomar por culo.

Estaba claro que Mariscal debía de llevar más *bourbon* de la cuenta en su oronda barriga. Y cuando se ponía así, lo mejor era dejarlo en paz.

Volví de nuevo con Elvira y Curto a la barra. Olga todavía no había llegado y el Sonrisas agarraba por la cintura a Elvira, mientras le susurraba algo al oído.

—¿Os lo estáis pasando bien? —les pregunté.

—De lujo —contestó Elvira—. Cuenta conmigo para venir más veces.

—Y conmigo —se apresuró a decir Curto.

A Mariscal debía de quedarle todavía algún punto de lucidez, porque en ese momento empezó a sonar por todo el local la Steve Miller Band y su poderoso «Jungle Love». Miré a la cabina y vi a Mariscal que me saludaba con el puño en alto. «Genio y figura», pensé.

Giré la mirada en dirección al lavabo y vi a Olga que trabajosamente se abría paso en dirección a nosotros. Entonces, sentí miedo. Fue como una especie de pánico escénico que me dejó clavado. No supe cómo reaccionar. Hacía apenas cinco minutos hubiera dado media vida para pasar una noche con aquella rubia de pelo corto y tristes ojos azules, y en ese momento no sabía qué hacer. Después de unos breves instantes de intenso devaneo mental, me giré y me fui.

CAPÍTULO 29

Siguiendo la sugerencia del concejal del distrito de Sants-Montjuïc, había conseguido una entrevista con el gerente de Urbanismo e Infraestructuras del Ayuntamiento de Barcelona en su despacho de la Diagonal. Utilizando el cuento del doctorado, y después de mucho insistir, su secretaria me había prometido una breve cita con él.

Llegué a la cita con Tomàs Pujol con extrema puntualidad. La recepcionista me hizo pasar a una pequeña sala de estar. Me senté y ojeé algunas publicaciones de urbanismo y arquitectura que había en un revistero. Fueron pasando los minutos y nadie aparecía por la puerta. Al cabo de veinte minutos, salí en busca de la chica de recepción.

—¿Recuerda que tenía visita con Tomàs Pujol? —pregunté.

—Sí, descuide —contestó—. Viene de la otra punta de Barcelona y ya sabe cómo está el tráfico. Ha llamado su secretaria diciendo que estará aquí en diez minutos.

Los diez minutos se transformaron en más de treinta, pero al final apareció por la puerta una mujer de mediana edad.

—Es usted el del doctorado, ¿verdad? Disculpe por el retraso. Acompañeme.

Llegamos al despacho del gerente. El tipo, calvo y de cara redonda, estaba sentado detrás de una amplia mesa llena de papeles desparramados.

—Me sabe mal el retraso —dijo a modo de saludo—. No podré estar con usted más de diez minutos. Espero que sea suficiente.

—Tendrá que serlo, imagino.

Me lo hubiera comido. Después de hacerme esperar lo que no estaba escrito, ahora me decía que en diez minutos teníamos que acabar.

—Usted dirá —dijo el gerente.

—Verá —expliqué—, estoy realizando un doctorado sobre el parque de Montjuïc y su integración en el tejido urbano de la Barcelona del siglo XXI, y me gustaría conocer cuáles son los planes del Ayuntamiento a corto plazo. Ya me entrevisté con el concejal del distrito de Sants-Montjuïc y me dirigió a usted.

—El Ayuntamiento desea que Montjuïc sea un pulmón para la ciudad y también un área de disfrute para sus ciudadanos. Todas las acciones que estamos llevando a cabo van en ese sentido.

—¿Contemplan habilitar más licencias comerciales para la implantación de ofertas lúdicas privadas?

—En principio, no. Ahora bien, siempre habrá excepciones.

—¿Como la del hotel Miramar?

—Por ejemplo —respondió secamente.

—¿Y no le parece que eso es quitar espacio público a los ciudadanos en beneficio

de intereses privados?

—Hay que buscar soluciones de compromiso, pensando siempre en el bien de la ciudadanía. Mire, desde los Juegos Olímpicos del 92, Barcelona se situó en el mapa turístico mundial. A día de hoy, llegan a Barcelona más de seis millones de turistas al año. Y sí que es cierto que una parte de ellos es de mochila y sandalias, pero también es verdad que nos llega mucho turismo de calidad que genera importantes ingresos. Por ejemplo, lo que llamamos el turismo de negocios. ¿Sabía usted que Barcelona es la segunda ciudad en el ámbito mundial en recepción de congresos?

—No lo sabía.

—Mire, solo el Mobile World Congress, el acontecimiento más importante del mundo en cuanto a tecnologías para la telefonía móvil, deja en la ciudad más de trescientos millones de euros en cada edición. Son cerca de setenta mil personas que duermen, comen y compran. Además, el congreso posiciona a Barcelona como una ciudad emprendedora e innovadora, lo que supone que cada vez más empresas internacionales vinculadas al sector tecnológico contemplan la ciudad como destino para ubicar sus sedes. Y eso es creación de riqueza.

—Ciertamente —respondí.

—Pues bien —siguió Pujol—, toda esa gente viene porque, aparte de la disposición geográfica de Barcelona, de su clima y de sus gentes, hemos conseguido articular una oferta atractiva para ellos. Y eso se consigue, como le decía antes, con un compromiso entre el bienestar de los ciudadanos y las iniciativas que desde el Ayuntamiento procuramos alentar. ¿Y qué me dice del negocio que generan los cruceros? Hemos conseguido que Barcelona sea hoy en día la ciudad con un mayor tráfico de pasajeros de cruceros del mundo, solo por detrás de los puertos de Miami. Toda la gente que viene en un crucero se gasta dinero en la ciudad. En establecimientos comerciales, taxis, rutas culturales y todo tipo de negocios orientados al turista. Eso por no hablar de Barcelona como destino médico. Hace ya algunos años que la marca Barcelona ha ido posicionándose en el mapa mundial como una ciudad con excelentes clínicas, hospitales o centros especializados. De momento es aún un negocio de dimensiones modestas que no puede competir con otros destinos como Alemania o incluso Turquía, pero le garantizo que en un futuro a medio plazo tendrá un importante peso específico. ¿No está esto bien?

—De acuerdo, pero la ciudad está inundada de turistas que a veces impiden que los habitantes locales disfruten de su ciudad.

—Mírelo como quiera —respondió el hombre—, pero el turismo es una fuente importantísima de generación de riqueza que necesitamos explotar, porque si no somos capaces de generar más entrada de dinero más allá de los ingresos ordinarios que genera la ciudad, el equilibrio corre el riesgo de romperse. Y eso es algo que no nos podemos permitir.

—Como usted dice —observé—, antes del 92 la ciudad no estaba tan orientada al turismo y, sin embargo, vivíamos.

—Claro, y antes de que alguien inventara la rueda la gente también vivía. No se equivoque, amigo. Los tiempos cambian y cada vez se necesitan más recursos para garantizar el normal funcionamiento de una urbe como la nuestra. Barcelona, aunque quisiéramos, no puede permanecer encerrada en sí misma, apartada del resto del mundo. Ni Barcelona ni ninguna otra población. Si damos un breve repaso a la historia del mundo en estos últimos siglos, vemos que con la revolución industrial se inició un punto de inflexión de difícil retorno. Nació el ferrocarril, con lo que la comunicación entre ciudades se simplificó de manera espectacular. Empezaron a incorporarse los primeros sistemas de fabricación automatizada provocando que la oferta de productos y servicios creciera una brutalidad. Una fábrica producía más de lo que la comunidad necesitaba, por tanto había que buscar nuevos mercados donde poder vender la producción. Y eso ha sido una dinámica imparable hasta hoy. Necesitamos productos de otras partes para poder vivir, de la misma manera que en otros lugares necesitan lo que nosotros podemos ofrecer. Mire, a los gobiernos nos toca armonizar todo eso para intentar que la gente viva lo más cómodamente posible y, en el caso que nos ocupa, mi equipo y yo somos los responsables de llevar a buen término las políticas municipales para adaptar el espacio físico de la ciudad a las necesidades de sus habitantes. Y eso, guste más o guste menos, genera una permanente transformación del entorno. Y como usted sabrá, nunca llueve a gusto de todos.

Me pareció razonable su exposición, pero volví a la carga con el tema que me interesaba.

—¿Y Montjuïc se va a ver afectado por alguna de esas transformaciones?

—A corto plazo, no —respondió—. Más adelante, se verá.

—Volviendo a la integración de Montjuïc en Barcelona: ¿no cree que a día de hoy hay demasiada desconexión entre ambas?

—Sí —admitió—, pero desde la administración municipal estamos intentando que ese muro ficticio que separa Montjuïc del tejido urbano de Barcelona sea cada vez más tenue.

—¿Y puedo preguntarle qué están haciendo para conseguir eso?

—Por supuesto —contestó—. Estamos dinamizando Montjuïc como centro neurálgico de los grandes eventos vinculados al ocio de la ciudad. No sé si usted es aficionado a la música o no. En cualquier caso, fíjese en la cantidad de conciertos que se organizan tanto en el Palau Sant Jordi como en el Estadi Olímpic.

Tenía que admitir que eso era cierto. Los dos lugares eran frecuentes escenarios de conciertos de música pop y *rock*.

—Y mire también la cantidad de eventos relacionados con el mundo del deporte, como campeonatos mundiales de atletismo y natación, o carreras populares de todo tipo. Incluso le diré que se está estudiando la posibilidad de volver a disputar un Gran Premio de Fórmula 1.

—Tengo entendido que años atrás se disputaron algunas carreras de coches y que

al final tuvieron que suspenderlas por la peligrosidad del trazado.

—Sí, fue en 1975, cuando el vehículo de Rolf Stommelen perdió el control de su Fórmula 1, matando a cinco espectadores. Pero desde entonces las medidas de seguridad, tanto de los bólidos como de las protecciones de los circuitos, han evolucionado una barbaridad, y la Fórmula 1 es hoy por hoy un deporte que podríamos considerar seguro. Fíjese en el circuito urbano de Mónaco. Se producen accidentes, claro, pero sin daños graves para los pilotos y mucho menos para el público. El asunto no es hoy la peligrosidad del trazado. Se trata de analizar si el importante desembolso que hay que realizar para traer una carrera de este tipo a la ciudad compensa con el dinero que puede dejar. Ya le digo, se está estudiando y puede que en breve haya una sorpresa con mayúsculas. ¿Se imagina que Montjuïc pudiera volver a albergar un Gran Premio de Fórmula 1, al estilo de Mónaco?

—Sería espectacular, sin duda —tuve que reconocer.

—Todo esto conlleva que los ciudadanos cada vez se acerquen más a Montjuïc y que vean el parque como una parte más de la ciudad. Es verdad que a día de hoy todavía no es suficiente, pero estoy plenamente convencido de que estamos en el camino correcto. Tanto yo como el resto del gobierno municipal estamos plenamente alineados en este tema.

—Bien —dije, dando por terminada la entrevista—. Creo que ya tengo información suficiente para mi proyecto. Muchas gracias por su tiempo.

—De nada, ha sido un placer. Vuelva siempre que quiera.

Salí del edificio con la sensación de haber estado con un hombre honrado y comprometido con su trabajo. Pensé entonces que a Galán le había desbordado la imaginación con la historia esa de Montjuïc. Lo que me había contado Tomàs Pujol me había parecido muy sensato y coherente. Parecía claro que por ese camino no iba a encontrar nada que me permitiera aclarar la muerte de Galán.

CAPÍTULO 30

Isabel siempre fue la amabilidad en persona. Desde los tiempos en que coincidimos en la universidad siempre pensé que si algún día decidía unirme a una mujer para el resto de mis días, esa debería ser como Isabel. Mi amigo Vicent Boira lo tuvo claro desde un principio. Por otra parte, no podía negar que aún conservaba un cierto atractivo. Continuaba conservando una esbelta figura, más propia de una veinteañera que no de una mujer que se encaminaba hacia el medio siglo.

El intendente Vicent Boira era el jefe de la Región Policial Metropolitana de Barcelona, uno de los altos cargos del Cuerpo. Licenciado en Derecho y Filosofía y Letras, era doctor en Derecho Penal. Nos habíamos conocido en la universidad, donde trabamos una buena amistad, y después volvimos a coincidir en las oposiciones al Cuerpo. Mucho más capaz y disciplinado que yo, fue ascendiendo peldaños en el escalafón policial e incluso había recibido propuestas para saltar al campo político. Aquella noche me había invitado a cenar, no recuerdo exactamente con qué pretexto. Me daba igual. Siempre me había sentido a gusto con Vicent y su mujer.

—¿Qué tal están tus hijos? —pregunté a Isabel cuando salió a recibirme.

—Seguro que mejor que tú y que yo —contestó complacida—. Natalia está cursando un programa Erasmus en Roma y Toni ha ido a estudiar a casa de un amigo. O eso me ha dicho, vaya. Se van haciendo mayores, Tiki. ¿Y tú? ¿Te has decidido a sentar la cabeza o continúas mariposeando por ahí?

—Pues la verdad es que no termino de encontrar a la mujer que me quiera aguantar —contesté riendo—. Ya sabes que soy un tipo difícil.

—Se te va a pasar el arroz, querido.

—¡Ah! Pero ¿no se me ha pasado ya?

—No, hombre, no —contestó lisonjera—. Aún estás de muy buen ver. Yo, si no estuviera tan bien casada con Vicent, hasta me atrevería a tirarte los trastos.

—¿Quién quiere tirar los trastos a quién? —dijo Vicent Boira, que llegaba ataviado con un chillón delantal de flores.

—Parece que no cuidas suficientemente bien a tu mujer, Boira. Ya ves, me está haciendo proposiciones deshonestas.

—Si ya digo yo que quejarse es gratis —contestó mi amigo—. Para que veas, hoy me he ocupado de preparar yo la cena. Te vas a chupar los dedos.

—Con esa intención he venido, Boira. ¿Con qué vas a sorprenderme?

—Para empezar he preparado unos pimientos rellenos de carne de mi tierra que te harán saltar las lágrimas, y a continuación comeremos un arroz con judías y nabos como no lo has probado en tu puta vida.

—¿Y de postres? —pregunté.

—El postre más típico de las fallas: buñuelos de calabaza. Me los envía mi hermana desde Valencia. Están para morirse.

—¿Y después recogerás la cocina, querido? —dijo Isabel—. Porque cada vez que entras en ella lo dejas todo hecho una porquería.

—Los grandes cocineros somos así, amor mío —contestó Boira—. Venga, vamos a cenar.

Ciertamente, la cena estaba de fábula. No se me saltaron las lágrimas, pero faltó poco. Vicent Boira era valenciano y se enorgullecía de cocinar como pocos la gastronomía de su tierra. Y no le faltaba razón.

Durante la cena, las conversaciones giraron en torno a nuestra época universitaria. De qué había sido de fulanito o menganito, de lo aburrido que era tal o cual profesor, o de las fiestas que nos habíamos pegado.

—Queridos —dijo Isabel cuando terminamos—, me voy a la cocina a arreglar el estropicio que ha hecho el señor Boira.

—¿Quieres que te ayude? —pregunté.

—¿Tú? —inquirió Vicent—. Pero ¿ya sabes cómo es una cocina?

—Bueno...

—Nada, nada —cortó Isabel—. Quedaos aquí los dos tranquilamente. Volveré enseguida.

—¿Cómo va, Tiki? —preguntó mi amigo, después de servirse una copa de orujo de hierbas—. Hace meses que apenas coincidimos.

—Vamos tirando, no me puedo quejar. No tengo el sueldo de un intendente, pero me apaño con lo que tengo.

—¿Has vuelto a darle a la coca? —inquirió, mirándome fijamente a los ojos—. Y dime la verdad.

—No tendría por qué no hacerlo.

—No sería la primera vez.

—Te juro que no. Ahora es distinto. Incluso he empezado a hacer deporte.

—Eso sí que es noticia. El más famoso sargento de los Mossos d'Esquadra, el inconmensurable Eutiquio Mercado, haciendo deporte. ¡Ver para creer! Me alegro de que estés alejado de las drogas. En el pasado te hicieron mucho daño.

—Lo sé, Vicent. Sé que es una enfermedad letal. Te va pudriendo por dentro sin que te des cuenta. Te crees, o te quieres creer, que es un tema que controlas perfectamente, que lo podrás dejar en cuanto quieras, pero poco a poco te va absorbiendo hasta aniquilar tu voluntad. El problema es que socialmente está incluso bien visto y la puedes consumir sin problema en cualquier sitio y a cualquier hora. Yo llegué a un punto donde no podía funcionar si para desayunar no me tomaba una raya.

—¿Va en serio, entonces, esta vez?

—Sí —contesté con rotundidad—. Nunca lo había visto tan claro, aunque también te he de confesar que hay momentos en que me cuesta una enorme fuerza de

voluntad no ceder. No sé, creo que eso de las drogas es como una enfermedad crónica que no te la quitas de encima en toda tu puta vida.

—No digas eso, hombre. Piensa en el tiempo que llevas limpio.

—Exactamente cinco años, dos meses y diecisiete días —precisé—. Y piensa que cada día que sumo es una victoria para mí.

—Estoy muy contento por ti, amigo. Y en el Cuerpo, ¿cómo te va? ¿Te decidirás algún día a presentarte para subinspector o te quedarás de sargento hasta que te jubiles? Cada vez que veo al Carreras ese pienso en cómo un tipo tan limitado como él puede ser tu jefe.

—Me gusta mi trabajo. No tengo familia que mantener, no tengo coche y vivo en un pequeño apartamento de alquiler. Con lo que gano voy tirando. Para mí es suficiente. Además, con mi historial en el Cuerpo, dudo mucho que pudiera llegar mucho más arriba.

—Hombre, aquello del juez no estuvo bien.

—Era un hijo de puta. El maldito juez no podía absolver al cerdo ese.

—Ya, pero era un juez —observó Boira.

—El juicio fue una pantomima, empezando por un joven abogado defensor recién licenciado al que el juez se merendó sin compasión. ¿Sabes, Boira? Estoy hasta los huevos de ver siempre lo mismo.

—Lo agrediste, Tiki. Aunque solo fuera un empujón, pero lo agrediste. Y eso estuvo mal. Te hubiera podido caer un buen puro si no llego a remover cielo y tierra por ti.

—No lo olvido, Boira. Te estaré siempre agradecido por lo que hiciste.

—No me des las gracias. Sabes que lo hice a gusto.

Estuvimos un rato en un silencio cómplice. Vicent daba ligeros sorbos al orujo, mientras yo disfrutaba del silencio en casa del amigo. Me daba cierta envidia ver cómo le había ido la vida. Una mujer de primera, dos encantadores hijos y un puesto de trabajo que la mayoría quisiera para sí. Al cabo de un rato, que quizás debió de ser largo, Boira se me acercó y en tono confidente me dijo:

—Tengo una amiga.

—¿Una amiga? ¿Qué quieres decir? —le pregunté ingenuamente.

—Sí, hombre. Un lío, ya me entiendes.

—¿Tú? —inquirí sorprendido—. Es una broma, ¿no?

—¿Por qué habría de serlo? Creo que no es ningún delito.

—¿Lo sabe Isabel?

—Supongo que no, y espero que no se entere por ti.

—No, claro que no —contesté, aún sorprendido.

—Quiero a Isabel, te lo juro, pero llega un momento en que eso no es suficiente. Hace tiempo que perdí la chispa con ella. Ahora soy un hombre diez años más joven.

—¿Qué edad tiene esa amiga tuya?

—Bueno... es muy joven.

—¿Muy joven?

—Tiene... tiene veintidós años.

—¿Tú estás loco o qué? Pero si tiene la edad de tu hija. Eres un descerebrado.

—Sí, ya lo sé, pero es que es algo superior a mí. Cuando pienso en ella, se me va el juicio de golpe. Además, tendrías que ver cómo folla. Una leona, oye.

—Si tienes ganas de follar, vete de putas de vez en cuando —dije—. Con la pasta que ganas te las puedes pagar sin problema.

—Estoy enamorado, Tiki. Tú eso no lo entiendes.

—A esa chica le vas a hacer más mal que bien. Y a ti tampoco te va a ayudar en nada.

—Pero ¿quién coño eres tú para darme lecciones de moralidad? Siempre vas con el rollo de que eres un espíritu libre y que por eso puedes hacer lo que quieres, pero, a ver, ¿a cuántas has engañado con falsas promesas a cambio de un maldito polvo? Dime, ¿a cuántas?

—A menos de las que hubiera deseado —contesté.

—Pero fueron muchas.

—Sí, bastantes —reconocí.

—Pues no me vengas con monsergas.

En eso tenía razón. Lo que Boira hiciera en su vida privada, aunque me supiera mal por Isabel, no era de mi incumbencia. Y yo seguramente era la persona menos indicada del mundo para dar lecciones de moralidad.

—Pero ¿no te das cuenta de que es una niña que ni siquiera sabe lo que quiere? —insistí.

En ese momento se acercaba Isabel con unos granizados de limón. Callamos los dos.

—Bueno, chicos, ¿os apetece un granizado para echar para abajo el arroz?

—Eres muy amable, Isabel —contesté—. Un día me mudaré a vivir a tu casa y entonces te vas a arrepentir de haberte portado tan bien conmigo.

—Eres un pelota —contestó—. Bueno, yo me voy a dormir. Mañana toca madrugar. Vicent, cuando terminéis recoge los vasos y colócalos en el lavavajillas.

—Así lo haré, mi amor —respondió Boira.

Volvimos a quedar Vicent y yo solos.

—Yo también me voy —le dije.

Vicent me cogió el brazo suavemente.

—Espera. Quería preguntarte cómo va con la investigación de la muerte de Guillermo Canals.

—Todo apunta al hijo del muerto, pero hay cosas que no terminan de cuadrarme.

—Tengo entendido que el hijo tuvo un accidente en coche y está mal.

—Sí —afirmé—, está jodido. No sé si se va a recuperar. Los médicos no son muy optimistas.

—¿Qué ha pasado con la herencia?

—Se la reparten a partes iguales los dos hijos.

—Pues el tema parece claro —dijo Boira—. Si me permites un consejo, yo cerraría el caso ya mismo. Además, con lo del accidente el asunto se te ha puesto a huevo. Ya sabes que a veces hay casos donde es mejor no remover mucho la mierda.

—¿A qué te refieres?

—Bueno... —dijo Boira, evitando mirarme a los ojos—. Guillermo Canals estaba muy bien relacionado con algunos políticos de influencia y quizás es mejor que no salga algún trapo sucio que pudiera haber por ahí.

—A mí eso me la trae floja. Yo he de cumplir con mi deber, que no es otro que averiguar quién se cargó al viejo.

—Sabes perfectamente que hay unas reglas de juego no escritas que permiten ciertas licencias a unos y a otros. Es mejor dejar que las cosas sigan como están. Cierra el caso y cógete unas vacaciones. Te vendrán bien.

—¿A qué viene todo eso? —pregunté—. ¿Qué pasa, Vicent?

—Digamos que hay gente de muy arriba que ve con cierta inquietud el caso de Canals. Si están implicados o no, es algo que yo no sé. Lo que sí se rumorea es que el viejo siempre ha realizado importantes donaciones a partidos políticos de todos los colores para que lo dejaran campar a sus anchas en sus negocios. Es un juego donde todos salen ganando. Los partidos tienen más recursos económicos y gente como Canals se gana la vida sin hacer daño a nadie. Y de eso tampoco se escapan ayuntamientos, e incluso la Generalitat. ¿Recuerdas el caso del hotel Miramar de Montjuïc?

—Más o menos —reconocí.

—Los estudios estaban en una zona de titularidad pública. Como el Ayuntamiento tenía importantes problemas de financiación para mantener los jardines que hay en la montaña y ninguna institución se podía permitir el lujo de reformar los descuidados estudios de la televisión, alguien del Ayuntamiento llamó a Guillermo Canals, que a su vez se puso en contacto con un grupo inversor asiático. Gente con mucho dinero del petróleo, que siempre andan a la caza de oportunidades para diversificar sus inmensas fortunas. Son empresas presuntamente privadas, pero que tienen detrás de sí toda la potencia de sus respectivos estados. Llegará un día en que el petróleo se acabará, y al fin los países que tienen grandes reservas se han dado cuenta de que ellos también pueden enriquecerse en Occidente. Pues bien, un grupo de esos fue el que construyó el hotel Miramar. Por todo ello, Canals se llevó una importante comisión por la mediación, y el Ayuntamiento, un buen pellizco para sus maltrechas arcas. Al final, a Barcelona le ha quedado un hermoso hotel en un inmejorable paraje, que frecuentan clientes de alto poder adquisitivo que se dejan una buena pasta en la ciudad. Todo perfecto.

—No estoy de acuerdo contigo —repliqué, recordando lo que me había contado Alfonso Galán—. Se ha estado jugando con el patrimonio de unos ciudadanos que pagan religiosamente sus impuestos para que un grupo de políticos los administren,

siempre con el único fin de que lo inviertan en hacer una ciudad mejor. Me acabas de decir que pertenezco a un cuerpo de policía que tiene la misión de velar por los intereses de los ciudadanos, ¿recuerdas?

—Sí, pero todo tiene un punto de equilibrio que hay que saber mantener. Las cosas siempre se han hecho así y ni tú ni yo vamos a cambiarlas ahora.

—Me estás sorprendiendo mucho, amigo. ¿Dónde está aquel Boira recto, honesto e idealista que conocí en la universidad? No te reconozco, la verdad.

—Si estuvieras en un cargo de mi responsabilidad seguro que verías las cosas de manera distinta —dijo Boira—. Por cierto, prométeme que te pensarás el tema del caso Canals.

—Que me pensaré ¿el qué? ¿Por qué tanto interés? No me dirás que te han comprado, ¿verdad?

—Eso es un golpe bajo, amigo. No tienes derecho a decirme eso.

—Pero tú sí que lo tienes al pedirme que cierre un caso en el que no hay evidencia alguna de que el asesino sea el hijo de Canals. ¿Eso sí es correcto?

—Tú verás lo que haces. Yo solo he intentado aconsejarte.

—Vete a tomar por culo, Boira.

CAPÍTULO 31

Me sentía en deuda con Olga después del plantón que le di la noche de El Mariscal. No era la primera vez que me escabullía de alguna mujer, pero esta vez algo había cambiado. O me estaba haciendo mayor y empezaba a chochar, o la rubia de pelo corto y tristes ojos azules era distinta a las demás.

En cualquier caso, sentía la necesidad de darle una explicación, así que le pedí su teléfono a Elvira.

—Vaya, veo que hicisteis buenas migas, tú y Olga.

—Supongo que no tanto como las que haces tú con Curto.

Elvira se sonrojó y apartó su mirada.

—Oye, que no pasa nada —dije—. El Sonrisas es un buen chico. Un poco de pueblo, pero un tío majo.

—¿Apuntas el móvil de Olga? —contestó ella, sin hacer caso a mi comentario.

No hurgué más en el tema. Anoté el número de teléfono y bajé a la calle. Después de pasar por la puerta principal de La Central, encendí rápidamente un cigarrillo, mientras marcaba el número de Olga en el móvil. Para mi sorpresa, no percibí ningún signo de rencor. Más bien al contrario, su voz sonaba fresca y alegre. Le propuse de ir a almorzar juntos a Casa Manolo. No se me ocurrió nada más original. Pero se mostró encantada.

Cuando llegué al bar, Olga estaba en la barra, charlando animadamente con Manolo.

—Veo que has llegado antes que yo —dije.

—Apenas cinco minutos. El tiempo de pedir esta caña. ¿Qué tomas?

—Casi prefiero esperar a comer. He reservado mesa.

—Veo, señorita, que conoce a este hombre —intervino Manolo, realizando un rápido escáner corporal de Olga.

—Pues sí —contestó la joven—. Con él he quedado para comer.

—No se fíe —dijo Manolo—. Es peligroso.

—Anda, Manolo —dije—, a tirar cañas, que tienes cola. ¿Dónde nos sentamos?

—Te he reservado la mesa del rincón.

—¿Y aquí qué se come? —preguntó Olga, mientras nos sentábamos.

—Cualquier cosa que haya preparado Carmen, la mujer de Manolo —contesté—. Cocina de muerte.

—Genial.

Se hizo un breve y embarazoso silencio que cortó, directa, Olga.

—Me dejaste colgada la otra noche.

—Verás... —balbuceé—. De eso quería hablarte.

—No tienes que darme ninguna explicación. Entiendo que no te sentiste a gusto

con mi compañía. No hay problema.

—No es eso...

—J. F. Kennedy decía que, hagas lo que hagas, a un veinte por ciento de las personas no va a gustarle. O sea, que tú debes de ser parte de ese veinte por ciento al que no le gustan las cosas que hago.

—Buena cita, pero no es eso, te lo aseguro —dije con firmeza—. Quizás fue que me sentí algo intimidado. No sé...

—No te veo fácilmente intimidable —contestó Olga, riendo—. Lo que les pasa a los tíos de tu generación es que estáis cargados de prejuicios bobos. La próxima vez me aseguraré de no meterte mano hasta que estemos dentro de la cama. Así no te sentirás agobiado.

—Me parece que me estás intimidando otra vez —dije sonriendo.

—Oye, a ver si al final pensaré que eres un tipo raro.

—Quizás un poco, sí. Bueno, hablemos de ti. ¿A qué te dedicas?

—Soy periodista.

—¿Y en qué periódico estás?

—Por desgracia, en ninguno. El tema está muy mal para los de mi profesión. Colaboro como *free lance* allí donde me dejan. Hoy escribo un reportaje para un periódico de esos gratuitos y mañana para una revista de viajes. Lo que salga.

—Sí —reconocí—, no está eso del trabajo para muchas alegrías.

—Además, hay un intrusismo desmesurado y eso está degradando la profesión. Con lo de las webs y los blogs, ahora cualquiera se cree capaz de emular a Carl Bernstein. Además, los periódicos en papel cada vez están más apurados por la bajada que han tenido en concepto de ingresos publicitarios y contratan a becarios que apenas saben escribir, con lo cual la calidad periodística cada vez es peor. No sé dónde vamos a ir a parar, la verdad. Lo mejor es ser un funcionario como tú y como Elvira. Sabéis que cada mes vais a cobrar.

—Eso es cierto —admití—, pero también tenemos muy claro que jamás seremos millonarios.

—Ni yo tampoco, a no ser que algún día consiga la exclusiva de mi vida o me case con un millonario.

—Nunca se sabe —apunté.

—Mira, a mí el dinero me importa en la medida en que no tenga que preocuparme de él. No sé si me entiendes.

—Creo que sí.

—Pues eso —dijo Olga—. Lo que sucede ahora es que todo está muy complicado y es difícil llegar a este punto de equilibrio. Incluso me estoy planteando cambiar de vida. No sé, irme a algún país donde haya oportunidades. Si no lo hago ahora, quizás más adelante sea más complicado.

—Es una buena opción.

—Sí, pero tampoco es fácil, porque si me voy, por ejemplo, a Brasil y no

encuentro trabajo allí, ya me dirás cómo pago un alojamiento y la comida.

—Estoy seguro de que una mujer como tú no tendría problemas para abrirse camino en Brasil o en cualquier otra parte.

—Te agradezco el cumplido, Tiki. Lo ideal sería que me tocara un pellizco en la lotería que me permitiera plantearme las cosas con calma. Irme de aquí y poder vivir en cualquier otra parte del mundo durante una temporada sin tener necesidad de hacer nada. El problema es que no juego a nada.

—Entonces lo tendrás difícil —contesté riendo.

Comimos en silencio. De vez en cuando no podía evitar la tentación de mirar a Olga por el rabillo del ojo. En un par de ocasiones en que nuestras miradas se habían cruzado, Olga me había lanzado una sonrisa de complicidad.

—¿Quieres tomar un café en mi casa? —le pregunté cuando terminamos el almuerzo—. Vivo cerca.

—Tendrá que ser otro día, Tiki. Dentro de media hora tengo que realizar una entrevista al director de una escuela de música infantil de Nou Barris y he de coger el autobús enseguida si no quiero llegar tarde. ¿Me llamarás otro día?

—¿Puedo acompañarte a la parada?

—Claro que sí.

Parecía que iba a llover de un momento a otro. Le pedí a Manolo un paraguas por si acaso. Llegamos a la parada del autobús justo cuando empezaron a caer tímidas gotas de agua. Abrí el paraguas. Olga me cogió del brazo y se acurrucó en mi hombro.

—¿Me llamarás otro día? —dijo.

—¿Te gustaría?

—Mucho.

Estuvimos así diez largos minutos, hasta que llegó el autobús. Sin mediar palabra, Olga me dio un fugaz beso en la boca y montó en el vehículo. Me quedé quieto un buen rato, mirando por donde había desaparecido la rubia de pelo corto y tristes ojos azules. Levanté la cabeza. En lo alto, un cielo plomizo parecía que iba a caerme encima.

CAPÍTULO 32

Había estado en el parque de Montjuïc más veces en unas pocas semanas que en toda mi vida. Una vez llegaba a la plaza de España era como si pusiera el piloto automático a la Scoopy, que, renqueante, enfilaba con pereza las pronunciadas rampas que llevan hasta lo alto de la montaña. Después de mis decepcionantes entrevistas con el concejal del distrito de Sants-Montjuïc y el gerente de Urbanismo e Infraestructuras del Ayuntamiento, ese día me había asignado la tarea de volver al lugar donde se encontró el cuerpo de Galán.

Como la vez anterior que estuve allí, no había nadie en el lugar. A diferencia de los otros que había conocido en Montjuïc, tupidos de vegetación de verde intenso, aquellos jardines sobrecogedores parecían sacados directamente de un desierto de América o de Australia.

Me dirigí de nuevo hacia el muro desde donde había caído Galán y me senté. Encendí un cigarrillo y me quedé observando el lugar un buen rato. Que hubiera caído por el pequeño muro de detrás de *La Puntaire* podía entrar dentro de lo normal, aunque no se me antojaba especialmente probable. Pero que además de haberse caído se hubiera golpeado la cabeza contra una de las piedras que había en el suelo, era ya más difícil, pero era factible. Quizás había sido un caso de mala suerte, nada más.

Encendí otro cigarrillo, mientras especulaba en la línea de esa última teoría. Tal como pensaba el hijo de Galán, ¿pudo ser que alguien lo empujara y cayera de cabeza contra la roca? ¿Por qué no? Si realmente había sucedido, la persona que lo empujó tenía que tener cierto grado de confianza con Galán para estar cerca suyo. O quizás fuera algún desconocido que se hubiera acercado a él para preguntarle algo. Según el parte de los Mossos, la autopsia no presentaba ningún signo de violencia externa que pudiera hacer sospechar que alguien lo había forzado físicamente.

Decidí dar un paseo por el jardín para intentar ordenar mis pensamientos. Después de unos minutos siguiendo los senderos que recorrían el lugar, llegué a la plaza de los cactus que ya viera la vez anterior. Un empleado de Parcs i Jardins terminaba de beber agua de una fuente situada en una esquina de la plaza, bajo un inmenso drago. El hombre, menudo y fibroso, estaba encendiendo un cigarrillo.

—Buenas, jefe —saludé.

—Hola —contestó el hombre, lacónico.

—¿Qué árbol es ese?

—Un drago —contestó—. Bonito, ¿eh?

—Sí —reconocí—, muy bonito. Es originario de las Canarias, ¿verdad?

—Sí, suele crecer en el conjunto de archipiélagos del Atlántico norte como las Azores, Madeira o las Canarias. También se encuentra en algunos lugares de Marruecos.

—Tiene muy bien cuidado esto —dije.

—Se hace lo que se puede. Al menos se trabaja tranquilo.

—¿Qué quiere decir?

—Que no hay mucha gente por aquí —siguió el operario—. Cuando me toca trabajar en la otra cara del parque ya me jode más. Entre turistas despistados, niños que no paran de tocar los huevos y viejos sin nada que hacer, se hace pesado trabajar. Por no hablar de los tontos que van corriendo o los idiotas de las bicicletas, que se creen que están en el jardín de su casa. A esos últimos los mataría a todos.

—La verdad es que sí que tocan las narices —reconocí.

—El otro día acababa de cortar y arreglar un césped y vino uno de esos que van en bicicletas de alquiler y el tío tuvo las pelotas de pasar por encima de la hierba como si estuviera haciendo *motocross*. Por poco no le doy un guantazo. ¡El muy hijo de puta!

—Entonces habrá poca cosa con qué distraerse por aquí —seguí preguntando.

—Nada. Por aquí no viene ni Dios.

—Días atrás encontraron muerto a un hombre, ¿verdad?

—Sí. Se llamaba Alfonso Galán y era un buen hombre. Una putada para la familia.

—Lo conocía —dije.

—¿Conocía usted a Alfonso? ¡No me joda! Un gran tipo, ¿eh?

—Sin duda.

—Fue un asunto de mala suerte —dijo el hombre.

—Eso dicen.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el operario de Parcs i Jardins, quitándose la gorra que llevaba puesta.

—No sé. Los Mossos d'Esquadra certificaron que había sido una muerte accidental, pero me cuesta creerlo. ¿No vio usted algo raro ese día?

—Raro no, pero ahora que lo dice, sí que lo vi hablando con una chica que iba vestida con ropa de deporte. Estaban más o menos donde estamos nosotros ahora. Pero, vaya, no le di mayor importancia. Alfonso era un tipo que conocía a todo el mundo y no era extraño verle hablar con la gente.

—¿Se lo dijo a los Mossos?

—La verdad es que nadie me preguntó nada.

En ese instante me fijé en las cámaras de seguridad dispuestas a cada extremo de la plaza. Sin duda, debieron de captar la escena de la que me hablaba el operario de Parcs i Jardins.

—¿Estuvo mucho rato con esa chica? —pregunté.

—No sabría decirle.

—¿Cómo era esa chica?

—Yo estaba en lo alto del camino y no pude verla con detalle. Rubia, o quizás castaña. No sé. Parecía delgada, eso sí.

—Gracias, amigo. He de irme —dije—. No se canse.

—¡Oiga! Si se entera de algo de lo de Alfonso no dude en decírmelo. Me encontrará por aquí todas las mañanas.

Resultaba sorprendente que el informe policial no hiciera ningún tipo de mención al operario de Parcs i Jardins, ni a las grabaciones de las cámaras de seguridad. Era todo muy extraño.

CAPÍTULO 33

—¿Cómo está mi *disc-jockey* estrella? —me dijo Mariscal.

—Calentando motores —contesté—. No quiero defraudar a la clientela selecta de tu local.

—Estate tranquilo, Tiki. Los clientes de mi bar ya saben que los jueves no se pierden nada si no vienen —dijo, socarrón—. Por cierto, ¿qué has preparado para la sesión de hoy?

—Hoy me gustaría rendir un tributo a los grandes del *rock and roll* que se fueron de manera trágica, siendo aún jóvenes. No sé si me entiendes.

—Claro que sí. Me parece bien. Hablas de Hendrix, Morrison y compañía, ¿no?

—Sí, y también de Lennon, Jones, Bon Scott, Janis o *Bonzo*. También de Ian Curtis o Kurt Cobain.

—También tienes a Keith Moon o a Ronnie Van Zant. Y no te olvides del gran Duane Allman.

—¿De qué murió Allman?

—El tío estampó su Harley Davidson contra un camión.

—De acuerdo, cuenta con ello. ¿Te va bien un «Ramblin' Man»?

—Cualquier pieza me gustará —contestó Mariscal—, pero si no pinchas a Lennon tampoco pasa nada. Y de Jones, tres cuartos de lo mismo.

—Lennon y Jones son de los que empezaron con todo esto.

—Sí, pero a Lennon se le acabó el fuelle pronto. Cuando se lio con la *china* esa envió toda su carrera a tomar por culo. La suya y la del grupo. De no haber sido por ella, incluso es posible que aún hoy los Beatles arrastraran el culo por los escenarios de todo el mundo, como hacen los Stones.

Y lo de Jones, no sé. Dicen que fue un buen guitarrista, pero ten por seguro que sin mi amigo Keith, los Stones jamás hubieran pasado de ser un grupo como The Kinks o The Who.

—Supongo que algo tendrá que ver Mick Jagger, ¿no?

—Jagger es un gilipollas —contestó Mariscal, alzando la voz.

Sabía que era su punto flojo y me gustaba buscarle las cosquillas con ese tema.

—A Jagger no le importa una mierda el *rock and roll* —siguió Mariscal—. Solo le preocupa la pasta y follarse a toda tía que se le ponga por delante. Si por él fuera, los Stones serían hoy una banda de salsa. La auténtica esencia de los Stones es Keith Richards, mister *rock and roll*. Un tipo que seguramente no sea tan virtuoso a la guitarra como Hendrix, Allman o el vago de Clapton, y que puede destrozar una canción cuando canta, pero que ha compuesto la mitad de las canciones que han marcado la historia del *rock* y ha sido imprescindible fuente de inspiración para generaciones de músicos. Y ahora, si me lo permites, me voy a tomar un *bourbon*. No

te digo si quieres uno porque ya sé que eres medio maricón y no bebes.

—No le hagas caso al viejo, Tiki —intervino Jessica—. Cada día chochea más.

Cuando el local se empezó a llenar, Mariscal me hizo señas desde la barra para que empezara a pinchar. Los primeros acordes de «Highway to Hell» de AC/DC eliminaron de raíz los murmullos del local. La pista de baile, hasta entonces vacía, empezó a llenarse de gente desmelenada que iba cantando cada estrofa de la canción. Algunos blandían guitarras imaginarias a lo Angus Young, mientras otros coreaban cada letra de la canción como si fueran el mismísimo Bon Scott salido de los infiernos.

Y es que los AC/DC, pese a las críticas de los más puristas, eran uno de los grandes. Muchos agoreros diagnosticaron su irreversible ocaso cuando murió Bon Scott, después de la publicación del álbum *Highway to Hell*. Y cuando los hermanos Young anunciaron la contratación del inglés Brian Johnson para grabar el álbum *Back in Black*, que debía servir de homenaje a Scott, la crítica musical del momento vaticinó un fracaso estrepitoso. Hasta entonces, ninguna banda había sobrevivido con éxito a la muerte de su cantante. Pero el debut de Johnson con el grupo se saldó con un éxito rotundo. *Back in Black* se convirtió, con más de cincuenta millones de ejemplares comercializados, en el disco de *rock and roll* más vendido de la historia. Ni los Beatles, ni los Stones, ni siquiera Elvis Presley habían llegado a semejante cifra en ninguno de sus discos. Solo AC/DC.

Seguí con una potente versión en directo de «Black Dog», de Led Zeppelin, y a continuación con «We Don't Get Fool Again», de The Who. El bar estaba en ese momento lleno a reventar y parecía que la gente se lo estaba pasando bien. Era algo que siempre me halagaba. Continué con «Sympathy For the Devil», de los Stones, «The Boys Are Back in Town», del malogrado Phil Lynott de Thin Lizzy, y el siempre explosivo «Shadow Play», de Rory Gallagher. Contundencia en estado puro.

Estaba a punto de arrancar con la definitiva «God Save the Queen», de los Pistols, recordando al excesivo Sid Vicious, cuando se me acercó una chica morena haciéndome señas para intentar decirme algo. Me acerqué, al tiempo que observaba cómo su pecho, encerrado en una ajustada camiseta blanca de tirantes, palpitaba con fuerza.

—¿Puedes poner algo de Michael Jackson? —gritó.

—¿Cómo? —le pregunté sin acabar de entenderla bien.

—Sí, de Michael Jackson. ¿Es que no lo conoces o qué? —me dijo con descaro.

—Sí —grité—, pero es que hoy es una sesión especial dedicada a músicos que ya están muertos. Es como una forma de rendirles homenaje, ¿sabes?

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Que Michael está vivo?

Touché. La chica tenía toda la razón del mundo. Michael Jackson estaba bien muerto y por lo tanto no podía decirle a la muchacha que no se lo pinchaba. Otra cosa es que se considerara al pequeño de los Jackson un músico de *rock and roll*. Reparé en los pechos de la chica: eran grandes y erguidos. Parecían globos. Posiblemente

fueran postizos, pero me daba igual. El asunto es que me los imaginaba fuera de la estrecha camiseta blanca de tirantes y notaba cómo me crecía atropelladamente el miembro viril. Estaba empezando a sudar solo de pensar en manosear aquellas tetas voluptuosas y morder sus pezones enhiestos.

—Perdona —contesté—. Tienes razón. Ahora te pongo algo de él.

—Gracias, guapo —contestó, guiñándome un ojo y volviendo a la pista de baile.

El problema venía entonces. A Mariscal no le haría ninguna gracia que sonara Michael Jackson en su local. Era capaz de echarme de la cabina o incluso del local. Al final opté por pinchar «Beat It», que al menos contenía un contundente solo de guitarra compuesto por Eddie Van Halen.

Afortunadamente, mientras sonaba la canción, Mariscal estaba embelesado charlando animadamente con una cincuentona aún de buen ver y parecía estar ausente del mundo real. Yo seguí con Joy Division y Nirvana, mientras la joven de la camiseta blanca de tirantes y pechos erguidos seguía, sola, bailando desenfrenadamente en la pequeña pista de El Mariscal. Al cabo de un rato se me volvió a acercar.

—Ha estado muy bien —me dijo con una amplia sonrisa—. Te lo agradezco.

—No hay de qué —contesté sin poder dejar de clavar la vista en sus pechos—. ¿Alguna petición más?

—Bueno, ya que me lo dices... Estaría muy bien algo de Queen.

Otro problema. Mariscal y yo habíamos discutido en ocasiones si Queen era una auténtica banda de *rock and roll* o simplemente un producto de *marketing* al servicio de Mercury. Mariscal era defensor a ultranza de esta última teoría, pese a reconocer que Brian May fuera probablemente uno de los guitarristas de *rock and roll* más influyentes en los setenta. Yo siempre pensé que los inicios de Mercury y compañía en los buenos tiempos del *glam rock* fueron auténticos, aunque después derivaran irremediablemente en la más triste mediocridad. El caso es que estábamos en las mismas que con Michael Jackson y no podía, o no quería, decirle que no a la joven de la camiseta blanca de tirantes y pechos erguidos. Volvía a correr el riesgo de que a Mariscal no le gustara especialmente la idea, pero me decidí por probarlo. Todo fuera para que la muchacha estuviera contenta y, quién sabe, a lo mejor hasta podía llevármela a mi apartamento esa noche.

—¿Te parece bien «Another One Bites the Dust»? —le pregunté a la chica—. Tiene una base rítmica muy potente.

—¿Una base qué? —preguntó.

—Nada, nada. Olvídalo. ¿La pongo?

—Creo que no la conozco, pero tú mismo. Cualquiera que pongas me gustará. Hoy tengo el día bailongo.

Dicho lo cual, se acercó y me dio un fugaz beso en la mejilla. Volví a imaginarme aquellos pechos desnudos bailando entre mis manos y no pude evitar ponerme cardíaco. La noche prometía.

Pero, de repente, en aquel preciso instante apareció un espigado veinteañero de pelo rizado y pendiente colgando de la nariz por detrás de la chica. La cogió de la cintura y la atrajo hacia sí. Le dio un sensual mordisco en el cuello, mientras con ambas manos empezaba a sobarle las tetas. Ella giró el cuello y con la boca abierta buscó la boca del muchacho. Estuvieron así unos inacabables segundos hasta que, sin reparar en mí, se fueron en dirección al lavabo.

Estaba claro que las tetas de la muchacha no serían para mí esa noche. Tampoco se hundía el mundo. Ni era la primera vez que me sentía ridículamente rechazado ni sería la última. Como una vez me había dicho Mariscal:

—Con la edad, cada vez eres más invisible.

—¿Qué quieres decir? —había preguntado.

—Pues eso. Te vas haciendo mayor y te crees aún con un cierto atractivo, pero te vas dando cuenta de que las mujeres cada vez te miran menos.

Me consolé pensando que al menos me había ahorrado poner una pieza de los Queen. Después de pinchar el pegadizo «Get It On», de Marc Bolan y sus T-Rex, dediqué media docena de temas a los Creedence Clearwater Revival. No es que el fallecido Tom Fogerty hubiera sido una pieza especialmente importante del grupo, pero quise rendir un ridículo homenaje a su hermano John, el nunca suficientemente valorado cantante, compositor y auténtica alma del grupo.

A las dos en punto terminó la sesión musical y la gente empezó a irse. Era jueves y quien más quien menos, seguramente, madrugaría al día siguiente. Como yo. Mariscal se me acercó con su inseparable *bourbon* en la mano.

—¿Te ha gustado lo de hoy? —le pregunté.

—He de reconocer que sí, amigo. Solo una cosa: ¿qué coño hacías pinchando Michael Jackson?

—Bueno... a veces a uno se le dispara la vena tonta y...

—Pues espero que no te suceda a menudo, chico —cortó—. No vaya a ser que echés por tierra la buena fama de esta casa.

—Me voy, Mariscal. Mañana trabajo y he de madrugar.

—Joder, tío. Pero si aún no son las tres. Estás hecho un viejo achacoso.

—Vete a la mierda —contesté como despedida.

De El Mariscal hasta mi casa no tenía más de quince minutos andando. Subí por Gran de Gràcia y giré a la derecha por Travessera. Llovía. Una finísima capa de agua que apenas mojaba iba cayendo, pausada pero persistentemente, sobre mi cabeza. El suelo adoquinado de las aceras empezaba a brillar por el tenue haz de luz de las farolas al mezclarse con el agua. Las calles a esa hora estaban desiertas. Solo las pisadas de algún solitario como yo alteraban el silencio de la noche. Me acordé de «Walking in the Rain», aquel pequeño clásico que compusiera George Young, el hermano mayor de Malcolm y Angus Young de AC/DC, junto a Harry Vanda.

Al llegar a la calle Torrijos, giré a la izquierda. Ya estaba a punto de llegar. Y entonces, cuando estaba a la altura de los cines Verdi Park, a apenas cincuenta metros

de la Virreina, sucedió.

Un fortísimo golpe en los riñones me hizo tropezar y doblegar las rodillas. Sin tiempo para darme cuenta de qué estaba pasando, otro golpe de algún objeto contundente detrás de la cabeza acabó de tumbarme de bruces en el suelo. Hice intención de girarme para levantarme, pero en ese momento una pesada bota me aplastó la cara. Supuse que al menos eran dos personas las que me estaban golpeando, porque, mientras uno hundía con fuerza el pie en mi cara, el otro no paraba de patearme en el costado. No podía moverme ni ver qué estaba sucediendo. Advertí que la nariz me sangraba abundantemente y los riñones me dolían una barbaridad. El miedo me atenazaba. Haciendo acopio de fuerzas, conseguí coger la pierna del que me estaba chafando la cara y logré sacármelo de encima. El tipo reculó un par de metros, que aproveché para dar una vuelta sobre mí mismo y escapar del radio de acción del que me estaba dando puntapiés. Me incorporé a duras penas y vi que eran dos tipos de complexión fuerte. Uno bastante más alto que el otro. El alto llevaba una barra de hierro en la mano. El bajo intentó darme un puñetazo en la cara, pero lo esquivé, mientras el alto se abalanzó sobre mí y caímos los dos al suelo. El tipo era pesado y no podía sacármelo de encima. Advertí entonces que tenía su oreja cerca de mi boca y, sin pensármelo dos veces, le mordí el lóbulo con todas mis fuerzas y le arranqué un buen trozo de oreja. El sujeto chilló de dolor y se llevó la mano a la oreja mutilada, que empezaba a sangrar abundantemente. Aproveché ese momento para intentar incorporarme de nuevo y escapar. Estaba ya casi de cuclillas para arrancar a correr, cuando de repente se hizo el silencio.

CAPÍTULO 34

Lo primero que vi cuando abrí los ojos fue la cara sonriente de una mujer. Tenía la visión borrosa y no terminaba de enfocar su rostro. Cerré los ojos de nuevo y esperé unos instantes. Estaba en una cama, la parte posterior de la cabeza me dolía una barbaridad y notaba unas dolorosas punzadas en el costado derecho, a la altura del riñón. Estaba desorientado y no atinaba a saber qué me estaba sucediendo, ni dónde me encontraba. Volví a abrir los ojos. Entonces pude ver con mayor nitidez a la mujer que me miraba. Llevaba bata blanca y me estaba diciendo algo que no entendía. Cada palabra que pronunciaba retumbaba dentro de mi cabeza, que parecía que iba a explotar.

—¿Dónde estoy? ¿Qué está pasando? —pregunté con inquietud.

—Tranquilo, sargento —contestó la mujer de la bata blanca—. Soy la doctora Esteban y está en el Hospital Clínic de Barcelona. No tiene de qué preocuparse, está en buenas manos.

—¿Cómo estás, Mercado? —preguntó una voz masculina que me resultó muy familiar.

—¿Curto?

—Ese soy yo.

—¿Qué hago aquí?

—Pues que te dieron una buena paliza y te han traído aquí para que te repongas. La doctora Esteban dice que saldrás de esta. Vivito y coleando. ¡No hay manera de que nos libremos de ti, amigo!

—Me duele mucho la cabeza —me quejé.

—Es normal que le duela —contestó la doctora—. Tiene un par de hematomas importantes en la nuca.

—¿Qué es lo que ha pasado? —pregunté a Curto.

—Alguien quiso darte un escarmiento en forma de un buen vapuleo —contestó el Sonrisas—. Eran profesionales, sin duda. No te quitaron nada y, por lo que dice la doctora, los golpes que te dieron, aun siendo dolorosos, no te afectaron de manera crítica ninguna parte importante del cuerpo.

—Bueno —apuntó la doctora—, es posible que durante unos días orine algo de sangre. Tiene un riñón dañado, pero no es nada grave.

—Te encontré una pareja de turistas en la calle Torrijos —dijo Curto—. Estabas sin sentido. ¿Te acuerdas de qué sucedió?

—No, lo último que recuerdo es haber salido de El Mariscal y dirigirme a casa. No sé decirte más. —La sensación de no poder recordar lo que sucedió desde que salí de El Mariscal y el momento en que me encontraba me angustió—. Doctora —dije, ahora dirigiéndome a ella—, ¿podré recordar lo que sucedió?

—Es posible que no, pero no se apure. Entra dentro de lo normal. De todas maneras, suele ser habitual que al cabo de unas horas, o quizás de unos días, vayan volviendo a su mente, si no todo, sí algunos fragmentos de lo que sucedió justo antes de que le agredieran.

—¿Quién me dio la paliza? —pregunté a Curto.

—No lo sabemos. La Científica ha analizado los informes médicos y parece ser que fueron dos individuos los que te golpearon, posiblemente con una barra de hierro. Los encontraremos pronto, no te preocupes.

—Hijos de puta.

—No te pongas nervioso ahora. Por cierto —dijo el Sonrisas—, te han encontrado sangre en la boca que no es tuya. ¿Es que de noche te transformas en vampiro? —Esbocé una tímida sonrisa. Me dolía todo el cuerpo y cada movimiento que realizaba, por pequeño que fuera, me costaba una barbaridad—. Carreras vendrá más tarde a verte, pero me ha encargado que te diga que él personalmente se ocupará del caso. Tendrías que haber visto cómo se puso. ¿Verdad, Elvira?

Me incliné ligeramente y vi a Elvira detrás de Curto.

—Acércate, Elvira —le pedí.

La doctora se hizo a un lado y dejó que la agente se acercara a la cama. Puso tiernamente una mano encima de mi brazo.

—Es verdad lo que dice, Tiki. Cuando se enteró, empezó a bramar como un toro enfurecido. Dijo que a su gente nadie le tocaba un pelo y que quien fuera el hijo de puta que te había agredido lo iba a pagar caro.

—Dinos, Tiki —dijo el Sonrisas—. ¿Recuerdas algo que nos pueda ayudar a coger a esos desalmados?

En ese momento empezaron a pasar por mi cabeza algunos recuerdos en forma de fragmentos inconexos: una chica que llevaba ajustada una camiseta blanca de tirantes, Keith Richards, AC/DC, Led Zeppelin, y golpes y más golpes por todo el cuerpo.

—No sabría decirte. Aparte de estar en El Mariscal hasta tarde, recuerdo vagamente haber recibido muchos golpes, pero nada más.

—Mejor que le dejen descansar, ahora —intervino la doctora—. Es preferible no cansarlo demasiado. Ya tendrán tiempo de hablar con él.

—¿Cuándo podré irme de aquí?

—En un par de días estará listo para marcharse, pero después deberá ir con cuidado una buena temporada. No podrá realizar ejercicios bruscos, ni actividades que le supongan un esfuerzo continuado.

Elvira y Curto se despidieron hasta el día siguiente. Cuando estaban a punto de cruzar la puerta, cogí el brazo de la doctora.

—¿Sí? —dijo.

—Dígale a Curto que venga, por favor.

—Sargento. ¿Puede venir un momento? Su compañero quiere decirle algo.

—Dime, Mercado.

—Sí que recuerdo algo —dije cansado—. Creo que eran dos tipos, y a uno de ellos le debe de faltar un trozo de oreja.

—¿Qué quieres decir con que «le debe de faltar»? —preguntó Curto—. ¿Le falta o no le falta?

—Sí, seguro —afirmé convencido—. Ahora lo recuerdo bien. Me acuerdo de que le arranqué un pedazo de oreja de un mordisco.

CAPÍTULO 35

Había pasado una semana desde que me dieran la paliza y todavía me dolía el cuerpo por todas partes. Me incorporé de la cama perezosamente y fui al lavabo. Como cada día al levantarme, oriné sangre.

Era un domingo ventoso y encapotado. Triste. Estaba siendo un otoño como los que yo recordaba de cuando era niño; de cuando en invierno hacía frío y en verano mucho calor; de cuando las primaveras y los otoños eran lluviosos. Ahora parecía que las cosas habían cambiado y todo era más impredecible. Estaba en casa de Rocío, que ya se había marchado a la galería de arte a trabajar. La noche anterior había ido a su casa a cenar y me quedé allí a dormir. Me debatí entre holgazanear en la cama hasta bien entrada la mañana o espabilar y llegarme hasta las paradas que montaban los domingos en el mercado de Sant Antoni para comprar algún disco. Después iría a comer solo a Casa Manolo, y la tarde la dedicaría a echarme una buena siesta y a escuchar algún álbum que hubiera adquirido por la mañana. Ese domingo no me apetecía verme con nadie.

Llegué al mercado con la idea de encontrar el álbum *Give 'Em Enough Rope*, el segundo trabajo de The Clash, de cuando Mick Jones y Joe Strummer rebosaban creatividad y sutileza por todos sus poros. A pesar de la lluvia, que cada vez caía con más intensidad, el lugar era un hervidero de gente de toda condición: abuelos ociosos que solo miraban, padres que acompañaban a sus hijos a cambiar cromos, jovenzuelos en busca de lo último en videojuegos y colgados en busca de gangas de cualquier tipo. Me dirigí directamente a una pequeña parada de la calle Tamarit, donde podría encargarme lo que buscaba. Recordaba perfectamente cuando en apenas un par de días, tiempo atrás, el tipo de la parada me había conseguido el mítico doble en directo de *The Name of this Band Is Talking Heads*, un álbum que estaba descatalogado desde hacía varios años. Después de esperar a que un pesado fan de la insoportable Donna Summer terminara de hacerle un encargo al tipo de la parada, me tocó el turno.

—Hola, David —saludé—. Estoy buscando el *Give 'Em Enough Rope* de The Clash. ¿Lo conoces?

—Creo que sí. Es anterior a *London Calling*, ¿verdad?

—Sí, es el segundo disco que sacaron al mercado.

—¿Cómo lo quieres, en vinilo o en CD?

—Me da igual. Lo que sea más barato, siempre que esté bien.

—Dame un par de semanas. Déjame el teléfono y te mando un mensaje cuando lo tenga.

—¿Cómo va el doctorado, amigo? —oí a mis espaldas.

Me giré y vi el rostro redondo de un cincuentón que me sonaba vagamente. Era la

típica sensación de conocer a alguien y no ser capaz ni de ubicarlo ni de recordar su nombre. El hombre acudió en mi ayuda.

—Soy Tomàs Pujol —dijo—. Vino usted a verme a mi despacho del Ayuntamiento hace unos días. ¿Se acuerda?

Claro que me acordaba. Era el gerente de Urbanismo e Infraestructuras del Ayuntamiento.

—Disculpe que no le haya reconocido antes.

—No se preocupe, suele suceder. Generalmente, uno acostumbra a identificar a las personas con los lugares y basta que el binomio se rompa para que cualquiera se líe. ¿Qué le trae por aquí?

—Pues ya ve —respondí—, he venido a ver si encontraba alguna pieza que me falta en mi colección discográfica.

—¿Así que es usted aficionado a la música? —preguntó Pujol—. ¿Qué tipo de música?

—Yo soy de esos rocanroleros maduros que continúa escuchando la música que se hacía en los sesenta y setenta. La de batería, bajo y guitarra eléctrica. Gente como los Rolling Stones, Led Zeppelin o Creedence Clearwater Revival. Para mí, ahí se acabó todo. Lo que ha venido después me interesa poco, por lo general.

—Usted es como Orson Welles, que cuando se le preguntaba por sus tres directores de cine favoritos siempre decía que a él solo le interesaban los clásicos, y que sus preferidos eran John Ford, John Ford y John Ford.

—Pues eso me pasa un poco a mí —admití—, aunque intento ser un poco más amplio de miras. ¿Y a usted? ¿También le gusta la música?

—Por supuesto, pero yo me decanto por un *rock* más suave. Soy un fanático de Roger Hodgson y Supertramp, aunque, también, siempre me han gustado Yes y Genesis.

A pesar de que nunca me habían gustado, podía entender que los Genesis tuvieran su corte de seguidores. Lo de Yes ya me costaba más de encajar, pero lo que nunca había comprendido era cómo alguien podía ser fan de algo tan infumable como Supertramp. Algún día, alguien tendría que hacer un estudio de eso.

—De todas maneras —prosiguió Pujol—, hoy he venido con mis hijas a cambiar cromos. Espero que esta afición por los cromos se les pase rápido o que tengan la edad para venir solas, porque eso de venir domingo sí y domingo también es como una penitencia. Cosas de ser padre maduro. Si hubiera tenido a las gemelas cuando tocaba, ahora ya serían mayores y camparían a sus anchas.

—Eso de tener hijos debe de tener sus cosas buenas y cosas que no lo son tanto —comenté con una sonrisa—. ¿Cómo va por el departamento?

—Querrá decir cómo iba —respondió el hombre.

—¿Cómo? ¿Ya no está en el departamento?

—Ayer me destituyeron.

—¿Y eso?

—Bueno, cuando estás en un cargo de esos que se llaman de confianza, las cosas no son siempre tan fáciles como se pueda ver desde fuera. Digamos que por una divergencia de pareceres con mi superior y me destituyeron de mis funciones.

—Vaya. No sabe cuánto lo siento.

—No se preocupe. Soy funcionario y estoy a la espera de nuevo destino. Mire, me quedan pocos años de trabajo y no pienso comulgar con ruedas de molino.

—¿Qué quiere decir?

—Pues que me puedo permitir el lujo de rechazar los puestos de trabajo que no me apetezcan. Cobraré lo mismo, aunque posiblemente el tipo de trabajo no me guste especialmente.

—¿No se llevaba bien con su jefe?

En ese momento, dos niñas pelirrojas que deberían de rondar los diez o doce años se acercaron a Pujol para enseñarle unos cromos. Detrás apareció la que debía de ser la madre de las niñas. Una chica bastante más joven que Pujol, de cara redonda y gruesas piernas. Me aparté un par de pasos educadamente.

—Tomàs, tenemos para un buen rato todavía —le dijo la mujer.

—Pues no sabes lo feliz que me haces —contestó con una ligera mueca Pujol.

—Venga, no seas así, hombre. Es por las niñas.

—Ya, ya. Es que si no fuera por ellas ya no estaría aquí.

—Anda, no te quejes más. No serán más que unos minutos.

El hombre lanzó un soplido de resignación.

—Oiga —me dijo—. ¿Le apetece tomar un café? Puede aprovechar para preguntarme dudas que tenga sobre el doctorado.

—Encantado, será un placer.

—Oye, nos podemos tutear, ¿no? —preguntó Pujol.

—Por supuesto. Me llamo Enric —mentí.

—¿De qué estábamos hablando? —preguntó, distraído.

—Creo que de las relaciones con tu jefe.

—Es verdad. Un iluminado que se cree que la ciudad es suya. ¿Tú crees que un tío que en su vida ha trabajado puede ser el tercer teniente de alcalde de la ciudad y responsable máximo del Área de Urbanismo e Infraestructuras?

—Habrà trabajado en algo, digo yo —observé.

—No. Es uno de esos tipos que empezó a los dieciocho años en esto de la política y que en su vida ha sabido lo que es ganarse un sueldo con el sudor de su frente. Ha ido pasando de cargo en cargo hasta llegar donde está ahora. En España, la mayoría de los políticos nunca han tenido un empleo normal y corriente, y así nos va. Fíjate, si no, en la cantidad de tíos que están ocupando puestos importantes en la administración, que se mueven por los mismos sitios desde hace lustros. Ganen elecciones o las pierdan, ellos permanecen ahí, impertérritos con sus sueldos, sus dietas y sus prebendas.

—No dejas muy bien parados a tus jefes —dijo riendo.

—Son un hatajo de vagos agarrados a sus sillas para que nadie se las pueda mover. Bueno —prosiguió en tono jovial—, tú querías hablar de lo tuyo y no escuchar los lamentos de un pobre funcionario amargado, ¿verdad?

—Bueno...

—Nada, hombre, nada. Si no recuerdo mal, tu doctorado trata de Montjuïc y su conexión con la ciudad.

—Buena memoria, la tuya —reconocí.

—¿Qué quieres saber?

—En la conversación que tuvimos en tu despacho te pregunté si había planes urbanísticos previstos para Montjuïc y me dijiste que no, pero tampoco fuiste muy taxativo.

—Porque ni podía ni puedo serlo —contestó Pujol—. Y eso vale para Montjuïc y para el resto de Barcelona. Como creo que te comenté, la gestión urbanística cada vez es más complicada. Entre todos hemos querido hacer una ciudad tan ambiciosa que ahora no podemos mantenerla. Hace falta dinero. Durante los años de bonanza económica, en que se construía por todas partes, se montaban empresas por doquier y el dinero fluía a borbotones, el Ayuntamiento ingresaba lo suficiente para no tener que endeudarse demasiado y poder hacer frente con comodidad al mantenimiento de la ciudad. Incluso se podía permitir el lujo de llevar a cabo proyectos que hoy nos suenan a despilfarro. Pero desde que los ingresos han ido disminuyendo como consecuencia de una brusca desaceleración económica, el Ayuntamiento cada vez necesita recursos más desesperadamente para hacer frente a sus problemas de tesorería. Seguramente te lo explicará mejor un economista, pero más o menos es así.

—O sea, hay que ingresar más —dije.

—Claro, pero el problema es cómo se consigue eso. Y ahí es donde empezamos a caminar por tierras pantanosas.

—No te entiendo.

—Mira, es muy fácil traspasar la línea que separa lo que es legal de lo que no lo es. Hay quien piensa que todo el monte es orégano, como dice el refrán, pero yo por aquí no paso. No quiero ser cómplice de nada que me parezca moralmente reprobable.

—No acabo de entenderte.

—Dime una cosa —siguió el hombre—. Si alguien de tu familia no tuviera para comer, ¿verdad que tú harías lo posible y lo imposible para que no se muriera de hambre?

—Supongo que sí...

—Seguro que lo harías, aunque tuvieras que delinquir. Pues eso mismo le sucede ahora a nuestro Ayuntamiento y al de la mayoría de lugares de España. Como no hay dinero, hay que buscarlo, de la manera que sea. ¿Y dónde podemos encontrarlo?

—Ni idea —confesé.

—Pues en el capital privado. Hay gente con mucho dinero que no sabe dónde

invertirlo. Aquí y fuera. Y Barcelona tiene un patrimonio envidiable. Así pues, solo hace falta acercar ambos intereses para que todos ganen. El consistorio, de forma perfectamente legal, podría vender mañana mismo la Casa de la Ciudad si quisiera.

—Tampoco te pases.

—¿Ah, no? ¿Y quién se lo impediría? ¿En qué lugar dice que no se puede vender un monumento o un edificio municipal? En los últimos meses he visto cosas en el departamento que no me han gustado nada de nada. Sé de qué te hablo.

—Sigue —dije.

—Mira, las leyes están para cumplirlas y también para cambiarlas. ¿Me entiendes? Un ayuntamiento puede recalificar lo que le venga en gana y sacar una tajada importante por ello. Eso se ha hecho siempre. El problema viene cuando se sobrepasan ciertos límites, cuando el asunto se convierte en un carnaval donde todo vale. Y ahí es donde yo no entro.

En ese instante cruzaba la calle la mujer de Pujol, seguida de las dos pelirrojas. Al verlas, el hombre se levantó para marcharse.

—Ya me puedo ir, amigo —dijo—. Espero haberte ayudado en algo. Si hay algo más que pueda hacer por ti, no dudes en llamarme. Te dejo mi número de móvil apuntado en tu cajetilla de cigarrillos. Hasta la próxima.

—Espera —dije—. ¿Cómo se llama tu jefe?

—Mi exjefe, dirás. Se llama Jesús Arias.

Encendí tranquilamente un cigarrillo, pensando en la conversación que había tenido con Pujol. En ciertos aspectos me había recordado vivamente a Galán. Quizás solo fuera el resentimiento de un empleado despedido. O no. Tenía que averiguar qué se estaba cocinando en el Área de Urbanismo e Infraestructuras del Ayuntamiento que dirigía el tal Jesús Arias. Pero no estaba en una investigación oficial y me sería difícil ir mucho más allá de donde había llegado hasta entonces.

CAPÍTULO 36

Carlos Carreras estaba sentado en la mesa de su despacho mirando con rostro de preocupación unos papeles que tenía delante. Entré sin llamar. Me miró con cara de pocos amigos.

—¿En tu casa no te han enseñado que hay que llamar antes de entrar?

—Tengo algo que contarle —contesté.

—Estoy muy atareado, ahora. ¿Puede ser más tarde?

—Será un momento —insistí.

Carreras se acomodó en la silla y se quitó las gafas para mirar de cerca que llevaba puestas.

—Por cierto, ¿cómo estás de lo de la paliza?

—Bien, gracias. Todavía me duele mucho el costado y orino sangre cada mañana cuando me levanto, pero voy mejorando.

—Mala hierba nunca muere —dijo Carreras.

—Debe de ser eso.

—Bueno, cuéntame.

—¿Recuerda que hace unas semanas encontraron a un hombre muerto en unos jardines de Montjuïc?

—Lo recuerdo. Era el líder de una asociación de vecinos, ¿verdad?

—De la asociación Amics de Montjuïc. Se llamaba Alfonso Galán.

—¿Lo conocías?

—Lo conocí por casualidad hace un tiempo.

—Sigue —contestó—. No tengo demasiado tiempo.

—Picado por la curiosidad, pude acceder al contenido del informe que nuestro Cuerpo había hecho sobre la muerte de Galán y me pareció que habían cerrado la investigación demasiado rápido. Me he movido un poco y he hablado con algunas personas. Hay temas que no me cuadran.

—¿Por ejemplo? —inquirió Carreras.

—Parece que el hombre murió por el golpe que se dio en la cabeza al precipitarse por un muro de apenas un metro y medio de alto.

—Pudo ser un accidente.

—Desde luego, jefe. Pudo serlo, pero no es lo más normal, ¿no?

—Supongo que no.

—En segundo lugar, no se ha entrevistado a ningún posible testigo presencial que pudiera aportar alguna información.

—Quizás no los había.

—Sí los había —le rectificué—. Yo mismo tuve la oportunidad de charlar con un operario de Parcs i Jardins que me contó que había visto a Alfonso Galán en el

parque la misma mañana de su muerte. El hombre me dijo que lo había visto hablando con una mujer joven vestida con ropa deportiva. Haciendo un cálculo aproximado, eso debió de tener lugar pocos minutos antes de su muerte. Estuve en los jardines de Mossèn Costa i Llobera y pude observar que el lugar estaba dotado de un dispositivo de cámaras de seguridad que, según el informe, tampoco han sido analizadas.

—¿Crees que alguien podía tener algún motivo para matar a Galán?

—No lo sé —admití—. He de reconocerle que el hombre, una buena persona, era un poco fantasioso.

—¿En qué sentido lo dices?

—Andaba obsesionado en proteger el parque de Montjuïc de afanes especulativos. Yo, al principio, me lo tomé con bastante escepticismo, pero le confieso que el hombre iba cargado de argumentos razonables que no dibujaban un panorama muy alentador.

—Bueno, tampoco sería la primera vez en esta ciudad que hubiera una especulación urbanística. La historia anda llena de ellas.

—Pero convendrá conmigo en que sí que es la primera vez que hay una persona asesinada de por medio.

—No corras tanto, Mercado. Estás dando ya por sentado que al hombre lo asesinaron y hasta ahora solo me has mostrado algunas dudas con el proceso llevado a cabo.

—¿Qué le parece si le digo que ni siquiera intervino la Científica?

—¿Lo dices en serio?

—Mi fuente es de total solvencia.

—Por cierto, ¿cómo conseguiste el informe oficial?

—Bueno, uno lleva muchos años en el Cuerpo y tiene buenas relaciones con todos.

Carreras se quedó pensativo unos instantes.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó.

—Haga reabrir el caso y deje que me ocupe de él.

—Imposible.

—¿Por qué?

—Primero porque no tengo atribuciones para ello. Tendría que ir más arriba y no creo que me hicieran ni puto caso. Además, tu prioridad ahora es el caso Canals. Y ahora, vete, que ya me has hecho perder demasiado tiempo.

—Pero...

—Pero nada, Mercado. No hay más que hablar.

Salí del despacho de Carreras sin saber por dónde tirar. Quizás me estaba dejando llevar en exceso por mi afecto hacia Galán. Quizás todo fueran especulaciones sin fundamento alguno.

—Te veo muy pensativo, Tiki —dijo Elvira cuando me senté en mi mesa—.

¿Sucedo algo?

—No, nada.

No había pasado media hora, cuando Carreras me llamó para que fuera a verlo.

—Haremos una cosa, Mercado —dijo cuando entré en su despacho—. Si quieres, sigue trabajando en el caso ese de Montjuïc, siempre que no te quite demasiado tiempo. Intentaré ayudarte si necesitas algo. Pero será algo estrictamente a título personal. Y si algo sale mal, pillaremos los dos y yo te echaré toda la culpa a ti.

¿Entendido?

—Entendido, jefe. Gracias. Le debo una.

—Vete a la mierda, Mercado. No sé por qué te hago caso.

CAPÍTULO 37

—Buenos días, sargento Curto —dije.

Curto pasó por delante de mi mesa de trabajo como una exhalación. Me miró fugazmente con el semblante muy serio y se dirigió directamente al despacho de Carreras sin decirme nada. Parecía nervioso. Elvira me miró.

—¿Sucede algo? —preguntó.

—No, que yo sepa. Quizás Curto no haya dormido bien.

—No había visto a Bernat tan serio desde que lo conozco.

La verdad es que no era habitual ver al Sonrisas con semejante semblante. A mí también me sorprendió, pero no le di mayor importancia y continué trabajando. Al cabo de escasos minutos, Curto salió del despacho de Carreras tan inquieto como cuando entró y vino directamente hacia mí.

—Tiki, acompáñame a tomar un café.

—A la orden, mi sargento —contesté, algo descolocado—. De todas maneras, ya sabes que a mí me gusta el café de verdad, no la mierda que sale de esas máquinas.

—Déjate de tonterías y ven conmigo —respondió con sequedad.

Me levanté para seguirlo. Pasamos por delante del despacho de Carreras, que tenía la puerta cerrada. A través de los cristales me pareció adivinar cierto aire de preocupación en el rostro del subinspector. Empecé a preocuparme.

—¿Qué sucede, Curto?

—Tenemos a uno de los tipos que te dieron la paliza —soltó sin más preámbulo.

No respondí. Por mi mente empezaron a asomar recuerdos en forma de golpes, patadas y dolor, mucho dolor. Apreté los puños. La sangre empezó a bullirme en la cabeza y el corazón empezó a latir con fuerza. Curto se dio cuenta y me apretó el brazo para que me calmara.

—¿Quién es? —pregunté.

—Se llama Zoran Matic y pertenece a una red de albanokosovares muy violentos.

—¿Dónde está?

—Viene de camino. Llegará en unos minutos.

—¿Cómo lo habéis pillado?

—Esta vez tenemos que dar gracias a los de la Guardia Urbana de Barcelona —explicó Curto—. Hace meses que estaban siguiendo un caso de prostitución y trata de blancas y, casi por casualidad, han dado con el tipo. Lo han encontrado junto a otro individuo, un tal Dragan Krasniki, en un piso en Ciutat Vella. Cuando los de la Urbana han entrado, han intentado escapar saltando por el balcón, pero era un tercer piso y Krasniki se ha partido la crisma y la ha palmado. Matic ha tenido más suerte. Es al que le falta una parte del lóbulo de la oreja.

—Gracias, Curto.

—Carreras me ha encargado que lo interrogara —siguió el Sonrisas—. Ha creído más oportuno que te mantuvieras al margen.

—Lo entiendo —contesté.

—Pero antes de interrogarlo, si quieres, te lo dejo diez minutos para ti solo. Supongo que tendréis cosas que contaros.

¿Que si tenía algo que decirle? Por supuesto que sí. Le devolvería golpe por golpe todas y cada una de las patadas que me había dado. No le perdonaría ni una. Volví a la mesa de despacho a coger el tabaco y el encendedor. Elvira me miró.

—¿Qué te ha dicho Bernat?

—Tenemos a uno de los que me dieron la paliza.

—¿Adónde vas?

—A verlo —contesté sin detenerme.

—Espera —dijo—. Es mejor que no vayas.

—¿Por qué?

—Quizás no sea el mejor momento.

—¿Ahora me vas a dar clases de lo que tengo que hacer, agente Sangenis? —respondí, ofuscado.

—Solo quiero ayudarte.

—Pues déjame en paz.

—¿Qué vas a hacer? —inquirió—. ¿Te vas a aprovechar de su debilidad para vengarte de él? Deja que la justicia se encargue de ello.

—¿La justicia, dices? ¿Es justicia que a un pobre tipo como yo que no ha hecho nada le peguen una paliza que ha estado a punto de matarlo? ¿Eso es justicia? Tú no sabes nada.

—Seguro que tú sabes más que yo —afirmó Elvira, resuelta—, pero yo sí sé que la venganza no soluciona nada. ¿Verdad, Bernat? —preguntó la joven agente dirigiéndose a Curto, que esperaba, impávido, bajo el quicio de la puerta.

—A mí no me metas en esto, Elvira. Tiki ya es suficientemente mayor y responsable para saber lo que tiene que hacer. ¿Vamos, Tiki?

—Vamos.

En el momento en que inicié la marcha, Elvira se incorporó de la silla y se puso delante de mí, impidiéndome el paso. Me paré sin saber qué hacer. De repente me sentí el centro del problema. Curto me estaba esperando para bajar a los calabozos, mientras Elvira, a medio metro de mí, me miraba con cara suplicante. Por el rabillo del ojo pude ver también a Carreras que me observaba desde su despacho, sin ninguna intención de interferir en el asunto. Finalmente ganó Elvira.

—De acuerdo —dije—. Ves tú, Curto. Averigua todo lo que sepa ese desgraciado. Ese tío recibía órdenes de alguien.

—Descuida —asintió el Sonrisas.

Elvira se dejó caer en su silla, soplando disimuladamente. En ese momento sentí como si me quitaran un gran peso de encima. Me senté, intentando calmarme, pero no

pude dejar de pensar en quién podía estar detrás de todo aquello. Alguien no me quería bien, de eso no había ninguna duda.

CAPÍTULO 38

Después de dos largas horas de interrogatorio, Matic había hablado: una prostituta que trabajaba en un local de alterne en el barrio de Sant Gervasi de Barcelona le había dicho que había un tipo dispuesto a pagar diez mil euros por darle un escarmiento a un policía. Eso sí, no tenían que matarlo, ni dejarle secuelas de por vida. Según había dicho Matic, él jamás vio al individuo que encargó el asunto a la prostituta. Aseguró que todos los tratos se habían hecho directamente con ella. También confirmó que el tipo que lo acompañaba la noche en que me apalearon era Dragan Krasniki.

Carreras había sido del parecer de detener inmediatamente a la prostituta, pero al final lo convencí de que quizás era mejor que estuviera libre, para así poder tener más opciones de llegar al tipo que pagó los diez mil euros.

Esa misma noche decidí ir a verla. Se llamaba Genta Dreshaj y trabajaba en el Club Bretón, un local de alterne situado en la calle Mariano Cubí, cerca de la calle Muntaner. Antes, aprovechando que tenía que ir por la zona, me acerqué a tomar unas patatas bravas al Marcel, en la calle Santaló. Quizás el bar no tuviera la fama de otros lugares, pero sus bravas no admitían comparación con las de nadie. Crujientes por fuera, melosas por dentro y acompañadas de una combinación única de salsa mayonesa y aliño de tomate picante.

Con el estómago más conformado, caminé apenas una manzana y media hasta llegar al prostíbulo que había indicado el albanokosovar. Aunque no había pisado con anterioridad el lugar, entré decidido, como si fuera un cliente habitual. Todavía no eran las once de la noche y el local estaba casi vacío, con apenas tres individuos trajeados sentados en una mesa, junto con otras tantas chicas y un par de camareros aburridos apoyados sobre la barra. Me senté con fingida indiferencia en una butaca a mitad de la larga barra que presidía el lugar. Rápidamente, se me acercaron un par de chicas. Una de ellas, morena, parecía de origen latino, y la otra, de pelo muy rubio, imaginé que era originaria de algún país del este de Europa. Ambas llevaban por vestimenta un escueto bikini. Nada más.

—¿Nos invitas a una copa, amigo? —dijo la morena, poniendo su mano estratégicamente encima de mi muslo, muy cerca de mi entrepierna.

—¿Una a cada una u os partís una entre las dos?

—Cariño, ¿tú qué prefieres? —respondió la rubia—. ¿Que la chupe una un rato y la otra el otro rato o que te la chupemos las dos a la vez?

—¿A qué precio son las copas? —pregunté.

—No seas tacaño, mi amor —intercedió la morena—. Lo del precio de la copa es lo de menos. Lo bueno viene después.

—¿Ah, sí? —pregunté—. ¿Y qué es lo bueno?

—Luego te lo explico, cariño —prosiguió la morena—. Primero tomamos una copa tranquilamente y después podemos subir a las habitaciones. Vas a ver la vida en color. Te lo prometo.

—¿Qué te gusta más, machote? —susurró la rubia—. ¿Que te la chupemos a dúo o follarnos a una detrás de la otra? ¿O prefieres pelártela, mientras hacemos unlésbico? Aquí puedes tener lo que quieras.

—Tendré que pensármelo —respondí, sin ninguna intención de dar un paso adelante.

—¡Anda! —exclamó la rubia—. Pero si tu amiga de abajo parece que se está preparando para la batalla. Pobrecita. No la hagas sufrir, hombre.

Era cierto. Aun intentando contenerme, mi erección estaba creciendo rápidamente. La rubia me iba susurrando provocadoramente al oído, mientras la morena, con mano experta, frotaba mi pene y me clavaba las tetas en el pecho.

Me estaba poniendo caliente. Quizás demasiado, teniendo en cuenta que estaba trabajando.

—Si prefieres, también nos puedes dar por el culo —dijo la morena, que no dejaba de restregar su mano en mi entrepierna—. Fíjate en el culazo que tiene mi amiga. ¿No te dan ganas de follártelo?

—¿Cuánto cobráis? —pregunté por curiosidad.

—Poco, cariño —respondió la rubia—. Muy poco comparado con lo bien que te lo vas a pasar.

—¿Y cuánto es «poco»?

—Depende de lo que quieras hacer, campeón —siguió la morena—. Por trescientos cincuenta nos tienes a las dos para follarnos todas las veces que puedas durante una hora. Si quieres darnos por el culo te va a costar cien euros más.

—La verdad es que de momento prefiero tomar una copa tranquilamente —respondí, intentando poner fin a la situación.

—Pero, cariño, ¿tú sabes lo que te estás perdiendo? —intervino la rubia—. Mira mi chochito. ¿A que es lindo? Tócalo.

Y seguidamente me cogió la mano y me la introdujo dentro de su minúsculo tanga. Tuve que reconocer interiormente que sí que era lindo. Al menos muy suave. Intenté poner un poco de lucidez a la situación, pero me resultaba difícil. Estuve en un tris de sacar la tarjeta de crédito y olvidarme de lo que había ido a hacer allí, pero al final conseguí que se impusiera la cordura.

—A lo mejor más tarde —zanjé—. Ahora dejadme en paz.

—Tú te lo pierdes, abuelo —dijo la morena, mientras se iba—. Acabas de perderte la noche de tu vida. ¡Que te den!

Así que se marcharon las dos prostitutas en busca de objetivos comerciales más asequibles, se me acercó un camarero pulcramente uniformado.

—¿No le han gustado, amigo? —me preguntó.

—Gustarme sí, mucho —respondí—. Pero mi bolsillo no llega siempre donde yo

querría.

—Pues tómese una copa y deléitese con la vista —sugirió—. Siempre es una opción.

—Tengo un amigo que me ha hablado de una tal Genta —dije, cambiando de tema—. No sé si aún corre por aquí.

—¿Genta? Claro que sí. Pero le advierto que no será más barata que esas dos. Mire, ahí está. En aquel rincón, junto a la escalera.

El camarero señaló hacia una punta del local donde una chica estaba sentada, sola, con las piernas cruzadas, delante de una mesa baja. Lucía unos sostenes negros y unas sucintas bragas a juego. Su mirada, perdida, desprendía un cierto aire melancólico. Me acerqué a ella.

—¿Me puedo sentar? —pregunté.

—Claro —contestó—. Toma asiento, guapo. ¿Me invitas a una copa?

—Ya te estás tomando una —observé—. Quizás si te tomas otra te siente mal.

—No te preocupes por mí. ¿Me invitas a una copa o no?

—Casi prefiero ir arriba directamente.

—Como quieras —aceptó—. Acompáñame.

La chica se levantó y pude admirar el cuerpazo que tenía. Unas larguísimas piernas aguantaban un culo de dimensiones casi perfectas. El torso, estilizado, era pura obra de orfebrería.

Me dio la mano y subimos las escaleras hasta llegar a una amplia habitación con *jacuzzi* incluido. La prostituta cerró la puerta.

—Son trescientos euros por una hora —me dijo mecánicamente—. Siempre con condón y sin marranadas. Por el culo tampoco.

—Muy bien.

—¿Muy bien el qué? —inquirió—. Pues venga. Se paga por adelantado.

—Te llamas Genta, ¿verdad? —pregunté sin hacer caso a sus palabras.

—¿Ya te ha dicho mi nombre el cerdo del camarero? Ese me tiene manía desde el día en que le dije que si quería follar conmigo tenía que pagar, como todo hijo de vecino. Se cree que tiene derecho de pernada, el muy asqueroso.

—Un amigo en común me ha hablado de ti —dije.

—¿Ah, sí? ¿Y quién es ese amigo en común?

—Tú me lo dirás.

—Mira, majo. A mí no me vengas con gilipolladas. ¿Quieres follar o no? Si quieres, empecemos ya porque el reloj ya hace unos minutos que corre, y si no quieres, pues nos vamos otra vez abajo y me dejas en paz. ¿Has entendido?

—Perfectamente —contesté sin inmutarme.

—¿Entonces, pues? —preguntó con visible enojo—. ¿O es que he de llamar a seguridad?

—Me llamo Eutiquio Mercado. Soy sargento de policía y quería hablar contigo.

—Ahora lo entiendo —dijo sonriendo—. Tú eres un rarito. ¿Qué es lo que

quieres? ¿Pegarme unos azotes en el culito mientras te la chupo? ¿O prefieres que me masturbe delante de ti gimiendo cómo me ponen los policías y sus porras?

La chica se acercó a mí y se sacó el sostén. Le sujeté el brazo y la aparté con cuidado.

—Mira, Genta —le dije—. Es verdad que soy policía y te aseguro que te conviene que hablemos tranquilamente. No vas a cobrar un euro, pero te doy la posibilidad de que te ahorres una larga temporada en la cárcel.

A continuación le enseñé la placa del Cuerpo. La chica la miró con detenimiento y la cara le cambió súbitamente. Volvió a abrocharse los sostenes y cogió una bata larga de un colgador.

—Tengo todos los papeles en regla.

—No va por ahí el asunto.

—Pues usted dirá, sargento.

—¿Conoces a Zoran Matic? —pregunté a bocajarro.

Genta se quedó unos segundos sin saber qué decir. Me pareció adivinar cierta sensación de miedo en su cuerpo.

—¿Tiene derecho a interrogarme?

—A ver, Genta. Podemos hacer dos cosas: o bien colaboras conmigo por las buenas o ahora mismo te detengo y te llevo al calabozo. Y te garantizo que si optas por lo segundo te vas a pasar una larga temporada entre rejas. Tú decides.

—¿De qué me acusa?

—Te acuso de haber intermediado para que dieran una paliza brutal a un hombre. ¿Te parece poco?

—¿Tiene pruebas de lo que dice?

—Por supuesto —respondí.

Entonces me levanté la camisa y le mostré a la albanokosovar los moratones que tenía por todo el torso.

—¿Fue usted? —preguntó.

—Efectivamente. Tu amigo Zoran me dio tal paliza que un poco más y me manda al otro barrio.

—Lo siento...

—Olvida eso ahora —corté—. Matic está en la cárcel y nos ha dicho que fuiste tú quien le ofreció los diez mil euros que te había dado un tipo para que me agredieran.

—Es cierto. Un hombre que viene con cierta frecuencia me preguntó un día si conocía a alguien que se encargara de dar palizas por encargo y pensé en Zoran. No debí haberlo hecho. ¿Iré a la cárcel?

—Si por mí fuera, irías ahora mismo, pero prefiero que me ayudes a encontrar a ese tipo. ¿Sabes cómo se llama?

—No lo sé —contestó.

—Intenta hacer memoria —insistí—. Ya sabes, o colaboras conmigo o te vas directa a la cárcel.

—Le juro por mi madre que no lo sé. Es un cliente, como tantos otros. Jamás dijo su nombre.

—¿Hace mucho que no lo ves?

—No sé... —dijo, pensativa—. Quizás un par de semanas. O tres. Es un tipo que siempre pide champán francés. Parece que no tiene problemas de dinero.

—Describemelo físicamente.

—Tendrá unos treinta y tantos años, alto, moreno. No sé, un tipo normal y corriente.

—¿Gafas? ¿Algún defecto? ¿Cojera, tartamudez, estrabismo...?

—No sé decirle. Sí que tiene una peca de color rojo debajo de un ojo. Gafas no lleva, al menos cuando ha venido aquí.

—¿Qué más?

—No sé más, sargento. Le juro que le estoy contando todo lo que sé.

—Muy bien, Genta. Ahora escúchame muy bien lo que te voy a decir porque no te lo repetiré: te dejo una tarjeta con mi número de móvil. Cuando vuelva a aparecer este tipo por aquí me llamas, sea la hora que sea. ¿Has entendido?

—Sí, señor —dijo cogiendo la tarjeta.

—Muy bien. Ahora dame tu pasaporte.

—¿Qué?

—Que me des tu pasaporte —repetí—. Es la garantía de que te vas a portar bien.

Se dirigió a la cómoda junto a la cama, extrajo el pasaporte de un cajón y me lo dio.

—Y recuérdalo muy bien. Sé dónde encontrarte, y si no haces lo que te digo, vendré a por ti para llevarte directamente a la cárcel. ¿Entendido?

—Entendido —dijo.

—Así me gusta. Espero tu llamada. Adiós.

—Sargento...

—¿Qué?

—Zoran no es mal chico. Quizás es un poco violento, pero tiene buen corazón.

—¿Es tu novio?

—Lo fue en una época. Ahora ya no.

CAPÍTULO 39

Mireia Bonet, sargento de la Policía Científica, me ayudaría. Nacida en el seno de una de las más acaudaladas familias de la Barcelona burguesa, había estudiado Ingeniería Química en el Institut Químic de Sarrià, como preparación a dirigir algún día el *holding* farmacéutico de la familia. Pero una vez terminados sus estudios, Mireia se decantó por darle calabazas a la familia y presentarse a las oposiciones a *mosso d'esquadra*. El disgusto que supuso su negativa a entrar en el negocio que fundara su bisabuelo y la decisión de entrar en el Cuerpo por poco le cuesta la vida a su padre, víctima de un infarto de corazón del cual pudo reponerse a duras penas.

Había conocido a Mireia Bonet en mi época de profesor en la academia de policía, donde yo impartía clases de Misión y Funciones Policiales a los agentes recién incorporados al Cuerpo. Poco tiempo después de conocernos, habíamos empezado una intermitente relación amorosa, que se rompió al cabo de dos años y medio. Mireia, harta de aguantar mi adicción al alcohol y las drogas, me había abandonado acertadamente por otro tipo de costumbres más sanas que las mías. Eso sí, antes de dejarme, ella y Boira se habían ocupado de que ingresara en el balneario Blancafort de La Garriga para tratar mis adicciones. Desde entonces, aunque nos veíamos con cierta frecuencia por La Central, apenas habíamos vuelto a hablar más allá de un par de minutos. Nuestra historia formaba parte de un pasado al que ninguno de los dos queríamos regresar.

Mireia Bonet podía permitirse perfectamente el lujo de vivir con todo tipo de comodidades sin trabajar, pero le entusiasmaba su trabajo en la Científica. En nuestra época de relación más estrecha, a menudo habíamos pasado largas horas de apasionada conversación analizando los casos en los que alguno de nosotros estaba trabajando. Y todavía seguía pensando que, de no ser porque lo nuestro había tenido lugar en el peor momento de mi vida, quizás habiéramos podido alcanzar algún grado de relación más seria.

Mireia se había casado con el tipo por el que me dejó y era una feliz madre de tres hijos.

Nos citamos una tarde en una céntrica terraza del paseo de Gràcia de Barcelona.

—Necesito que me eches una mano, sargento Bonet —le dije cuando se sentó.

—Ya me extrañaba que me invitaras a tomar algo solo para charlar conmigo.

—Eso también, mujer —contesté, conciliador.

—¡Y un jamón! —dijo riendo—. Eso no te lo crees ni tú. ¿Cómo va todo, Tiki? Hace tiempo que no hablamos con calma.

—¿Te refieres a lo de las drogas?

—Hablaba en general, pero ahora que lo mencionas, también me refería a eso.

—Hace tiempo que no tomo nada, pero continúo con la medicación. El psiquiatra

dice que estoy curado, pero no sé... Yo creo que tendré que vivir con ese lastre de por vida.

—No digas burradas, hombre. ¡La de gente que se ha curado! Tú no vas a ser menos.

—Llevo más de cinco años sin probar ni un sorbo de alcohol ni una raya de coca, pero todavía a menudo me entran deseos irrefrenables de consumir. El psiquiatra me ha dicho que la mejor terapia es la de afrontar las situaciones difíciles, pero me resulta muy duro el solo hecho de tener a alguien al lado tomándose una simple cerveza. Por no decir cuando voy a algún local nocturno y veo entrar y salir del lavabo a muchachos frotándose la nariz. Me entran ganas de abordarlos para que me inviten a una raya. Es duro.

—Has de pensar en todo lo que llevas andado. ¿A que estás mejor ahora que cuando ibas todo el día puesto?

—Sin duda —dije—. Fíjate si estoy mejor, que hasta me ha dado por hacer deporte.

—¡Eso sí que no me lo creo! ¿Y qué haces? ¿Vas en bicicleta?

—No, corro.

—Muy bien, muy bien. Ya decía yo que te veía más en forma.

—No digas tonterías. Y tú, ¿cómo estás?

—Estupendamente —contestó Mireia, sonriendo—. Aunque si te soy sincera, un poco harta de aguantar a la familia todo el día. Son tres niños pequeños y uno grande, que a veces parece el más pequeño. Bromas aparte, la vida me va bien.

—¿Te acuerdas de la noche en que nos liamos por primera vez?

—¡Tiki! Estás hablando con una mujer casada y madre de tres hijos. Un respeto, por favor. Pero claro que me acuerdo. ¿Cómo no iba a hacerlo? Aún recuerdo aquellos días con cariño y, ¿por qué no?, con cierta añoranza. ¿Cómo se llamaba aquella canción que tanto me gustaba?

—«Sexual Healing».

—Era del cantante aquel a quien mató su padre, ¿verdad?

—Sí, señora. De Marvin Gaye.

Mireia dio un sorbo al café con leche que tenía delante y siguió la conversación:

—Venga, dejémonos de nostalgias y vamos a lo que nos interesa. ¿En qué te puedo ayudar?

—No sé si recordarás que hace unos días encontraron muerto a un hombre en los jardines de Mossèn Costa i Llobera en Montjuïc.

—Me suena —dijo Mireia.

—Como el hombre, Alfonso Galán, era conocido mío, me preocupé de averiguar el motivo de su muerte. Según el informe del Cuerpo, murió a causa de un accidente fortuito, pero he estado investigando un poco y hay cosas que no acabo de ver claras.

—¿Como qué?

—Por ejemplo, que no interviniera la Científica de la región policial que

investigaba el caso. El protocolo dice que ante cualquier atisbo de duda acerca de la muerte violenta de una persona ha de intervenir la Policía Científica.

—A veces pasa...

—Por eso mismo —dije—. Lo normal es que os hubieran llamado, ¿no?

—Los recursos de la Científica son limitados. Estamos cansados de reclamar, pero siempre me vienen con el cuento de que no hay presupuesto.

—Tampoco se analizaron las imágenes captadas por las cámaras de seguridad del parque.

—¿Estás seguro de eso?

—En el informe no se menciona en ningún momento.

—Parece como si se tratara de un caso exprés.

—De eso me quejo, Mireia.

—¿Por qué no le pides a Carreras que intente reabrir la investigación?

—Ya se lo he pedido, pero me ha dicho que era difícil. Y lo entiendo. No tengo pruebas.

—Y me necesitas a mí para que te consiga estas pruebas, ¿no?

—Más o menos —contesté.

—Pero tú sabes bien que esto es ilegal, Tiki.

—Lo sé, igual que tantas otras cosas que hacemos.

—¿Sabes que como me pillen, me pueden echar del Cuerpo? ¿Y cómo les daría entonces de comer a mis hijos?

—Venga, Mireia. No me vengas con monsergas ahora. Si a ti algo te sobra, es precisamente dinero. Piénsalo en positivo: si te echan, le dices a tu padre que te vas a trabajar con él y le haces el hombre más feliz de la Tierra.

—No te metas con mi padre, Tiki. Con lo mal que lo pasó cuando le dije que sus laboratorios no me interesaban para nada.

—¿Lo harás? —le pregunté, mirándola fijamente a los ojos.

—¿Por dónde quieres que empiece?

CAPÍTULO 40

Después de despedirme de Mireia, me fui andando hasta mi casa. No tenía nada que hacer y pensé que un buen paseo en solitario me iría bien para pensar. Enfilé paseo de Gràcia hasta llegar a Jardinetes. Antes de continuar por Gran de Gràcia me detuve un instante ante la Casa Fuster, el singular edificio modernista de Domènech i Montaner. Según me había explicado Mariscal en una ocasión, el inmueble había sido construido por encargo de Mariano Fuster, un destacado miembro de la alta sociedad mallorquina, que vivió ahí hasta los años veinte del siglo pasado. Después, el edificio había ido pasando de mano en mano hasta que un grupo hotelero lo adquirió a principios del siglo XXI.

Al contemplarlo no pude evitar cierta sensación de desazón. Quizás porque me había calado hondo el espíritu de Galán, pensé que era un auténtico sacrilegio haber convertido en un hotel de lujo una joya de tal belleza. Aunque sin duda la repercusión mundial de Gaudí como arquitecto estrella del modernismo catalán no admitía parangón, Domènech i Montaner había sido uno de los grandes referentes del movimiento, habiendo firmado obras como el Hospital de Sant Pau o el Palau de la Música.

En vez de dejar que lo comprara una empresa privada para sus fines económicos, pensé que tanto el Ayuntamiento como la Generalitat hubieran podido hacerse cargo del inmueble y albergar allí actividades de interés general que pudieran disfrutar los ciudadanos. En las épocas donde el dinero fluía a borbotones se hubiera podido hacer eso y mucho más. Pero no, habían preferido mirar hacia otra parte, gastar auténticas fortunas en macroproyectos de dudosa rentabilidad y menor interés, y dejar que un patrimonio íntimamente ligado a la ciudad pasara a convertirse en el negocio de unos pocos. Algún día, alguien tendría que coger a los que mandaban y explicarles que se preocuparan más de sus conciudadanos y guardaran en el cajón sus delirios de grandeza.

Continué mi camino, subiendo por Gran de Gràcia, pasando por enfrente de El Mariscal, cerrado a aquella hora, hasta la calle del Montseny, donde giré a la derecha en dirección a la plaza de la Virreina. Cogí el teléfono para llamar a Rocío. Quizás esa noche no tuviera ningún plan y quisiera venir a dormir a mi casa. Al coger el aparato del bolsillo me di cuenta de que tenía ocho llamadas perdidas, cinco de las cuales pertenecían a un mismo número de teléfono. Recordé entonces que había activado el modo silencio del aparato la noche anterior, cuando fui al Club Bretón a ver a Genta Dreshaj. De las ocho llamadas, dos eran de Carreras, una de Curto y el resto correspondían a un número cuyo propietario no tenía registrado. Llamé a Carreras y me salió el buzón de voz. Después marqué el número de Curto, que

comunicaba en aquel momento. Finalmente llamé al número sin identificar. Enseguida oí una voz femenina al otro lado de la línea que me resultaba vagamente familiar.

—¿Sargento Mercado? —dijo.

—¿Con quién hablo?

—Soy Heidi Canals.

—¿Cómo está usted? —pregunté.

—Mal, muy mal.

—¿Y eso?

—Mi hermano Christian ha muerto.

—No sabe cuánto lo siento —dije.

—Se lo agradezco, sargento. Era algo esperado, pero no por ello deja de resultar menos doloroso.

Se hizo un silencio incómodo. Parecía que Heidi Canals quería decirme algo más.

—¿La puedo ayudar en algo?

—Sí, me gustaría hablar con usted. Me merece confianza. ¿Nos podemos ver? ¿Le va bien hoy mismo?

—Bueno... —contesté, dubitativo—. Si quiere...

—¿Le parece bien que nos veamos en la cafetería de la Casa Fuster a eso de las ocho? ¿Sabe dónde está?

—Sí, creo que sí —respondí—. Allí estaré.

La muerte de Christian Canals no me sorprendió. Los médicos que lo habían atendido ya pronosticaron que sería difícil que el joven sobreviviera al accidente, pero a pesar de ello no pude evitar sentir un vacío en el estómago. En cambio, sí me había cogido por sorpresa la llamada de su hermana. ¿Para qué querría verme?

Cuando llegué a la Casa Fuster, Heidi Canals estaba esperando en la puerta. Vestía un jersey amplio de color beis, pantalones negros ajustados y botas altas. A primera vista, no parecía especialmente afligida.

—Un mal día, hoy —saludé con cortesía.

—Sin duda. Gracias por venir, sargento. ¿Pasamos?

—Usted, primero.

El Café Vienés, la cafetería de la Casa Fuster, no desmerecía en absoluto la belleza exterior del edificio. Una discreta decoración vanguardista y unos grandes ventanales con vistas a Jardinetts hacían del lugar un espacio tranquilo y sosegado. Un lugar ideal para tomar un café en buena compañía.

—¿Sabe que en varias ocasiones el mismísimo Woody Allen ha tocado el clarinete aquí? —dijo la hija de Canals.

—No, no lo sabía.

—Sí —siguió—, soy buena cliente de la casa y el director me avisa siempre que hay algún evento especial. A menudo, cuando vengo a Barcelona por la noche, me quedo a dormir aquí.

—Me ha dicho que quería hablar conmigo —dije, sin ningunas ganas de escuchar sus historias de millonaria ociosa.

—Verá... Temo que ahora que mi hermano ha muerto quieran ustedes cargarle el muerto del asesinato de mi padre.

Yo también me temía lo mismo. Boira ya me había dejado claro que señalar a Christian Canals como el asesino de su padre era la mejor opción, y Carreras también quería cerrar el caso cuanto antes.

—No tiene de qué preocuparse —dije—. El caso continúa abierto y se está trabajando en diferentes líneas de investigación.

—¿Y mi hermano es una de ellas?

—Sí, su hermano es una de ellas, pero no la única.

—Estoy segura de que usted sabrá esclarecer convenientemente el caso.

—Eso intentaremos —respondí.

—También quería decirle que mi tío Manfred está, últimamente, muy extraño.

—¿A qué se refiere?

—No sé decirle. Conmigo está muy irritable, y con mi madre también. Desde que murió mi padre, no es el mismo.

—Debe de estar afectado por la desaparición de su cuñado, supongo. O quizás está nervioso sobre su futuro profesional. ¿Ha decidido ya qué va a hacer con Canals Corporation?

—No, todavía no. Lo quería hablar con mi hermano, pero...

Los ojos de Heidi Canals se enturbiaron en ese momento. Al cabo de unos instantes siguió:

—Tengo miedo, sargento.

—¿Miedo de qué?

—No sé si decírselo. Es duro...

—Adelante.

—Tengo miedo de que mi tío Manfred tenga algo que ver con la muerte de mi padre.

—¿En qué se basa para sospechar de él? La muerte de su padre no lo beneficiaba en nada.

—Eso lo dirá usted, sargento. Estoy segura de que mi tío siempre albergó la esperanza de que mi padre se acordara de él en su testamento el día que falleciera. ¿Se acuerda de lo que le conté el día que nos vimos en el Dry Martini?

—Más o menos.

—Mi tío necesitaba dinero para llevar a cabo un proyecto urbanístico de grandes proporciones, y aunque él me dijo que mi padre había dado el visto bueno, yo no le creo. Estoy absolutamente convencida de que mi padre no invertiría a día de hoy cien millones de euros en algo así. ¿Solución?

Matar a mi padre y esperar a que le tocara una parte de su fortuna para poder afrontar por sí mismo el proyecto que tenía entre manos. Me parece bastante

evidente.

—Puede ser.

—Lo es —contestó Heidi Canals con energía.

Por si tenía alguna duda, la hija de Canals me la había terminado de despejar: no le tenía aprecio a su tío Manfred. Pero lo que me hacía dudar no era eso. Me preguntaba por qué insistía tanto en presentar a su tío como el posible asesino de su padre. Primero fue en su casa del Montseny cuando fui a entrevistarla; después me había hecho ir al Dry Martini con la excusa de que su tío le había pedido dinero y que sospechaba que algo turbio se llevaba entre manos; y al final no se había andado por las ramas: había acusado directamente a Manfred von Reiniger de tener que ver con la muerte de su padre. ¿Pensaría realmente así o únicamente buscaba exculpar a su hermano? ¿O quizás habría algún otro motivo?

CAPÍTULO 41

Apenas habían pasado veinticuatro horas de nuestra conversación en la terraza del paseo de Gràcia, cuando Mireia Bonet me había llamado para vernos. Tenía noticias relevantes para darme. Quedamos en vernos de nuevo en el mismo lugar que el día anterior. Observé que se había arreglado. Llevaba un vestido amplio que estilizaba su silueta y las uñas pintadas de discreto esmalte transparente. El cabello, cuidadosamente desordenado, con toda seguridad había pasado aquel día por la peluquería. Me dio un par de besos en las mejillas, más largos de lo que debería ser habitual entre dos viejos amigos.

—Venga, cuéntame. Soy todo oídos.

—Hay dos temas a comentar —empezó—. Cada uno tiene su parte buena y su parte mala. En primer lugar, he estado esta mañana con mi equipo en el lugar donde apareció el cuerpo de tu amigo. Después de un intenso trabajo peinando la zona, finalmente hemos encontrado una roca grande, entre unos matorrales, a media docena de metros de donde tu amigo murió, que parecía contener minúsculos restos de sangre. La hemos analizado en el laboratorio y la sangre coincide con la del muerto. O sea, cobra vida la posibilidad de que alguien lo hubiera golpeado con la roca y después la hubiera tirado. También identificamos restos de piel en la roca.

—¿De Galán?

—Y también de otra persona.

—La que lo asesinó.

—Pudiera ser.

—Fantástico.

—No corras tanto —se apresuró a decir Mireia—. Cuando hemos cotejado el ADN encontrado en los restos de piel con la base de datos que tenemos, no ha coincidido con ningún individuo que tuviera antecedentes penales recientes, con lo cual no nos sirve de mucho.

—Sí que sirve, Mireia —aseguré—. Ahora ya sabemos que Alfonso Galán fue asesinado. Solo falta saber quién lo hizo.

—También tenemos las grabaciones de las cámaras de seguridad —prosiguió con precisión—. En ellas podemos identificar a Alfonso Galán claramente. A las once y diecisiete minutos se encuentra hablando por espacio de poco más de seis minutos con una mujer joven, alrededor de los treinta años. Viste pantalones largos deportivos y una camiseta negra. Y lleva colgada una mochila de pequeñas dimensiones en la espalda. Los dos están en la plaza central del parque, la que está llena de cactus y plantas raras. Después se van juntos hacia abajo, en dirección a *La Puntaire*. A Galán ya no volvemos a verlo más, pero a la mujer sí. Concretamente, a las doce y cuatro minutos se la ve cruzando la salida del parque que está más próxima al hotel

Miramar.

—El asunto es dar ahora con esa mujer —observé.

—Evidentemente —corroboró Mireia—, pero para ello debes conseguir que Carreras consiga que se reabra la investigación y se emita una orden de búsqueda y captura. Si has de ser tú solo quien la encuentre no vas a terminar nunca.

Adiviné cierta melancolía en la mirada de Mireia.

—¿Va todo bien, Mireia?

—Sí —contestó—. ¿Por qué lo dices?

—No te veo muy alegre.

—Digamos que he tenido épocas mejores, pero ya se me pasará. No te preocupes.

—¿Puedo hacer algo por ti?

—Bueno, no sé... —musitó.

Con la vista puesta en la mesa de la cafetería, me cogió la mano con ternura. Me quedé un instante sin saber cómo reaccionar. No sabía si era un gesto de la persona que buscaba una mano amiga donde apoyarse o había algo más. Las palabras de Mireia me sacaron de dudas.

—Oye, Tiki —me dijo, sin soltarme la mano.

—¿Sí?

Antes de volver a coger la palabra, Mireia se ruborizó súbitamente.

—Verás... Había pensado que quizás... —empezó a decir en voz baja.

—¿Quizás, qué?

—Bueno, pues que a lo mejor te apetecería ir algún día a almorzar juntos, o quizás a tomar alguna copa.

—¿A qué te refieres?

—Lo habíamos pasado bien juntos, ¿verdad?

—¿Va mal tu matrimonio, Mireia?

—Qué quieres que te diga... más que mal, el tema es que no va. Gonzalo está cada vez más absorto en su trabajo y viaja constantemente de aquí para allá, con lo cual apenas nos vemos. Y cuando coincidimos no tenemos nada de qué hablar.

Gonzalo García-Ribera era el séptimo hijo de un importante industrial del transporte vinculado a sectores democristianos. Mireia Bonet lo había conocido en uno de esos ágapes que monta la alta burguesía catalana para que sus miembros confraternicen. Hacía poco que la cocaína y el alcohol habían roto nuestra relación y Mireia no se lo pensó dos veces cuando García-Ribera le propuso para salir. El hombre era socio de un prestigioso bufete de abogados y tenía un futuro profesional encomiable. Además, Mireia ya había pasado holgadamente de los treinta y le entró el vértigo de que se le pasara el tren de la maternidad.

—Además, me engaña —prosiguió Mireia.

—¿Estás segura de eso?

—Completamente —aseguró—. Hace unos meses, una noche dejó el ordenador conectado y su cuenta de correo abierta, y al levantarme por la mañana no pude evitar

la tentación de mirarlo. Había decenas de correos de una tal Cristina. Y te aseguro que no eran de trabajo.

—¿Se lo dijiste?

—¿Para qué? —contestó, desencantada—. El daño ya estaba hecho. Solo me quedaba resignarme y aceptar la situación, o separarme. Y opté por lo primero. Tengo tres criaturas que todavía son pequeñas y necesitan a un padre y a una madre, aunque estos apenas se hablen.

—Pero ¿eso es vida?

—Cuando eres madre, las prioridades en la vida dan un giro de trescientos sesenta grados. De ser el centro del mundo, pasas sin darte cuenta a ser un satélite alrededor de tus hijos.

—Creo entenderte —dije—. Por eso yo no he tenido hijos, y dudo que los tenga jamás. Soy demasiado egoísta.

—También te digo que las sensaciones de felicidad que me han proporcionado mis hijos jamás las había tenido. Ver crecer a un hijo es algo que no tiene precio, de verdad. En la vida hay que poner las cosas en la balanza y decantarte por lo que más pesa.

Mireia había soltado mi mano y en ese momento jugueteaba nerviosa con una servilleta de papel. Tenía los ojos vidriosos y entonces fui yo quien le cogió ambas manos para reconfortarla. Me dolía verla así. En su momento había sido una persona determinante en mi vida. Aguantó junto a mí las peores épocas de mi existencia, cuando la cocaína era mi único norte. Sufrió conmigo noches sin dormir, ataques de ira, crisis de ansiedad, brotes psicóticos, horas de llanto desesperado. Muchas veces había pensado en qué hubiera sido de mí sin la ayuda de Mireia.

—¿Estás seguro de que no podemos probarlo? —preguntó, mientras resbalaba una solitaria lágrima por su mejilla.

—No funcionaría, Mireia. En su momento ya sabes que las cosas no fueron bien.

—Pero ahora es distinto —dijo—. Ya no estás enganchado a la basura esa.

—Es cierto, pero me he acostumbrado a un modo de vida y creo que soy feliz en mi soledad.

—No te pido una relación estable —insistió—. Solo vernos de vez en cuando. Necesito compañía, alguien que me haga reír. También... algo de sexo.

—Mireia, por favor —supliqué—, no me pongas en un aprieto. Lo nuestro terminó hace mucho tiempo y tengo un grato recuerdo. No lo estropees ahora. Además, yo no tengo nada que darte. Solo soy un pobre desgraciado, demasiado engreído y egocéntrico como para compartir nada con nadie.

No quería herir más la sensibilidad de Mireia. No quería decirle que como mujer ya no sentía ninguna atracción por ella. Tenía miedo de hacerle daño.

Separó bruscamente las manos, se levantó decididamente de la silla y se fue sin decir nada. Me quedé solo, mirando la servilleta que Mireia había arrugado. Y me sentí jodido, muy jodido. Me acordé entonces de «Sexual Healing», la pieza de

Marvin Gaye que tanto le gustaba.

CAPÍTULO 42

Me dirigí al despacho de Carreras con una cierta euforia contenida. Era evidente que la muerte de Galán no había sido a causa de un accidente y ahora se podría reabrir la investigación para buscar a la presunta culpable del crimen. Quería conocer hasta el final quién podía tener el más mínimo motivo para causar mal a una buena persona como Alfonso Galán.

Carreras estaba al teléfono y me hizo señas para que me esperara fuera. A través del cristal esmerilado pude ver que hablaba acaloradamente durante un buen rato. Cuando finalmente colgó y me hizo pasar, lo vi muy cabreado.

—¿Qué coño te pasa ahora, Mercado?

—Si es un mal momento, vuelvo más tarde.

—En este antro siempre es mal momento —renegó—. Dime.

—¿Se acuerda de lo de Alfonso Galán?

—No me dirás que te has metido en un lío, ¿verdad? Recuerda que te dije que el asunto era estrictamente a título personal.

—No se preocupe, subinspector —dije sonriendo—. Solo venía a decirle que tengo pruebas de que Alfonso Galán murió asesinado.

—¿Estás seguro de eso?

—Segurísimo.

Y a continuación le expliqué lo que Mireia Bonet y su equipo habían averiguado.

—Mercado, no puedo ir arriba a pedir que reabran el caso cuando has estado utilizando los efectivos de la policía sin autorización de ningún tipo. Si hago eso, tú, Mireia Bonet y yo mismo nos vamos a la puta calle inmediatamente. ¿Lo entiendes?

—Pero no me negará que el asunto merece reabrir el caso.

—Puede que sí —dijo Carreras—, pero no lo haremos. El caso está oficialmente cerrado y la conclusión es que Alfonso Galán murió a causa de un desafortunado accidente. Lo siento por ti.

—¡Subinspector! —exclamé, encendido—. ¿Se acuerda de que me dio permiso para que intentara buscar indicios que permitieran reabrir el caso? ¿Se acuerda?

—El caso está cerrado y no vamos a reabrirlo, ¿entendido? —contestó, autoritario—. Y tú lo que has de hacer es cumplir mis órdenes. Punto final. Y ahora, vete, que tengo mucho trabajo.

Abandoné el despacho de Carreras dando un sonoro portazo. Con los resultados de las investigaciones de Mireia, había evidencias claras de que Galán había sido asesinado. ¿Por qué ahora Carreras se echaba atrás? Teníamos la muestra de ADN de la asesina que se encontró en la roca con la que mataron a Galán, y las cámaras de seguridad de los jardines de Mossèn Costa i Llobera habían captado nítidamente a la mujer que estuvo hablando con él pocos minutos antes de su muerte. Solo faltaba

identificar quién era esa persona, y eso no era difícil si se reabría la investigación.

Me fui a buscar el coche. Aunque no me gustaba conducir, pensé que un rato al volante me relajaría. Estaba realmente cabreado. Cuando ya estaba dentro del coche, a punto de irme, sonó el móvil. Era Carreras. Dudé de si coger el teléfono. Finalmente me decidí.

—¿Sí?

—Tiki, creo que te debo una explicación. ¿Dónde estás?

—En el coche, saliendo del aparcamiento.

—Espera, no te vayas. Ahora voy.

Habían pasado escasamente cinco minutos cuando apareció Carreras y se sentó a mi lado, en el asiento del copiloto.

—¿Me invitas a un cigarrillo? —dijo.

—No sabía que fumaba.

—La verdad es que no fumo. Solo lo hago cuando estoy jodido.

—¿Y ahora lo está?

—Cumpló órdenes, Mercado.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Lo que oyes. Poco después de que vinieras el otro día a mi despacho, me picó la curiosidad y decidí averiguar el porqué se había cerrado una investigación con tantas prisas. Coincidió contigo en que no es normal. Después de merodear sin sacar ninguna conclusión en claro, me fui arriba. ¿Y sabes qué me dijeron?

—Usted me lo dirá.

—Pues lo mismo que te he dicho yo a ti. Que me olvidara del tema. No sé, algo muy gordo debe de haber detrás.

—¿Como qué?

—No tengo ni idea.

—¿Y qué le digo yo al hijo de Galán? Dígame.

—Te entiendo, pero nosotros no podemos hacer nada. A mí también me jode, Mercado. Ya sabes que tú y yo nunca hemos tenido una química especial, pero creo que eres un buen policía, además de buena persona. Créeme cuando te digo que yo también estoy jodido. Anda, vete para casa y descansa. Mañana verás las cosas de otro color.

Carreras terminó el cigarrillo y se fue sin decir nada. Me quedé un buen rato sentado en el coche dándole vueltas a las palabras del subinspector. ¿Por qué desde arriba querían pasar por alto la muerte de Alfonso Galán? ¿Acaso era un sujeto molesto para alguien lo suficientemente importante como para anular una operación policial?

CAPÍTULO 43

—Tiki, aquí abajo hay una chica que pregunta por ti —me dijo por teléfono el compañero de la recepción.

—Ahora bajo —contesté.

Olga se había mostrado interesada en conocer de primera mano el Complex Central, y a mí me había faltado tiempo para invitarla a que viniera a verlo. Terminé rápidamente con lo que estaba haciendo y bajé a buscarla. Cuando llegué, hojeaba distraídamente una revista del Cuerpo. Estaba inclinada hacia delante y mostraba un insinuante escote que me puso a cien. La contemplé un segundo antes de saludarla. Me pareció especialmente atractiva, ese día.

—Bienvenida al Complex Central Egara —le dije.

—Hola, Tiki. Tenía unas ganas enormes de conocer esto. ¡Vaya instalaciones que tenéis!

—La verdad es que no nos podemos quejar. Para pagar mejor a los policías nunca hay dinero, pero para todo lo que sea de cara a la galería, lo que haga falta.

—No te quejes. Si vieras las comisarías que hay de la Policía Nacional o de la Guardia Civil, te sorprenderías.

—Lo sé, lo sé.

—¿Por dónde empezamos? —dijo, animosa.

—Déjame que te cuente antes cómo es esto. Aquí hay cuatro edificios que se llaman A, B, C y D, que alojan unas dos mil personas que trabajan en los servicios centrales del Cuerpo. Uno de ellos es el que está destinado a servicios comunes para la gente que trabaja aquí. Tenemos biblioteca, polideportivo, comedor, sala de actos, aparcamiento y todo tipo de comodidades. Aunque, si te soy sincero, lo aprovecho poco.

—Envidia me das.

—Lo que más me putea es tener que venir desde Barcelona hasta aquí. No sabes cómo está por la mañana la autopista que viene de Barcelona. Hay días en que he tardado más de una hora en un trayecto que, con poco tráfico, apenas te lleva más de veinte minutos. A nivel práctico, lo bueno que tenemos es que la Comisaría General de Investigación Criminal está aquí al completo. Así podemos trabajar conjuntamente mucho mejor, tanto la Policía Científica como la División de Investigación Criminal a la que yo pertenezco.

—¿Y vosotros de qué os ocupáis?

—Yo pertenezco al Área Central del Crimen Organizado, aunque de la división también dependen el Área Central de Investigación-Personas y el Área Central de Investigación-Patrimonio.

—Vaya lío, ¿no?

—No te creas. Al final acabas trabajando con un equipo de personas que reportan a un jefe. En mi caso, un tipo raro.

Olga soltó una sonora carcajada que hizo girar la vista a una pareja de policías jóvenes que pasaban por nuestro lado en aquel momento. Estuvimos una hora larga visitando las diferentes dependencias. Habíamos quedado en ir después a cenar juntos y pasarnos un rato por El Mariscal. Lo que viniera después ya se vería.

—Espérame aquí un momento —dije—. Voy a buscar las llaves del coche y bajo enseguida.

Dejé a Olga en recepción y me dirigí a mi mesa de trabajo. Carreras ya se había marchado y Elvira estaba recogiendo sus cosas.

—¿Dónde vas tan rápido? —preguntó Elvira.

—Me están esperando abajo.

—¿Alguien a quien conozco? —preguntó con sonrisa cómplice.

—Juraría que sí —contesté riendo.

—Pues que vaya bien.

Cuando estaba tomando las escaleras para bajar de nuevo, me topé con Mireia Bonet, que subía a todo tren. Chocamos y nos dimos un buen golpe en la cabeza.

—¿Te he hecho daño? —pregunté, solícito.

—Sí, pero ahora eso no importa —respondió, excitada—. Ven, acompáñame.

—¿Qué sucede?

—Ven y no hagas preguntas. Enseguida lo verás.

—Vale, vale.

Me cogió de la mano y, sin tiempo a reaccionar, me llevó escaleras abajo, hasta la recepción. Antes de llegar, se detuvo.

—Acabo de ver a la mujer que mató a Alfonso Galán.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes. Está aquí, en recepción.

—Venga, mujer. Te habrás confundido.

—Que no, Tiki. La vi perfectamente en la grabación de la cámara de seguridad del parque. Estoy segurísima de que es ella. ¡Ahí está! —dijo señalando a Olga.

—Pero ¿qué dices? Si esa es Olga, una amiga mía.

—Será muy amiga tuya, pero te juro que es la mujer que salía en las imágenes. A lo largo de mi vida me he tragado miles de horas visionando imágenes de este tipo. No me equivoco, Tiki.

—Es totalmente imposible.

—¿Por qué es imposible?

Tuve un momento de titubeo. Estaba seguro de que se trataba de un error. No podía creer que lo que decía Mireia fuera verdad.

—¡Haz la prueba! —me dijo retadora.

—¿Qué prueba?

—¿Recuerdas que tenemos el ADN que recogimos de la roca que mató a Alfonso

Galán?

—Sí...

—Pues si esa mujer es amiga tuya no te será difícil recoger una muestra de ADN.

—No sé...

—O lo haces, o te retiro la palabra. Tú mismo.

—De acuerdo —respondí dubitativo.

Mireia se fue, no sin antes dirigir una mirada a Olga, que seguía hojeando una revista, ajena a todo lo que estaba sucediendo.

—Ya estoy aquí, Olga —dije.

—¿Todo bien?

—Supongo —contesté.

CAPÍTULO 44

Los primeros kilómetros tras salir de La Central los pasé dándole vueltas a lo que había dicho Mireia Bonet. Tan pronto pensaba que no podía ser más que una curiosa coincidencia que Olga tuviera una fisonomía similar a la mujer que registraron las cámaras de los jardines de Mossèn Costa i Llobera, como me asaltaba la duda de que pudiera ser ella esa mujer. Olga seguía preguntando con interés más cosas de La Central. Parecía que le había gustado la visita. Aparté los pensamientos de mi cabeza y me centré en disfrutar de su compañía. La cena de esa noche corría de su cuenta. Me llevó a un pequeño restaurante de singular decoración situado en la calle de la Fusina, en el barrio del Born. Después de la cena dimos un paseo por las calles cercanas al restaurante.

—¿Tomamos un café en alguna terraza o quieres que vayamos directamente a tomar una copa a El Mariscal? —le pregunté.

—También podemos ir al Magic —sugirió—. Está aquí cerca y estoy segura de que te gustará. Es parecido a El Mariscal, pero más grande. ¿Lo conoces?

¿Que si lo conocía? ¡Vaya si lo conocía! El Magic representaba la parte más oscura de mis días más sombríos. Allí pasé decenas de noches borracho como una cuba y con el cerebro colapsado por la cocaína, hasta que un día me encontraron tirado en el lavabo con la cabeza metida dentro del retrete. Estaba semiinconsciente y tuvieron que hacerme una reanimación allí mismo, porque quizás no hubiera llegado vivo al hospital. Me había ido de un pelo. Desde aquel día no había vuelto al Magic. Y aunque el psiquiatra siempre me decía que para tratar mi ansiedad lo mejor era afrontar las situaciones que me provocaban temor, no me sentí con fuerzas suficientes para volver. No me atreví. Olga se debió de percatar de que algo me sucedía, porque me cogió el brazo con delicadeza.

—¿Estás bien, Tiki?

—Sí, perdona —mentí—. Me ha dado un pequeño mareo.

—Sentémonos en ese banco de ahí —sugirió—. Descansemos un rato.

—No hace falta. Pero si no te sabe mal, prefiero no ir al Magic.

—Tengo un plan B —me dijo, sonriendo con picardía.

—¿Ah, sí? Cuenta.

—Podríamos ir directamente a tu casa —sugirió—. Supongo que tendrás música y algo para beber, ¿no?

Olga se me quedó mirando, mientras se mordía sensualmente el labio inferior.

—¿Una copa, solo? —pregunté, socarrón.

—También pueden ser dos.

—¿Solo tomar copas? —insistí, excitado.

—¿Qué más quieres hacer?

—¿Qué me ofreces?

—Si me invitas, lo verás.

Tenía la casa hecha unos zorros y me daba vergüenza que Olga la viera así. Le dije que tomara algo en el bar de la Virreina y que subiera en diez minutos. Subí e intenté poner un poco de orden a la leonera. Me afané en recoger, como buenamente pude, la cocina, puse sábanas nuevas en la cama y limpié por encima el lavabo.

Me sentía sumamente excitado. La sensación previa a tener una primera cita amorosa con una mujer era algo que difícilmente cambiaría por nada en el mundo.

Habían pasado escasamente los diez minutos pactados cuando sonó el timbre de la puerta. Abrí y Olga se me echó encima, dándome un largo beso en la boca. Noté sus labios suaves y carnosos. Apretó fuertemente sus caderas contra las mías, aprisionando mi pene. La hice pasar y cerré la puerta. Estaba de espaldas y la cogí por la cintura acercando su culo a mi pene. Apreté con fuerza. Le besé el cuello, las orejas y, finalmente, la boca de nuevo.

—Espera —dijo—. ¿No me enseñas antes tu apartamento?

—No hay mucho que enseñar, la verdad.

—Tendrás servicio, ¿no?

—Claro. Es la segunda puerta de la derecha.

—Pues espera un momento. Salgo enseguida.

Me dio otro beso paseando su lengua por todos los rincones de mi boca y se dirigió al lavabo. Los vaqueros que llevaba marcaban un culo redondo y respingón. No pude evitar llevarme la mano a la entrepierna y apretar mi pene.

Fui al comedor y preparé una copa de vino blanco para Olga. Me acerqué a las estanterías donde tenía los discos y opté por algo de los Stones de la gloriosa época de los setenta, para mí la mejor del grupo. Escogí el álbum *Some Girls* y seleccioné «Beast of Burden», la preciosa balada que compusieran unos Jagger y Richards en estado de gracia. Encendí un cigarrillo y me senté en el sofá esperando a que Olga saliera del baño.

Cuando la Telecaster de Richards empezó a sonar, Olga apareció más radiante y luminosa que nunca. Observé que se había dado un toque de maquillaje. Se detuvo a un par de metros escasos de mí y empezó a moverse lentamente al ritmo de la música. Ladeó la cabeza con suavidad y empezó a acariciarse el cuello, mientras contoneaba sus caderas sensualmente. Después, sus manos iniciaron un lento recorrido, primero hacia sus pechos y después, bajando por su estómago, hasta llegar a la entrepierna. Muy despacio, se quitó la camiseta y me la lanzó a la cara. Con soltura y sin dejar de moverse de manera acompasada, bajó la cremallera de sus vaqueros y se desprendió de ellos.

Lucía unas pequeñísimas bragas blancas que cubrían su vulva con dificultad. Introdujo su mano dentro de las braguitas y con falso esfuerzo se metió un dedo dentro de su vagina. Lo sacó y me lo acercó a la boca para que lo chupara. Lo lamí repetidas veces, mientras Olga seguía balanceándose al ritmo de la música. Después

se deshizo de toda la ropa interior y quedó completamente desnuda. Sus pechos se me antojaron de una medida perfecta. Sus pezones eran sonrosados y pequeños, y un brevísimo y cuidado vello de color castaño claro adornaba su pubis. Se acercó insinuante y se arrodilló ante mí. Me quitó los pantalones con destreza y me cogió el pene, que en aquel instante estaba duro como una piedra.

—Veamos qué tenemos aquí —dijo, mirándolo—. Ya veo que estás muy en forma, amiguito. Tendremos que darte un poco de guerra. A ver qué sabor tienes. —Y seguidamente dio un par de lengüetazos al glande—. Pues la verdad es que sabes muy bien. Ahora voy a comerte del todo.

E introdujo el pene en su boca. Estaba tan excitado que estuve en un tris de correrme en ese momento. Por fortuna, conseguí controlarme. Olga empezó a succionar con fruición. De vez en cuando se detenía y, sin dejar de agarrar mi miembro, me miraba con sonrisa pícara. Al cabo de unos gloriosos instantes, la aparté con suavidad.

—Quizás estaremos mejor en la cama —le dije.

—Lo que usted diga, sargento.

La ayudé a levantarse y la acompañé a mi habitación. Me hizo estirarme en la cama boca arriba y se arrodilló a la altura de mi entrepierna. Con un exquisito tacto, me acarició el pecho y el vientre. A continuación, muy despacio, dirigió su mano hasta mi sexo y se entretuvo unos instantes jugando con mi pene. Después se montó encima de mí, introdujo mi miembro en su vagina y comenzó a mover sus caderas de forma magistral. En aquel momento me sentí en el cielo. Era tal la exquisitez y sutileza de sus movimientos que por un momento quise que aquella mujer se quedara conmigo para siempre.

Después de acabar con el coito, estirado en la cama, me acordé de repente de la contundencia con la que Mireia Bonet había acusado a Olga de ser la asesina de Galán. Parecía una broma de mal gusto. Intenté no pensar. No quería estropear ese momento.

Olga me abrazó con ternura y me dio un beso en el cuello.

—¿No me invitas a un cigarrillo? —dijo Olga.

—No sabía que fumaras.

—La verdad es que no fumo. Solo en ocasiones especiales.

—¿Y esta lo es?

—¿A ti qué te parece?

—Bueno... para mí sí lo es.

—Y para mí también, tonto —susurró.

Después de fumar el cigarrillo, Olga me dio un beso y se tapó con la sábana. Al poco rato noté cómo su respiración se hacía más lenta y uniforme. Me levanté y me dirigí al comedor. Tenía sentimientos encontrados y necesitaba relajarme. Encendí un cigarrillo y puse el *Out of Time* de REM. La suave voz de Michael Stipe me relajó. Al poco rato, me quedé dormido.

Cuando me desperté, era todavía de noche. Me levanté trabajosamente y fui hacia el dormitorio. Olga estaba durmiendo boca abajo. La sábana le envolvía descuidadamente una pierna. Con cuidado de no despertarla, le acaricié las nalgas. Eran suaves y firmes. Volví a notar cómo se endurecía mi pene, pero preferí no despertarla. Me acurruqué a su lado y me dormí.

Entreabrí los ojos y vi que era de día. Sin moverme del sitio, estiré el brazo buscando el cuerpo de Olga. No estaba. Me incorporé y fui a ver si estaba en el lavabo. Tampoco. Debió de haberse marchado al despertar. Quizás tuviera algo que hacer.

El reloj marcaba las nueve de la mañana de un plomizo sábado de otoño. Momento ideal para ir a Montjuïc a correr un rato. Para cargar rápidamente las pilas, pensé que nada mejor que escuchar un buen *rock and roll*. Steve Winwood y su «Keep on Running» me irían perfectos.

Antes de salir vacié el cenicero en la bolsa de la basura. No me molestaba el humo de los cigarrillos, pero sí, y mucho, el olor que dejaban las colillas apagadas.

Cuando cerré la puerta del armario donde tenía el cubo de la basura, me acordé de Mireia Bonet. Tuve unos interminables instantes de titubeo. No sabía qué debía hacer. Tenía miedo de encontrarme con una verdad que quizás no me gustaría. Al final opté por volver a abrir la puerta del armario y sacar el cubo. En una de las colillas que había tirado me pareció adivinar restos de carmín. La cogí con reserva, aún con la duda de si estaba haciendo lo correcto. Sabía que en el filtro de un cigarrillo era muy probable que quedaran restos del tejido epitelial de los labios que permitían conocer con absoluta certeza el ADN de la persona que lo había fumado.

Cogí el móvil y llamé a Mireia.

—¿Mireia? Creo que tengo lo que necesitas.

—¿La muestra de ADN? —inquirió.

—Sí.

—Muy bien, Tiki. Has hecho bien.

—¿Cuándo podremos tener el resultado de la prueba?

—Ven el lunes a primera hora a mi despacho. Lo sabremos rápido.

De repente se me pasaron las ganas de ir a correr. Me quité las zapatillas de deporte y me estiré en la cama, boca arriba, mirando al techo. Las sábanas todavía olían al perfume de Olga. Por primera vez en muchos años me sentí solo. Respiré profundamente y rompí a llorar.

CAPÍTULO 45

Cuando vi entrar por la puerta a Mireia Bonet me temí lo peor. Su rostro expresaba preocupación. Llevaba en la mano una carpeta que supuse que sería el informe de ADN de Olga.

—Aquí tienes, Tiki —dijo alargándome la carpeta.

—Dime tú las conclusiones.

—El ADN de Olga Quintana concuerda al cien por cien con los restos de ADN que encontramos en la roca que mató a Alfonso Galán.

—¿Hay alguna duda?

—No, ninguna. Lo siento.

Aunque ya me lo esperaba, el corazón me dio un vuelco. Recordé entonces a Olga, la rubia de pelo corto y tristes ojos azules. ¿Por qué habría cometido semejante disparate? ¿Por qué había asesinado a Galán? Mireia me sacó de mi ensimismamiento:

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé...

—Yo no voy a decir nada —dijo Mireia—. La investigación está oficialmente cerrada. Por lo tanto, este informe no existe.

—Te lo agradezco. Te debo una.

En ese momento me pareció advertir que a Mireia se le nublaba la vista.

—Va por los viejos tiempos. Adiós, Tiki.

Y se fue a toda prisa. Tenía claro que era lo que debía hacer, pero me resistía a admitirlo. Después de dudar unos instantes, me decidí. No había alternativa posible.

Me dirigí al despacho de Carlos Carreras. Como de costumbre, parecía malhumorado. Entré sin llamar.

—¿Qué te pasa ahora, Mercado?

—Mire esto —respondí.

—¿Qué coño es?

—Mírelo —insistí.

Cogió la carpeta y estuvo un par de minutos leyendo su contenido. Cuando terminó, dejó el *dossier* encima de la mesa y resopló.

—Cierra la puerta —ordenó—. Tenemos un buen problema, Mercado. Ahora me arrepiento de lo que te dije en su momento. —No me encontraba con ánimos de discutir con Carreras, así que dejé que se explayara—. ¿Y ahora cómo coño voy a ir a los de arriba con esto? —continuó—. Me dejaron muy claro que el caso de la muerte de ese líder vecinal estaba cerrado y sellado.

—Pues no haga nada —contesté.

—¿Tú harías eso?

—Yo no, pero yo no soy usted.

Carreras se revolvió, nervioso, en su silla. Después de unos instantes, que a mí se me hicieron eternos, me miró fijamente y dio un fuerte puñetazo sobre la mesa.

—Pues yo tampoco me quedaré con los brazos cruzados. ¡A la mierda! Posiblemente me manden a patrullar por el barrio Chino, pero al menos tendré la conciencia tranquila. ¿Hay alguna posibilidad de que el informe no sea correcto?

—Ninguna, jefe.

Le conté a Carreras que Olga Quintana era compañera de piso de Elvira y que habíamos coincidido casualmente un par de veces. No entré en más detalles porque consideré que tampoco aportarían nada al caso.

Pasé el resto del día taciturno. No tenía ganas de hablar con nadie. Por la tarde Carreras me llamó.

—Mercado, tu amiga ya está en los calabozos. He encargado a Curto que la interrogara, pero ella se ha negado. Ha dicho que solo quiere hablar contigo. Así que ya sabes.

Era el momento que esperaba que no llegara a suceder. Tenía serias dudas de que pudiera mantener mi compostura delante de ella. No sabía si sería capaz.

Me dirigí a la sala de interrogatorios acompañado por Carreras. Nos encontramos a Curto en la puerta de la sala. Entré.

—Hola —saludé con toda la frialdad de la que fui capaz.

—Lo siento —contestó Olga, con la cabeza agachada.

—Mataste a un hombre.

—Fue un accidente —contestó con voz apenas audible.

—¿Un accidente? ¿Y por qué no avisaste a la policía?

—Pensé que no me creerían. ¿Tú me crees, Tiki?

—Soy el sargento Eutiquio Mercado. Y yo no soy nadie para creer o dejar de creer. Para eso ya están los jueces.

—¿Lo ves? Nadie me hubiera creído.

—Hubieras podido intentarlo. Hubiera sido mejor ir con la verdad por delante, es algo que siempre funciona.

Olga continuaba con la cabeza gacha. Me armé de valor y continué el interrogatorio.

—¿Qué sucedió?

—Alguien me pagó para decirle a ese tipo que dejara sus actividades al frente de la asociación Amics de Montjuïc.

—Alfonso Galán —intervine, tajante—. Un buen hombre.

—¿Quién te pagó? —dijo Carreras.

—No lo sé. De verdad que no lo sé.

—¿Qué quiere decir que no lo sabes? —pregunté.

—Hace unos meses publiqué en un suplemento dominical de un periódico local un reportaje sobre Montjuïc, que incluía una breve reseña de Alfonso Galán como

presidente de la asociación Amics de Montjuïc. Yo no lo conocía, pero pude trazar su perfil a través de la información que obtuve en Internet. Al cabo de un par de semanas me llamó un tipo que quería hablar conmigo para hacerme un encargo que no podría rechazar, según dijo. Nos vimos en una cafetería cerca de la plaza de España. Me dio como anticipo cien mil euros y me dijo que me daría cien mil más si llevaba a cabo el trabajo.

—¿Qué trabajo? —pregunté, furioso—. ¿Matar a un pobre hombre? ¿Eso es un trabajo?

—No me encargó que lo matara. Solo me dijo que tenía que convencerlo para que dejara la asociación.

—¿Y por qué tenía que dejar la asociación?

—No lo sé. Solo me dijo eso.

—¿Y por qué lo mataste?

—Llamé a Alfonso Galán con la excusa de realizarle una entrevista en profundidad que se publicaría en un periódico de ámbito estatal. El hombre accedió. Por indicación suya, nos citamos en los jardines de Mossèn Costa i Llobera. Me llevó a una especie de mirador desde donde me mostró toda la parte del puerto. Estuvimos hablando un buen rato y, de hecho, le hice la entrevista. Después intenté persuadirlo para que dejara la asociación. El hombre me preguntó quién me enviaba y empezó a ponerse nervioso. Me dijo que a él nadie le decía lo que tenía que hacer. Me cogió por los hombros y me zarandeó violentamente. Viendo el cauce que tomaba el asunto, le dije que dejáramos el tema, pero él insistió en no dejarme marchar hasta que no le contara lo que sabía. Finalmente le expliqué lo que les he contado ahora. Entonces se puso hecho una fiera y empezó a gritar, pidiéndome que le dijera quién me había pagado. Le dije que no sabía su nombre. Intenté que se calmara, pero no hubo manera. Fue cuando me entró el pánico e intenté escapar.

—Sigue —apremié.

—Galán no me dejó. Me cogió por el cuello y me tiró al suelo. Se abalanzó sobre mí y empezó a apretar sus manos cada vez más fuerte sobre mi garganta. Parecía que se había vuelto loco. A la desesperada, cogí una piedra de las que había como base de una estatua que había allí y la estampé contra su cabeza. El hombre empezó a sangrar abundantemente.

—¿Y no hiciste nada para socorrerlo? —inquirí.

—Me atenazó el miedo. Solo atiné a escapar de allí lo más rápidamente que pude. Sé que no hice bien, pero juro que no tenía intención de matarlo.

—¿Esperas que nos creamos esta historia?

—Es lo que sucedió.

—¿Qué hiciste después? —preguntó Carreras.

—Llamé al teléfono móvil que me había dado el tipo de los cien mil euros para reclamarle la parte que me faltaba. Con ese dinero me habría ido de la ciudad para empezar otra vida en cualquier parte.

—Y evidentemente ya no pudiste dar con el tipo, ¿cierto? —dije.

—Lo llamé por lo menos veinte veces, pero nunca pude contactar con él.

—Describe al tipo ese —dijo Carreras—. ¿Cómo era?

—Alto, moreno, elegante. Tenía un acento algo raro.

—¿Raro? —pregunté.

—Hablaba un castellano peculiar —contestó Olga—. Quizás fuera canario, o suramericano.

—Vas a necesitar un buen abogado, muchacha —dijo Carreras—. Si puedes demostrar esta historia que nos acabas de contar, puede que tengas algunos atenuantes. Pero bueno, eso dependerá del juez que te toque. Vamos, Mercado.

—Esperen un momento —reclamó Olga.

—¿Sí? —respondió Carreras.

—Recuerdo que el hombre tenía un lunar rojo justo debajo del párpado de su ojo derecho. No sé si esto puede ayudar.

Miré por última vez a Olga antes de salir de la sala de interrogatorios. Carreras ya se había marchado.

—Hubiera podido estar bien, ¿verdad? —dijo Olga.

—¿El qué?

—Nada. Adiós, Tiki.

Cerré la puerta y me fui. Me daba igual si la historia que había contado Olga era cierta. Lo único que no admitía duda era que Alfonso Galán había muerto como consecuencia del golpe en la cabeza que le había propinado Olga Quintana. Y eso era algo que no tenía vuelta atrás. La manera como había sucedido era algo que ya no importaba.

Me sentía satisfecho. A pesar de que no hubiera podido averiguar quién había hecho el encargo a Olga, por fin podría ir a ver al hijo de Galán y decirle a la cara que tenía razón, que su padre, un buen hombre, había sido asesinado y que la persona que lo hizo estaba en la cárcel.

CAPÍTULO 46

Esa mañana, Carreras me había azuzado con el caso Canals. Y razón no le faltaba. La investigación se hallaba en un delicado punto muerto y mi jefe estaba recibiendo presiones para cerrar el caso de la manera que fuera. Los resultados de la autopsia no habían sido concluyentes en ningún momento, y el trabajo de la Científica tampoco había aportado datos esclarecedores. Por la parte que me tocaba, las pesquisas que había llevado a cabo hasta entonces no estaban siendo de demasiada ayuda. Además de entrevistar a todos los empleados del club, habíamos hecho lo propio con todas las personas a las que Canals obsequió con la visita a sus dependencias personales: una exmodelo que había saltado a la fama años atrás a raíz de su aparición en la portada de una conocida revista americana de deportes, un futbolista retirado del Fútbol Club Barcelona de la época de jugador de Johan Cruyff, un notario conocido por los artículos de opinión que escribía en diferentes medios, un popular presentador de televisión del canal autonómico, un famoso periodista radiofónico muy aficionado al golf, el director de un periódico barcelonés, un líder sindical, un par de políticos de segunda fila y un industrial catalán vinculado al sector químico. Para todos ellos, había sido la primera vez que acudían al club de golf. Ninguno de ellos tenía, ni había tenido, una relación estrecha con Canals, lo cual los descartaba como sospechosos. Al menos en principio.

De las personas que podían considerarse próximas a Canals, únicamente el marqués de Vilassar y Manfred von Reiniger lo habían acompañado en la visita guiada. Y esos sí que no estaban descartados. En absoluto. Pero hasta ese momento no había indicio de ningún tipo que pudiera incriminar a alguno de los dos.

—Mercado, hemos de cerrar el caso.

—No podemos, subinspector. En este momento no tenemos ni idea de quién pudo ser el asesino de Canals. Hay sospechas, pero no certidumbres.

—¿Por qué no pudo ser el hijo?

—Claro que pudo serlo —respondí, alzando la voz—. De la misma manera que muchos otros, como el cuñado o el marqués. Pero, claro, como el chico está muerto...

—No te enfades, Mercado —cortó Carreras—. Además, yo no he dicho eso. Tenemos una semana más. Y te advierto que no habrá prórroga que valga. No me dejarán.

Decidí ir a fumarme el quinto cigarrillo de la mañana a ver si me inspiraba. Cuando llegué a la puerta principal, me topé con Elvira.

—Buenos días, jefe —saludó, alegre—. Te veo con cara de preocupación.

—He tenido días mejores, la verdad.

—¿Y eso?

—Pues que estamos en una encalmada de aúpa en el caso Canals. Carreras no

para de darme caña para que cierre el caso y empiezo a impacientarme porque no veo por dónde tirar.

—Hombre, mi experiencia de poco te servirá, pero en la academia los instructores siempre hablaban de un sargento que tenía una intuición a lo Sherlock Holmes. Un tipo que siempre resolvía los casos en que participaba.

—Vaya con el sargento.

—Ahora no recuerdo exactamente el nombre —dijo Elvira sonriendo—. Solo sé que tenía un nombre muy extraño, algo así como Kiki, o Titi... ¡Ya recuerdo! Se llamaba Tiki, Eutiquio Mercado era su nombre completo, y en la academia de policía era un auténtico mito. ¿Te suena este nombre?

—Venga ya —contesté—. Déjate de tonterías. Oye, ¿qué te parece si volvemos al club de golf?

—Me parece bien, pero ¿qué vamos a buscar allí?

—Te mentaría si te dijera que lo sé, pero tengo la sensación de que hay algo que se nos ha pasado por alto. Por cierto...

—¿Qué?

—Olga.

—¿Qué pasa con Olga? —preguntó alzando las cejas—. No me dirás que te casas con ella, ¿verdad?

—No precisamente —dije con cierto embarazo—. Verás, hasta ahora no he querido comentarte nada del asunto porque no había nada en firme, pero ahora ya te lo puedo decir...

—Bueno, dispara ya. Me tienes intrigada.

—No sé si te he hablado de Alfonso Galán en alguna ocasión.

—No lo recuerdo. ¿Quién es?

—Un tipo al que conocí hace unas semanas, un día que estaba corriendo por Montjuïc. Un buen hombre.

—¿Era? —preguntó Elvira.

—Falleció.

—Vaya, lo siento. ¿Y qué tiene que ver Olga con ese hombre?

—Ella fue la que acabó con su vida.

CAPÍTULO 47

De La Central a Sant Cugat no había mucho más de un cuarto de hora de trayecto en coche. Le dije a Elvira que enfilara la carretera de Terrassa rumbo al club de golf. La mañana había amanecido tormentosa y seguía lloviendo con ahínco. Unos negros nubarrones que asomaban por el oeste presagiaban que el asunto iba para largo. Los limpiaparabrisas no daban abasto quitando el agua y el ruido de la lluvia al golpear con la chapa del coche producía un curioso sosiego. Me acomodé en el asiento del copiloto, dándole vueltas al caso Canals, mientras Elvira conducía, taciturna.

—No puedo creer lo de Olga —dijo—. Es como si estuviera en un sueño del que no puedo despertar.

—A mí también me cuesta, pero no te preocupes. El tiempo lo relativiza todo. Es solo cuestión de un poco de paciencia. Ahora toca centrarnos en averiguar quién mató a Canals.

El asunto estaba realmente enmarañado, pero seguía pensando que algo se nos había pasado por alto en el club de golf. Algo que podía ser de vital importancia. Ahora bien, ¿el qué? Ni idea, ni la más remota idea. Solo volviendo de nuevo al club, quizás pudiera despejar las dudas que me asaltaban.

Victoria del Río nos recibió con su amabilidad habitual. Seria, pero amable.

—Me alegro de verles por aquí —nos saludó—. ¿Cómo van las investigaciones? ¿Han dado ya con el asesino?

—Vamos avanzando —mentí—, pero queríamos volver a reconstruir los hechos del día que asesinaron a Guillermo Canals.

—¿Les puedo ayudar?

—Por supuesto —respondió Elvira—. Con esa intención hemos venido.

—Muy bien —dijo la gerente—. ¿Por dónde empezamos?

—Nos dijo usted que Guillermo Canals realizó una visita por las diferentes dependencias del club —dije.

—Sí, una visita conducida por él mismo. Siempre lo hace. No con todos los invitados, claro. Solo un grupo pequeño. Este año serían alrededor de una quincena de personas, más o menos.

—¿Recuerda el nombre de las personas que integraban el grupo? —preguntó Elvira.

—Este asunto no pasaba por mis manos. Don Guillermo se ocupaba personalmente de cursar las invitaciones a los invitados más importantes. Aparte de sus dos hijos, supongo que estaría el marqués de Vilassar... quizás también el cuñado de don Guillermo. No sé, la verdad.

—¿Cuál era el trayecto de la visita? —pregunté.

—Don Guillermo recibía a la gente aquí, en el vestíbulo. Después subían por las

escaleras del fondo en dirección al restaurante y la cocina. Don Guillermo había destinado mucho dinero para proveer al club de un servicio de restauración que no tuviera nada que envidiar a cualquier restaurante de lujo.

—¿Y eso es rentable? —se interesó Elvira.

—En absoluto. Solo han de pensar que el jefe de cocina que tenemos había sido la mano derecha de Ferran Adrià en El Bulli durante unos años. Ya les digo yo que la facturación del restaurante apenas llega para pagar su nómina y la de su equipo, pero era un capricho del que don Guillermo se sentía muy orgulloso. Y la verdad es que no es para menos. Un día de estos han de venir a comer tranquilamente para comprobarlo.

—Con nuestra nómina nos será difícil —contesté con gesto de resignación.

—Por eso no se preocupen. Ya lo arreglaremos.

—¿Adónde se dirigían después? —pregunté.

—Pasaban por los despachos del club y continuaban por los vestuarios de los socios, una auténtica maravilla. ¿Quieren ir a verlos?

—No creo que sea necesario —manifesté—. Continúe, por favor.

—Después se dirigían a lo que podríamos definir como las salas sociales. Hay una gran sala de televisión con cómodos sofás y varias salas de juego donde los socios se reúnen para echar una partida de billar o para jugar a las cartas o al dominó. Para finalizar el recorrido, a don Guillermo siempre le gustaba enseñar sus dependencias personales.

—¿Las utiliza alguien ahora? —inquirió Elvira.

—No, ni ahora ni antes. Estaba expresamente prohibido subir allí. A sus dependencias solo accedía el personal imprescindible para la limpieza y el mantenimiento. Ni siquiera sus hijos tenían llave para entrar. Ahora bien, el día del torneo todo cambiaba. Para que me entiendan, parece el primer día de rebajas en unos grandes almacenes. Hay gente por todas partes y no es difícil que alguien se pueda colar donde no deba.

—Entiendo, pues, que personas no autorizadas pudieran haber accedido a las dependencias personales de Guillermo Canals —dije.

—Pudo ser —contestó la gerente—. Como le digo, por mucho esfuerzo que pongamos, ese día es fácil que la cosa se descontrole.

—¿Podemos subir a las dependencias privadas del señor Canals? —pregunté.

—Esperen un momento, voy a buscar la llave.

Esperamos a que la gerente volviera con la llave. Nos encontrábamos en una sala de lectura, donde ese día no había nadie. Me senté y cogí distraídamente una revista de golf. En el interior había un amplio reportaje del club y una entrevista con Guillermo Canals. El artículo situaba el complejo deportivo como uno de los más modernos de Europa, incluso por encima de algunos clubs británicos de renombre. Elvira se acomodó a mi lado.

—Pareces cansada —le dije.

—Pues la verdad es que sí. Anoche salí a cenar y ya sabes cómo van esas cosas. Al final me fui a dormir que serían pasadas las tres de la madrugada. Cuando ha sonado el despertador esta mañana, me ha costado esfuerzos sobrehumanos levantarme.

—Esta mañana he visto que Curto también tenía cara de sueño. Qué casualidad, ¿no?

Elvira enrojeció súbitamente.

—¿Qué casualidad el qué? —preguntó, azorada.

—Nada, nada. Solo era un comentario —contesté con una sonrisa.

La gerente apareció con las llaves en ese momento.

—¿Quieren subir en ascensor o por las escaleras?

—Mejor por las escaleras. Así movemos un poco las piernas —contesté.

Subimos la treintena de escaleras que llevaban a las dependencias personales de Canals. Entrando a la derecha se encontraba el despacho del anciano, que ya había visto el día de su muerte. Observé que estaba todo en perfecto orden. Seguimos por un amplio pasillo y llegamos al gimnasio.

En el centro de la estancia estaban dispuestas una cinta de correr, una bicicleta estática y otra elíptica. En la pared de la izquierda había varios juegos de pesas, y en la de la derecha, unas espalderas. Todo perfectamente impoluto.

En la pared de enfrente de las espalderas reconocí la puerta que daba acceso al vestuario particular de Guillermo Canals. Victoria del Río abrió la puerta. El espacio era casi tan espacioso como el gimnasio mismo.

—¿Y este espacio era para uso exclusivo de Guillermo Canals? —pregunté a la gerente.

—Pues sí, a don Guillermo le gustaban los espacios amplios.

El vestuario estaba dividido en dos zonas: la parte más amplia la ocupaba un impresionante *jacuzzi*. A su alrededor, pegados a la pared, largos bancos que, más que para vestuario particular, parecían estar preparados para que se cambiara un equipo entero de fútbol. En un rincón se encontraban perfectamente alineadas media docena de taquillas de diseño y en el extremo opuesto al *jacuzzi* se hallaba la sauna. Entré de nuevo en ella y me senté en el banco de madera unos minutos. No pude evitar pensar en los últimos momentos del viejo. Intentar salir de ahí y encontrarse con la puerta trabada por algo o por alguien debió de ser como para volverse loco.

Victoria del Río aguardaba fuera de la sauna, llaves en mano, con cara de impaciencia. Elvira estaba a su lado. Me levanté desencantado. No había visto nada que no hubiera visto el día del asesinato.

La gerente nos acompañó amablemente hasta el vestíbulo.

—Si necesitan algo más no duden en llamarme —nos despidió.

—Así lo haremos —contesté—. Gracias por la paciencia.

En el momento en que Victoria del Río se marchaba de nuevo hacia su despacho, se cruzó con nosotros Carlos Alberto Riquelme, el trasnochado *latin lover*, que venía

hacia nosotros con su irritante sonrisa y sus Ray-Ban encasquetadas.

—¿Qué les trae de nuevo por aquí? —preguntó dirigiéndose solamente a Elvira.

—Cosas de la investigación —dije yo evasivamente.

—¿Se han decidido ya a probar esto del golf? —preguntó Riquelme a la agente.

—Todavía no —contestó ella—. Pero no lo descarto.

—El día que se decida, no dude en llamarme. Estaré encantado de jugar con usted.

—Descuide, lo tendré en cuenta.

Se estaba repitiendo el mismo episodio que la vez anterior que vimos a Riquelme. Yo parecía el convidado de piedra de una función que representaban Elvira y el chileno. Empecé a impacientarme.

—Elvira —dije—, hemos de irnos.

—Sí, claro.

—Recuerde mi ofrecimiento, señorita —dijo Riquelme.

Y entonces se inclinó levemente hacia adelante para darle la mano a Elvira y por primera vez se quitó las gafas de sol. Entonces me di cuenta. Fue como un fogonazo, rápido y fugaz. Un leve vahído se apoderó de mí, y un torrente de pensamientos, recuerdos y sensaciones brotaron, incontenibles, en mi mente.

Recordé con milimétrica precisión la descripción que hizo Genta Dreshaj del tipo que le pagó para que me apalearan. Y también lo que dijo Olga Quintana del hombre que le encargó el asunto de Galán.

Justo en el párpado inferior de su ojo derecho, Carlos Alberto Riquelme lucía un lunar rojo.

CAPÍTULO 48

Me quedé clavado en el suelo. No podía ser una mera coincidencia. Era demasiada casualidad. Pero ¿qué tenía que ver el chileno con Alfonso Galán? ¿Y conmigo?

—¿Vamos, Tiki? —me preguntó Elvira cuando el chileno ya se había marchado.

—Sí...

—¿Te sucede algo? ¿Te encuentras bien?

—Vamos —contesté—. He de hablar con Carreras.

—¿Qué pasa?

—Por el camino te lo cuento.

No atinaba a entender qué podía haber detrás de todo aquello. Intenté serenarme y analizar las cosas fríamente.

—¿Me lo cuentas? —me dijo Elvira al subir al coche.

—¿Recuerdas lo que te conté de Genta Dreshaj?

—Sí, que recibió dinero de un tipo para encargarse a los dos albanokosovares que te dieran una paliza.

—Bien, pues también me comentó un detalle que en su momento me pasó inadvertido. El tipo que le dio el dinero tenía un lunar rojo debajo de un ojo.

—¿Y eso qué significa?

—Déjame terminar —dije—. Además, tu amiga Olga Quintana...

—No es amiga mía —se quejó Elvira—. Solo era compañera de piso.

—Tienes razón —admití—, disculpa. Pues Olga me dijo que el tipo que le dio el dinero para disuadir a Alfonso Galán para que dejara la asociación también tenía una curiosa mancha debajo del ojo derecho.

—Curiosa coincidencia, ¿no?

—Quizás sí, o quizás no —respondí—. Dime, conoces a mucha gente que tenga un lunar de color rojo debajo de un ojo.

—No, la verdad es que no.

—Yo sí que conozco a alguien.

—¿Quién?

—Carlos Alberto Riquelme, el chulo al que acabas de saludar hace un rato.

—¡Es verdad! Ahora que lo dices, sí me ha parecido ver que había algo raro en uno de sus ojos. ¿Quieres decir que puede tener alguna relación con lo que te contó Genta Dreshaj y lo que te dijo Olga?

—No lo sé, Elvira. No lo sé.

Y era bien cierto. No lo sabía. Quizás se me estaba desbordando la imaginación y no era suficientemente consciente de ello. Pero, en cualquier caso, tenía que averiguarlo.

CAPÍTULO 49

—Deja de fantasear, Mercado —dijo Carreras, sentado en su despacho—. Como si ese tipo fuera el único en el mundo con una peca debajo del ojo. ¿Tú crees de verdad que el sudaca ese es el mismo individuo que encargó que te dieran a ti la paliza y además es el que instó a esa pobre desgraciada a matar a Galán? Venga, hombre, que ya tengo una edad como para creer en cuentos chinos.

—No voy a discutir con usted por este tema. Solo le pido una orden judicial para detenerlo. Quiero hacer una rueda de reconocimiento con Olga Quintana y Genta Dreshaj. No perderemos nada por intentarlo.

—No lo veo claro —insistió.

—Subinspector, la paliza que me dieron no fue por casualidad. A alguien no le está gustando que hurguemos en según qué asuntos. Si el monitor de golf es quien encargó que me dieran de hostias, habremos dado un paso más en la investigación por la muerte de Canals. Un paso muy importante.

—De acuerdo —asintió Carreras—. Voy a pedir una orden judicial. Después mandaremos un coche patrulla a detener al sudaca ese.

—Déjeme que vaya yo a detenerlo.

—Como quieras, pero no quiero violencia, ¿de acuerdo?

Con la orden judicial en mi poder, fui a buscar a Elvira y nos dirigimos otra vez al Club de Golf Collserola. Me sentía excitado. La posibilidad de que Carlos Alberto Riquelme fuera al mismo tiempo la persona que había encargado que me dieran una paliza y a la vez la que hubiera encargado a Olga que intentara disuadir a Galán para que dejara la asociación parecía que cobraba realismo. Ardía en deseos de poder hablar con el chileno tranquilamente, y me moría de ganas de verlo confesar que realmente fue él quien instó a Matic y su amigo a apalearme. Una cierta ansiedad se fue apoderando de mí conforme pasaban los kilómetros. Recordé con perfecta nitidez las patadas y golpes que recibí de los dos albanokosovares aquella maldita noche. La impotencia que sentí de no poder reaccionar ante tamaña paliza.

Me entraron unas ganas irreprimibles de coger al chileno y devolverle, golpe por golpe, la paliza que encargó. Empecé a tener miedo. Miedo de mí mismo. Los brotes violentos que tuve en mis peores épocas habían ido remitiendo, pero aún tomaba medicación sedante para moderar la ansiedad. En mis épocas de mayor consumo de coca estaba seguro de que le hubiera dado una paliza sin importarme que me cayera después una sanción, pero ahora estaba consiguiendo rehacer mi vida y no quería volver atrás. Llevaba más de cinco triunfantes años portándome bien. Intenté respirar lentamente durante unos minutos. Me calmé momentáneamente.

Estábamos aparcando el Ibiza en batería al lado de un espectacular Ferrari rojo cuando, cuatro coches más allá, Carlos Alberto Riquelme bajó de un BMW Z4 con

sus inseparables Aviator. Algo descolocado, esbozó algo parecido a una mueca a modo de saludo, pero cuando vio que Elvira y yo nos dirigíamos a él con paso apresurado, rápidamente volvió a introducirse en el coche.

—¡Alto, policía! —gritó Elvira, corriendo hacia él.

Antes de que llegáramos a su altura, el chileno arrancó el coche y se dispuso a dar marcha atrás. Aceleró con decisión y la tracción trasera del BMW hizo patinar las ruedas, momento en que aproveché para llegar a su altura y propinar un fuerte golpe en el cristal del conductor. Riquelme, con cara de pánico, continuó marcha atrás, mientras yo seguía corriendo a su lado propinando porrazos en el vidrio. Después de recular unos metros, paró en seco e insertó la primera velocidad para arrancar en dirección a la salida del club. En ese momento abrí su puerta y lo golpeé fuertemente en la cara con el codo en un intento vano de que se detuviera. El daño debió de ser intenso, porque le di con todas las fuerzas de que fui capaz, pero el tipo no se amedrentó e intentó cerrar la puerta con ambas manos, mientras pegaba un fuerte acelerón.

La aceleración del BMW me lanzó violentamente contra el suelo, al tiempo que veía cómo Elvira corría detrás del coche en un intento inútil de alcanzarlo. El chileno cruzó la puerta de la entrada, rompiendo violentamente la barrera de seguridad, y con las ruedas chirriando sobre el asfalto se fue carretera abajo.

Me incorporé con un punzante dolor en la cadera. Elvira venía solícita a ayudarme, cuando de repente se oyó un fuerte golpe que provenía de la carretera por donde se había marchado Riquelme. Elvira se detuvo, giró en seco y se fue corriendo hacia allá. La seguí, renqueante. A poco más de una treintena de metros de la entrada al aparcamiento del club, el BMW del chileno se había estampado contra un robusto roble. Un Jaguar XJ que iba en dirección al club se había detenido y Elvira estaba intentando abrir la puerta del conductor para socorrerlo. La parte delantera del coche estaba incrustada en el árbol y del capó salía abundante humo. Cuando llegué, pude ver que Riquelme respondía con coherencia a las preguntas de Elvira, aunque tenía las piernas aprisionadas y no podía salir del automóvil. En aquel momento me entraron unas irrefrenables ganas de apalearlo al chileno allí mismo. Aunque estuviera herido e indefenso. Elvira debió de darse cuenta, porque me sujetó con fuerza el brazo y me miró fijamente. Respiré hondo. Al menos habíamos detenido a Carlos Alberto Riquelme. Tenía que contarnos muchas cosas.

CAPÍTULO 50

Según el parte médico, Carlos Alberto Riquelme tenía un fuerte golpe en la frente y dos costillas fisuradas, además de haberse roto la tibia y el peroné de ambas piernas. Presentaba también un edema pulmonar del que habría que esperar su evolución en los próximos días. Los médicos que lo atendieron en el Hospital General de Catalunya habían diagnosticado un período de recuperación de un mínimo de tres meses y nos hicieron esperar veinticuatro horas antes de poder interrogarlo. Así pues, a la mañana siguiente del accidente, fui con Elvira a ver al chileno. En la habitación, custodiada por un compañero del Cuerpo, se encontraba también el abogado de Riquelme.

—Soy el sargento Mercado —le dije al letrado—, y esta es mi compañera, la agente Sangenís. Estoy al mando de la investigación.

—¿Es que ustedes no pueden esperar a que mi cliente se encuentre mejor? —preguntó el hombre.

—Los médicos han dicho que en veinticuatro horas ya estaría en condiciones para ser interrogado —contesté—. Y hace un par de minutos que ya ha transcurrido ese tiempo. Así que, si nos lo permite, vamos a interrogar a su cliente. Usted puede quedarse o irse, como prefiera.

—Pero si mi cliente no ha hecho nada —se quejó el abogado—. ¿De qué se lo acusa?

—Por lo pronto, de resistencia a la autoridad —dijo Elvira.

El abogado asintió con resignación y se hizo a un lado. Saltaba a la vista que no era ni un abogado de oficio ni un picapleitos de tres al cuarto. Vestía un lustroso traje oscuro que seguro que costaba más que lo que yo cobraba al mes, una immaculada camisa blanca y una discreta corbata con una pinza de oro a juego con los gemelos que asomaban por debajo de las mangas de la americana. Parecía claro que, o bien el chileno tenía recursos económicos holgados como para pagar la minuta de un abogado de postín, o tenía amigos que lo querían mucho.

Riquelme estaba postrado en la cama con cara de pocos amigos. Había perdido aquella irritante sonrisa risueña y parecía abatido.

—¿Está usted mejor? —preguntó Elvira.

—Me duele todo el cuerpo —se quejó.

—¿Le puedo preguntar por qué no atendió al alto que le lanzamos en el aparcamiento del club de golf?

—No sé, supongo que me asusté.

—¿Se asustó? ¿Es que acaso tiene algo que esconder para asustarse de la policía?

—No, claro que no.

Sonó un móvil en la habitación. Era el del abogado de Riquelme. Habló con voz

apenas audible durante unos segundos y colgó.

—Me tendrán que disculpar —dijo—. He de hacer una llamada urgente. ¿Pueden esperar cinco minutos a que termine?

—No —contesté, taxativo—. Si quiere llamar, puede hacerlo desde aquí. Si prefiere hacerlo fuera es su problema, no el nuestro.

El letrado salió refunfuñando de la habitación, no sin antes avisar a Riquelme de que tenía el derecho a guardar silencio.

—Mire, Riquelme —comencé—. No me andaré con rodeos. Tenemos la certeza absoluta de que fue usted quien encargó que me apalearan.

—¿Tienen pruebas de eso?

Solo me faltaba que el chileno quisiera ir de listillo. Noté cómo la sangre empezaba a bullirme en la cabeza.

—En primer lugar, no me interrumpas, hijo de puta —le dije alzando la voz—. Todavía me estoy pensando si darte una paliza aquí mismo y romperte la crisma. O sea que te aconsejo que contestes disciplinadamente a mis preguntas y te portes como un buen chico. ¿Lo vas entendiendo?

—Sí, creo que sí —contestó, intimidado.

—Como te decía, aparte de saber con seguridad que fuiste tú el que pagó a los dos albanokosovares para que me dieran de hostias, también sabemos que encargaste a Olga Quintana que matara a Alfonso Galán. ¿Te suena?

Riquelme palideció súbitamente y se revolvió nervioso en la cama.

—No sé de qué me está hablando —balbuceó.

—¿Ah, no? —solté con sarcasmo—. A ver si vas haciendo memoria.

Me acerqué a la cama y apreté sin compasión el vendaje que cubría el tronco de Riquelme, justo encima de sus costillas. El chileno lanzó un aullido de dolor.

—Agente —gritó al compañero que permanecía de guardia junto a la puerta—, ¿es que no ve lo que me está haciendo? ¡Haga algo!

El agente no miró. Siguió inmóvil e inmutable en su puesto. Elvira tampoco hizo ademán de moverse. Ni siquiera pestañeó.

—Cuando venga mi abogado se lo diré —protestó el chileno—. Esto es ilegal.

—Aquí el único que dice qué es legal y qué no lo es soy yo, ¿entendido?

Volví a presionar sin contemplaciones las costillas de Riquelme.

—De acuerdo, de acuerdo —resopló—. Pero no me haga más daño.

—Muy bien. Parece que nos empezamos a entender, amigo. ¿Sabías que Alfonso Galán, aparte de ser un buen hombre, era amigo mío?

—No...

—Pues sí —dije—. O sea, que tengo dos motivos para no quererte bien. En primer lugar, a nadie le gusta que le peguen, especialmente si no ha hecho nada para merecerlo. En esto debes de estar de acuerdo, ¿no?

—Claro, sargento, claro —respondió con rapidez.

—Bien, bien. Así me gusta. Y después también comprenderás que esté muy

enfadado porque han matado a un amigo mío. Un gran tipo.

—Sí que lo entiendo, claro —contestó.

—Perfecto, veo que eres un tipo listo. Acabaremos rápido, no te preocupes. ¿Quién te encargó que me dieran una paliza?

—Ahora mismo no lo recuerdo, sargento. Con lo del accidente estoy un poco confundido.

Sin poder contenerme, le di una sonora bofetada en la cara con el dorso de mi mano. Esta vez Elvira me sujetó con fuerza. Di media vuelta para volver a abofetear a Riquelme. El agente de la puerta seguía inmóvil. Respiré profundamente durante un par de minutos. Más relajado, volví a mirar al monitor de golf, que ahora sangraba de una ceja pero no se quejaba.

—A ver, amigo —intenté razonar—. Tienes dos caminos. Y solo dos. Puedes colaborar conmigo y contarme todo lo que sabes o quedarte callado y llevarte a la cárcel todos tus secretos. Si optas por la primera opción te garantizo que el juez será benévolo contigo. Y ya te avanzo que, con la que puede caerte, te interesa. Ahora bien, si prefieres no hablar, allá tú. Yo ya te lo he advertido.

Riquelme permaneció en silencio unos instantes antes de hablar:

—Colaboraré —dijo.

—Así me gusta, muchacho. Repetiré por segunda y última vez la pregunta: ¿quién te encargó que me dieran una paliza?

—Fue la misma persona que me encargó lo de la periodista.

—¿Y quién fue? —le apremié. El chileno pareció dudar unos instantes—. ¿Quieres que te dé otra hostia? —le dije acercándome de nuevo a la cama.

—No, por favor —titubeó—. Fue... Manfred von Reiniger.

CAPÍTULO 51

—Has hecho bien —le dije al chileno—. Aunque me cueste, y te juro que me cuesta mucho, te prometo que hablaré con el juez para que te trate bien. Y ahora dime: ¿por qué tenían que darme una paliza?

—Von Reiniger me dijo que usted necesitaba un escarmiento.

—¿Un escarmiento? —pregunté—. ¿Por qué?

—Eso sí que no lo sé —contestó con aparente convicción—. Se lo juro. Solo me dijo que debíamos dar un toque de atención a un policía. No sabía que era usted. Si lo llego a saber...

—Déjate de bobadas —corté—. ¿Estás seguro de que no sabes por qué Von Reiniger te hizo el encargo? No me gustaría volver a darte otra hostia, pero si me obligas no me quedará más remedio.

—Se lo juro, sargento, se lo juro —imploró.

—Bien, háblame de tu relación con Von Reiniger. ¿Desde cuándo lo conoces?

—Cuando llegué al club, el señor Canals me lo presentó. Rápidamente congeniamos. Él tiene un nivel aceptable de golf, pero me dijo que quería mejorar algunos aspectos de su juego y yo me ofrecí a ayudarlo. A partir de ahí fuimos estrechando nuestra relación y pasé a colaborar con él, haciéndole algunas gestiones.

—¿Qué tipo de gestiones?

—Un poco de todo. Verá, el sueldo de monitor de golf, aunque don Guillermo pagara bien, tampoco da para mucho y a mí me gusta vivir bien. No sé si me entiende.

—No, pero me da igual —respondí—. Sigue.

—El caso es que trabajar para el señor Von Reiniger me permitía sacarme un dinero extra. Al principio eran gestiones sin importancia, pero poco a poco me fue encargando asuntos de mayor responsabilidad.

—¿Y qué es lo que entiendes tú por responsabilidad?

—Bueno... Algunas cosas que quizás no estaban al cien por cien dentro de la ley. Una vez me pidió que me encargara de reventar las ruedas del coche de un fulano y en otra ocasión me pidió que le diera un susto a una muchacha adolescente que, al parecer, era hija de un tipo que le debía mucho dinero. Cosas de este tipo.

En ese momento entró de nuevo el abogado de Riquelme. Se estaba despidiendo por teléfono y parecía tener mucha prisa.

—He de marcharme para atender un asunto importante —dijo sin mirarnos—. Volveré por la tarde.

Era una buena noticia. Ahora podríamos tomarnos con más calma el interrogatorio a Riquelme.

—Tu abogado te ha dejado en la estacada, ¿eh? —lo aticé.

—Ese no es mi abogado —replicó—. No lo conozco de nada.

—¿Ah, no? —repliqué—. Pues alguien te lo habrá enviado.

—Supongo. Se presentó aquí a primera hora de la mañana y me dijo que un amigo me había hecho el favor de ponerlo a mi disposición.

—Quizás fuera Von Reiniger —observé.

—Sargento, ¿me puedo fiar de su palabra? —preguntó Riquelme, antes de soltar nada. Y continuó, sin esperar mi respuesta—: Tengo miedo a posibles represalias.

—¿De quién? ¿De Von Reiniger?

—¿De quién si no? Ese hombre es capaz de cualquier cosa con tal de salirse con la suya.

—¿Incluso de asesinar a Guillermo Canals? —intervino Elvira.

—No lo sé —prosiguió el chileno—, pero yo de ustedes no lo descartaría. De un tiempo a esta parte, Von Reiniger andaba detrás de algo gordo.

—¿Sabes de qué se trata? —pregunté.

—Ni idea, pero debía de ser un asunto importante. Últimamente estaba muy excitado y nervioso, sobre todo a raíz de la muerte de Canals.

—¿Qué sabes tú acerca de la muerte de Canals?

—Nada que ustedes no sepan. Se lo prometo. El día que lo mataron, yo estuve en todo momento de hoyo en hoyo ayudando a Victoria del Río a que todo saliera bien.

—¿No estuviste en la visita a las instalaciones que Guillermo Canals hizo con algunos invitados?

—No, yo no pertenecía a su círculo de amistades. Yo solo era un empleado. Nada más.

—¿Y qué me dices de lo de Alfonso Galán? ¿También fue Von Reiniger quien te encargó el asunto?

—Sí —reconoció—. Él lo preparó todo. Me dijo que había que asustar a un hombre, un tipo que estaba tocando demasiado los huevos en un asunto que, al parecer, era de vital importancia para él. Ya le he dicho, algo grande se estaba cociendo.

—Ese tipo que dices tú se llamaba Alfonso Galán y era mi amigo —interrumpí—. No lo olvides, estúpido.

—Perdone, sargento. Quería decir a Alfonso Galán.

—Así me gusta. ¿Qué más?

—Nada más, se lo juro —contestó con rapidez Riquelme—. Von Reiniger jamás me contaba nada que no fuera imprescindible para la labor que debía llevar a cabo.

La ceja de Riquelme seguía sangrando. Elvira se acercó y se la limpió con una gasa.

—¿Y a quién se le ocurrió implicar a Olga Quintana en ese asunto? —volví a la carga.

—A Von Reiniger. Le repito que yo solo obedecía a lo que él me decía. Un día me citó para comer en el Cercle del Liceu y me explicó que sabía de la existencia de una

periodista que nos podía servir para intimidar a Alfonso Galán.

—Le diste dinero a la chica, ¿no?

—Sí —admitió—. Le di un adelanto de cien mil euros con la promesa de que si cumplía lo pactado le iba a dar cien mil más.

—Que jamás le llegaste a dar —afirmé.

—Verá, cuando se supo lo de la muerte de Alfonso Galán, Von Reiniger se asustó y quiso desentenderse del caso. Me dijo que me olvidara de todo y que no dijera nada a nadie. El hombre estaba muy nervioso. Desde entonces no he sabido más de él.

—¿Eso es todo?

—Sí. No sé más —dijo el chileno—. Sargento...

—¿Sí?

—¿Cumplirá su palabra de hablar con el juez sobre lo mío?

—Sí, lo haré. Jamás fallo a mi palabra.

Me sentí como un completo imbécil. Y además, mentiroso. ¿Qué narices pintaba yo dando clases de honradez e integridad? Yo, que había mentido y engañado a todo el mundo con tal de poder seguir esnifando y bebiendo *gin-tonics* hasta reventar.

El chileno no era un tipo que destacara por la integridad de su moral, pero ¿y yo? ¿Era procedente que un policía usara y abusara de su fuerza para conseguir sus propósitos? Había utilizado mi superioridad física para atropellar a un hombre indefenso. ¿Eso era valentía? Miré a Elvira. Había permanecido callada mientras había durado el interrogatorio. ¿Qué pasaría en ese momento por su cabeza? ¿Todavía me continuaría viendo como al gran Eutiquio Mercado, el famoso sargento cuyos casos eran objeto de estudio en la academia de policía? Y el agente que en todo momento se había mantenido en la puerta sin manifestar ningún tipo de emoción, ¿qué estaría pensando? Me sentí como una mierda. Di por acabado el interrogatorio con Carlos Alberto Riquelme. Sin mirarlo a la cara di media vuelta, abrí la puerta y me fui.

CAPÍTULO 52

—Muy bien —dijo Carreras—, pues ya podemos detener al cuñado de Guillermo Canals. Nos ha de explicar muchas cosas, ese individuo.

—Sí... —contesté, dubitativo.

—¿Qué sucede, Mercado? —preguntó—. Deberías estar contento. Al final sabes quién es el hijo de puta que mandó que te apalearan y el que provocó que mataran a Galán. Además, estoy convencido de que fue el que asesinó a Canals.

—De momento no hay evidencias de eso.

—Ahora no, pero ya verás como, cuando el tipo empiece a cantar, se aclarará todo y lo podremos mandar al trullo a que se pudra una larga temporada.

Yo no lo tenía tan claro como Carreras. Carlos Alberto Riquelme había confesado claramente que había sido Von Reiniger quien le encargó lo de mi paliza y el asunto de Galán, pero de la muerte de Canals dijo no saber nada. Y sonaba sincero. Si Von Reiniger tenía al chileno para que le realizara los recados comprometidos, también lo hubiera podido utilizar para deshacerse de Canals. Igual que contrató a dos sicarios para que me apalearan, hubiera podido hacer lo mismo en el caso del viejo Canals. Incluso hubiera sido mucho más fácil. Carreras me apartó de mis especulaciones:

—En marcha, Mercado. Tráeme al mafioso ese. Aquí tienes la orden de detención que ha expedido el juez que lleva la instrucción. Que te acompañe una patrulla.

Eran las cuatro de la tarde y Elvira aún no había vuelto de almorzar. Estaba siendo un día intenso. Riquelme había confesado y ahora le tocaba el turno a Von Reiniger. Debería estar contento de que empezaran a despejarse dudas, pero todavía había muchas incógnitas que resolver. ¿Por qué mi paliza? ¿En qué estaba molestando? ¿Era por la investigación de la muerte de Canals? Si era eso, ¿significaba entonces que Von Reiniger tenía algo que ver con la muerte de su cuñado? Pero si Von Reiniger no había sido el inductor del asesinato de su cuñado, ¿para qué jugársela zumbando a un policía? ¿Y lo de Galán? ¿Qué tipo de estorbo le estaba causando a Von Reiniger? ¿Tendría que ver todo ello con el asesinato de Canals? Demasiadas dudas por aclarar y demasiados cabos por atar. Llegó Elvira con su animosidad habitual.

—Elvira —dije—. Necesito que me localices dónde puede estar Manfred von Reiniger. Empieza por su casa.

—A la orden, jefe.

Elvira no pudo localizar al alemán en su casa, pero la asistenta del hogar le dijo que había ido a almorzar al Cercle del Liceu con unos amigos. Y que lo más seguro es que estuviera en el club hasta tarde.

Junto a un coche patrulla, llegamos al Cercle del Liceu poco después de las cinco de la tarde. Aparcamos directamente en la entrada, en plenas Ramblas. Entre los ríos

de gente que subían y bajaban a esa hora por el paseo, nuestra presencia parecía pasar desapercibida. Les dije a los de la patrulla que se quedaran esperando abajo, mientras Elvira y yo íbamos en busca de Von Reiniger.

—Está reunido y tengo el encargo de no molestarlo —nos dijo una mujer madura, de expresión severa.

—Dígale que lo están esperando Eutiquio Mercado y Elvira Sangenís. Ya verá como cambia de parecer.

La mujer desapareció y volvió al cabo de unos instantes.

—Si son tan amables, pueden esperar en esta sala. El señor Von Reiniger vendrá en unos minutos.

Apenas habíamos terminado de entrar en la sala de espera cuando se nos aproximó el cuñado de Canals con su elegante porte de siempre. Esta vez, sin embargo, su semblante presentaba una gravedad que hasta entonces no había visto.

—Traemos una orden judicial de detención —dije, mirándolo fijamente a los ojos.

El hombre ni siquiera pestañeó. Se quedó imperturbable, aguantando la mirada unos instantes. A pesar de que tenía motivos más que suficientes para proyectar el mayor de los odios hacia él, tenía que reconocer que había algo de ese hombre que me fascinaba. Acaso fuera su porte distinguido, o quizás una frialdad encubierta que no dejaba traslucir sus emociones. O es que, sencillamente, frente a él me sentía pequeño e insignificante. Una sensación parecida a la que sentía en compañía de su sobrina Heidi.

—¿De qué se me acusa? —preguntó.

—Por lo pronto, de haber ordenado que apalearan a un policía —dijo Elvira.

—Supongo que Riquelme se fue de la lengua, ¿verdad?

—Sí —contesté.

—¿Qué van a hacer ahora?

—Nos ha de contar muchas cosas, Manfred —dije.

—¿Es necesario que me lleven esposado a comisaría?

Elvira hizo ademán de contestar al tiempo que se llevaba la mano al bolso en busca de los hierros. Con suavidad, la detuve. Von Reiniger miraba la escena con el rostro impassible.

—No, no será necesario —contesté—. Podemos hablar aquí, si lo prefiere.

—Se lo agradezco, sargento.

Elvira me miró con cara de disgusto, como si no entendiera nada. Comprendí su postura, pero preferí mantenerme en un terreno donde Von Reiniger se sintiera confortable. El alemán debía contarnos muchas cosas y siempre sería más productivo tenerlo cómodo y a gusto que encerrado en las cuatro frías paredes de una sala de interrogatorios de La Central. El único riesgo que corría era que Carreras se cabreara por no hacerle caso, pero eso era algo menor en aquel momento.

Von Reiniger nos llevó a través de unos silenciosos pasillos hasta una pequeña

sala de reuniones. Nos invitó a tomar asiento en unas ampulosas butacas, mientras se servía un *brandy* en una copa de generosas proporciones.

—¿Qué les apetece tomar? —preguntó con cortesía.

—Un agua será suficiente —respondí por Elvira y por mí—. Gracias.

—¿Por dónde quieren empezar? —nos preguntó, después de dar un breve sorbo a su copa.

—Carlos Alberto Riquelme nos dijo que estaba usted detrás de algo grande —apunté.

—¿Eso les dijo el chileno? Pobre desgraciado. Él no se enteraba de nada.

—Algo sabría —insistió Elvira—. De otra manera no lo hubiera dicho. ¿Qué es ese asunto al cual se refirió?

Manfred von Reiniger suspiró profundamente y dio otro sorbo de *brandy*. Esta vez más largo. Después permaneció unos instantes en silencio, observando cómo el licor se mecía lentamente dentro de la copa. Finalmente nos miró.

—Montjuïc —respondió, lacónico.

CAPÍTULO 53

—¿Montjuïc? —inquirí.

—Sí, Montjuïc —afirmó Von Reiniger, con cara de cansancio—. El proyecto que hubiera cambiado Barcelona.

—¿De qué manera? —preguntó Elvira.

—Yo diseñé un plan para situar Barcelona a la cabeza de las más importantes urbes del mundo. Un proyecto que la habría convertido en la Mónaco del siglo XXI. Todo estaba perfectamente planificado hasta que...

—Hasta que Alfonso Galán empezó a molestar, ¿verdad? —dije.

—Galán y usted, amigo —contestó con irritante naturalidad—. Usted empezó a husmear donde no tocaba y se hizo necesario darle un escarmiento. Igual que a su amigo.

En aquel momento me hubiera abalanzado sobre el alemán y le hubiera dado de hostias hasta hacerle perder el sentido, pero respiré hondo y decidí seguir por cauces civilizados.

—No conozco ninguna razón que justifique la muerte de alguien —repliqué.

—¿Lo dice usted por lo de Galán? Yo jamás planeé nada semejante. Yo puedo ser lo que ustedes quieran, pero no soy un asesino. Solo quería que el hombre se retirara de la asociación esa. No interesaba. Cuanta más cautela tuviéramos con el asunto, mayor éxito obtendríamos. Todo fue culpa de la periodista.

Manfred von Reiniger se levantó de la butaca, cogió su bastón y se dirigió hacia la ventana que daba a las Ramblas. Estuvo un instante mirando hacia abajo con la mirada perdida. Se volvió de nuevo hacia nosotros y continuó diciendo:

—Imagínense convertir la montaña de Montjuïc en una zona urbana exclusiva desde donde contemplar la ciudad. Aquí disfrutan de un clima benigno todo el año, tienen unas buenas comunicaciones y un legado cultural de primer orden. ¿Qué más se puede pedir? La gente daría lo que fuera para poder vivir en Montjuïc.

—¿Y los ciudadanos de Barcelona? —pregunté, recordando a Galán—. Me refiero a los que con nuestros impuestos estamos pagando el mantenimiento de una ciudad para disfrutarla, no para que venga gente de fuera a ocupar nuestros parques y zonas verdes.

—Usted prefiere poder seguir disfrutando de su ciudad, ¿no? Pues entonces no le quedará más remedio que hacer algunas concesiones. Quizás no sea ahora, pero tenga por seguro que algún día Montjuïc acabará siendo lo que yo imaginé. Sargento, estamos en pleno siglo XXI y en una sociedad absolutamente globalizada. O te renuevas o te engullen.

—¿Cuál era el planteamiento?

—Sucintamente, se trataría de construir en Montjuïc villas de recreo vacacional de carácter exclusivo que luego se venderían a ricos de todo el mundo. Lugares donde las élites puedan venir a descansar sin que nadie las moleste. Como complemento a las villas, el proyecto también contemplaría la creación de un espacio común en la zona donde ahora se ubica el hotel Miramar, donde los vecinos escogidos pudieran gozar de servicios como gimnasios, restaurantes de lujo o zonas de aguas termales. Y también un helipuerto para que pudieran ahorrarse los desplazamientos en automóvil. Imagínense a un hombre de negocios, a uno de esos jeques árabes cargado de dólares, o a una estrella del *rock*, llegar cómodamente en su *jet* privado al aeropuerto del Prat y desde allí tomar un helicóptero para plantarse en su casa en escasos diez minutos.

—Pero eso significaría robar Montjuïc a la ciudad —observó Elvira.

—No tiene por qué —dijo Von Reiniger—. Piensen que son más de doscientas cincuenta hectáreas de terreno, la mayor parte de las cuales no se utiliza para nada. ¿Usted ha visto Montjuïc algún día entre semana? Solamente se ven cuatro colgados corriendo y coches de autoescuela haciendo prácticas de circulación. Y durante el fin de semana no hay mucha más gente. Estamos hablando de más de dos millones de metros cuadrados. ¿Sabe qué significa eso? Hay espacio para todos. Sencillamente se trataría de aprovechar mejor los recursos que brinda una joya como Montjuïc. —Von Reiniger volvió a sentarse. Sacó de su chaqueta americana una cajetilla de cigarrillos rubios ingleses y cogió uno. Se lo encendió con parsimonia antes de continuar—: El proyecto contemplaría respetar los elementos más emblemáticos, como el castillo, el anillo olímpico, la Fundació Miró, o algunos jardines que tiene en la actualidad el parque. Aunque, eso sí, con un acceso restringido y controlado para no entorpecer la tranquilidad de los vecinos. También se conservaría el cementerio, más que nada para no soliviantar los ánimos de los que tienen seres queridos enterrados ahí.

—Muy considerado —observé con sorna.

—Entiendo que un proyecto de este tipo debe contar con el beneplácito de las instituciones —preguntó Elvira.

—De eso se ocuparía Serafín Castro, el arquitecto jefe del Ayuntamiento —contestó el alemán—. No me digan cómo, pero tendríamos el beneplácito del Ayuntamiento. Dejarían hacer, a cambio de contrapartidas, claro.

—¿Qué contrapartidas? —inquirió la agente.

—Ingresos. Primero, por la venta de terrenos recalificados, que significarían una enormidad de dinero, y después, por los impuestos a que estarían sujetas las propiedades. La recalificación de una parte de Montjuïc le procuraría al Ayuntamiento ingresos suficientes para poder abordar con comodidad cuantos proyectos quisiera y convertir la ciudad en referente mundial.

—¿Cómo empezó todo? —pregunté.

Von Reiniger se quedó dudando unos instantes sopesando lo que debía decir.

—Supongo que si colaboro con ustedes tendré un trato ventajoso.

—Se lo aseguro —contesté.

—Muy bien, confío en su palabra. Hace un par de años me presentaron en el club de golf de mi cuñado a Serafín Castro, En aquel momento tenía un despacho de arquitectos y se ganaba la vida construyendo segundas residencias para los burgueses de aquí. Enseguida nos caímos bien. Como el hombre tenía un nivel de golf bastante decente, empezamos a jugar con cierta regularidad. Entre hoyo y hoyo, un día le comenté por encima mi proyecto respecto a Montjuïc. A decir verdad, en aquel momento no me pareció que me hiciera demasiado caso, pero al cabo de unos meses, cuando lo nombraron arquitecto jefe del Ayuntamiento, me llamó. Me dijo que había llegado el momento de hablar del asunto. Solo necesitaba a alguien como yo que fuera capaz de liderar el tema y se encargara de la gestión empresarial y de la comercialización. Él se encargaría de realizar el proyecto técnico y se preocuparía de que el Ayuntamiento nos dejara hacer. Yo no estaba pasando mi mejor momento como consejero delegado de Canals Corporation y vi la oportunidad de hacer algo por mí mismo. De manera que acepté el reto y nos pusimos manos a la obra. —Von Reiniger tomó un trago de *brandy*, para después seguir—: Lo primero que hice fue explicarle el proyecto a Guillermo, en busca de la financiación necesaria. Para comenzar la primera fase del proyecto, necesitábamos poco menos de cien millones de euros, una cantidad que para mi cuñado no significaba nada. Pero en esa época ya empezaba a mostrar síntomas evidentes de una cierta falta de agilidad mental y no vio claro el asunto. Dejé pasar unos días a ver si recapacitaba y cambiaba de opinión, pero no hubo manera. Era evidente que sin sus recursos financieros no había proyecto que empezar, así que decidí intentar ganarme el favor de mi hermana y de mis sobrinos con la esperanza de que lo pudieran convencer. Mi hermana lo vio enseguida, incluso se ofreció a buscar clientes entre sus amigos de Londres. Por lo que respecta a mi sobrino Christian, creo que le di la alegría de su vida cuando le comuniqué que contaba con él para desempeños importantes. Ya sabe, el pobre siempre había estado marginado por su padre y de repente se le abría la posibilidad de realizar algo importante.

—¿Y su sobrina Heidi? —interpelé.

—Heidi no se pronunció. Solamente dijo que si a su padre no le parecía bien, a ella tampoco.

—¿Convencieron entonces a Guillermo Canals? —intervino Elvira.

—No. Si eso hubiera ocurrido diez o veinte años antes, estoy convencido de que hubiera sido el primero en apuntarse, pero, como les he dicho, Guillermo por aquel entonces estaba ya viejo y había perdido la agresividad de antaño. Yo creo que tuvo miedo.

—Decía antes que Serafín Castro se ocuparía de convencer al Ayuntamiento de que el proyecto tenía viabilidad —dije—. Necesitamos nombres. ¿Jesús Arias, quizás?

—No sé quién es Jesús Arias. Eso se lo tendrá que preguntar a Castro. Yo no tengo ni idea, se lo aseguro.

—¿Y quién más estaba involucrado en el proyecto? —preguntó la agente.

—Josep Monfort se ocupaba de los temas legales.

—¿Quién más? —pregunté.

—El marqués de Vilassar. Aunque no estaba metido de lleno en el asunto, nos echaría una mano cuando lo necesitáramos. Un hombre con el nivel de sus relaciones siempre es necesario en este tipo de operaciones.

—Resumiendo —dijo Elvira—, usted mató a Guillermo Canals por no querer participar en su proyecto.

Von Reiniger se quedó mirando fijamente a Elvira. Se hizo un silencio embarazoso. La mirada del hombre, fría, causaba un desagradable desasosiego.

—No se equivoque conmigo, agente —respondió—. Yo puedo ser una persona con una manera de pensar quizás algo diferente a la de los demás, y seguramente en mi vida he hecho cosas que pueden ser vergonzosas, pero, como le he dicho hace un momento, no soy un asesino.

—Pero usted estuvo con Guillermo Canals, el día de su muerte, en la visita a sus dependencias antes de que empezara la competición —insistió Elvira.

—Sí, estuve allí, igual que una docena de personas más —contestó Von Reiniger, clavando su mirada intimidatoria en Elvira—. ¿Y eso es una prueba suficiente para que me acusen?

—Pues ¿quién mató a Guillermo Canals? —interrumpí, viendo que Elvira se achicaba en su butaca.

—¿Por qué tanta insistencia? ¿No ven que con la muerte de mi cuñado no podía empezar el proyecto? Necesitaba su dinero.

—Quizás pensó que Guillermo Canals le dejaría parte de su patrimonio cuando falleciera —argumenté.

—No me hacía falta. Mi hermana Unna me aseguró que lo convencería, que solo era una cuestión de dejar pasar unos días. Y les aseguro que, como todo buen Von Reiniger, cuando se propone algo es difícil que no lo consiga. Creo que en esto se están equivocando de persona.

—Entonces, según usted, ¿hacia dónde deberíamos encaminarnos para dar con la persona que mató a su cuñado?

—No se me ocurre un móvil que no sea el del dinero, y por ahí la terna de sospechosos se reduce drásticamente —dijo, enigmático.

—¿Alguien de la familia?

—¿Usted qué cree? Ya les he contado que mi hermana Unna creía en el proyecto como yo. Y también les he dicho que estaba segura de poder convencer a su marido para que aportara el capital necesario para llevar adelante el proyecto. Respecto a Heidi, quería demasiado a su padre como para desearle nada malo.

—Solo queda su sobrino, Christian —observé.

—Usted lo ha dicho.

—¿Y por qué querría Christian matar a su padre?

—Por dinero. Y también para demostrar que no era menos que su padre. Mi sobrino siempre fue la oveja negra de la familia, al menos para mi cuñado. No sé si por su condición de homosexual o por alguna otra causa que se me escapa, pero lo cierto es que Guillermo nunca tuvo en consideración al chico. Incluso había visto cómo lo humillaba delante de la gente. Una vez, yo mismo vi jurar a Christian que un día mataría a su padre. Y mi sobrina también lo vio. Con la muerte de su padre, mi sobrino sabía que heredaría una parte importante de su patrimonio, lo que le permitiría ser el socio capitalista del *proyecto Montjuïc*. Sé, porque lo oí en varias ocasiones, que a pesar de que Guillermo no tenía a su hijo en gran consideración, nunca escondió que, el día que muriera, su herencia iría a parar a manos de su familia más directa, como así ha sido.

—A usted no le tocó nada —dije.

—No. Y por eso precisamente tenía que buscarme la vida. Pero cuando murió mi cuñado, el proyecto corría el riesgo de desmoronarse como un castillo de naipes. Tenía que conseguir dinero para empezar y, como Christian estaba en coma, decidí acudir a Heidi para que me prestara el capital necesario.

—Y le dijo que no —apunté.

—¿Cómo lo sabe?

—Me lo dijo ella.

—No debería sorprenderme. Heidi y yo nunca hicimos buenas migas. Ella estaba en contra de que yo fuera el consejero delegado de Canals Corporation cuando su padre decidió cederme las riendas del día a día. Pero respetó sus deseos. Era la presidenta del consejo de administración, pero sabía que el verdadero poder en Canals Corporation, mientras Guillermo viviera, lo ostentaba yo. Con la muerte de mi cuñado todo ha cambiado.

—¿Sigue usted en su cargo? —preguntó Elvira.

—Hasta hoy, sí —contestó con resignación—. Supongo que desde la prisión ya no podré hacerlo. Sargento, ¿me van a caer muchos años?

—Si de mí dependiera, le aseguro que se pudriría el resto de sus días en la cárcel. Cada vez que orino sangre me acuerdo de usted, de Riquelme, de Genta Dreshaj y de los malditos albanokosovares que me apalearon. Y eso me saca de quicio.

—Ahí me equivoqué —dijo el alemán—. Reconozco que no calibré suficientemente bien lo que representaba meterse con un policía. De no haber sido por eso, es muy probable que no hubiéramos llegado donde nos encontramos ahora. De todas maneras, siento lo suyo. No debió de ser agradable.

—No sea falso —respondí, encendido—. Usted no siente nada. Pero tiene suerte de que yo soy un simple policía y mi misión no es juzgarlo. En fin, creo que ya hemos terminado. Nos vamos a comisaría.

—¿Le puedo preguntar algo, sargento?

—Diga.

—¿Cómo llegaron a saber que Riquelme era quien estaba detrás de lo suyo y de

lo del líder vecinal?

—Su lunar bajo el ojo lo delató.

CAPÍTULO 54

—Yo creo que Von Reiniger es culpable de la muerte de Canals —dijo Elvira—. No me creo lo que dice de su sobrino. Lo hace para cubrirse las espaldas.

—Eso lo deberá decir el juez —contesté—, pero hasta que no se demuestre lo contrario, Von Reiniger es inocente. Y Christian Canals también.

Hacía un rato que habíamos salido por una puerta de servicio del Cercle del Liceu con Manfred von Reiniger detenido. En aquel momento nos dirigíamos con el automóvil hacia La Central, siguiendo al coche patrulla que llevaba detenido al alemán. Elvira parecía nerviosa por no poder demostrar su culpabilidad.

Era jueves y tenía sesión en El Mariscal. Para ese día había preparado a conciencia un extenso repertorio alrededor del *punk*. Tenía unas tremendas ganas de que llegara la noche, meterme en la cabina de El Mariscal y empezar a pinchar a los Pistols, los Ramones o los New York Dolls. Me serviría para desconectar y cargar pilas. Lo necesitaba.

Después de llegar a La Central, Carreras entrevistó de nuevo a Von Reiniger en mi presencia. El hombre volvió a repetir más o menos lo que nos había contado a Elvira y a mí, con la única diferencia de que parecía más abatido. Igual que yo.

El interrogatorio duró cerca de dos horas, después de las cuales Carreras mandó llevar a Von Reiniger de inmediato a los calabozos a la espera de la decisión judicial. Después, el subinspector se encerró en su despacho. Al cabo de unos minutos, cuando yo ya me marchaba, me llamó. Por una vez, parecía contento.

—Siéntate, Mercado. Te he de felicitar.

—¿Y eso?

—Ya tenemos el asunto resuelto —dijo con cara de satisfacción.

—¿Usted cree?

—Claro. Guillermo Canals fue asesinado por su hijo. Lo ha dicho el cojo ese y todo parece concordar. Tenía el móvil económico y también el odio que sentía por su padre. ¿Qué más quieres?

—Una prueba concluyente —respondí—. Christian Canals pudo haber matado a su padre, sí, pero de la misma manera que lo hubiera podido hacer Heidi Canals, el marqués de Vilassar, Von Reiniger, alguno de los invitados que visitaron las dependencias de Canals o cualquier empleado del club.

—Todo apunta al hijo —dijo Carreras, no muy convencido.

—En esto tiene razón, pero no se puede acusar a alguien hasta que las pruebas no sean irrefutables. Y, a día de hoy, no lo son. Pero, vaya, usted verá.

Carreras se quedó dudando unos segundos, pero respondió:

—Yo doy el caso por cerrado.

—Muy bien.

—Otra cosa... Mercado —dijo Carreras, evitando mirarme a la cara—. Con la declaración del alemán también podemos dar por cerrada la trama de Montjuïc.

—Pero ¿qué dice? —dije, alzando la voz—. Pero si justamente acabamos de empezar este asunto. Hemos de interrogar a Serafín Castro. Nos ha de aclarar muchas cosas. Von Reiniger dijo que era la conexión con el Ayuntamiento y lo creo.

—Cierra la puerta, Mercado.

Me levanté de la silla y cerré la puerta del despacho. Cuando me volví a sentar, el semblante de Carreras había cambiado. Su rostro presentaba un aspecto grave.

—Te seré sincero. Muy sincero. El caso está completamente cerrado. Son órdenes de arriba.

—Usted sabe tan bien como yo que un caso no se puede cerrar de esta manera.

—Me limito a cumplir órdenes, Mercado. Oficialmente, Von Reiniger es el responsable máximo de todo lo que ha sucedido. Asunto zanjado.

—Von Reiniger no hubiera podido empezar ningún proyecto sin el beneplácito del Ayuntamiento —dije, cabreado.

—Si somos objetivos, convendrás conmigo en que aquí no ha habido ningún proyecto.

En eso Carreras tenía razón. No obstante, quise insistir:

—Pero lo hubiera habido...

—Eso son meras suposiciones. Y ya sabes que solo con suposiciones no vamos a ningún lado.

—Usted manda, pero esto es una mierda —contesté—. Déjeme un par de semanas más. Le prometo que si en este tiempo no logro avanzar, lo dejo.

—El tema está cerrado, Mercado. Totalmente cerrado. Lo siento.

No estaba de acuerdo y no quise pasar por el tubo. Por una vez no me dio la gana de acatar las órdenes de Carreras. El asunto de Montjuïc me había desgastado demasiado. Había muerto un buen hombre, había descubierto con pasmo cómo alguien, por quien creí sentir algo especial, había sido capaz de llegar a matar, y me habían dado una tremenda paliza de la cual aún estaba recuperándome. Hasta aquí había llegado. Si lo querían así, allá ellos. Ahora bien, que conmigo no contaran. Cogí la placa del Cuerpo y la dejé encima de la mesa de Carreras.

—De acuerdo, subinspector, pero yo no sigo.

—Mercado, ¿tú eres tonto o eres tonto?

—Le digo que lo dejo. Estoy hasta los huevos de todo.

—Espera —contestó Carreras—, no seas tan impulsivo. Reflexiona un poco.

—¿Que reflexione? —exclamé, indignado—. ¿Sobre qué? ¿Acerca de la mierda que hay por todas partes? No, Carreras, no. Eso no va conmigo. Búsquense a otro para hacer de payaso.

Me levanté y salí del despacho dando un fuerte portazo. Si esas eran las reglas del juego, yo no quería jugar.

CAPÍTULO 55

Lo único que necesitaba en ese momento era darme una larga ducha, comer algo e ir a emborracharme de *rock and roll* a El Mariscal. Al día siguiente ya me plantearía qué hacer. Solo tenía claro que jamás volvería a ser policía. Terminé la ducha algo más tranquilo y me fui a Casa Manolo a tomar unas tapas antes de ir al bar.

—¿Hoy vienes solo, Tiki? —me saludó Manolo.

—Pues sí. Y casi te diría que mejor así. No estoy hoy para demasiadas hostias.

—¿Y eso?

—Nada, no he tenido un día especialmente bueno.

—Bueno, hombre —contestó Manolo, conciliador—. Eso nos sucede a todos de vez en cuando. Venga, ¿qué quieres comer? Carmen ha preparado hoy unas albóndigas con sepia que están de muerte.

—Ponme una tapa con un poco de pan y un agua sin gas.

—Marchando, jefe.

Con el estómago reconfortado, me fui a El Mariscal. Eran las diez pasadas cuando llegué y me fui directamente a la cabina para preparar la sesión. Mariscal se acercó con su vaso de *bourbon* en la mano.

—No tienes buena cara, amigo —me dijo.

—Ni tú tampoco.

—Oye, que solo quería ser amable. Ya veo que hoy no es tu día.

—Pues no. No lo es.

—Bueno, bueno... —contestó Mariscal a la defensiva—. Solo quería preguntarte qué pensabas pinchar hoy. Espero que no vuelvas a soltar un rollo de *reggae* como el otro día.

—¿No te gustó?

—Pues la verdad es que no mucho. Ya sabes, a mí me va más el guitarreo puro y duro y no esos ritmos sincopados. Parecen todos iguales. Y por cierto, tampoco me pongas a Elton John como hiciste aquel día que te inventaste la sesión esa de *flower power*. Te pasaste un poco, ¿no?

—Mira, Mariscal, puedo llegar a entender que no te gusten Jeff Christie, Scott Mckenzie o The Mamas & The Papas. Y coincido plenamente contigo en que Elton John ha compuesto mucha porquería en los últimos lustros, pero alguien capaz de crear una rotundidad como «Saturday Night's Alright for Fighting» se merece un respeto. Además, no sé por qué te doy tantas explicaciones. Si no te gusta, me despides y asunto resuelto. Será por lo que me pagas...

—No te enfades, hombre. ¿Qué sería de El Mariscal sin su *disc-jockey* de referencia?

—Vete a la mierda —contesté sin mirarlo.

—Vale, vale... Ya me voy. Por cierto, no me has dicho cuál era el plan de hoy.

—Hoy toca *punk*.

—Eso sí me gusta. ¡Caña, caña! —contestó Mariscal, dando media vuelta.

Si bien era verdad que el *punk*, con sus acordes básicos y letras simples, no era lo que se podía llamar una música de calidad, no era menos cierto que se trataba de un movimiento musical que había tenido una enorme trascendencia en su momento y que marcó un antes y un después en la historia del *rock and roll*. Había explotado a mediados de la década de los setenta con grupos como los Sex Pistols, The Damned o los New York Dolls, de Johnny Thunders, aunque la paternidad del *punk* tenía un único nombre: Ramones. Con los primeros acordes de «Kick Out the Jams», de los MC5, empecé a serenarme. Mucha gente me había preguntado a menudo cómo era posible que pudiera confortarme semejante tipo de música. La verdad es que yo tampoco lo sabía. Lo único que entendía era que me hacía sentirme bien. Y eso bastaba.

A medida que se iban sucediendo los temas, cada vez me acordaba menos de la mierda de día que había tenido. A las doce en punto sonó la campana de Mariscal y empezó a sonar «Rock and Roll». Aproveché para ir a fumar un par de cigarrillos a la calle, mientras Mariscal me suplía un rato en las tareas de *disc-jockey*. Me apoyé en la pared, al lado de la puerta de entrada.

Como todos los jueves, había una considerable fila de clientes esperando turno para entrar. Observando la gente que iba entrando en el bar y el coste de cada consumición, hice rápidamente un cálculo mental de lo que debía de ingresar mi amigo Mariscal cada noche. Un buen pellizco, sin duda. Entonces pensé que quizás me había equivocado en meterme a policía y que lo que debería haber hecho era montarme un antro como el de Mariscal. Quizás aún estuviera a tiempo.

Estaba dándole vueltas al asunto cuando oí una voz masculina muy familiar que se dirigía a mí:

—Me ha costado encontrarte, Tiki.

Era Vicent Boira. Solo faltaba él para terminar de arruinarme el día. Desde la última ocasión que había ido a su casa a cenar, no había vuelto a hablar con él. La verdad es que aquella noche me había caído a los pies.

—¿Qué haces aquí? —pregunté.

—Venía a hablar contigo.

—Ahora no puedo —contesté, seco.

—He venido a verte como amigo.

—¿Como amigo? —inquirí—. ¿Tú y yo somos amigos? ¿Estás seguro?

—Al menos lo fuimos durante muchos años.

—Ahora todo ha cambiado, Boira. Perdona, pero tengo que ir dentro. Tengo trabajo. Si quieres, puedes esperar a que termine la sesión.

—Esperaré el tiempo que haga falta —contestó.

No quería saber nada de cualquier cosa que tuviera que ver con los Mossos

d'Esquadra. Ese día no.

Me enfraqué de nuevo en pinchar frenéticamente una pieza detrás de otra, hasta que llegó la hora de cerrar.

Con la esperanza de que Boira se hubiera marchado, cansado de esperar, me despedí de Mariscal y me fui. Pero cuando salí a la calle vi que estaba apoyado pacientemente en una farola. Por un momento pensé en decirle que me dejara en paz y largarme a mi casa, pero no pude evitar recordar que Boira me había rescatado del infierno. Y por ello tenía mi gratitud eterna.

—Me voy a dormir —le dije, no obstante.

—¿Te puedo acompañar?

—Como quieras.

Enfilamos Gran de Gràcia hacia arriba siguiendo la misma ruta de siempre.

—¿Sabes que ya no estoy con Claudia?

—¿Quién es Claudia? —pregunté sin demasiado interés.

—La chica que te comenté.

—¿La que folla como una leona? Eres un completo idiota.

Boira no contestó. Continuó caminando a mi lado, cabizbajo. Seguimos en silencio hasta llegar a Travessera.

—Me ha dicho Carlos Carreras que quieres dejar el Cuerpo.

—Sí.

—Sé que estás dolido, pero ahora no es el momento de tomar decisiones importantes.

—Más que dolido, estoy cabreado —contesté—. Muy cabreado.

—Tendrías que estar orgulloso de haber resuelto el caso Canals y de haber destapado esa trama de especulación de Montjuïc. Has hecho un gran trabajo. Te felicito.

—Te puedes meter la felicitación en el culo, Boira. Tú y todos los que están a tu alrededor.

—Entiendo que estés enojado, pero has de saber que a veces las cosas no funcionan como uno querría. Lo de Canals es bastante evidente que sucedió como oficialmente se ha descrito. Su hijo lo mató. Todo concuerda. Y aunque no hubiera sido así, ¿qué más da? Es un asunto que molestaba a mucha gente importante. ¿Sabes? Canals había sido como el rey Midas para todos. Creo que ya te comenté algo el día que viniste a cenar. Cuando algún partido político necesitaba dinero, siempre estaba el viejo ahí para tapar los agujeros. Fuera del color que fuera. Y su muerte causó una gran preocupación. Muchos temieron que pudieran destaparse los trapicheos que durante años todos habían llevado a cabo. Nadie sabía quién había matado a la gallina de los huevos de oro, pero todos desconfiaban del vecino de al lado. Ahora todo volverá a ser como antes, con la única diferencia de que Canals ya no estará para abrir el grifo del dinero a cambio de favores. Pero, vaya, seguro que no tardarán demasiado en encontrar a otro Canals.

—Está todo podrido —contesté con desgana—. Tú el primero.

—Así es como funcionan las cosas, amigo. Aquí y en todas partes. Por mucho que queramos, no somos nadie para intentar cambiarlo. Ni tú ni yo.

—¿Y qué me dices de lo de Alfonso Galán?, ¿eh? —pregunté—. ¿Qué hizo de malo ese hombre?

—Según tengo entendido, fue un accidente. Son cosas que suceden a veces, solo que en esta ocasión le ha tocado a alguien cercano a ti. No le des más vueltas. Esto de Montjuïc no ha sido nada más que un intento de especulación inmobiliaria montada entre cuatro pringados que se pensaron que esto era la Costa del Sol de hace unos años.

—Entonces ¿por qué no se me ha dejado acabar la investigación? —inquirí.

—Porque ya no había más donde rascar y, además, era un tema que no convenía airear demasiado para no dañar la imagen de la ciudad —replicó Boira—. Hoy por hoy, la marca Barcelona es uno de los principales activos que tenemos para atraer negocio de calidad, y seguir con el asunto no hubiera aportado nada positivo. Más bien al contrario. Además, de hecho no ha pasado nada. No podemos acusar a nadie de haber hecho algo malo. Von Reiniger está entre rejas, pero no por nada que tenga que ver con el asunto de Montjuïc. Está en prisión por ser el principal inductor de agredir gravemente a un *mosso d'esquadra*, de la misma manera que también están encarcelados el monitor de golf, la puta esa o el albanokosovar que te dio la paliza. Tampoco podemos hacer nada contra el resto de la gente a la que ha acusado el alemán. No hay nada de nada, Tiki.

—¿Y qué me dices de Serafín Castro?

—Te repito lo mismo. Todo ese tinglado no deja de ser una paja mental de un tipo con una imaginación desbordada. ¿Tú crees realmente que el Ayuntamiento hubiera permitido que se dejara urbanizar Montjuïc? Venga, Tiki, no me seas ingenuo. Pero para que estés más tranquilo te diré que al arquitecto municipal mañana le darán la jubilación anticipada. Le quedan menos de cuatro años para cumplir los sesenta y cinco y será sustituido por otro arquitecto más joven para dar un nuevo impulso a la política urbanística de la ciudad.

—Esto es como reconocer que sí había algo.

—¿Y qué más da eso ahora? —inquirió Boira.

—Hay más gente implicada en esa mierda. Tengo razones objetivas para creer que Jesús Arias, el tercer teniente de alcalde de la ciudad, estaba involucrado en ese tema como el que más. Era el enlace imprescindible de Castro con la cúpula del Ayuntamiento.

—No digas tonterías, Tiki. Estás hablando del que probablemente sea el próximo alcalde de Barcelona, dentro de un par de años.

—¿Y eso lo exime de ser investigado?

—Pues, sí. Jesús Arias es intocable. Te guste más o menos.

—Qué fácil es todo para ti, ¿verdad, Boira? Tanto te da que un hombre inocente

haya muerto.

—No es eso, Tiki. ¿Para qué quieres remover más la mierda?

—Yo solo quiero averiguar quién estaba implicado en un asunto en el que murió Alfonso Galán. Un buen hombre.

—Hazte un favor, Tiki. Olvídate del asunto. No vale la pena.

—Claro que me olvido. Por mí, como si reventáis. Yo ya no pertenezco al Cuerpo.

—Espera unos días. Ya verás como ves las cosas de distinta manera. He hablado con Carreras para que te dé un par de semanas de permiso retribuido. Te sentará bien.

—No necesito vacaciones —contesté—. Solo necesito dejar la policía y encauzar mi vida en otra dirección. No puedo más.

—Tiki, el Cuerpo no puede prescindir de un elemento como tú. Sabes perfectamente que eres el mejor en tu trabajo y un ejemplo a seguir para los que suben.

—¿Y eso de qué me sirve?, ¿eh? Dímelo —dije clavándole un dedo en el pecho—. Me habéis tomado el pelo con lo de Canals y lo de Montjuïc. ¿A quién defiendes, Boira? ¿Quién te paga? Ten huevos por una vez en tu puta vida.

—No me paga nadie, Tiki —contestó sin inmutarse Boira—. Solo hago lo que creo más oportuno en cada momento. Yo represento a una institución que debe garantizar la ley y el orden. Y a veces hay que ser flexible. Aunque he de reconocer que en ocasiones hay decisiones que no son fáciles de tomar, eso te lo aseguro.

—Vete a la mierda, Boira. No te creo. La gente como tú me da asco. Ahora me doy cuenta de qué manera has progresado en el Cuerpo. Isabel no se merece una bazofia como tú. —Boira permanecía impassible ante mis ataques furibundos. Seguramente era consciente de lo que se encontraría cuando vino a verme—. ¿Qué buscas, Boira?

—Solo quiero recuperar al mejor policía que tiene el Cuerpo. Y si además recupero a un amigo, mucho mejor.

—No te creo —respondí—. Tú lo que quieres es que todo esto de Canals termine y que se corra un tupido velo. Tienes miedo de que si abandono el Cuerpo me vaya de la lengua y os ponga a todos en aprietos.

—Te considero lo suficientemente inteligente como para no hacer eso. No te conviene.

—¿Cómo he de interpretar eso? ¿Acaso es una amenaza?

—Tómatelo como quieras.

El Vicent Boira que tenía ahora delante en nada se parecía al chico que conocí en la universidad. Ahora era un tipo frío y distante, que medía cada palabra que empleaba. Habíamos llegado a la calle Torrijos, cerca de donde aquella maldita noche los dos albanokosovares me propinaron una soberana paliza. La sangre me bullía por dentro. Miré a Boira, que seguía impertérrito.

—Me voy —dije.

—Espera un momento —me dijo sujetándome el brazo.

—¿Qué quieres?

—¿Cambiarían algo las cosas si te prometo un ascenso? Puedo hablar con el comisario jefe. Tengo buena sintonía personal con él.

—Métete el cargo donde te quepa, Boira.

Di media vuelta y me fui hacia mi casa. Había sido un día jodido. Riquelme, Von Reiniger, Boira. Todos eran una mierda. Lo único bueno de todo ello era que al fin me había dado cuenta de que yo no era más que una marioneta dentro de un circo de corruptos. Había tenido días peores, pero no muchos.

EPÍLOGO

Los días que siguieron se me hicieron extraños. No estar sujeto a un horario concreto para levantarme o para comer era algo a lo que no estaba acostumbrado. Carreras y Boira me habían llamado en varias ocasiones, pero no les había contestado. No quería saber nada de ellos. Había pasado página y no había vuelta atrás. Curto y Elvira también se habían desgañitado intentando convencerme de que recapacitara, pero tampoco les había hecho caso.

No sabía qué sería de mi futuro, pero no era algo que me inquietara. Nunca había tenido grandes ambiciones. Me conformaba con tener un sitio donde dormir y poder comer lo necesario para sobrevivir. Poco más. Ni tenía familia, ni me gustaba viajar. Y gastaba en ropa menos que una monja de clausura. Con el tiempo había acumulado algunos ahorros que me permitirían poder vivir con cierto desahogo durante un par o tres de años. Después ya vería qué haría.

Una mañana, cuando ya el otoño entraba en su ocaso y los días empezaban a amanecer fríos, me decidí a ir a ver a Victoria del Río al Club de Golf Collserola. Aunque yo ya estaba fuera de todo, quería agradecerle la amabilidad y buena disposición que siempre había tenido durante la investigación del caso Canals. Como ya no podía contar con el Ibiza del Cuerpo, me decidí a ir en moto. Desde la Virreina hasta la ronda de Dalt, la vieja Scoopy se defendió más o menos bien, pero cuando empezaron las primeras rampas de la Arrabassada, la moto empezó a ratear. Pensé que ahí acababa su vida, pero fue subiendo, renqueante, hasta llegar al desvío que conducía a Vallvidrera y al parque de atracciones del Tibidabo. Paré un momento, asustado por el olor a quemado que desprendía el *scooter*. Encendí un cigarrillo con toda la parsimonia del mundo y esperé a que se enfriara el motor. Al cabo de un rato volví a poner en marcha el *scooter* y continué hasta el club de golf. Había tardado tres cuartos de hora para un trayecto de apenas quince kilómetros. Pero había llegado.

Encontré a Victoria del Río en *el putting green* del club, hablando con una mujer mayor que estaba apoyada en un palo de golf. La gerente llevaba colgado del hombro un maletín y con el brazo sujetaba un grueso fajo de papeles. Me acerqué donde estaban las dos mujeres y esperé a unos metros. La gerente enseguida se dio cuenta de mi presencia y me saludó con la mano. Al cabo de unos instantes dejó a la mujer mayor y vino hacia mí.

—Gracias, sargento —dijo sonriendo—. Me ha librado de una buena. La señora Vidal es una mujer encantadora hasta que deja de serlo. Y eso sucede muy a menudo. ¿Qué le trae por aquí?

—Me he perdido —contesté con una sonrisa—. No, la verdad es que he venido para verla.

—¿A mí? —preguntó con un ligero desconcierto.

—Bueno, no sé si sabrá que ya no pertenezco al Cuerpo...

—No, no lo sabía. ¿Cómo es eso?

—Supongo que hay un tiempo para todo. Ahora soy Eutiquio Mercado, a secas.

—Pues, bienvenido, Eutiquio.

—Gracias, Victoria. Como ahora tengo todo el tiempo del mundo, he pensado que podía venir a verla y agradecerle la amabilidad que siempre tuvo conmigo y con la agente Sangenís mientras duró la investigación.

—No se preocupe por eso. También forma parte de mi trabajo. Todavía estoy anonadada por lo de Christian Canals. Jamás imaginé que pudiera hacer algún mal a su padre. Lo que son las cosas...

—Cierto —contesté—. A veces la verdad toma formas que nunca imaginaríamos. ¿Ha visto a Heidi Canals últimamente?

—Hace días que no. Desde que falleciera su padre solo ha aparecido por el club en una ocasión. Vino con su madre para decirme que, a pesar de la muerte de su padre y de su hermano, todo continuaba igual. El club de golf seguía en manos de la familia y no tenía de qué preocuparme. Era lo que habría querido su padre. Madre e hija parecían bastante enteras a pesar de la situación.

—A veces la procesión va por dentro —observé.

—Ciertamente —dijo Victoria del Río—. ¿A qué se dedica usted ahora?

—A nada en especial.

—Oiga, pues quizás es el momento de plantearse esto del golf.

—Se lo agradezco, pero creo que no va con mi carácter.

—¿Le apetece tomar un café?

—No, gracias. He de volver a Barcelona. He venido en una pequeña motocicleta y tengo un buen rato de camino. Además, parece que va a llover y no me gustaría mojarme.

—Vuelva cuando quiera, Eutiquio. Esta siempre será su casa.

Me dio la mano en señal de despedida y se giró justo en el momento en que la señora Vidal, a un par de metros detrás de ella, estaba cogiendo una bola de golf del suelo. Victoria del Río tropezó con el palo de golf donde se apoyaba la mujer mayor y cayó al suelo con el maletín y los papeles. Me acerqué para ayudarla a levantarse y a recoger sus cosas.

—Déjeme que la ayude. ¿Se ha hecho daño?

—No. Por fortuna he caído encima de la hierba, aunque seguro que mañana tendré un buen moratón en la cadera.

—¡Cuánto lo siento, Victoria! —dijo la mujer mayor.

—No se preocupe, señora Vidal. No ha sido nada.

Victoria del Río se recompuso rápidamente. Recogió sus papeles y el maletín y se marchó en dirección al local social, mientras la señora Vidal continuaba con sus prácticas.

Me di la vuelta para ir a buscar la Scoopy cuando oí la voz de Lindsey

Buckingham cantando su inmortal «Go Your Own Way».

El sonido provenía de un móvil que estaba en el suelo, frente a mí. Seguramente, el terminal se le había caído a Victoria del Río tras trastabillarse instantes antes. Era uno de esos teléfonos de pantalla táctil que llevaba todo el mundo menos yo. Cogí el aparato por los costados, con cuidado de no tocar la pantalla, pero me resbaló de los dedos y cayó al suelo. Entonces lo volví a coger, ahora con más fuerza para que no se volviera a caer, pero seguramente toqué alguna opción de la pantalla que no debía.

Miré la pantalla. Apareció ante mí una imagen que me resultó vagamente familiar. Me fijé con atención. Era una fotografía de la sauna privada de Guillermo Canals. Estaba tomada desde el exterior, a un par de metros de la entrada. La puerta estaba cerrada.

Entonces lo vi. A través del cristal del ojo de buey pude distinguir la cara sonriente de un anciano. Era Guillermo Canals.

Parecía que Victoria del Río había fotografiado con su móvil a Guillermo Canals dentro de la sauna. El asunto era, cuando menos, curioso. Movidio por cierto afán indiscreto, no pude evitar la tentación de tocar la flecha que aparecía en la pantalla del móvil, la que indicaba el paso a la siguiente foto. En ella se veía la misma imagen, pero con la diferencia de que la cara del anciano ya no aparecía sonriente. Pasé a una tercera imagen: el rostro del viejo parecía angustiado. Y en la cuarta y quinta, se veía a un Canals fuera de sí. ¿Qué era aquello? ¿Un juego? ¿Una broma de mal gusto?

Toqué la flecha de nuevo y la siguiente imagen me dejó paralizado. Era una imagen que ya había visto. La recordaba perfectamente. Era la cara del viejo Canals con los ojos muy abiertos y la pelota de golf en su boca. Pero había una diferencia sustancial: una mano de mujer parecía estar acabando de colocar la bola en la boca del anciano. En la muñeca llevaba puesto un Rolex deportivo de gran tamaño. ¡Igual que el de Victoria del Río!

En aquel momento oí a la señora Vidal:

—¿Otra vez aquí, Victoria?

Levanté la vista del móvil y vi que Victoria del Río venía apresuradamente hacia mí. Nuestras miradas se cruzaron y entonces ella aminoró el paso, hasta que se paró a pocos metros de donde me encontraba. Miró su móvil, que continuaba en mis manos.

—¿Por qué lo hizo? —le pregunté.

Estuvo unos instantes en silencio.

—Quería dejarme —contestó, mirándome sin rubor alguno.

La gerente eficiente y amable nos había engañado a todos. La que simuló un ataque de ansiedad cuando Canals apareció muerto; la que se abrazó a Heidi Canals para consolarla por la muerte de su padre; la que el día del entierro era un mar de lágrimas; la que se emocionaba cada vez que hablaba del viejo Canals. Ella, Victoria del Río, había acabado con la vida del anciano.

—Quería dejarme y largarse con otra —continuó la gerente—. ¿Usted cree?

—Yo ni creo ni dejo de creer.

—No se lo quise permitir. Sé que hice algo malo, pero no me arrepiento. Si volviera a tener la oportunidad haría lo mismo. Durante años fui la única que siempre estuvo a su lado. En los buenos momentos y también en los malos. Yo lo amé, lo cuidé y lo mimé, mientras la bruja de su mujer se iba con el primero que pasaba. Ella no lo quiso jamás. Yo sí. Guillermo era como un niño necesitado del amor que nunca tuvo de su familia. Y yo se lo di.

—No hay nada que justifique la muerte de una persona —respondí.

—Usted no ha querido nunca a nadie como yo quise a Guillermo. Si no fuera así, no hablaría de esa manera. Si Guillermo me hubiera abandonado, no hubiera podido soportarlo.

—Usted asesinó a un hombre inocente y deberá pagar por ello.

—Sargento, le puedo dar mucho dinero si deja que me vaya. Guillermo siempre fue muy generoso conmigo. En la caja fuerte tengo algunos cientos de miles de euros que pueden ser suyos si quiere. Y hoy mismo le puedo transferir a su cuenta bancaria hasta un millón y medio de euros más. Usted tiene la palabra.

—Puede quedarse con su dinero. No me interesa.

—Es una oportunidad única, sargento. Piénselo bien: ¿cuánto tiempo de su vida puede tardar en ganar semejante suma de dinero? A poco bien que se administre, con lo que le estoy ofreciendo puede dejar de trabajar el resto de sus días. ¿No le parece tentador?

—No insista —contesté—. Prefiero ser un muerto de hambre que tener el bolsillo forrado de su dinero.

—Es usted un necio.

—Supongo que sí.

Decidí dar por finalizada la conversación con aquella mujer. Saqué mi móvil del bolsillo y llamé a Carlos Carreras para que mandara a alguien a detenerla. Hacía mucho tiempo que había dejado de intentar enjuiciar las razones por las cuales un ser humano era capaz de acabar con la vida de un semejante, pero cada vez que me encontraba frente a un asesino volvía a preguntarme lo mismo: ¿qué era lo que anidaba en su mente? ¿Frustración?, ¿temor?, ¿depresión?, ¿locura?

Mientras encendía un cigarrillo a la espera de que llegaran mis excompañeros, empezó a soplar una tímida brisa otoñal. Me acordé entonces del «Blowin' in the Wind» que encumbrara a Bob Dylan a los altares de la música popular.

Tal vez la respuesta estuviera flotando en el viento.